

Estrategia Obrera y Neocapitalismo



André Gorz

Primera edición en francés: 1964

Título original: *Stratégie ouvrière et néocapitalisme*

© 1964, Editions du Seuil. París.

Primera edición en español [modificada y puesta al día]: 1969

Segunda edición en español: 1976

Traducción: Felipe Saravia

Derechos reservados en lengua española

© 1969, Ediciones Era, S. A.

Avena 102, México 13. D. F.

Impreso y hecho en México / *Printed and made in Mexico*

ISBN: 968-012-123-3

PREFACIO	5
1. Partir de las necesidades	5
2. Hombres y cosas	7
3. La conquista del poder comienza en la base.....	11
4. Mayo o los límites de la espontaneidad.....	15
5. Actualidad de la revolución (1969)	20
6. Funciones del partido revolucionario	25
ESTRATEGIA OBRERA Y NEOCAPITALISMO	34
INTRODUCCIÓN.....	35
I. MAS ALLÁ DE LOS CENTAVOS.....	47
1. De la miseria a la pobreza	47
2. El callejón sin salida	50
3. Una batalla política	52
4. La fábrica y la sociedad.....	54
II. LAS RELACIONES DE TRABAJO.....	57
1. La opresión.....	57
2. Los contrapoderes.....	60
3. La administración cuestionada.....	65
III. LA FINALIDAD DEL TRABAJO	70
1. Alternativas concretas	70
2. La miseria en la opulencia	74
3. Consumidores a la medida.....	80
IV. LA REPRODUCCIÓN DE LA FUERZA DE TRABAJO: EL MODELO DE CONSUMO	85
1. Lo superfluo antes que lo necesario	86
2. El costo social de la iniciativa privada.....	90
3. Las necesidades colectivas.....	95
4. Por un modelo de recambio	99

V. LA REPRODUCCIÓN AMPLIADA DE LA FUERZA DE TRABAJO: EL MODELO DE CIVILIZACIÓN.....	104
1. El “capital humano”	105
2. Las necesidades creadoras: impulso y represión.....	112
3. La tecnocracia	119
4. La crisis de los valores capitalistas.....	123
5. La batalla cultural.....	127

SEGUNDA PARTE.....	130
REFORMA Y REVOLUCIÓN.....	130
1. Por una estrategia socialista de reformas	130
2. Socialistas y reformistas. La cuestión del programa.	140
3. La alternativa global. El problema de las alianzas	147
4. El frente ideológico. Tareas nuevas del partido revolucionario	153

PREFACIO

1. Partir de las necesidades

Esta obra fue escrita en 1963. En esa época, se nos aseguraba tanto desde la derecha como desde la izquierda que la clase obrera estaba "integrada" en la sociedad capitalista; que sólo pedía poder consumir más "bienes opulentos"; que la cuestión de la revolución en occidente estaba superada y que lo único realista, y por lo tanto digno de interés, era la cuestión de saber cómo mejorar esta sociedad sin cambiarla.

El levantamiento de mayo 1968 ha interrumpido provisoriamente estas fabulaciones. Pero sólo provisoriamente. Por eso, el interrogante que hace seis años me parecía urgente, no ha perdido su actualidad. En pocas palabras, se trataba de mostrar que el desarrollo capitalista, mientras busca modelar las necesidades conscientes de las clases trabajadoras, ha dado origen a necesidades y exigencias nuevas, potencialmente revolucionarias. Y que estas nuevas exigencias tardan en producir un nuevo radicalismo porque no se reconocen en los métodos y en los objetivos tradicionales de la lucha sindical y política.

En efecto, esos métodos (paros de protesta, programas de reformas, propaganda electoral) y esos objetivos (salarios, viviendas, becas, etc.) no contienen un cuestionamiento explícito y activo de los aspectos esenciales de la sociedad capitalista: división social del trabajo, situación obrera en los lugares de producción, exaltación del consumo individual, estructuras jerárquicas y autoritarias, delegación de poderes en todos los niveles, burocracia, especialización y tecnocratización de las responsabilidades...

¿Se debería esto a que el cuestionamiento de esos rasgos esenciales no interesa a nadie? Estaba por verse. Y para ver, el método más seguro era preguntarse en nombre de qué necesidad, de qué exigencia surgida del trabajo mismo, podía aún la clase obrera negar prácticamente al capitalismo en sus consecuencias y en sus premisas.

Algunos comentaristas han señalado que este interrogante no pertenecía a la sociología ni a la ciencia. ¿Era entonces no marxista? No lo creo. Con Marx, en efecto, sostengo que la crítica del capitalismo sólo tiene alcance revolucionario y verdad histórica si es producto no solamente de la teoría y de la ciencia —consideradas como actividades separadas del teórico y del científico, que nunca serán protagonistas de la acción revolucionaria— sino, ante todo, de la acción de los hombres que, como clase, participan directamente en la lucha contra el poder del capital. Sólo si los trabajadores, como individuos de clase, tienen razones directas para llevar esta lucha hasta el fin, la crítica teórica y científica del capitalismo puede escapar al idealismo y al dogmatismo: entonces extrae su verdad de la praxis histórica del proletariado y, recíprocamente, le da luces ("armas intelectuales"), la ayuda a profundizar sus razones, a organizar sus medios y a clarificar sus fines; en resumen, a superar la negación inmediata y sus límites empíricos hacia una negación consciente y metódica.

Así, es muy cierto lo que el método de la lucha revolucionaria debe tomar de la ciencia: hay que conocer los mecanismos del sistema capitalista y sus leyes de funcionamiento, que dominan hasta los propios capitalistas; los límites de sus posibilidades; la tendencia objetiva de su evolución, etc. Pero el método, y por lo tanto la cien-

cia, no pueden estar primero. Lo primero es la lucha de clases:

Son los hombres (y, por supuesto, las mujeres, los adolescentes) que, a partir de sus condiciones de trabajo y de vida, del desajuste entre las posibilidades que los alucinan y las imposibilidades que sufren, se deciden a la lucha. El método, la ciencia, la teoría vienen luego. Y aunque es verdad que sin método ni teoría la lucha no avanza, es verdad, recíprocamente, que sin lucha dé masas la teoría se anquilosa, se empobrece y se desvía hacia el delirio. La verdad histórica que la teoría elabora no puede basarse solamente en la teoría misma; tiene sus bases en la lucha real (la praxis) a la cual se deciden los hombres a partir de su condición de clase.

Planteado esto, sin embargo subsiste una dificultad. En todas las épocas, son intelectuales quienes han afirmado el carácter revolucionario de la lucha de clases, la vocación universal de la clase obrera, antes de que lo haya hecho la propia masa de los trabajadores. En todas las épocas, han resultado sospechosos los intelectuales revolucionarios porque pretendían comprender una verdad de la lucha de clases que los trabajadores no comprendían necesariamente en el mismo momento y del mismo modo. Sólo en raros momentos —los momentos de crisis revolucionaria— toda una clase obrera coincidía con la función histórica que las vanguardias le atribuían. Por eso los no revolucionarios, generalmente mayoritarios, siempre han puesto en duda la vocación revolucionaria de la clase obrera, y hasta su existencia, acusando a las vanguardias de no ser más que grupitos de izquierdistas y de agitadores irresponsables.

Existen textos clásicos sobre las razones por las cuales las vanguardias son necesarias para la toma de conciencia por los trabajadores sobre el sentido y la naturaleza de su lucha (aun cuando la concepción de la naturaleza y de la tarea de la vanguardia no sea la misma en Lenin, Rosa Luxemburgo, Gramsci y Trotsky, por ejemplo: ellos reflexionan a partir de situaciones históricas diferentes). No entraré pues en esta discusión. Sólo recogeré la siguiente cuestión que gustan plantear los contradictores: si realmente el proceso de producción capitalista origina en los trabajadores nuevas exigencias radicales, incompatibles con la lógica del sistema, ¿cómo es posible que los mismos interesados no sean los primeros en proclamarlo? ¿Por qué hay que revelarles esas nuevas necesidades, mediante nuevas formas de acción pero también mediante escritos? ¿La existencia de libros como éste no muestra la inexistencia de lo que ellos pretenden mostrar? Pues, al fin de cuentas, si las cosas fueran tal como se dice antes, no habría ninguna necesidad de decirlas.

Este tipo de objeción es completamente formal. Pues si bien es muy cierto que sólo se puede mostrar lo que existe, no es cierto que todo lo que existe se muestre automáticamente. Si bien es verdad que toda necesidad, si existe, es necesariamente consciente, no es verdad que esta conciencia tenga automáticamente los medios para afirmarse, para conocerse designando el objeto o el fin que exige. Pueden necesitarse semanas o años para que un hombre tome conocimiento de que ama o detesta "desde el principio" a tal persona a quien trata cotidianamente. Hay homosexuales que sólo a los cuarenta años "descubren" su homosexualidad. Hay militantes revolucionarios que sólo se "descubren" como tales con motivo de una acción desencadenada sin su colaboración. Y hay necesidades que no se "descubren" más que cuando su satisfacción se muestra posible; exigencias de las cuales sólo tomamos conciencia explícita en la acción que las concreta.

Es que antes de este "descubrimiento" estábamos cautivos de determinada imagen

de nosotros mismos, de nuestras posibilidades, de la vida; de una imagen transmitida por el lenguaje habitual que nos sirve para explicar todo; transmitida por los objetos que nos reflejan siempre el mismo tipo de relación que hemos mantenido y nos hemos habituado a mantener con el mundo; transmitida, en una palabra, por nuestro lugar en una sociedad que no cesa de designarnos de determinado modo, que está totalmente impregnada de ideología: de ideología capitalista y burguesa. En síntesis, estamos condicionados; hasta tal punto que nos faltan las palabras para decir y para pensar (es lo mismo) lo que queremos o no queremos. Para romper este condicionamiento, esta represión social de las necesidades y de las exigencias incompatibles con el orden establecido, hay dos medios: la acción directa y la palabra. Cada uno, a su manera, puede liberar nuestras exigencias reprimidas. Por otra parte la acción subversiva, liberadora, va acompañada siempre por una liberación de la palabra que es invención de un lenguaje nuevo: por fin *hablamos* en lugar de "ser hablados" por el vacío discurso del orden social y de los burócratas que pretenden pensar por nosotros.

Por esto no es vano ni simple hablar de las necesidades. Hace falta cierto entrenamiento para utilizar el lenguaje y para decir las cosas en forma diferente a como lo sugiere la ideología dominante. Para combatir a ésta, para destruir la dominación de las ideas dominantes, la palabra es un arma necesaria. Por supuesto, las ideas dominantes sólo perderán definitivamente su poder si la clase dominante pierde el suyo, que no es sólo ideológico, y si se cambian las relaciones sociales. No hay que concluir de esto que la lucha contra el poder material es lo esencial, y la lucha ideológica accesoria. La ideología es una dimensión esencial de toda praxis (incluida la de la burguesía). Para intentar cambiar las relaciones sociales, hay que liberarse precisamente de la dominación de la ideología dominante que niega que ese cambio sea posible. Así como el capitalismo no puede perpetuarse sin la hegemonía ideológica de sus defensores, así la clase obrera no puede abatirlo y convertirse en clase dirigente si no se vuelve hegemónica ideológicamente. No hay lucha emancipadora que, además de económica y social, no sea también ideológica y cultural.

2. Hombres y cosas

La noción de necesidad que aquí se defiende no pertenece al naturalismo ni al subjetivismo. El naturalismo, en efecto, postula que todo individuo, como "ser genérico" (es decir perteneciente a la especie humana) tiene necesidades "innatas", de orden biológico, y que esas necesidades constituyen una "naturaleza humana" refractaria tanto al cambio histórico como al condicionamiento social. La influencia de esta teoría naturalista se siente todavía en el joven Marx, en los *Manuscritos de 1844*. Pero en éstos ya se encuentra, junto a la idea de "ser genérico", la idea del hombre como ser histórico, cuyas necesidades, facultades, gustos, sensibilidad se desarrollan, se afinan y se enriquecen con el desarrollo de las fuerzas productivas y de la riqueza material.

Esta idea, en contradicción con la de "naturaleza humana", es la única que Marx conservará posteriormente: el hombre es un ser histórico cuyas facultades y necesidades se desarrollan sin que se pueda fijar un límite a ese desarrollo. Y por "facultades" hay que entender tanto la sensibilidad y los sentidos como el dominio de la naturaleza mediante herramientas cada vez más potentes y perfeccionadas. A medida que se "emancipa" de la naturaleza, la transforma, la somete a sus necesidades, el

hombre adquiere la posibilidad de perseguir fines que ya no están directamente unidos a las necesidades vitales, a la producción de su subsistencia.

Estos fines son propios de los individuos sociales que producen y persiguen a la vez su propio desarrollo. Diríamos que estos fines corresponden a *exigencias* históricas del hombre. Guardaremos el término de *necesidad* para los fines cuya persecución está directamente ligada a la producción y reproducción de la vida.¹ Por "exigencias" definiremos los fines que los individuos persiguen ya no bajo el dominio de la "necesidad natural", sino por su propio movimiento, en vista a la realización autónoma de sus facultades intelectuales, artísticas, afectivas y creadoras.

Estas exigencias no son, por lo tanto completamente gratuitas o facultativas. Tienen la misma necesidad imperiosa que la necesidad vital: son necesidades adquiridas, históricas, que se desarrollan correlativamente a las facultades intelectuales, artísticas, creadoras y reclaman imperiosamente poder realizarse por la producción de objetos que las confirman.

Esta exigencia, sin embargo, entra mecánicamente en conflicto con la lógica capitalista. Al mismo tiempo que las fuerzas productivas, el capitalismo desarrolla inevitablemente las facultades intelectuales y creadoras de los individuos sociales. Tiende a incorporar en sus productos una proporción creciente de trabajo intelectual (científico, imaginativo, artístico) y a reducir la parte de trabajo puramente físico. Corre entonces el riesgo de que las capacidades creadoras a las que acude y desarrolla ahí mismo² se formulen por sí mismas, como exigencias autónomas ("en tanto que sujeto", dice Marx), pidan perseguir sus propios fines y su propia realización y se nieguen a ser las sirvientas disciplinadas y venales del capital y de la división social del trabajo sobre el que descansa su dominación.³ Estas exigencias deben entonces ser desviadas

¹ De modo similar a las modalidades de la producción y de la reproducción de la vida, las necesidades son siempre, socialmente e históricamente determinadas. Y eso, aun cuando se trate de necesidades biológicas. Por decirlo de otro modo —volveremos sobre este punto más adelante— el modo de satisfacción de las necesidades biológicas está siempre determinado históricamente, socialmente y culturalmente, y estas determinaciones se encuentran tanto en el objeto de la necesidad como en el modo como se resiente. De manera que la distinción entre "necesidades históricas" y "necesidades fundamentales" está siempre extremadamente difícil y de dudosa legitimidad.

² En ciertas industrias, por lo menos, aquéllas en que los servicios de estudio, de investigación, de *styling*, de organización, juegan un papel determinante. Pero hasta en las industrias tradicionales, en las que los "intelectuales de la producción" son una minoría muy baja, las divisiones profesionales y jerárquicas entre trabajadores "puramente" manuales y no manuales tienden a volverse menos herméticas. La organización científica del trabajo, en particular, lejos de dejar subsistir tan sólo tareas de ejecución pura para los manuales, los coloca frente a una multiplicidad de problemas prácticos que la jerarquía no ha ni percibido, ni previsto y que "el ejecutante" deberá resolver corrigiendo, por su iniciativa, su imaginación, su ingenio, los esquemas preestablecidos por los burócratas. Los jóvenes obreros, en particular, tienden a adquirir una conciencia aguda del absurdo de una organización jerárquica y opresiva que pretende negarles toda autonomía en el trabajo.

³ Transcribo a Marx, *Grundrisse*, p. 505 de la edición alemana. Polemizando con Adam Smith que concibe el trabajo sólo como "maldición" Marx escribe: "A. Smith no sospecha que el individuo, en su estado normal de salud, de fuerza, de actividad, de preparación y de habilidad*, necesita también de una porción normal de trabajo. La medida del trabajo, cierto es, parece ser predeterminada desde el exterior, por el fin que se quiere lograr y los obstáculos que deben superarse. Pero tampoco sospecha A. Smith que la actividad de superar obstáculos es por sí misma ejercicio de la libertad —y que, además, los fines externos, una vez se les quita la apariencia de una necesidad natural, están colocados como fines que el mismo individuo se da— es decir, realización de sí mismo, objetivización del sujeto, luego libertad real cuya acción es el trabajo.

por la sociedad capitalista en provecho de actividades y de satisfacciones de compensación, en provecho de necesidades históricas de un tipo distinto que la industria capitalista se dedicará a estimular.

Reprimir, sin embargo, no significa suprimir. Las exigencias reprimidas persisten, aunque la sociedad les haya negado toda posibilidad de expresión falsificando, mercantilizando y desviando incluso el lenguaje y los objetos (literatura, canciones, objetos artísticos, comportamientos cuestionadores) mediante los cuales buscaban manifestarse. Lo hemos visto en mayo de 1968: la exigencia que entonces se afirmó —y que no era debida a jóvenes burgueses solamente— era claramente la de una libre expansión y de una subversión de los fines asignados a la actividad social. Y la negación que allí se afirmó era la de las satisfacciones de compensación mediante las cuales la civilización capitalista engaña y desvía la exigencia de soberanía. El hecho notable es que estos temas dominantes del movimiento de mayo no tenían nada de construcción intelectual: estaban arraigados en una *sensibilidad* anticapitalista y antirrepressiva. Esta sensibilidad, que en el curso del movimiento inventó sus medios de expresión, denotaba la profundidad del movimiento de mayo (no era una "verdad de circunstancias" la que allí se manifestaba), al mismo tiempo que su fragilidad: la ausencia de las mediaciones políticas y organizativas que habrían permitido a la exigencia y a la negación producir resultados no efímeros. Sólo era un comienzo...

La crítica que esbozamos del modelo de civilización capitalista no se funda, pues, en una idea *a priori* de la "naturaleza humana" ni en un subjetivismo impresionista. Se funda en la realidad de una *praxis* histórica mediante la cual el hombre se revela y se produce como capaz de soberanía en la actividad misma de la producción social (el trabajo social).⁴ El que esta *praxis* potencialmente soberana vuelva a él, desfigurada por las relaciones sociales de producción, como una fuerza extranjera y enemiga, como el reinado del capital, del mercado, de las mercancías —como una "potencia autonomizada", según la expresión de Marx— es lo que, con éste, llamaremos "enajenación". La noción de enajenación no implica pues la idea de "naturaleza humana". En cambio, implica que la *praxis* humana tiene una realidad específica que no coincide

"Sin embargo, tiene razón en que, bajo sus formas históricas de trabajo de esclavo, de corree, de trabajo asalariado, el trabajo aparece siempre repugnante, se presenta siempre como trabajo forzado... Esto vale [...] para el trabajo que aún no se ha creado las condiciones objetivas y subjetivas para ser trabajo atractivo, realización de sí del individuo —lo que no significa pura diversión como lo creía ingenuamente Fourier. Trabajos realmente libres, como por ejemplo componer música, son al mismo tiempo de una gran seriedad, de un intenso esfuerzo.

"El trabajo de la producción material adquiere este carácter cuando lo.] su carácter social está afirmado, 2o.] tiene un carácter científico y es, al mismo tiempo, trabajo común, esfuerzo del hombre no en tanto que fuerza natural dirigida de cierta manera sino en cuanto objeto presente en el proceso de producción como la actividad que regula todas las fuerzas naturales."

⁴ Desde este ángulo nuestra diferencia con Herbert Marcuse es fundamental. Por fecunda que sea, en ciertos aspectos, su teoría de la "sobre-represión", ella retoma en forma aerífica la concepción naturalista y biológica que Freud proponía de las "pulsiones" e "instintos" y de su alquimia. Este punto de partida naturalista le llevará a conclusiones políticas muy discutibles, referentes en particular al conservadurismo profundo de la clase obrera. En efecto, si se empieza por ignorar la exigencia de soberanía inherente a toda *praxis* consciente, no hay ninguna probabilidad de aprehender y de fundar la contradicción entre la exigencia inerte del capital y la exigencia, viva, del trabajo.

con sus resultados cosificados ni se agota en ellos: en la enajenación, los encuentra como su propia negación. El trabajo crítico de la filosofía —de la cual decía Marx que debe suprimirse *convirtiéndose en realidad*— consiste en restituir la *praxis* humana a sí misma como soberana que *es* y de la cual ella se hace exigencia desde que toma conciencia de sí misma; en restituirla a sí misma descubriéndola detrás de las "potencias autonomizadas" y las "leyes» de bronce" que no son más que ella misma convertida en proceso inerte para ella y para los demás; en restituirla a sí misma en conciencia para que se haga lo 'que ella es, destruyendo las condiciones de su sometimiento.

"Hay hombres y cosas", decía una vez Sartre en una polémica; y los hombres no son cosas, ni recíprocamente. Los hombres, es decir los individuos, tienen una existencia específica, son una realidad específica y no sólo una realidad social que se agota en su función en el seno del proceso de producción. Si hay que recordar estas realidades primeras, es porque interpretaciones del marxismo de "inspiración estructuralista" han venido a negarlas. En efecto, si se plantea que los individuos *no son más que* los sostenes de la función objetiva que ocupan en el seno de la totalidad estructurada —el proceso social de producción— entonces no se les puede pedir ninguna luz, ni confiar en sus declaraciones: su realidad está totalmente fuera de ellos, en la totalidad que define su función.⁵ Pero hay más: si los individuos no tienen existencia específica, entonces sus necesidades y sus exigencias, a su vez, serán rigurosamente condicionadas por la función social mediante la cual se ha definido a los hombres. Esas necesidades y esas exigencias no tendrán ninguna verdad; serán solamente un reflejo deformado, ideológico, de la realidad objetiva. Entonces no se podrá partir de ellas y basar en ellas una crítica y una práctica anticapitalistas. Por el contrario, habrá que desconfiarles mucho. La crítica —si la hay— deberá corresponder a una ciencia postulada extra-humana;⁶ la revolución, si la hay, sólo podrá venir del exterior y desde arriba mediante "los que detentan la ciencia". Volvemos a encontrar así la ideología y la teodicea stalinistas.

Es cierto que la verdad, de una crítica no puede medirse por sus resultados, por su eficacia inmediata. No puede contentarse con ajustarse a la experiencia. A menudo debe abandonarla. Pero será sólo para volver a ella. La teoría encontrará su verificación cuando la experiencia repentinamente se ilumina y comprendemos que, desde hace mucho, no comprendíamos lo que comprendemos. ¿Qué, exactamente? Esto, entre otras cosas: hay cosas y hombres, hombres que no son cosas, que no coinciden con su función en el proceso de producción capitalista, que no coinciden con el precio de su fuerza de trabajo, ni con el uso que de ella hacen los capitalistas, ni con las necesidades a las cuales éstos los reducen. Hay cosas por hacer.

⁵ La cuestión de saber *quién* puede conocer esta totalidad y producir esta teoría que la concierne se vuelve insoluble en esta perspectiva: hay que plantear que el teórico mismo es producido por la teoría que defiende y que ésta tiene una verdad absoluta, exterior a la sociedad y a la historia, que ve la luz por su boca. Éste es el planteamiento-tipo del dogmatismo.

⁶ ¿Pero quien produce la ciencia? Si no son hombres que ocupan —como los universitarios, por ejemplo— una función determinada en el proceso social de producción, sólo es posible una respuesta: la ciencia es su propio fundamento. Se reconoce en esto la definición ontológica de Dios.

3. La conquista del poder comienza en la base

Estos temas, que se encontrarán abordados más adelante desde ángulos particulares —crítica del modelo de consumo, del modelo cultural, del modelo de vida...— no han envejecido. En cambio, entre las muchas insuficiencias de la obra, hay una que aparece mucho más claramente hoy: la "estrategia obrera" que esboza aparece ambigua y, sobre todo, extrañamente silenciosa acerca de la dimensión y del instrumento *políticos* sin los cuales una "estrategia ofensiva" ni siquiera es concebible: ese instrumento es el partido revolucionario.⁷

Ese silencio, en la época en que escribía, no lo motivaban sólo razones tácticas. Me parecía que la cuestión del poder político de la clase obrera no estaba suficientemente avanzada *en los hechos* y por lo tanto sólo se la podría abordar en forma abstracta y voluntarista. A partir de 1968 estas razones están parcialmente superadas.

En efecto, la cuestión del poder político sólo se plantea concretamente cuando han ocurrido o se han hecho cierta cantidad de cosas: es preciso que el Estado capitalista haya dado pruebas de su incapacidad para resolver mediante reformas los problemas estructurales que obstaculizan el desarrollo y hasta el funcionamiento del propio sistema capitalista; es preciso que un movimiento de luchas levante a las clases trabajadoras, particularmente en las empresas; es preciso que el Estado y la patronal ya no estén en condiciones de hacer aceptar su política, y la ideología capitalista que la justifica, particularmente por los trabajadores de los sectores productivos más modernos; es preciso que la autoridad del poder central sea derrotada por un movimiento de insubordinación popular y de "cuestionamiento"; es preciso que el equilibrio político y económico se aproxime al punto de ruptura y que las tentativas para restablecerlo se estrellen contra la combatividad de las clases trabajadoras.

Por supuesto, esta situación de crisis sólo puede prolongarse y desarrollarse hasta conmover las bases mismas del sistema si la crisis ha sido *construida* metódicamente de modo que sus diversos elementos se presenten simultáneamente y se corroboren en ella. En particular, el movimiento de luchas obreras, que es su elemento principal, sólo romperá el equilibrio económico y político del sistema, y pondrá en crisis su cohesión, si no es una sucesión de explosiones de ira y de reivindicaciones de sector y de gremio, sino una ofensiva metódica y sostenida para someter al control y al poder de la clase obrera la condición en que se la coloca en las fábricas y en la sociedad.

Dicho en otras palabras, la cuestión del poder político de la clase obrera solo *se plantea en caliente*, en un contexto de crisis social, económica y política. Entonces, conviene no plantear esta cuestión más que en relación con las acciones capaces de *producir* esa crisis. Plantear la cuestión del poder es ante todo preguntarse qué conviene hacer para que la cuestión del poder se plantee en los hechos.

Todo otro planteamiento corresponde a una concepción voluntarista o burocrática del cambio y tiende a transformar o a reformar la sociedad desde arriba. Y las concepciones burocráticas voluntaristas, por razones históricas, están especialmente arraigadas en Francia. Tradicionalmente, se postula que los trabajadores no pueden hacer nada por sí mismos (ni tampoco las otras clases, por otra parte), salvo votar y

delegar al gobierno la tarea de resolver sus "problemas". Esos "problemas", cualesquiera sean, se plantean de entrada en términos de soluciones legislativas e institucionales. Podemos discutir para saber si el movimiento obrero es débil en la base, en las empresas, porque el poder político es supercentralizado y burocratizado, o si lo verdadero es lo contrario. El resultado es el mismo. El cambio político y social se concibe siempre como que debe resultar no de acciones de masa directas, que cambien la relación de fuerzas y arranquen el poder a los aparatos centrales, sino de acciones gubernamentales que una victoria electoral hace posibles.

El único poder que se reconoce a las masas es el de "votar bien", es decir de delegar todos los poderes a los profesionales de la política, a esos aparatos basados en una clientela de personalidades y que erróneamente se denominan "partidos". Y mientras se espera que estos "partidos" gobiernen bien, se dice que no hay nada que hacer. Salvo quizá desfilarse periódicamente coreando respetuosamente: "*¡Charlôte nos sous!*"⁸ y reconociendo con ello el *poder del príncipe de darnos* centavos.

El movimiento obrero, en estas condiciones, tiende a degenerar en grupo de presión. No es el órgano de auto-organización de los trabajadores que los prepara, a través de las acciones "autodecididas" en la base, para el autogobierno y la autodisciplina; no es más que un intermediario entre una *masa* obrera administrada, encuadrada y organizada desde arriba, y un Estado considerado omnipotente con el cual se negocia y se regatea alrededor de un tapete verde. "*¡Charlôte nos sous!*", quiere decir que no se pretende destruir este Estado autocrático, sino colocar a su frente a príncipes más comprensivos y magnánimos, que nos concederán lo que reclamamos porque tienen un buen programa de reformas. Para "despolitizar" a las masas no hay mejor procedimiento que este paternalismo burocrático.

En rigor, sin duda es concebible (aunque altamente improbable) que aprovechando una crisis del régimen, aparatos que se declaran partidarios del socialismo sean llevados *en frío* a la cabeza del Estado, mediante un "proceso legal"; es concebible (aunque altamente improbable) que después de haber ganado el "poder" en forma regular, terminen un día por desalojar de él a la oligarquía burguesa y por acabar con el reinado del capital. Pero suponiendo que esto se produzca, el Estado burocrático y autoritario habría permanecido intacto. Y con él persistiría el sistema de dominación y de enajenación inherente a los Estados modernos, capitalistas o no. La clase obrera seguiría sin estar en el poder; la división social del trabajo persistiría; la política seguiría siendo la esfera reservada a los hombres políticos; el Estado seguiría siendo una esfera separada de la sociedad civil. Los aparatos a la cabeza del Estado no por ello dejarían de afirmar que a través de ellos la clase obrera *está en* el poder y que esto basta. Sabemos que esto no basta: quedaría por hacer la revolución contra ellos.

Por eso el planteamiento implícito de este libro es el contrario del planteamiento habitual: da la prioridad a las acciones sólo en cuya prolongación la cuestión del poder político, del partido y del Estado pueden adquirir un sentido liberador: a las acciones tendientes a conquistar poderes obreros y populares directos y autónomos, es decir distintos del poder central. Sólo la construcción de esos poderes *desde abajo*, en

⁷ Cf. la segunda parte de este libro, "Reforma y revolución", escrita en 1966

⁸ Referencia a manifestaciones organizadas por las centrales sindicales francesas meses antes de los acontecimientos de mayo de 1968 y que gritaban a coro esa consigna ("¡Carlitos, nuestros centavos!"), dirigida obviamente a Charles De Gaulle. [T.]

efecto, puede cuestionar en la práctica, además de la política, la *naturaleza* del Estado burgués, burocrático y centralizado, e impedir que el Estado obrero sea finalmente, él también, burocrático y centralizado. Sólo el desarrollo del poder democrático directo en la base puede impedir que el poder político de la clase obrera no sea más que un poder *delegado*, separado del de los trabajadores mismos, que se ejerce *sobre* ellos y que pretende, lo mismo que el Estado burgués, gobernar a los hombres, no a las cosas.

Desde este punto de vista (que evidentemente no es el único determinante), la diferencia esencial entre una reforma reformista y una reforma con potencialidades revolucionarias, es que la primera la otorga el poder central, que se mantiene intacto y capaz de neutralizar más o menos rápidamente sus consecuencias; mientras que la segunda es impuesta desde abajo, ejecutada y controlada por los mismos que han combatido por ella y cuyo poder directo, antagónico con relación al sistema, se ve aumentado por lo tanto.⁹

El primer planteamiento tendiente a construir un movimiento revolucionario, es entonces ayudar y estimular a los trabajadores a darse ante todo objetivos al alcance y a la medida de sus acciones directas, a fin de someter a su poder colectivo lo que ellos pueden controlar directamente: es decir, en la práctica, las condiciones de trabajo en las empresas.¹⁰ La autodeterminación en la base de los objetivos y de los métodos de lucha; la autogestión de la lucha misma, gracias al debate permanente, a los comités de taller y de fábrica, a los comités de huelga, elegidos y revocables, son otras tantas experiencias emancipadoras que revelan a la clase obrera su soberanía posible, en los lugares de producción en primer lugar, preparándola para rechazar toda subordinación y toda dominación proveniente tanto de la patronal como del Estado o de las burocracias políticas y sindicales.

Este rechazo de toda autoridad y de toda jerarquía, esta experiencia de una soberanía obrera reconquistada a los aparatos patronales, sindicales y estatales, es lo que dio su tonalidad revolucionaria a las acciones de masas francesas en mayo-junio de 1968, así como a las acciones de obreros y estudiantes que sacuden a Italia desde 1967. Sin embargo, el desarrollo y la radicalización política de movimientos de esta naturaleza no pueden resultar de la sola espontaneidad de las masas. El tono revolucionario no basta para definir una perspectiva y objetivos revolucionarios. El que se deba dejar a los trabajadores en lucha la iniciativa más amplia y la más amplia facultad de autoorganización, no significa que ellos, espontáneamente y en función de sus reivindicaciones y acciones locales, puedan *plantear la cuestión del poder y resolverla*. La crisis social no provoca automáticamente la crisis política. Al contrario, una clase obrera

⁹ Es evidente que el sistema no puede acomodarse mucho tiempo a un tipo de reforma o de cambio clavado como una cuna en su dispositivo. Tenderá a reaccionar globalmente o a digerir ese "cuerpo extraño" neutralizando sus efectos. Por eso no se puede considerar ninguna reforma estructural como un fin: sólo puede ser una etapa —es decir, un objetivo intermedio— en el desarrollo de una ofensiva que tiene un alcance global. Los objetivos intermedios, sin embargo, no son desdeñables: sin ellos, no hay progreso del movimiento ni ofensiva sostenida.

¹⁰ Las condiciones de trabajo comprenden: la velocidad de las cadenas o las cadencias, el abanico de salarios, calificaciones y cuotas de los puestos (que generalmente se dejan a la arbitrariedad patronal), las condiciones sanitarias, de seguridad y de transporte, las pausas, los horarios, la organización del trabajo, el derecho de asamblea en los talleres, etc., etc.; el control obrero debe englobar finalmente la política de administración y comportar un poder de veto sindical.

dueña de los centros de producción y victoriosa sobre el terreno, será vencida en el plano político y nuevamente llevada a la defensiva si el poder directo que ella conquista momentáneamente no es retomado por la ofensiva política de un partido revolucionario inmerso en el movimiento de masas, fundido con éste, que coordine sus iniciativas locales, haga explícito su contenido político, prolongue las reivindicaciones de poder y de soberanía desde la base hacia objetivos de transformación de la sociedad, de las instituciones y del Estado.¹¹

En ausencia de un partido revolucionario —que, hay que repetirlo no puede ser un estado mayor dirigente, que controle y canalice el movimiento desde arriba, en

¹¹ Algunos comunistas franceses (entre ellos Jean Dru) afirman que la clase obrera italiana, que lucha desde el comienzo de la década de 1960 por la conquista de poderes obreros en las empresas, no por ello está más avanzada y que la estrategia de la FIOM (obreros metalúrgicos Confederazione Generale Italiana del Lavoro, CGIL) —de la cual nos ocuparemos extensamente en esta obra— no ha justificado las esperanzas que había despertado. En realidad, los críticos franceses confunden voluntariamente el nivel sindical y el nivel político, mientras que la experiencia de la FIOM muestra, por el contrario, el alcance político de una ofensiva sindical y la necesidad de continuarla con una ofensiva política —necesidad que no ha sido reconocida suficientemente por las fuerzas políticas a las cuales la ofensiva sindical forzaba la mano.

A principios de la década de 1960, el movimiento de luchas animado por la FIOM era todavía un banco de pruebas. Para sus animadores, se trataba de mostrar que un movimiento de luchas que deja gran parte de iniciativa a la base y que busca objetivos al alcance y a la medida de ésta, era más movilizador que las tradicionales campañas reivindicativas nacionales, con consignas centrales y uniformes. Esta demostración tuvo pleno éxito. El método de las "luchas articuladas" permitió borrar en la base la división sindical, debilitar la dominación de las burocracias sindicales progubernamentales, y luego arrancarles grandes federaciones de industria, bajo la presión de su propia base radicalizada.

De este modo, la FIOM dio el impulso inicial a la construcción metódica del *movimiento* de lucha y de insubordinación obrera que se abate actualmente sobre Italia. Esta construcción fue retrasada por prudencias tácticas, resistencias al nivel político, y atravesó por momentos de reflujo. Sufrió su más serio revés durante el periodo 1964-65, cuando la patronal se negó a aplicar el contrato colectivo de la industria metalúrgica, organizó la recesión y la desocupación, ejerció el chantaje con el despido colectivo y el cierre, pagó a los obreros por debajo de las escalas contractuales, mientras intensificaba el trabajo.

Este episodio mostró claramente los límites inherentes a la acción sindical, a saber: que una ofensiva sindical victoriosa puede, ciertamente, poner en crisis al capitalismo, pero que la crisis se resolverá finalmente en detrimento de la clase obrera si la acción sindical no es sostenida por una ofensiva política y no se quiebra el poder político de la burguesía.

Evidentemente, estaba descartado que la sola ofensiva de los metalúrgicos diera base suficiente para una ofensiva política exitosa. Su resultado, más modesto, fue: lo.] impedir la escisión de la CGIL y la captación de una parte del movimiento sindical por las fuerzas reformistas, y 2o.] mantener a los trabajadores católicos y social demócratas en una oposición primero "sindicalista", y después cada vez más abiertamente política y radical. En resumen, la línea de la FIOM —criticada tanto por los reformistas como por los grupos de extrema izquierda— fue desbaratar las maniobras de división política mediante la salvaguarda y el desarrollo de un "movimiento" de lucha unitario que tiene su dinámica propia, en la base. En este aspecto, el éxito ha sido completo: el periodo de reflujo se superó sin pérdidas duraderas y, a partir de 1967, ha comenzado una nueva fase de construcción del movimiento. Este movimiento se acerca actualmente (primavera de 1969) a su apogeo y, por su radicalismo y su potencia unitaria, arruina toda veleidad y toda perspectiva reformista.

Entonces, no es la estrategia sindical lo que se puede cuestionar, sino la insuficiencia de su sostenimiento político. Cuando el *movimiento*, en efecto, llega a su punto culminante, sólo una ofensiva política que esboce una clara alternativa anticapitalista puede permitirle aun al movimiento desarrollarse, conservar su impulso, extraer de sus perspectivas políticas la fuerza de cohesión que le permita unificar la diversidad de impulsiones y aspiraciones que lo llevan adelante. La cuestión del poder, de la "revolución en occidente", "el modelo de desarrollo socialista", se plantea entonces *hic et nunc*.

función de esquemas preestablecidos, sino que debe estar *en* la lucha, animarla en todos los niveles, hacer aflorar toda su diversidad, al mismo tiempo que le propone objetivos y perspectivas que la unifiquen— el movimiento, por poderoso que sea, irá a la derrota; y recíprocamente, en ausencia de un movimiento que viva con toda la capacidad de iniciativa y de imaginación de una base soberana, el partido revolucionario, por poderosamente organizado que esté, se agotará en maniobras tácticas, en conspiraciones y en intrigas basta que, al convertirse en un aparato totalmente similar —a pesar de los fines que proclama— al del poder dominante, cese de merecer su nombre.

Sin movimiento revolucionario no hay partido revolucionario; sin partido revolucionario no hay movimiento revolucionario duradero. Esto es lo que el movimiento del Mayo francés ha confirmado una vez más.

4. Mayo o los límites de la espontaneidad

Un movimiento revolucionario se nutre siempre del rechazo radical y global del "orden social" existente y de todas sus mejoras posibles. Sin embargo, un movimiento revolucionario sólo avanza, se implanta y se afirma sobre el orden social existente si, en el camino, produce el esbozo de una sociedad diferente, los instrumentos de su edificación, de su funcionamiento y de su desarrollo venidero.

La función específica de un partido revolucionario es tender esos puentes, definir esas "mediaciones" u objetivos intermedios que esbozarán el paso de la sociedad que el movimiento rechaza hacia aquélla cuyo advenimiento exige confusamente. A falta de tales mediaciones, el movimiento, incapaz de superar el momento del rechazo, se toma a sí mismo como fin inmediato en calidad de fiesta y violencia liberadoras. Entonces manifiesta explosivamente toda la riqueza de las posibilidades que ordinariamente se nos niegan, de las exigencias reprimidas por la división social del trabajo; pero esas exigencias y esas posibilidades no se encarnan en ningún objeto que las uniría al ser, en ninguna empresa de transformación de lo real: ellas se agotan en su exuberancia subjetiva, en la creación de objetos y de actos imaginarios (palabras, imágenes, fiestas). Después comienza la agonía del movimiento.

No se trata, al modo de los "realistas" y de las gentes "serias y responsables", de atacar el carácter explosivo, libertario, imaginativo del movimiento de mayo y de ver en este carácter las premisas de su fracaso "inevitable". Lo que se cuestiona, más bien, es la incapacidad de los aparatos políticos y sindicales para orientar el potencial de iniciativa, de imaginación y de audacia que el movimiento acababa de liberar, hacia acciones de las cuales habría sido imposible retroceder posteriormente, hacia objetivos que, una vez logrados, habrían introducido en el sistema social transformaciones irreversibles e iniciado su dislocación.

El carácter anarquizante y "ultraizquierdista" que el Partido Comunista Francés

(PCF) y la Confederación General del Trabajo (CGT) no han cesado de reprochar al movimiento de mayo como un crimen político, era en realidad la otra cara del fracaso político total de las organizaciones que dicen ser de la clase obrera. Desde el momento en que éstas eran incapaces de comprender y se negaban a traducir en objetivos sindicales y políticos las motivaciones profundas del movimiento, éste sólo podía desarrollarse sin ellas y contra ellas, negándose enérgicamente a dejarse conducir por ellas a las normas ordinarias de la reivindicación corporativa, subalterna y respetuosa.

La espontaneidad del movimiento, entonces, es lo que le permitió adquirir rápidamente una *forma* francamente revolucionaria: soberanía de las asambleas de base, liquidación (al menos en los puntos más caldeados) de toda jerarquía y de toda rigidez burocrática, de toda delegación de poderes o de responsabilidades; autodeterminación en la base de las formas de acción; comienzo de "revolución cultural" mediante la destrucción, en el curso de las ocupaciones de fábricas y de las asambleas libres, de las barreras sociales y profesionales; cuestionamiento de toda forma de desigualdad y de división jerárquica del trabajo, etc.

Pero es también esta espontaneidad del movimiento lo que le impidió definir objetivos y órganos que le habrían conferido una unidad de fines, una capacidad estratégica para reagrupar las reivindicaciones inmediatas y las acciones locales en una perspectiva de conjunto y una ofensiva política general. La *falta* de esos órganos de coordinación, de mediación y de síntesis política la sintieron siempre los animadores locales del movimiento como una debilidad de éste. Debido a esa carencia, el movimiento no podía evitar fragmentarse en una multiplicidad de acciones locales, retrasadas o adelantadas unas respecto de las otras y —más grave aún— en una multiplicidad de acciones corporativas —arquitectos, médicos, periodistas, investigadores científicos, etc.— incapaces de inventar un lenguaje común y una perspectiva común para sus luchas y las de los estudiantes y de los obreros.

Después de esto, es muy fácil decir que el movimiento era revolucionario en su forma solamente, pero que seguía siendo corporativo y sindicalista en sus contenidos; por lo tanto, que no era "verdaderamente" revolucionario. En realidad, la forma de las acciones que se desarrollaron en mayo-junio denotaba la *posibilidad* de darles una perspectiva revolucionaria, al mismo tiempo que el rechazo de esta posibilidad por las organizaciones dominantes. Desde antes de mayo —piénsese en las huelgas de Peugeot, de Rhodiaca, de Saviem de Caen, etc.¹² el desajuste entre el radicalismo de las formas de acción y la estrechez de sus objetivos declarados, era constantemente visible. Ese desajuste expresaba el retraso del trabajo político con relación a la sensibilidad política de los trabajadores jóvenes. Éstos no tenían la formación ni los instrumentos suficientes para dar una traducción política, o siquiera sindical, a sus exigencias espontáneas.

De la misma manera hay que comprender la ambigüedad del movimiento de mayo: como la imposibilidad, para un movimiento espontáneo, de definir por sí mismo objetivos que reflejen su naturaleza profunda y que le permitan organizar su acción en el tiempo y en el espacio. ¿Los millones de huelguistas querían arrancar aumentos de salarios o querían derribar el régimen de De Gaulle, y hasta el capitalismo? La pre-

¹² Sucesión de huelgas en Francia en el año y en los meses anteriores a mayo de 1968 que adquirieron formas violentas y radicales: ocupaciones de fábricas, barricadas, etc. [T.]

gunta no tenía sentido: ellos encomendaban a los objetivos salariales la tarea de expresar una aspiración revolucionaria, y recíprocamente. Pero en el apogeo del movimiento, no había aumento de salarios capaz de satisfacerlos; no porque pedían *más*, sino porque la forma y la dinámica de su acción les había revelado que podían obtener —y por lo tanto exigir— *otra cosa*, y que esa "otra cosa" no se podía expresar en cifras ni realizar dentro de los marcos del sistema.

"Dígannos por fin qué es lo que ustedes quieren exactamente", exclamaban burgueses liberales dirigiéndose a estudiantes y obreros "impugnadores". ¿Pero cómo iban a decirlo? El movimiento era en sí mismo el único lenguaje de que disponían y ese lenguaje no alcanzaba a organizarse en discurso. Para *decir* lo que querían, habría sido preciso que pudieran reagruparse, organizarse, analizar la situación, determinar en común *lo que se podía querer*: es decir, hacia qué programa de transformaciones radicales se podía hacer converger la diversidad de acciones y de reivindicaciones específicas, salvaguardando al mismo tiempo su autonomía. Sólo un partido revolucionario inmerso en el movimiento habría podido asegurar esa síntesis y esa traducción política, definir una estrategia y engranar un proceso de transformaciones revolucionarias.

Ese partido no existía. Pero aun cuando hubiera existido, no habría podido realizar la revolución socialista de la noche a la mañana. "Engranar un proceso revolucionario" no quiere decir destruir de un golpe el sistema de poder de la burguesía, sino abrir brechas profundas en él, traducir la relación de fuerzas sociales, tal como existía en el apogeo del movimiento, en una relación de fuerzas políticas necesariamente inestable y prepararse para ganar, gracias a la autonomía y al dinamismo propios del movimiento, la nueva prueba de fuerzas que no tardaría en entablarse después de la caída del régimen de De Gaulle y la instalación de un gobierno provisional.

Para un partido revolucionario capaz de concebir una estrategia de la transición, la fórmula de un gobierno provisional "de unión de las izquierdas" (propuesta el 26 de mayo de 1968 por Mitterrand y Mendés-France) no tendría nada de terrorífico. Ofrecía la ocasión de materializar —aunque fuera en forma dudosa— la victoria popular sobre el régimen de De Gaulle y de hacer entrar en una fase nueva a la lucha, que en ese momento llegaba a un límite. La cuestión del "programa común" no tenía importancia decisiva: pues cualquiera fuese el programa elaborado apresuradamente por los estados mayores, muy pronto habría sido rebasado por el radicalismo y el vigor del empuje popular. Más que el programa escrito, lo que contaba era la relación de fuerzas. Por otra parte, nada impedía a un partido revolucionario estimular él mismo el desbordamiento por la base del programa esbozado por los estados mayores. Le bastaba para esto "caminar sobre sus dos piernas" llevar una doble acción: una de mediación política y programática, ante los líderes reformistas y sin tropas que iban a dirigir el gobierno provisional; la otra ante los animadores del movimiento —comités de acción, de huelga, de autodefensa, comités de estudiantes y de profesores, de médicos, de arquitectos, de periodistas —a los cuales el partido podía ayudar con todos sus medios organizativos a elaborar y a coordinar sus propios planes de reformas y *a ponerlos en marcha sin esperar*, allí donde era posible, a través de una "toma del poder" en escala local o profesional: la autogestión de los medios de información, de servicios públicos, de grandes conjuntos de habitación, de hospitales, de centros de investigación, de formación y de creación cultural, de ciertas grandes empresas industriales, era posible y podía ganar terreno; en los servicios públicos, especialmente, esta auto-

gestión podía introducir el principio de la gratuidad tomando la forma de la "huelga al revés" (como sucedió en Nantes).

El partido, a condición de estar *en* el movimiento sin pretender ejercer *control* sobre él desde arriba, podía al mismo tiempo participar con los otros estados mayores de partido en el gobierno provisional, y servir de sostén a la convocatoria de reuniones nacionales de los comités de poder popular. Mejor aún: las acciones coordinadas y la elaboración programática *autónoma* de las asambleas de poder popular (órganos de doble poder completamente comparables a los soviets), debían aparecer para el partido como una condición esencial de su participación en el gobierno provisional. Sólo el empuje desbordante de la base, en efecto, podía dar al partido la fuerza necesaria para imponer a sus "copartícipes" gubernamentales ciertos puntos programáticos muy avanzados.

Evidentemente, esta táctica suponía una concepción dialéctica (muy diferente de la del PCF) de la relación entre partido y masas, entre programa y movimiento, entre acción política y acción gubernamental. Suponía que el partido confiara en la dinámica autónoma del movimiento, que renunciara a controlarlo y a dirigirlo, y que también renunciara a controlar al gobierno provisional para dedicarse, por el contrario, a condicionarlo desde afuera mediante el desbordamiento popular. Se requería, en resumen, que el partido estuviera suficientemente metido en el movimiento para poder sostenerlo y continuarlo al nivel de la acción gubernamental sin ser desautorizado, y que el movimiento fuera suficientemente autónomo e incontrolable desde arriba para que fuese imposible pedir al partido que lo quebrara, lo frenara o le impusiera disciplina y límites.

El hecho, inaceptable en cualquier otra circunstancia, de que el gobierno provisional (dirigido, por hipótesis, por Mitterrand y Mendés-France) tuviera la intención de desactivar el movimiento y de hacerlo entrar en los límites de un reformismo neocapitalista, es un hecho que no habría planteado problemas insuperables a un partido revolucionario de masas en la coyuntura *revolucionaria* de mayo. No bastaba para justificar la negativa del PCF (o de un partido revolucionario que hubiera estado en su lugar) a apoyar la solución provisional que se le proponía. Pues un gobierno *provisional* de reformas, formado y obligado a actuar *en caliente*, tenía mucho menos posibilidades de hacer prevalecer una política neocapitalista y centrista que el gobierno de frente popular, no provisional, cuya perspectiva el PCF había buscado hasta entonces ante fuerzas reformistas y centristas heterogéneas, con las cuales trataba de definir ere *frio* un "programa mínimo común".

En la hipótesis de un frente popular, elegido en medio de la calma y el orden, en efecto, el "programa mínimo" habría chocado inmediatamente con la resistencia tenaz de la burguesía; la coalición gubernamental se habría roto, cualquiera fuese el pacto programático, a partir del momento en que se hubiera tratado de quebrar la resistencia burguesa y de imponer el programa. Éste, al no ser apoyado por un impulso popular, lo más probable es que hubiera sido postergado, relegado en el tiempo y luego dejado para las calendas griegas. En cambio, la caída del régimen de De Gaulle y el establecimiento de un gobierno provisional bajo el empuje del levantamiento popular, habrían señalado —cualesquiera fuesen las intenciones moderadoras de los gobernantes— una ruptura irremediable del equilibrio político y económico. La rigidez del capitalismo francés y el derrotismo conservador de la patronal no habrían dejado a los re-

formistas margen de maniobra-suficiente para estabilizar la situación. Al cabo de algunas semanas o de algunos meses habría estallado una nueva crisis y una nueva prueba de fuerzas, más dura que la primera. Y la clase obrera habría estado mucho mejor armada que en la hipótesis de un frente popular para rechazar la contraofensiva reaccionaria, para eliminar a los centristas y para imponer un régimen de orientación claramente socialista.

¿Por qué, entonces, temía tanto el PCF, frente a un levantamiento popular, las inclinaciones centristas de esos *mismos* copartícipes con los cuales buscaba una alianza desde hacía años? ¿Por qué había aceptado hasta entonces dar su caución "de izquierda" a esas fuerzas centristas, y se negaba a aceptar la caución de derecha que ellas se disponían a dar a un movimiento de masas que se les escapaba? ¿No ofrecía el levantamiento de mayo, por el contrario, a un partido revolucionario de masas la ocasión ideal para obligar a sus aliados reticentes, para dejarlos consumir sus ilusiones reformistas y hacerles hacer el papel de Kerensky (muy a pesar de ellos, por supuesto) ?

La respuesta es que el PCF temía precisamente el proceso revolucionario, el encadenamiento de crisis que el derribamiento del régimen de De Gaulle habría provocado. Temía tener que recibir el poder como consecuencia de un proceso "extralegal" que amenazaba hacer pedazos el Estado capitalista —ese Estado que el PCF siempre ha soñado con utilizar tal como es en la perspectiva de una evolución gradual y ordenada hacia el socialismo. Ahora bien, al rechazar las posibilidades y los riesgos de un proceso revolucionario propulsado por el movimiento de masas, el PCF debía temer con toda razón que el gobierno provisional se volviera definitivo y obligara a los comunistas a cubrir una política centrista de restauración del orden, de estabilización económica y política. En estas condiciones, el PCF prefirió romper el movimiento, prolongar la vida del régimen y perseverar, inmóvil, en su ser.¹³

¹³ Ver sobre esto los notables análisis de Lucio Magri en *Considerazioni sui Fatti di Maggio* (De Donato, Bari, 1968): "Mitterrand y Mendés proponían instaurar un poder de transición basado en un amplísimo abanico de fuerzas —desde el movimiento estudiantil hasta los radicales— y en cuyo seno se iba a jugar la partida entre una política de estabilización con hegemonía democrático-burguesa y una política de transformaciones socialistas con participación activa de la "nueva izquierda". Los comunistas consideran que una y otra política sólo pueden conducir a consecuencias sumamente peligrosas. Por sobre todo temen ser cómplices, a su pesar, de una política de centro-izquierda neocapitalista y pronorteamericana. Y lo temen no porque esta política tenga una posibilidad real de prevalecer (¿cómo podrían imponerse las fuerzas centristas, ya tan débiles, sobre la potencia del movimiento popular?), sino porque, para oponerse a ella, tendrían que colocarse en oposición directa al sistema capitalista, formar un bloque con las otras fuerzas de extrema izquierda y llamar a las masas. La proposición de Mitterrand sólo deja dos vías abiertas: la estabilización, pero bajo hegemonía moderada, o la radicalización revolucionaria; y el PCF se vería atrapado en el engranaje de esta alternativa y, tanto en un caso como en el otro, pagaría sus consecuencias. Aceptar esta alternativa no dependía entonces de una opción táctica, sino de una corrección estratégica [...]

"Evidentemente, se puede objetar que los comunistas se habrían encontrado, ante el mismo dilema después de esta victoria electoral de un frente popular a la cual aspiraban desde hacía años, y que muy rápidamente la crisis económica y la dislocación de las fuerzas políticas habrían colocado al PCF ante la opción entre la restauración del centrismo y la transición al socialismo. Pero precisamente la necesidad de esta opción es lo que los comunistas han negado siempre (replegándose tras la cortina de humo del programa "antimonopolista"); si alguna vez tuvieran que verse ante tal alternativa, pensaban afrontarla a partir de sus posiciones de poder en el seno del gobierno y fuera de la presión molesta de un movimiento de masas no controlado. Éstas son las contradicciones del frentismo, pero desde hace años la política comunista ha vivido de esas contradicciones" (pp. 134-136).

La crisis de mayo planteó así por vez primera, en términos prácticos, la cuestión de la revolución en occidente. Reveló que ni el PCF, ni ninguna otra fuerza política, estaban preparados para afrontar esta cuestión. Repentinamente la transición al socialismo se convirtió en una cuestión de actualidad inmediata; pero ninguna fuerza organizada podía precisar la naturaleza de la sociedad de transición, su distribución de poderes, sus instituciones, su política económica, cultural, internacional, etc. El capitalismo se abría de repente sobre su más allá, pero nadie sabía cómo saltar hacia ese más allá. Éste asustaba a los mismos que declaraban que conducían al pueblo hacia él. Allí se quedaron, paralizados. El movimiento de mayo se desmoronó finalmente, por no recibir una traducción política. Y los aparatos que hacían las veces de "partidos" para la izquierda francesa se desmoronaron políticamente al no haber sabido traducir el movimiento de mayo.

5. Actualidad de la revolución (1969)

La democracia burguesa entró en agonía hace cuarenta años. De ella sólo subsiste el decorado: un parlamento sin poderes, diversiones electorales, una pluralidad de partidos burgueses que se disputan la misma clientela y se proponen aplicar con mayor o menor coherencia la misma política. Es que la función política del parlamento ha terminado.

Esta función consistía esencialmente en conciliar los intereses disímiles de los diferentes sectores de la burguesía y de la pequeña burguesía: el parlamento era el lugar donde debían expresarse y enfrentarse políticamente esos intereses, y luego llegar a un acuerdo según los compromisos públicos, las mayorías cambiantes, la descomposición y la recomposición de grupos hegemónicos, capaces de definir un interés de clase que subsumiera los diversos intereses de la burguesía y fuera aceptable para sus aliados como expresión del "interés nacional".

Ahora bien, ya no se da la posibilidad de semejante mediación político-ideológica. Los intereses de los diferentes sectores de la burguesía y de la pequeña burguesía no son ya solamente disímiles, son divergentes. Y el sector dominante de la clase dirigente —la burguesía monopolista— no toleraría que sus intereses objetivos quedaran sometidos al arbitraje de los sectores no monopolistas, a los azares del debate público y de la inestabilidad gubernamental. Los intereses del capital monopolista, en efecto, embarcado en una competencia permanente en el mercado mundial, no podrían sujetarse a negociación y discusión públicas: la programación a largo plazo de las inversiones y de las innovaciones tecnológicas, la predeterminación de los costos, la conquista de nuevas posiciones comerciales en el exterior y la defensa de las viejas posiciones, todo eso exige estabilidad política y monetaria, "paz social", racionalización de la administración, del comercio interior, de la agricultura, disciplina de los sindicatos. De ello depende la capacidad competitiva de los grupos monopolistas. La defensa de esta capacidad competitiva no debe verse comprometida por los cambios de humor de un parlamento donde es preponderante numéricamente la representación de los intereses no monopolistas. Entonces, hay que despojar de sus poderes al parlamento. Hay que invertir con nuevos pacieres al Poder Ejecutivo y a la administración y sus-

traer al debate público sus decisiones, "concertadas" con la gran patronal.

La muerte de la democracia burguesa no resulta entonces de la lucha de clases, sino de la concentración del poder político que exige la concentración capitalista. Resulta de la imposibilidad de hacer prevalecer, en el marco tradicional de la democracia burguesa, una política que se ajusta a las exigencias objetivas del gran capital. Entonces, la burguesía deberá hacer prevalecer esta política por otros medios.

Deberá abolir el Estado como órgano de mediación *política* y confiscarlo como órgano de administración y de gestión *directas* de la economía. Deberá desacreditar el debate político y a los políticos como antiguallas irrisorias, insistiendo en el hecho de que los "problemas reales" ya no dependen de opciones políticas, sino de soluciones económicas y técnicas a las cuales debe subordinarse la política. En otras palabras, el debate político ya no tiene motivo para existir pues en lo sucesivo sólo una política es posible, la suya, cuyos imperativos no están sujetos a debate. Como lo enunciaba magníficamente J. J. Servan-Schreiber, el debate se reduce a una cuestión de 0.5% en más o en menos en la tasa de crecimiento anual de la economía. La despolitización de la economía es el arma del gran capital.

El único Estado capitalista *viabile*, entonces, es el Estado fuerte, tecnocrático y estable que sustituye el debate político permanente por la "concertación" directa entre el Ejecutivo y esas organizaciones de clase, también despolitizadas, que se denominan púdicamente "organizaciones socioprofesionales" o "fuerzas vivas". No por casualidad este esquema es común a los mendesistas, a los degaullistas, a los defferristas, en Francia; a los laboristas británicos y escandinavos; al centro-izquierda italiano, etc. Aunque difieren en su estilo, no difieren en cuanto al fondo: un solo tipo de Estado y de política convienen al capitalismo monopolista. Si se admite a éste como el único sistema económico posible, el debate "democrático" ya no puede referirse más que a la manera más eficaz de administrar ese Estado y de realizar esa política.

Sin embargo, el hecho de que el Estado fuerte y tecnocrático sea el único que con venga al capitalismo monopolista y lo prevenga contra crisis repetitivas, es un hecho que no garantiza automáticamente que tal tipo de Estado esté *en condiciones* de imponer su arbitraje a las capas no monopolistas de la burguesía y a la clase obrera. Lo único seguro es que no podrá funcionar ningún otro tipo de Estado capitalista. Igualmente, el hecho de que la única política capitalista *viabile* sea la de la burguesía monopolista, es un hecho que no garantiza aún que la burguesía monopolista sea *capaz* de definir su política y de hacerla prevalecer. Lo único seguro es que la burguesía no monopolista ciertamente será incapaz de hacer prevalecer la suya y hasta de tener una política.

Esto es lo que surge con claridad de la historia de la Quinta República¹⁴ que, en conjunto, es la historia de un fracaso: la burguesía monopolista se mostró incapaz de basar su *dominación de hecho* sobre una *hegemonía política* que torne duradera esa dominación, es decir, aceptable a todas o a parte de las otras clases. No encontró una base social para su política de racionalización capitalista que le permitiera ponerla en marcha.

¹⁴ Como, por lo demás, de la del mendesismo y del defferrismo, del wilsonismo y del centro-izquierda italiano

En los viejos países capitalistas, en efecto, esa base social sólo puede ser el conjunto de las clases poseedoras. Pues la política de racionalización monopolista (lo hemos indicado antes) no puede evitar atacar a las capas parasitarias, rentistas, preindustriales, incluso precapitalistas de la burguesía, de la pequeña burguesía y del campesinado: a las empresas medianas y pequeñas, al pequeño comercio y a la agricultura familiar, a la especulación y a la renta inmobiliaria y territorial, a las profesiones cerradas.¹⁵ La gran burguesía sólo puede imponer su dominación a las clases poseedoras si, renunciando a la unidad política de todos los poseedores (al "bloque conservador"), alcanza a unir bajo su hegemonía a las "fuerzas vivas" contra los "pesos muertos" de la sociedad: necesita la adhesión política de los "cuadros", patrones industriales y otros "hombres de progreso"; y como todos éstos, reunidos, todavía no dan el peso, necesita encontrar aliados en el movimiento obrero que, en nombre del modernismo y de la racionalidad, hagan aceptar a la clase obrera una política de "concertación", de "participación" y de predeterminación de los aumentos de salarios.

La política de racionalización monopolista no puede tener éxito si falta tal "bloque modernista" de reformas capitalistas. Y ese bloque debe construirse necesariamente en dos direcciones a la vez: en dirección de la patronal y de los "cuadros" de la industria, y en dirección del movimiento obrero. Si la burguesía monopolista no logra ganar a la patronal industrial a su política —lo cual, en la práctica, quiere decir: si no logra dominar las organizaciones patronales— no tiene ninguna posibilidad de llevar a los "cuadros" y a los sindicatos obreros a una actitud de "participación" y de "diálogo entre copartícipes sociales". Si, recíprocamente, los sindicatos obreros se mantienen irreductibles o incluso pasan a la ofensiva, la burguesía monopolista no tiene casi posibilidades de arrancar la patronal industrial del "bloque conservador" y de construir una base social suficiente para su política.

Ahora bien, el degaullismo ha fracasado en ambos sentidos al mismo tiempo. Su fracaso no fue accidental.¹⁶ El gran capital "modernista" nunca pudo hacer aceptar su hegemonía a una patronal industrial que, formada por ciento cincuenta años de lucha de clases en Francia, considera al movimiento obrero como su enemigo mortal y al mantenimiento del "bloque conservador" como la base vital de su poder. Este hecho, por sí solo, bastaba para condenar al fracaso el plan degaullista: obligada a cuidar la unidad política de todos los poseedores, la política de racionalización capitalista debía conciliar con aquellos mismos intereses preindustriales y parasitarios que ella habría debido eliminar. A causa de esto, debía hacer soportar a la clase obrera sola el costo de una racionalización capitalista que a su vez quedaba reducida a medidas fragmentarias y erráticas. Por eso mismo sus pretensiones de atraerse al menos a una parte del movimiento sindical perdían toda credibilidad.¹⁷

¹⁵ Cf. el informe Rueff-Armand de 1958.

¹⁶ Wilson en Gran Bretaña y el centro-izquierda italiano no han tenido mejor éxito.

¹⁷ La derrota degaullista del 27 de abril de 1968 corrobora este análisis. A consecuencia de las concesiones) arrancadas por la clase obrera en mayo de 1968, el costo de la racionalización capitalista, convertida en cuestión de extrema urgencia, necesariamente debía recaer sobre las capas preindustriales (pequeños comerciantes y pequeño campesinado, principalmente), a pesar de que el nuevo lanzamiento de la política de "concertación" (rebautizada "participación") con las organizaciones obreras estaba destinado al fracaso de antemano. Todavía traumatizada por el levantamiento de la clase obrera, la patronal francesa (CNPF) rechazó el riesgo político que representaba entonces a sus ojos, más que nunca, una ruptura del "bloque con-

Del hecho de que la política de racionalización monopolista ha fracasado en Francia bajo un régimen de derecha, los modernistas sacan la conclusión de que podría tener éxito bajo un régimen "de izquierda". Según ellos, ya no quedaría otro recurso que imponer desde el exterior de las organizaciones patronales, gracias a una política de alianza entre el capital monopolista y el sindicalismo obrero, esa hegemonía sobre el resto de la patronal que la burguesía monopolista no ha podido imponer desde el interior de aquellas organizaciones. Ésa es la perspectiva política de los mendesistas, de los defferristas y de los socialdemócratas. ¿Pero se puede contar realmente con la clase obrera para una alianza con el gran capital modernista contra la burguesía premonopolista? ¿Se puede contar con ella para una política de *derecha moderna*¹⁸ cuyo objetivo es salvar al capitalismo racionalizándolo, americanizándolo? ¿No tiene la clase obrera otras exigencias que las que un capitalismo más eficiente podrá algún día satisfacer —algún día cuya llegada será precedida, necesariamente, por un periodo de austeridad y de regimentación de los sindicatos?

La respuesta, por supuesto, depende en gran parte de los partidos de la clase obrera. Pero no basta que estos partidos se pronuncien en favor de la colaboración de clase para que la clase obrera los siga. En Francia, en mayo-junio 1968, no siguió a nadie. No siguió a Wilson en Gran Bretaña ni a Nenni en Italia. No basta que el sistema capitalista no tenga ya otro recurso más que buscar el apoyo de la clase obrera para que sea capaz de solicitarlo primero y de obtenerlo después. No basta que la política de la gran burguesía sea necesaria para la supervivencia de un capitalismo para que dicha política se torne posible. No basta que una sociedad del viejo capitalismo se vea obligada a pasar al estadio de capitalismo monopolista —bajo pena de ir de crisis en crisis, con cada crisis, política, social, económica, más grave que la precedente y acelerando la decadencia— para que ese paso sea realizable social y políticamente.¹⁹ En realidad, no lo es en varios países capitalistas de Europa. La crisis del reformismo y la crisis del sistema capitalista no son más que una sola.

En ese momento en que la supervivencia del sistema depende de su capacidad de reformarse a sí mismo, pero en que la clase dominante no tiene la fuerza política para hacerlo, es cuando la clase obrera tiene su oportunidad histórica de volverse hegemónica. Puede dejar escapar esta oportunidad, a falta de preparación política. Puede aprovecharla si existe un partido revolucionario capaz de definir la "alternativa socialista": definirla teórica y prácticamente, como una tarea de *actualidad inmediata*.

servador". Al solidarizarse con las PME (pequeñas y medianas empresas) y con las capas lesionadas de la pequeña burguesía, contribuyó, junto con éstas, a la derrota de De Gaulle, en la esperanza de que su sucesor sabría preservar nuevamente la unidad política de todos los poseedores.

¹⁸ Denominada "socialismo moderno" por las asociaciones de tecnócratas.

¹⁹ Allí donde se ha efectuado, dicho paso sólo ha sido posible con motivo de una crisis prolongada, que conmueve profundamente a la sociedad y la lleva a una situación prerrevolucionaria; crisis de 1929 a 1941 en Estados Unidos; crisis alemana, de 1918 a 1934, vuelta a lanzar en 1948 por una reforma monetaria que barrió de la escena económica a la burguesía no monopolista renaciente; proceso de transición sangriento y dramático en Japón que, pese a su originalidad, no deja de tener similitudes con el proceso de transición alemán. En Holanda fueron las devastaciones de la segunda Guerra Mundial, seguidas por la derrota militar en Indonesia, las que provocaron la eliminación e impusieron la reconversión de la burguesía preindustrial. En cuanto a Suecia, presenta una originalidad que justificaría que se la comparara con Japón: país agrario y feudal, terminó a comienzos de la década de 1930, a consecuencia de una crisis social violenta, su muy tardía revolución burguesa y, bajo la dirección de los laboristas, *comenzó* su industrialización bajo un régimen de capitalismo monopolista de Estado.

Pues entre el Estado fuerte capaz de imponer, por la violencia si es preciso, las exigencias del capital monopolista, y el paso revolucionario al socialismo, no hay vía intermedia: no hay más que una sucesión de compromisos efímeros y de crisis. Entre la burguesía monopolista y la clase obrera, no hay ninguna fuerza social capaz de hegemonía política; no hay más que la impotencia política de fuerzas sociales de obstrucción: viejas y nuevas capas parasitarias, capas preindustriales y precapitalistas de la burguesía y de la pequeña burguesía. En su mayoría, estas capas son supervivencias. El capitalismo las eliminará; el socialismo también. Económicamente, su poder es nulo. Políticamente, no tienen el poder que cada una de las dos clases potencialmente dominantes les confiere utilizándolas como masa de maniobra de la lucha de clases. Por sí mismas, esas "capas medias" son incapaces de tener una política: la historia pasa por encima de ellas. Son el partido del rechazo, del miedo, de los compromisos incoherentes por tres días: es decir, el "centro", siempre dispuesto a unirse al campo del más fuerte para pesar desde adentro sobre su política y paralizarlo. Así, lejos de representar una vía intermedia, representan una suma de intereses corporativos y de nostalgias, la pendiente de la decadencia inexorable del sistema y de su sujeción económica, política, tecnológica y cultural al imperialismo norteamericano y a sus aliados más poderosos. El "europeísmo" de los centristas acepta de antemano esta sujeción. El derrotismo conservador de la burguesía francesa es una constante histórica: acepta la dominación y la colonización extranjeras si su poder y sus privilegios de clase, en el interior, sólo pueden ser defendidos a ese precio.

Solamente dos bloques políticos pueden corresponder a la alternativa racionalización monopolista revolución socialista:

—el bloque modernista, cuya ideología tecnocrática tratará de encubrir la dominación de la burguesía monopolista exaltando la importancia y el "poder" de los cuadros y técnicos, la "participación" de los sindicatos en la gestión capitalista y su papel "compensador";²⁰

—o el bloque socialista que desprenderá a los trabajadores científicos, técnicos e intelectuales de la ideología tecnocrática-burguesa no halagando sus intereses corporativos sino, por el contrario, apoyándose en las exigencias específicas y potencialmente anticapitalistas del trabajo científico, técnico e intelectual, cuya valorización social y expansión cultural sólo el comunismo puede garantizar.²¹

²⁰ Cf. la proeza ideológica de J. K. Galbraith que, en *Le Nouvel Etat Industriel*, Galli-mard. París, 1968, consigue hacer desaparecer el poder del capital monopolista en la "tecnestructura".

²¹ "La unidad entre técnicos y asalariados, en las condiciones actuales del desarrollo capitalista [...] no nace inmediatamente de las manifestaciones 'económicas', retributivas, de la explotación a que está sometido el técnico; sino, por el contrario, de la contradicción, 'política' desde un comienzo, entre el libre desarrollo de su actividad profesional y creadora y la lógica de la ganancia —es decir de la subordinación del *contenido*, de la calidad de su trabajo a la naturaleza capitalista de las relaciones de producción." [...] "El primer momento de liberación del técnico, su primer fuego graneado contra el capitalismo (aunque evidentemente no es posible permanecer allí) será entonces la acción por un desarrollo ininterrumpido de sus conocimientos y por lo tanto de su libertad profesional, la acción por la conquista de un papel de dirección real en el proceso de producción [...], la lucha —en la fábrica, en la escuela y en el país— por el desarrollo ininterrumpido de las fuerzas productivas y de una ciencia independiente de la hipoteca capitalista, lucha que destruye el mito según el cual la ganancia monopolista también sacaría provecho del desarrollo de la técnica en los sentidos que mejor corresponden a los intereses a largo plazo de la colectividad." Bruno Trentin, "Les doctrines néocapitalistes et l'idéologie des tores dominantes". *Les Review*, June, September, November, 1968.

Fuera de esta perspectiva, sólo hay crisis, parálisis y derrota para el movimiento obrero. La unidad política de la clase obrera y de todas las capas no monopolistas depende de una aritmética electoral que es la negación misma de toda estrategia política. Una unidad similar —basada en la yuxtaposición de intereses de sector con el "antimonopolismo" como común denominador— nunca dará origen a un bloque política e ideológicamente hegemónico.²² La perspectiva de una "democracia avanzada" pero no socialista, que aboliría el poder de los monopolios sin abolir el capitalismo, no tiene consistencia económica ni política. El capitalismo moderno es monopolista o cesa de existir. No hay reformas antimonopolistas; no hay más que reformas anticapitalistas y sinónimas de revolución.

Y la revolución no se prepara mediante la suma en las urnas de votos disímiles, ni mediante la unión de todas las capas no monopolistas con un programa mínimo. Se prepara mediante la construcción de un bloque anticapitalista, mediante la lucha de las masas por reformas que lancen el proceso revolucionario, mediante la definición de una "alternativa" socialista a la política de racionalización monopolista y al tipo de sociedad que ella exige. La función del partido revolucionario es irremplazable desde estos puntos de vista.

6. Funciones del partido revolucionario

a] *Función de análisis y de elaboración teóricos.* El problema de una estrategia revolucionaria no puede siquiera plantearse a falta de un análisis —continuamente actualizado— de la evolución y de las contradicciones del sistema capitalista a todos sus niveles; de los puntos débiles mediante el ataque a los cuales puede romperse y desacreditarse el frente adverso; de las posiciones respectivas de las fuerzas y de los movimientos anticapitalistas en el seno del proceso de producción; de la posición de la burguesía nacional en el sistema de relaciones del mundo capitalista; de la adaptación o inadaptación de las estructuras institucionales, etc.

Sin embargo, el análisis no puede limitarse al plano nacional ni al solo sistema capitalista. La profundidad de la crisis mundial que actualmente corroe al capitalismo está encubierta en gran parte, efectivamente, por la crisis igualmente aguda de los Estados que, en Europa, se declaran socialistas. Ninguno de los dos sistemas está en condiciones ya de dominar, mediante reformas internas, los problemas que plantea su desarrollo. Ninguno de los dos sistemas posee actualmente la solución a la crisis del otro. Apenas si cada sistema puede invocar la crisis del otro como coartada para su propia crisis.

²² Cf. Bruno Trentin, *loc. cit.*, p. 671: "La profundización y el reexamen del problema de las alianzas deberá llevar al movimiento obrero a elaborar con mayor claridad y autonomía una política que no se limite ya a subrayar su convergencia con las reivindicaciones de las categorías no monopolistas de productores» sino que sepa ofrecer a esas categorías una alternativa real al proceso de expansión dirigido por los monopolios, proceso en el cual algunas de ellas buscan integrarse hoy y en el cual creen otras poder sobrevivir. [...] Esta política deberá elegir el camino más fecundo de la elaboración de nuevos objetivos estructurales que [...] propongan a esos productores nuevas formas de organización, de asociación y de ligazón con la intervención pública y con los instrumentos de una democracia descentralizada.

En estas condiciones, la perspectiva revolucionaria sólo puede tener crédito si el partido que la encarna sabe conducir simultáneamente el análisis crítico y teórico de los problemas sin solución de uno y otro sistema. Desde hace mucho el marxismo soviético ha renunciado a un análisis metódico de las contradicciones capitalistas. Después de haber anunciado en forma esquemática y propagandística la crisis general del capitalismo, se desinteresó de ella por razones de política interna e internacional. Queda en barbecho, o abandonado a los técnicos de la economía política burguesa, un vasto campo de investigación. Entre las cuestiones que merecerían ser profundizadas, citemos:

—Una actualización de la teoría del imperialismo que examinaría sobre todo la redistribución de las superganancias neocoloniales en el seno del campo imperialista y su importancia para las economías nacionales dominantes.²³

—La relación entre la crisis del sistema monetario internacional y el saqueo del "tercer mundo", sobre todo mediante el recurso de los intercambios desiguales.

—La crisis del dirigismo público, de la programación capitalista y del reformismo neocapitalista que determina la intensificación de la competencia capitalista internacional, con estas consecuencias: una rigidez y una vulnerabilidad crecientes de los equilibrios económicos y de los sistemas de gestión; una "desnacionalización" de los centros de decisión; una disminución del poder de intervención de los Estados nacionales; el agravamiento de los desequilibrios regionales; la tendencia general a sacrificar las inversiones sociales y culturales a los imperativos de rentabilidad.²⁴

—La esterilización de una parte creciente del "excedente económico" sobre la cual se basa la política anticrisis de Estados Unidos; la aceleración de la evolución técnica y científica *como subproducto* de esta esterilización;²⁵ la separación creciente que resulta de ello entre la utilización *posible* de los recursos técnico-científicos (eliminación de la miseria, de la pobreza, de la suciedad, de la fealdad, de la ignorancia, del trabajo embrutecedor) y su utilización *real* (sistemas de armamento, exploración espacial, televisión en colores, cuerpos especiales de represión y de contraguerrilla).²⁶

²³ Para Estados Unidos, ver Harry Magdoff. "The Age of Imperialism", en *Monthly Review*, June, September, November, 1968. (Traducido con el título de *La era del imperialismo*. Nuestro Tiempo, México, 1969.)

²⁴ Cf. Ernest Mandel, "Concentration internationale des capitaux et supra-nationalité". *Les Temps Modernes*, novembre, 1967.

²⁵ Cf. Paúl Baran y Paúl Sweezy, *El capital monopolista*. Siglo XXI, México, 1969. cuyas conclusiones políticas, de todos modos, son cuando menos discutibles.

²⁶ Cf. Herbert Marcuse, *El hombre unidimensional*, Ed. Joaquín Mortiz, México, 1968. y *Un ensayo sobre la liberación*, Ed. Joaquín Mortiz, México, 1969.

En realidad, la crítica debe referirse no sólo a la *utilización* de los recursos técnico-científicos, sino también a la *estructura* de esos recursos. En efecto, el "progreso científico y técnico no es un proceso totalmente autónomo e ideológicamente neutro. El desarrollo de las ciencias y de las técnicas refleja, en sus orientaciones (las cuestiones que plantea y las que deja de lado), las demandas de que es objeto el potencial de investigación por parte de Estados y de grupos capitalistas. Por eso está condicionado por la ideología dominante —es decir, por la idea que se hará la clase dominante acerca de la vocación y de la función social de la ciencia_ y determinado por las relaciones sociales de producción. De ello resulta, en el ritmo de desarrollo de las diversas disciplinas científicas, una distorsión que esteriliza parcialmente la actividad

—La contradicción insoluble entre la política anticrisis de Estados Unidos, en lo interno, y la supremacía del dólar como medio de pago internacional y de dominación exterior,²⁷ etc.

El hecho de que, a pesar de la gravedad de sus contradicciones y de su crisis, el sistema capitalista todavía no esté desacreditado, sino que por el contrario pueda vanagloriarse de sus realizaciones sin temor al ridículo, es directamente imputable a la insuficiencia de la teoría marxista en occidente. Para los aparatos electorales y de clientela que hacen las veces de "partidos de izquierda" ante nosotros, la investigación marxista y su popularización resultan un lujo inútil: la teoría no permite ganar votos; plantea cuestiones molestas que es mejor no evocar si es que uno quiere estar mañana en los mandos del Estado capitalista tal como éste es. El resultado de esta falta de interés por la investigación es que en ausencia de una crítica de fondo del sistema, sólo se plantean cuestiones a corto plazo, solubles *en el marco* del sistema. Se descarta así toda perspectiva de rebasamiento del capitalismo. Y con ello resulta fortalecido el crédito del sistema y afirmada su permanencia.

Indudablemente, no se ganan votos de un día para otro gracias al trabajo teórico. Pero la fuerza de un partido revolucionario no depende ante todo del número de sus votos. Depende ante todo de su capacidad para plantear a fondo los problemas históricos de su época, para dominar sus términos y para indicar, mejor que cualquier otro partido, mediante cuál acción y en qué sentido se pueden aportar soluciones de fondo.

Evidentemente, tal investigación no puede tolerar ningún tabú. Le es preciso entender la investigación crítica a los Estados que, en Europa, se declaran socialistas; le es preciso analizar sin contemplaciones las razones de su crisis y de su deformación burocrática. Le es preciso renovar la teoría del Estado; mostrar que la centralización burocrática, la estatización de los partidos y de la cultura, la regimentación de los sindicatos, no son inherentes al socialismo; le es necesario precisar cómo una planificación puede ser al mismo tiempo democrática y centralizada, cómo puede dominar los problemas de calidad y de evolución tecnológica, cómo se articula con la autogestión obrera; le es necesario ilustrar las condiciones y los medios de una abolición progresiva del mercado, de las relaciones mercantiles y de las desigualdades de ingresos; le es preciso oponer al modelo de vida del capitalismo un modelo de vida cualitativamente superior.

La importancia de las cuestiones no resueltas y, peor todavía, *no planteadas*, es una de las razones mayores de la debilidad *política* del movimiento socialista y revolucionario en los países capitalistas avanzados. En ellos la miseria no es tan insopor- table como para que las clases explotadas estén dispuestas a cualquier riesgo para li-

científica en conjunto. Frente al rapidísimo desarrollo de la electrónica, de la química sintética, de la, met a- lurgia, de la física nuclear, por ejemplo, se comprueba el desarrollo mucho más lento de la medicina pre- ventiva, de la psiquiatría, de la pedagogía, de la ecología, y también de las disciplinas intermedias que per- mitirían la difusión de los conocimientos y su valorización social. De manera general, las técnicas de *transmisión* de los conocimientos sufren un retraso creciente con relación a las técnicas de *adquisición* de conocimientos nuevos, la síntesis teórica con relación a la investigación especializada de alta tecnicidad, las aplicaciones a los problemas de desarrollo (que son los problemas dominantes de este siglo) con relación a las aplicaciones militares y la rentabilización financiera

²⁷ Cf. el artículo de Ernest Mandel en *Quatrième Internationale*.

brarse de la dominación burguesa. Sólo serán ganadas a la lucha revolucionaria si el partido revolucionario ilustra hasta en su propio comportamiento que la liberación individual y colectiva no se contradice con la racionalidad, sino que es la condición de un tipo de racionalidad superior.

La revolución en occidente pasa por un esfuerzo crítico y teórico sin precedentes para repensar el socialismo, suprimiendo los viejos tabúes y los nuevos anatemas que falsean la reflexión, y fecundando la investigación marxista con las enseñanzas posi- tivas y negativas que contienen las experiencias revolucionarias de Europa, de Améri- ca Latina y de Asia.

b] *Función de síntesis ideológica de las contradicciones y de las reivindicaciones de sector, dentro del respeto a su especificidad y a su autonomía.* Esta función es una sola junto con la hegemonía ideológica que debe conquistar el partido revolucionario para poder construir el "bloque" de las fuerzas anticapitalistas que arrancarán el poder al bloque dominante después de haberlo desintegrado. Y por "bloque", no se trata de entender una "alianza" entre las clases o capas explotadas por la burguesía: la debili- dad de la alianza de tipo tradicional, es que se trata de una yuxtaposición de grupos de intereses y de quejas por sector que se limitan a sumarse en su particularidad y se tra- ducen en un catálogo de reivindicaciones, sin que de esta suma surja nunca la crítica de la sociedad existente y la perspectiva unificadora de su superación mediante la lu- cha común.

La ausencia de partido revolucionario se traduce así en una multiplicidad de rei- vindicaciones y de luchas por objetivos parciales, inmanentes al sistema, sin ligazón orgánica ni unidad de objetivos. Las fuerzas virtualmente anticapitalistas entablan batallas *paralelas* y *sucesivas* que, debido a una falsa concepción de lo "concreto", siguen siendo perfectamente abstractas: les falta la capacidad teórica para apuntar, a través de las razones inmediatamente aparentes del descontento, sobre las razones determinantes —es decir, en último análisis, las relaciones capitalistas de produc- ción— y para oponer a la ideología neocapitalista (a su tipo de racionalidad y a su sistema de valores) una concepción superior de la racionalidad, de la civilización, de la cultura, concepción a partir de la cual las reivindicaciones de sector resultan, al mismo tiempo, iluminadas críticamente en su relatividad, integradas y superadas hacia un nivel más elevado.

Así, antes y durante el movimiento de mayo, ninguna fuerza estuvo en condiciones de hacer converger hacia un mismo horizonte anticapitalista las críticas de la raciona- lidad capitalista que se expresaban más o menos claramente en los sectores cultural y técnicamente más avanzados de la sociedad francesa. De estas críticas, generalmente fragmentarias y corporativas, resultaba sin embargo que el conjunto de las actividades creadoras o motoras se ahogaba bajo las estructuras parasitarias, las inercias burocrá- ticas y los privilegios hereditarios: que la arquitectura y el urbanismo eran paralizados por la especulación territorial e inmobiliaria, la centralización burocrática, la estructu- ra medieval de la profesión; que la investigación científica era esterilizada por la pro- piedad privada de los medios de producción, es decir, por el secreto de empresa, la rutina patronal, el maltusianismo industrial y bancario; que el ejercicio de la medicina estaba condenado a no ser más que una actividad lucrativa entre otras —o, en el mejor de los casos, una acción de caridad individual— a falta de una política de prevención,

de higiene, de urbanización, de protección de la salud de los trabajadores; que la "educación igual para todos" era una mistificación al no haber una revolución de la concepción, de los fines, de los métodos y de las condiciones de la enseñanza; que las ramas motoras de la economía eran frenadas en su desarrollo por las relaciones de propiedad y las venganzas entre dinastías patronales, por una parte, y por las cargas que arrojan sobre ellas la hipertrofia de las actividades "terciarias", el arcaísmo de las otras ramas, etc., por la otra. En resumen, que bajo el sistema capitalista es imposible ser plenamente médico, arquitecto, sociólogo, educador o ingeniero.

De tal modo, ha seguido ganando terreno un cuestionamiento anticapitalista en las capas sociales de las cuales depende el desarrollo del sistema capitalista, su rendimiento, *su capacidad para renovarse y para imponer su ideología*. Esas capas se preguntan cada vez más abiertamente si las reformas que exigiría el desarrollo social y económico son compatibles con el poder político de la burguesía francesa. Su cuestionamiento no por ser objetivamente anticapitalista es aún explícitamente socialista. Arruina ya la capacidad de hegemonía ideológica de la clase burguesa, sin que ello signifique rechazar la ilusión reformista ni establecer la hegemonía ideológica de la clase obrera. De la mediación ideológica del partido revolucionario depende que dé este último paso.

El partido no tiene por qué hacer *concesiones* a los intereses corporativos de las "capas medias". Al contrario, debe mostrar que la contradicción que alimenta el cuestionamiento de los trabajadores intelectuales no es otra cosa que la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción capitalistas. Tiene que mostrar a los trabajadores intelectuales que la valorización de su propio trabajo pasa obligatoriamente por la emancipación de todo trabajo y por la abolición del poder del capital. Tiene que mostrar que la sociedad socialista será la única capaz de liberar de sus trabas al conjunto de las energías creadoras que el capitalismo, ahora, deja sin cultivar, esteriliza o trivializa. Al hacerlo, el partido, lejos de abrirse "hacia la derecha", fortalecerá por el contrario su dominio ideológico y político sobre todas las capas no capitalistas, incluida la clase obrera. Su capacidad para conquistar la hegemonía ideológica y política, en efecto, depende de su capacidad para soldar a la clase obrera y para ganar a la lucha por el socialismo a las capas sociales ligadas a los sectores que presentan el nivel de desarrollo más elevado de las fuerzas productivas, a las actividades motoras y creadoras.

Aquí adquiere toda su importancia la elaboración de un "modelo" socialista. Los trabajadores intelectuales, aun descubriendo su antagonismo con el capital, sólo romperán con la ideología capitalista si el socialismo se les presenta como una forma superior de racionalidad y de *valorización* de sus capacidades. Sólo la definición de un modelo socialista diferente del modelo de desarrollo capitalista puede revelar la irracionalidad, el despilfarro, el desperdicio de energías, los sufrimientos inútiles que el capitalismo provoca.

Sin embargo, no debe entenderse la elaboración de un modelo socialista como un ejercicio intelectual, ni como la proyección de "contra-planes" tecnocráticos. Debe ser el arma de subversión ideológica de una *práctica* revolucionaria que se coloca rotundamente fuera de la lógica capitalista por sus acciones y sus objetivos de lucha. Aquí también el radicalismo del movimiento estudiantil es un aporte positivo: desde el primer momento se situó fuera del sistema, al negar las imposibilidades objetivas como

inaceptables *a priori* y al rechazar globalmente el sistema. Sin embargo, por el hecho de ser un movimiento de sector —y no la vanguardia de una clase— el movimiento estudiantil no tiene los medios para reivindicar la hegemonía ideológica y política en vista a la construcción de un bloque anticapitalista. El movimiento estudiantil puede tan sólo presentarse como la expresión teórica y práctica, a un nivel específico, de la contradicción entre relaciones de producción capitalistas y fuerzas productivas; puede, a este nivel específico, ser una llaga purulenta en el costado de la sociedad política y del Estado burgués, y, por el radicalismo de sus acciones y posiciones, mantener a éste en estado de crisis permanente, testimoniando a la vez, ante el movimiento obrero, la posibilidad y la necesidad de una radicalización de la lucha en todos los planos.

Su contribución a la crisis general del sistema puede así ser determinante y duradera, pero a condición de ser integrada a la estrategia de la lucha de clases como un componente específico y autónomo de esta lucha. Porque se le niega esta integración el movimiento estudiantil tiene la tentación permanente de erigirse como un sucedáneo de partido revolucionario y de vanguardia obrera, sin poder lograrlo evidentemente. Dejado a sí mismo, el movimiento estudiantil no puede rebasar sus límites de sector sino por una llamada abstracta a la clase en sí y a la revolución en sí. El movimiento obrero, sin embargo, podría reprochárselo tan sólo si sumara a la crítica del movimiento estudiantil la autocritica de sus propias desviaciones corporatistas y económicas. Sólo un partido revolucionario que integre todas las dimensiones de la lucha anticapitalista en un programa de transformación radical de todos los niveles de la vida social puede hacer que el movimiento estudiantil sobrepase sus límites y que el movimiento obrero haga suyo el potencial revolucionario de las luchas estudiantiles.

c) *Función de educación y de dirección política*. El partido tiene como función encarnar la permanencia de la lucha y de los objetivos de lucha hasta en periodo de descenso. Prefigura el Estado obrero y refleja a la clase obrera su capacidad de ser clase dirigente. Encarna la presencia del socialismo en el seno del capitalismo como negación positiva de éste. Garantiza la supervivencia del movimiento y de la conciencia revolucionaria durante los periodos de descenso en que la relación de fuerzas no permite batallas frontales. Para poder asumir sus funciones, es preciso que el partido, sin embargo, se plantee a la vez como la memoria y como la prefiguración de luchas más avanzadas que las que son posibles en un momento determinado. Debe aparecer a cada trabajador como la garantía de que todo aquello que se pueda hacer en cualquier eventualidad para romper el frente enemigo y emancipar a la clase obrera, se hará. No significa que el partido deba dirigir centralmente toda lucha local o de sector; su función consiste más bien en situar toda lucha en el marco general de la lucha de clases y en mostrar cómo las reivindicaciones inmediatas y locales de los trabajadores rebasan en realidad su situación particular y sus reivindicaciones locales, se articulan con los objetivos intermedios de una estrategia de la transición, y los especifican. En relación con esto, lejos de presentarse como el defensor de una línea política predeterminada a la cual se deberían subordinar a toda costa las luchas sociales, el partido debe aparecer, por su movilidad total, como capaz de hacer suyas pero también de *catalizar* las reivindicaciones surgidas de la base, en la medida en que ellas remiten a un programa de transformación radical de la sociedad e ilustran su necesidad.

La función política del programa es que, por su coherencia, hace *creíbles* objetivos

por los cuales la clase obrera sólo entablará una lucha a fondo si se precisan los instrumentos políticos que permiten alcanzarlos. El objetivo de los mil francos mensuales de salario mínimo en la industria del automóvil, por ejemplo, era poco creíble, en mayo de 1968, para muchos obreros ("nos los volverán a quitar mediante el alza de precios y la intensificación de la explotación"), aunque hubiera surgido de la base. Pero este objetivo que, en sí mismo, es sospechoso de demagogia y sólo corresponde al sindicalismo, se carga de significado revolucionario si lo concretiza el conjunto de las reformas de estructura anticapitalistas que son la condición de su realización efectiva.

¿Cuál es la política económica, social, industrial; cuál es el tipo de planificación y de distribución que permite aumentar muy fuertemente los bajos salarios sin aumento de la desocupación, ni inflación, ni baja de eficacia de la economía considerada globalmente? Ésta es una pregunta típica de la política económica del periodo de transición, que pone en cuestión las relaciones de producción, las relaciones mercantiles, la estructura de la población activa, la naturaleza de la enseñanza, las opciones de civilización, etc., y de ahí su valor educativo; una pregunta que el programa del partido debe estar en condiciones de responder. Si es incapaz de dar esta respuesta y de traducirla en objetivos de lucha; si, basándose en esta respuesta, no está en condiciones de realizar una crítica objetiva, en el plano político y en el de la acción de masas, de las medidas mediante las cuales el sistema capitalista trata de reabsorber los aumentos de los bajos salarios que se le han arrancado, entonces el desaliento y el escepticismo tienden a apoderarse de las masas: da la impresión de que éstas habían reclamado lo imposible. Romper el equilibrio del sistema sin saber explotar y resolver su crisis en beneficio de la clase obrera, es dejar que las propias victorias se transformen en derrotas.

Del mismo modo, sacudir momentáneamente el poder de la burguesía sin saber arrancarle posiciones de poder a partir de las cuales se pueda proseguir la lucha y poner en crisis el poder del Estado, es en definitiva fortalecer a la burguesía permitiéndole tapar las brechas a su manera.

Lo cual nos lleva a la cuarta función del partido.

d) *Función de toma del poder y de transformación del Estado.* Haría falta un estudio especial para mostrar cómo la centralización administrativa y política del poder pesó sobre la vida política en Francia, incitando a los movimientos populares a reclamar del poder central la solución de todos y de cada uno de los problemas, e incitando a los partidos políticos a presentarse ante todos como administradores potenciales de un Estado considerado omnipotente. En Francia, a la centralización estatal corresponde una deformación estatista de la ideología y de la vida políticas en todos los niveles de la sociedad. La conquista del aparato estatal se considera allí la condición suficiente de toda transformación social y política. Las movilizaciones populares se consideran como protestas que demandan la intervención del poder central en favor de los sectores menos favorecidos o bien, en el mejor de los casos, como una masa de maniobra que debe permitir a los partidos de oposición dar mayor realce a su pretensión de dirigir el Estado.

Esta ideología centralista y estatista es uno de los principales obstáculos al naci-

miento y a la difusión de una ideología revolucionaria: asigna a la acción de masas un lugar subordinado, se opone a la educación y a la emancipación de los trabajadores mediante la autodeterminación de los métodos y de los objetivos de lucha y la vida democrática en la base. La debilidad de los partidos políticos franceses, sus relaciones de clientela con el electorado, el peso de sus personalidades y de sus burocracias centrales, en gran medida tienen allí su explicación.

Sin embargo, la deformación centralizadora y burocrática, aunque es más acentuada en Francia, de ningún modo es exclusiva de los partidos franceses. El fortalecimiento del poder central, la erosión de los centros de poder periféricos y de las instituciones autónomas y locales, son totalmente inherentes a la dominación del capital monopolista. En consecuencia, es lógico que todos los partidos cuya vocación declarada es administrar el aparato estatal y la sociedad capitalista modernos, pero no cambiarlos, calquen su estructura sobre la del Estado tal cual es. En cambio, un partido revolucionario se define por la aptitud para criticar con la teoría y la práctica la naturaleza autoritaria y centralizadora del Estado como una expresión de la dominación de la burguesía monopolista. Se define por la capacidad para destruir el mito de la naturaleza necesariamente autoritaria y centralizadora del "Estado industrial", sea capitalista o socialista. Y destruir ese mito significa en particular: basarse sobre la soberanía y sobre la iniciativa de la base en todos los terrenos; hacer del partido el centro por excelencia del debate libre y de la democracia directa; favorecer la autodeterminación colectiva por los trabajadores de los métodos y de los objetivos de lucha; buscar la conquista de un poder obrero en los lugares de producción, no como un fin en sí, sino como la prefiguración de la autogestión social por los productores soberanos.

En síntesis, el partido revolucionario de nuevo tipo debe definirse al mismo tiempo como apto para tomar y ejercer el poder central —aptitud que por definición no tienen los movimientos y los sindicatos— y para destruir de raíz la naturaleza autoritaria del poder central. De raíz, quiere decir: al nivel de la división social del trabajo. Si la lucha contra la patronal y contra el Estado burgués no es ya el aprendizaje y el ejercicio de la soberanía obrera, entonces la emancipación de la clase obrera tampoco será el resultado de una hipotética conquista del Estado por su partido. Si la reivindicación de salarios no apunta también a cambiar *la vida* obrera (y no sólo las condiciones de vida) —es decir la calidad y la naturaleza de la civilización— y a derribar los compartimentos estancos de categoría y jerárquicos, entonces no hace avanzar un centímetro la hegemonía política, ideológica, cultural, de la clase obrera, de la cual depende su emancipación final.

Entonces, el problema planteado es la construcción de un partido revolucionario cuyas instancias centrales, por su cohesión y su capacidad de elaboración política, prefiguren el poder central del periodo de transición, sin que la dirección del partido pretenda controlar, dirigir, subordinarse las iniciativas y los movimientos que nacen fuera de él y que 5071 la circulación revolucionaria. Por el contrario, la capacidad hegemónica del partido se medirá por su capacidad para enriquecerse con los movimientos originados fuera de él, para elaborar con ellos una perspectiva común, respetando su autonomía, para convertirse para ellos en el centro de atracción, el polo de referencia doctrinario y la desembocadura política privilegiada.

Dicho en otras palabras, el partido revolucionario de nuevo tipo no puede imitar hoy el esquema leninista: pues no se enfrenta con un Estado despótico y puramente

represivo, sino con un Estado esencialmente político, que basa la legitimidad de sus acciones represivas sobre su capacidad de mediación política entre intereses contradictorios, llevados incesantemente a expresiones ideológicas que hacen posible esta mediación. Y no se enfrenta con un impulso antirrepresivo homogéneo de las fuerzas populares, sino con una pluralidad de impulsos, relativamente autónomos en su aspiración anticapitalista, que a niveles diferenciados y específicos persiguen la autodeterminación soberana de los individuos sociales de las condiciones, de la finalidad y del marco de su actividad social. Es imposible plantear la unificación previa, por una dirección única desde arriba, de los diversos impulsos (los de los trabajadores manuales, técnicos, científicos, artísticos, culturales, etc.) como una condición inicial para la conquista frontal del Estado. Solamente es posible articular entre ellos sus aspiraciones específicas en función de un horizonte común que los contiene a todos al mismo tiempo que los rebasa: el horizonte de una sociedad socialista, también ella pluralista y "articulada". Ésta es la sociedad que el partido revolucionario debe prefigurar en sus métodos y en su acción si quiere poder cumplir su función. Debe *desintegrar* el poder del Estado político planteándose como el órgano de mediación y de síntesis de los centros de poder autónomos que exigen nacer en los diferentes niveles de la sociedad civil.

Mayo de 1969

PRIMERA PARTE

ESTRATEGIA OBRERA Y NEOCAPITALISMO

INTRODUCCIÓN

El socialismo nunca ha sido una necesidad que se impusiera a las masas con evidencia fulgurante. Nunca hubo un paso inmediato de la rebelión primitiva a la voluntad consciente de cambiar la sociedad. El descontento de los trabajadores con respecto a su condición, aun estando poderosamente organizados, nunca se ha sobrepasado *espontáneamente* hacia el cuestionamiento de lo que, en la organización general de la sociedad, hacía insostenible esa condición. Con respecto a esto, nada ha cambiado desde Lenin, Marx o Pécqueur.

Lo que ha cambiado, sin embargo, es que en los países capitalistas avanzados el rechazo hacia la sociedad ha perdido su *base natural*. Mientras la miseria —es decir, la privación de lo que es necesario para vivir— fue la situación de la mayoría, pudo resultar obvia la necesidad de un vuelco revolucionario de la sociedad. Para alzarse contra el orden existente, proletarios y campesinos miserables no necesitaban saber qué otra sociedad pretendían construir: era lo peor el presente; no tenían nada que perder. Pero ahora, en las sociedades más ricas, lo peor ya no es tan seguro.

La miseria permanente subsiste en ellas, pero tanto en Francia como en los Estados Unidos sólo se halla en esa situación una quinta parte de la población. Además, esta población no es homogénea:

está concentrada en ciertas *regiones*, en ciertas *capas* que no son representativas de su *clase*: pequeños campesinos de regiones periféricas, ancianos, desocupados, obreros sin calificación, etc. Estas capas son incapaces de unirse para ejercer una acción decisiva sobre la sociedad y el Estado. Lo que tienen en común son necesidades, pero no una perspectiva con respecto a las condiciones para su satisfacción.

Ésta es una primera razón por la cual la miseria ya no puede servir como base para la lucha por el socialismo.

Hay una segunda: los trabajadores para quienes la satisfacción de sus necesidades *vitales* sigue siendo insuficiente, son *virtualmente* una retaguardia. El capitalismo desarrollado necesita no sólo una mayoría de trabajadores calificados; necesita también consumidores para sus productos. La reivindicación en nombre de las necesidades *inmediatas*, aunque sigue siendo necesaria, ya no conduce a un cuestionamiento radical de la sociedad.

Por eso no me extenderé sobre la miseria como base para oponerse al capitalismo. Más bien, trataré de determinar a qué nuevas necesidades da origen el desarrollo capitalista; en qué medida esas nuevas necesidades, por poco que se las ponga de manifiesto, son comparables en su *urgencia* a las necesidades antiguas; en qué medida implican también una crítica *radical* del capitalismo, es decir, de las razones de su insatisfacción permanente.

La cuestión esencial, entonces, será saber en qué necesidades hunde sus raíces la necesidad del socialismo cuando se embota la urgencia que nace de la miseria; y en qué condiciones esas necesidades pueden adquirir conciencia de sí mismas como necesidades de transformar radicalmente la sociedad.

Este tipo de reflexión conduce necesariamente a un cuestionamiento de numerosos aspectos de la estrategia tradicional del movimiento obrero. Sin embargo, no es su

cuestionamiento lo que vuelve caduca a esa estrategia: son los hechos. En sociedades desarrolladas donde la presión de las necesidades vitales se atenúa, ya no es posible fundar la necesidad del socialismo en una *negación* inmediata del sistema en vigor, en un rechazo. Como la intolerabilidad de ese sistema ya no es *absoluta*, sino *relativa*, son necesarias "mediaciones" suplementarias para que esa intolerabilidad se vuelva consciente. Y esas mediaciones sólo pueden ser *positivas*: deben revelar a los individuos la urgencia de las necesidades cualitativas que la ideología neocapitalista ignora o reprime; deben dar a esas necesidades conciencia de ellas mismas, previendo la posibilidad y las condiciones positivas de su satisfacción.

Ya no es suficiente razonar en función de la necesidad del socialismo como una cosa obvia; en adelante, esta necesidad sólo se reconocerá si el movimiento socialista precisa *lo que* el socialismo puede aportar, a qué problemas sólo él puede responder, y *cómo*.

Más que nunca, es necesario definir al mismo tiempo una alter. nativa global positiva y "objetivos intermedios" (mediaciones) que prefiguren, desde ahora, el sentido de aquélla.

La debilidad del movimiento obrero y socialista, en todos los países capitalistas y particularmente en Francia, ha sido hasta ahora su incapacidad más o menos aguda para unir la lucha por el socialismo con las luchas reivindicativas cotidianas. Esta incapacidad tiene sobre todo razones históricas. Durante treinta años por lo menos, el movimiento comunista ha propagado un catastrofismo profético con respecto al derrumbamiento inevitable del capitalismo. En los países capitalistas, su política ha sido el "atentismo revolucionario". Se suponía que las contradicciones internas irían agudizándose y la situación *de* las masas trabajadoras empeorando. Su levantamiento revolucionario se consideraba inevitable.

Este periodo ha dejado huellas todavía profundas. Hay dirigentes obreros que siguen temiendo que los éxitos reivindicativos demasiado importantes hagan desaparecer —o emboten por largo tiempo— el descontento de los trabajadores y su espíritu revolucionario. Temen que un mejoramiento sensible de la situación obrera o victorias parciales dentro de los marcos del capitalismo fortalezcan a éste al volverlo soportable.

Sin embargo, estos temores sólo reflejan un pensamiento fosilizado, una ausencia de elaboración estratégica y de investigación teórica. Con el pretexto de que las victorias parciales obtenidas en el seno del capitalismo serían inevitablemente reabsorbidas por éste, se ha levantado una muralla china entre las luchas presentes y las soluciones socialistas futuras. Entre aquéllas y éstas, está cortado el camino. Es como si la solución de los problemas debiera esperar la toma del poder por la clase obrera y mientras tanto no se pudiera hacer otra cosa que mantener el descontento y el ardor revolucionario.

Ahora bien, este tipo de actitud lleva a un callejón sin salida, y el ardor revolucionario empieza a vacilar por falta de perspectivas y de realizaciones positivas. Es cierto, el capitalismo es incapaz de resolver *a fondo* problemas esenciales que origina su desarrollo. Pero los resuelve *a su modo*, mediante concesiones y remiendos que aspiran a hacerlo socialmente tolerable. Entonces, el movimiento obrero y socialista se ve colocado a la defensiva: por no haber luchado para imponer sus propias soluciones, ha

perdido la iniciativa. Por no haber *anticipado* los problemas previsibles y por no haberse adelantado al capitalismo en la definición de las soluciones que deben buscarse, las clases trabajadoras cesan de afirmarse como *clases potencialmente dirigidas*. Por el contrario, es entonces el propio capitalismo quien *otorga* a los trabajadores soluciones a medias. Y con cada una de esas concesiones otorgadas, el capitalismo —a quien se ha dejado en libertad de definir por sí mismo la naturaleza y la extensión de sus medidas— afirma su avance y consolida su poder.

Esto es lo que ocurre con los problemas surgidos del Mercado Común, con los desequilibrios y las desigualdades entre regiones, con las cuestiones de reconversión, de desarrollo, de acondicionamiento de territorios, de creación de empleos, de formación y de adaptación profesional en función de la evolución técnica. .. Para cada uno de estos problemas, el capitalismo no tiene solución satisfactoria y ni siquiera solución a secas. Pero el movimiento obrero europeo (con excepción tal vez del italiano) todavía no ha sabido definir concretamente las suyas y entablar la batalla por ellas. Por eso no avanza hacia la toma del poder y no aumenta su poderío. Por eso tampoco convence a todos aquellos que no están persuadidos de antemano, de que una vez en el poder sabrá resolver a fondo todos los problemas. En resumen, postula la cuestión del poder como resuelta: "Cuando estemos en él... ". Pero precisamente toda la cuestión reside en estar en él, en forjar los medios y la voluntad de llegar a él.

¿Es posible, *desde dentro* del capitalismo —es decir, sin haberlo derrocado previamente— imponer soluciones anticapitalistas que no sean inmediatamente incorporadas y subordinadas al sistema? Es la vieja cuestión sobre "reforma y revolución". Era (o es) primordial cuando el movimiento podía (o puede) elegir entre la lucha por las reformas y la insurrección armada. Por eso la cuestión ya no se presenta en forma de alternativa: se refiere solamente a la posibilidad de "reformas revolucionarias", es decir, de reformas que vayan hacia una transformación radical de la sociedad. ¿Es posible?

Para empezar, hay que hacer a un lado la hipoteca nominalista: toda lucha por reformas no es necesariamente reformista. La línea divisoria (que no siempre es muy nítida) entre reformas reformistas y no-reformistas se puede definir como sigue:

Es reformista una reforma que subordina sus objetivos a los criterios de racionalidad y de posibilidad de un sistema y de una política determinados. El reformismo hace a un lado de entrada los objetivos y las reivindicaciones incompatibles con la conservación del sistema, por profundamente arraigados que estén en las necesidades.

No es necesariamente reformista, en cambio, una reforma que se reivindica no en función de lo que es posible en los marcos de un sistema y de una administración dados, sino de lo que *debe hacerse posible* en función de las necesidades y de las exigencias humanas.

En otras palabras, la característica de una lucha por reformas no-reformistas —por reformas anticapitalistas— es que no hace depender la validez y el derecho de ciudadanía de las necesidades, de criterios de racionalidad capitalista.²⁸ No se determina en

²⁸ El "contra-plan", preconizado en Francia por socialistas marxistas o no, es una noción ambigua. Los comunistas franceses le reprochan su reformismo. Ahora bien, es imposible decidir *a priori* si este repro-

función de lo que *puede* ser, sino de lo que *debe* ser. Y entonces, hace depender la posibilidad de alcanzar su objetivo, de las transformaciones y de los medios políticos y económicos que deben utilizarse. Esas transformaciones pueden ser bruscas, como también pueden ser progresivas. Pero en todo caso, presuponen una modificación de la relación de fuerzas; presuponen que los trabajadores conquisten *poderes* o afirmen *una potencia* (es decir, un poder no institucionalizado) suficientes para abrir, para mantener abiertas y para ampliar en el seno del sistema, orientaciones que son otras tantas brechas que conmueven al capitalismo en sus goznes. Presuponen reformas de estructura.²⁹

Sin embargo, los poderes obreros conquistados en el marco del sistema capitalista, ¿no son reabsorbidos inevitablemente por éste y subordinados a su funcionamiento? La cuestión es esencial para el movimiento marxista; y la única respuesta posible³⁰ es la siguiente: el peligro de subordinación existe, pero la subordinación *no es inevitable*. Hay que correr el riesgo, pues no hay otro camino. La toma insurreccional del poder está excluida, el atentismo conduce al movimiento obrero a la disgregación. La única línea posible, para él, es conquistar desde ahora poderes que lo preparen para la dirección de la sociedad y le permitan, entretanto, controlar y orientar su evolución, establecer mecanismos antagónicos que restrinjan o disloquen el poder del capital.

Lo que se cuestiona no es entonces la oportunidad de los "contrapoderes", sino su *naturaleza* y su modo de articulación con el poder del Estado capitalista. La alternativa no es entre la conquista, el ejercicio, la ampliación constante de los poderes por los trabajadores, por una parte, y la voluntad (necesariamente abstracta) de tomar *el po-*

che es fundado o no.

Al menos tal como ha sido expuesto en *Pour un front des travailleurs* (Julliard, 1963), el proyecto de contra-plan aspira a definir objetivos en función de las necesidades, para determinar después en qué condiciones y en qué plazos pueden alcanzarse esos objetivos.

—¿Es reformista, por ejemplo, reclamar la construcción de 500000 viviendas por año y una democratización real de la enseñanza secundaria y superior? Es imposible afirmarlo. Habría que decidir primero si se pretende expropiar a los propietarios de los terrenos para las construcciones y hacer de la construcción un servicio público socializado, destruyendo así un importante centro de acumulación del capital privado. O si, por el contrario, se pretende hacer subvencionar la empresa privada para garantizarle sus ganancias con el dinero de los contribuyentes.

Habría que decidir también si se pretende continuar, construyendo de cualquier manera, en cualquier lugar, al menor precio, viviendas obreras, o si se pretende establecer tanto las viviendas como las nuevas empresas en función de criterios de nivel óptimo humano y social.

Según los casos, el objetivo de las 500000 viviendas será neocapitalista o anticapitalista.

²⁹ Cada vez que utilice el término reforma de estructura, debe entenderse que se trata de una reforma que racionalice el sistema existente mientras deja en pie el reparto de poderes existente; que *no se* trata de delegar al Estado (capitalista) la tarea de enmendar el sistema.

La reforma de estructura, por definición, es una reforma *aplicada o controlada por quienes la reclaman*. Ya sea agraria, universitaria, de propiedad de la tierra, regional, administrativa, económica, etc., la reforma de estructura comporta *siempre* el nacimiento de nuevos centros de poder democráticos.

Ya sea al nivel de empresas, de escuelas, de municipios, de regiones, del Plan, etc., la reforma de estructura comporta siempre una *descentralización* y una desmultiplicación del poder de decisión, una *restricción de los poderes del Estado o del Capital*, una *extensión del poder popular*, es decir, una victoria de la democracia sobre la dictadura de la ganancia. Ninguna nacionalización es *en sí misma* una reforma de estructura.

³⁰ Que se encuentra en la gran mayoría de los marxistas italianos, ya sean comunistas o, como Lelio Baso y Vittorio Foa, socialistas de izquierda.

der, por otra parte. La alternativa es entre poderes *subalternos* y poderes *autónomos*.

Por poderes *subalternos* hay que entender la asociación o la participación de los trabajadores en una política y en una administración económicas cuya responsabilidad se les incita a compartir *en el nivel de los resultados y de la ejecución*, mientras se les prohíbe entrometerse *en las decisiones y los criterios en virtud de los cuales se han fijado esa política y esa administración*. Por ejemplo, se invita al sindicato a "insertarse" en una política predeterminada fuera de él, al nivel de la empresa,³¹ y a "participar" en la aplicación de esa política. Se le permite "discutir" la aplicación, e incluso *los efectos* de la administración capitalista. Pero, al mismo tiempo, se espera que no podrá discutir *los efectos*, pues se le ha hecho cómplice desde el comienzo de las premisas de las cuales éstos se desprenden. Y como precaución suplementaria, se prevé un "arbitro" que cuida que la discusión de los efectos no ponga en tela de juicio esas premisas.

Por poder *autónomo*, en cambio, hay que entender el poder de los trabajadores de cuestionar, a través de los efectos y las modalidades de ejecución, las premisas mismas de una política de administración; de cuestionarlas incluso por anticipado, gracias al poder de control sobre todos los datos en cuya virtud se elabora la política de administración.³² Semejante poder autónomo es un primer paso hacia la subordinación de las exigencias de la producción a las exigencias humanas, que tiene como perspectiva última la conquista del poder de autogestión.³³

El ejercicio de este tipo de poder autónomo no puede limitarse a la discusión puramente negativa. Pero también es evidente que la patronal no lo otorgará nunca, ni siquiera lo cederá sin combate.³⁴ Se lo debe imponer en lucha abierta. Y aun una vez impuesto (como en el caso de los metalúrgicos italianos, después de nueve meses de lucha), sólo se puede ejercer mediante una movilización constante. Por otra parte, tenderá inevitablemente a rebasar los marcos de la gran empresa, pues es verdad que la política de administración de un monopolio u oligopolio está en relación estrecha de condicionamiento recíproco con la política económica del Estado, la vida de la ciudad, del municipio, de la región.³⁵

Por lo tanto, lejos de preparar la integración y la subordinación del movimiento obrero al Estado, el poder autónomo de los trabajadores —en las grandes empresas, pero también en las municipalidades, los municipios, los servicios públicos, los orga-

³¹ Cf. Bloch-Lainé, *Pour une réforme de l'entreprise*. Seuil, 1963.

³² Volveremos sobre esto en forma extensa.

³³ La palabra francesa *gestion* la traducimos siempre por "administración". En el caso de "autogestión", usamos en español el neologismo "autogestión" —que correspondería a "autoadministración" — pues ya se ha hecho voz común en la terminología socialista. [T.]

³⁴ "El poder contractual del sindicato en la empresa sólo es aceptado por la patronal cuando es *aparente* —es decir, cuando forma parte de una política predeterminada y centralizada— pero no cuando pretende ser *real*, es decir, cuando expresa las exigencias reales de los trabajadores con respecto a las condiciones reales de su trabajo." Vittorio Foa, *Rassegna sindacale*, 28 de septiembre de 1963.

³⁵ La CGIL [Confederazione Generale Italiana del Lavoro] en Italia y (al menos en parte) la CFDT [Confédération Française Démocratique du Travail] en Francia consideran al poder sindical de controlar y de condicionar la administración de las grandes empresas como la primera condición para una planificación antimonopolista o democrática.

nismos regionales, las cooperativas, etc.— puede asegurar el desarrollo dialéctico de la lucha a un nivel cada vez más elevado. Es al mismo tiempo la fuente y la etapa indispensable para la elaboración y para la búsqueda de los objetivos sintéticos de una política de recambio anticapitalista.

Además, es un momento indispensable de la formación y de la educación de las masas, a las que les permite aprender el socialismo no como un más allá trascendente y como un futuro indeterminado, sino como el horizonte de una praxis que está ya en acción, horizonte que no se les invita a anhelar en abstracto, sino a buscar a través de objetivos parciales que lo significan.

Se trata claramente, en tal caso, de una estrategia de conquista *progresiva* del poder por los trabajadores, que por lo demás no excluye la posibilidad, y aun la necesidad, de una toma del poder revolucionaria para una etapa ulterior.

¿Significa esta estrategia un paso atrás porque renuncia a tomar el poder inmediatamente y a instaurar el socialismo de un solo golpe? Sería así si fuera posible la toma del poder revolucionaria, o si su perspectiva arrastrara a las masas a un estado de movilización. Pero no es ese el caso. Es imposible —sobre todo para los marxistas— pretender explicar el actual estado de desmovilización de las masas por la ausencia de fervor revolucionario en los dirigentes. En verdad, el estado de desmovilización se debe hoy al hecho de qué todavía no se ha definido la *posibilidad*, ni la *forma*, ni el *contenido* de lo que sería actualmente un poder político de los trabajadores.

Mientras la situación de los trabajadores era inmediata y absolutamente insoportable, la conquista del poder era un fin inmediatamente y en sí misma. En la actualidad, en cambio, la conquista del poder sólo será un objetivo movilizador si se precisa para qué realizaciones —imposibles en el régimen capitalista— el *medio* tiene que ser el poder de los trabajadores. ¿Por qué hacer el socialismo? ¿Cómo y de qué manera?

La respuesta a estas preguntas es hoy una *cuestión previa*. La movilización dirigida a la conquista del poder y del socialismo —términos abstractos que ya no son movilizados en sí mismos— debe pasar por la *mediación* de objetivos movilizados intermedios: la lucha por objetivos parciales, engranados en necesidades profundas y que ponen en tela de juicio las estructuras capitalistas; la lucha por poderes parciales autónomos y *su ejercicio* debe permitir a las masas vivir el socialismo como una realidad *ya* en acción, que trabaja por dentro al capitalismo y exige expandirse libremente. En vez de oponer en forma dicotómica el presente al futuro como el Mal al Bien, la impotencia presente al poder futuro, la tarea es hacer presente el futuro y sensible ya el poder, a través de acciones que reflejen para los trabajadores su fuerza positiva: su capacidad de medirse con el poder del capital y de imponerle su voluntad.

Es cierto, el socialismo sólo puede ser la hegemonía de la clase obrera, la propiedad pública de los medios de producción. Pero para llegar a ello, hay que apuntar ante todo hacia objetivos intermedios en cuyo horizonte el socialismo se dé como posible, reciba una significación concreta, aparezca como alcanzable. Para que surja en la prolongación de las luchas y de las exigencias presentes, no se le puede plantear de entrada como un sistema, como una solución preexistente a todos los problemas. Por el contrario, debe presentarse como el sentido global de respuestas concretas a problemas específicos. Desde este punto de vista las nacionalizaciones no son hoy — como tampoco lo es el poder— fines en sí mismas, como en la época de Pecqueur:

para conquistarlas, hay que luchar, pero para luchar por ellas, hay que saber primero para qué servirán, para qué fin deben ser el medio.³⁶

Políticamente, el socialismo sólo puede ser el poder de clase de los trabajadores; económicamente, sólo puede ser la propiedad colectiva de los medios de producción, es decir el fin de la explotación. Pero no es solamente esto: es también un nuevo tipo de relación de los hombres entre ellos, un nuevo orden de prioridades, un nuevo modelo de vida y de cultura. Si no es también todo esto, pierde su sentido. Este sentido, para definirlo en una frase, es: la subordinación de la producción a las necesidades, tanto en cuanto a *lo que se produce* como a *la manera* de producirlo. Se entiende que las necesidades, en una sociedad desarrollada, no son solamente cuantitativas (necesidades de bienes de consumo) sino también cualitativas: necesidades de desarrollo libre y multilateral de las facultades humanas; necesidades de información, de comunicación, de fraternidad; necesidad de liberarse no sólo de la explotación, sino también de la opresión y de la enajenación en el trabajo y en el ocio.

Si en los dos primeros capítulos siguientes se habla mucho más de estrategia sindical que de estrategia política, se debe a que el sindicato, mucho más que el partido, es el catalizador y el lugar de elaboración de la conciencia de clase en la sociedad neocapitalista. En efecto, en todos sus aspectos la civilización neocapitalista tiende a ser una civilización de masas. Su propaganda, que ante todo es comercial, somete a los imperativos comerciales los medios que los individuos tienen para informarse y para mantenerse en comunicación unos con otros. Para vender periódicos, ondas radiofónicas o productos de consumo de masas, se dirige a los individuos en sus características comunes y medias, tratando de borrar y de encubrir los conflictos que los oponen, las barreras que los separan: la gran marca, la gran firma, la gran prensa, etc., deben ganar el favor de un público heterogéneo y diverso; tratarán entonces de ignorar lo que divide y diferencia a ese público, de escamotear los problemas candentes y de dirigirse a los "consumidores" por encima de las fronteras de clase. La negación de las clases es una ideología basada en el mercantilismo.

Es normal que esta ideología, portadora de "cultura de masas", invada el terreno político y que partidos (o más bien hombres) políticos, en busca de clientela, retomen por su cuenta la ideología de masas y sus métodos de seducción comerciales. La cosa es tanto más normal cuanto que el capitalismo monopolista de Estado exige la concentración y la continuidad del poder³⁷ y que, una vez establecido el régimen presidencial, los partidos políticos se ven obligados a reagruparse en dos campos en su

³⁶ La nacionalización de la siderurgia, por ejemplo, que se ha tomado como un punto de programa, es hoy la menos interesante de las nacionalizaciones previsibles. Pues esta vieja industria está perdiendo empuje, su tasa de rentabilidad es baja, está ya virtualmente controlada por el Estado. Su nacionalización, en lugar de desplazar la relación de fuerzas y de abrir una brecha en el sistema capitalista, puede también fortalecerlo: un gobierno neocapitalista, al comprar la siderurgia, podrá hacer un favor a sus propietarios actuales permitiéndoles invertir sus capitales en industrias en crecimiento mucho más rentables.

Lo que se debe buscar, en cambio, es la nacionalización de éstas, que son los principales centros de acumulación del capital: de la química, del petróleo, de la electrónica, de las construcciones mecánicas y eléctricas. Pues son los trabajadores de estas industrias —incluidos los trabajadores científicos— quienes pagan los costos de su administración anárquica.

³⁷ La cuestión de saber en qué medida esta exigencia es inherente a toda sociedad industrialmente desarrollada se discutirá más adelante

competencia por el poder supremo.

Entonces, a la "cultura de masas" tiende a suceder la "democracia de masas", es decir la competencia de todas las organizaciones por el apoyo del "centro", de las "masas" menos politizadas. En el periodo electoral o preelectoral, ambos campos buscan pues, a su vez, limar las aristas, atenuar los conflictos, las divisiones, las diferenciaciones.

La autonomía sindical reviste entonces una importancia primordial. Pues el sindicato se convierte en la única organización de masas que escapa a los imperativos de la democracia de masas y que, lejos de debilitarse, se fortalece cuando plantea los problemas en su especificidad real. En las empresas, los municipios, las regiones, el sindicato se convierte en el lugar privilegiado donde se elabora la conciencia de clase, la conciencia de las necesidades, de las exigencias, de los fines que hay que buscar; el lugar privilegiado también, donde se sigue viviendo en toda su intensidad el conflicto entre capital y trabajo. La lucha sindical reviste inevitablemente un contenido político, pues es evidente el lazo entre la situación de los trabajadores en los lugares de trabajo y la organización de la sociedad, entre las exigencias específicas de los trabajadores y las condiciones económicas, políticas, sociales para satisfacerlas.

Por eso hay que rechazar con intransigencia toda tentativa de subordinar el sindicato a los partidos, de limitar o disciplinar su autonomía reivindicativa, de someter su acción a criterios objetivos como la coyuntura económica, la evolución de la productividad, de la producción o de las ganancias... Y esta defensa intransigente de la autonomía reivindicativa debe ser incondicional y permanente, cualquiera que sea el color político del gobierno, cualesquiera que sean el tipo y los objetivos de la planificación económica.

Hay tres razones fundamentales para esto:

1] La primera es de orden económico. Aunque conserva muchos partidarios en Europa occidental, una política de salarios autoritaria que una la evolución de los salarios a la de la productividad, se ha revelado impracticable en todas partes donde se la ha intentado, incluidos los países socialistas. En éstos, del mismo modo como los planificadores han llegado a reconocer la importancia del mercado como *revelador* de la demanda individual —y por lo tanto, en medida limitada, como *regulador* de la producción según las necesidades— así mismo han llegado a reconocer la importancia de un "mercado del trabajo", es decir de una autonomía reivindicativa del sindicato.

En efecto, es imposible evaluar el valor de la fuerza de trabajo según criterios puramente objetivos, económicos.

Semejante evaluación no podría tomar en cuenta la calidad atrayente o repugnante de trabajos igualmente productivos e igualmente calificados.

No permitiría atraer —o mantener— a los trabajadores en los empleos y en las regiones donde son socialmente necesarios, pero donde su productividad aumenta más lentamente.

Presentaría el riesgo de cegar el reclutamiento para esos empleos, o de hacer necesario un reclutamiento autoritario, apoyado en presiones (incluyendo la presión que constituye el desempleo).

Desalentaría el progreso técnico en las ramas y los servicios de *débil productividad*, pues el progreso técnico sólo se buscará resueltamente en ellas si la creciente carestía de la mano de obra lo impone por razones económicas.

Si se trata de eludir estos inconvenientes de una política de salarios diferenciada según la productividad de las ramas y de las regiones, mediante una política de salarios indiferenciada, ligada no ya a la evolución de las productividades locales sino a la evolución de la productividad global (nacional), el resultado no será mejor. En efecto, semejante política desalentaría la búsqueda del progreso técnico en las ramas de *productividad elevada*, que son también las ramas más concentradas y más aptas para promover la investigación tecnológica. Los oligopolios o monopolios de esas ramas, sustraídos de la presión reivindicativa del sindicato, ya no se sentirían incitados a tratar de economizar el trabajo humano. Regularían a su antojo la productividad y por lo tanto el nivel de vida de los trabajadores. El estimulante más potente del progreso técnico llegaría a desaparecer si desapareciera la *tensión permanente entre salarios y productividad*, tensión que sólo la autonomía reivindicativa del sindicato permite mantener.³⁸

2] La segunda razón por la cual se rechazará categóricamente todo atropello a la autonomía reivindicativa del sindicato, es que éste tiene como función permanente la de *expresar las necesidades que nacen de la producción* y, más ampliamente, de la vida social. Su papel es discutir las exigencias inertes del proceso de producción mediante las exigencias vivas de los trabajadores, para someter aquello a éstos. "El salario es el precio histórico de la fuerza de trabajo..., precio ligado a la evolución de las necesidades sociales..." Tiene como función no solamente provocar cambios de orientación-en el desarrollo económico, sino también "registrar el nivel medio de las necesidades a que dieron origen esos cambios".³⁹

Toda subordinación de la autonomía reivindicativa —es decir, de la posibilidad que tienen las necesidades de expresarse— a una situación económica dada, debe ser pues condenada en tiempos normales como profundamente antidemocrática.

3] En el plano político (o político-económico), finalmente, las acciones reivindicativas de masas son el principal medio de que dispone el movimiento obrero para poner en crisis al capitalismo; para revelar su incapacidad, aun en los países altamente desarrollados, para satisfacer prioritariamente las necesidades fundamentales; para poner al alcance de la mano y para imponer reformas de estructura necesarias, especialmente la orientación pública de las inversiones, la planificación pública de la economía según las necesidades. Estas medidas sólo se vuelven políticamente posibles si mediante la presión de las masas, se coloca al sistema en la imposibilidad de funcionar según su lógica propia.

Aun en los medios socializantes, se objeta a menudo que para imponer una nueva

³⁸ Véase sobre esto el excelente estudio de Paolo Santi, "Sindacati e Politiche di controllo dei salari", *Quaderni di Sindacato Moderno*, número 1, FIOM, Roma, 1964.

³⁹ *Ibid*

orientación de la economía —una planificación democrática o socializante— el sindicato debe aceptar, en cambio, una limitación y una autodisciplina reivindicante. En realidad no es así en absoluto.⁴⁰

La función permanente del sindicato es expresar las necesidades reales y pesar en favor de su satisfacción; la función del Plan, en cuya elaboración el sindicato tiene el mayor interés en participar, es organizar *los medios* para esta satisfacción. La tensión entre las necesidades y los medios para satisfacerlas es el motor mismo de la planificación, y hasta de la democracia. La tensión entre el sindicato y el Plan se debe aceptar como un hecho permanente.

Cuando el vigor de la presión sindical pone en peligro los objetivos de un Plan, a éste corresponde defenderse; tiene los medios para ello. Y en la medida en que el sindicato ha aprobado los objetivos —que por otra parte él ha *impuesto*, en gran medida, a los planificadores— aceptará los medios de defensa que el Plan pone en acción. Esos medios son esencialmente *fiscales*: en particular, consisten en absorber, por medio de impuestos directos y de impuestos sobre el consumo diferenciados, el poder de compra excedente que podría aparecer como consecuencia de victorias reivindicativas. Y es obvio que las contramedidas que el Plan pone en acción —la naturaleza de los impuestos, la orientación y las prioridades que éstos imprimen al consumo, los gastos o inversiones que deben cubrir— a su vez podrán ser discutidas o negociadas por el sindicato.⁴¹

Por lo tanto, la política nacional - de salarios no es en modo alguno una necesidad de la planificación. Expresa sólo la voluntad política del capitalismo organizado de integrar el sindicato en el sistema, de subordinar el consumo a la producción y la producción a la obtención de la ganancia máxima. Contra esta voluntad política, el sindicato sólo puede defenderse mediante una voluntad política inversa y autónoma, independiente con respecto a los partidos y al Estado, y arraigada en las exigencias específicas de los trabajadores.

Bastión de las realidades de clase frente a las ideologías de masas y a sus ficciones, el sindicato, en la medida en que desempeña su papel, se convierte en una fuerza de propulsión para la política.⁴² Por medio de él la contradicción fundamental del capitalismo —la inherente a las relaciones de producción— se manifiesta continuamente en su realidad viva y concreta. En él, a' nivel del trabajo, enajenado, toman forma concreta reivindicaciones revolucionarias en su verdad y en su sentido (sino en su contenido inmediato): la reivindicación de someter la producción a las necesidades, la manera de producir a las exigencias humanas de los que producen, el capital a la sociedad. En él solamente puede forjarse desde ahora el hombre socialista: el "trabajador

⁴⁰ Cf. respecto de esto la posición de la CGIL tal como se expresó en particular en el 14o. Congreso de la FIOM [Federación Italiana de Obreros Metalúrgicos]. Ver también Bruno Trentin, "Politica dei redditi e programmazione", en *Critica Marxista*, 1-1964, en particular pp. 54-59.

⁴¹ En la práctica, la presión reivindicativa en una economía socializante o de transición tendría como efecto, evidentemente, a través del juego de semejantes redistribuciones públicas de la renta nacional, un fortalecimiento constante de la iniciativa pública en detrimento de la privada.

⁴² Su acción, sin embargo, no tiene salida si las contradicciones de clase que revela no tienen relevancia y no reciben una unidad —perspectiva por la acción política de los partidos. Los partidos obreros no pueden nada sin luchas obreras de masa, y éstas no pueden durar indefinidamente sin aquéllos

asociado" a los otros trabajadores para regular la producción y los intercambios; el productor que domina el proceso de la producción en lugar de estar sometido a él; el hombre de la praxis creadora. El socialismo será muy poco —incluso tal vez no será nada— si no es ante todo esos hombres, si no es un nuevo orden de prioridades, un nuevo modelo de consumo, de cultura, de colaboración social.

Este modelo está todavía por definir en cada sociedad altamente industrializada. Aún no existe en ninguna parte. Hasta ahora también las sociedades socialistas han subordinado el consumo a la producción, y las necesidades, las exigencias creadoras, la cultura, la educación a las exigencias del proceso de acumulación. En ciertos aspectos, esta subordinación ha sido allí incluso más sistemática y más intransigente que en la fase *avanzada* del capitalismo.

Es que el socialismo no ha sido hasta ahora más que un gigantesco y sistemático esfuerzo de acumulación pública, espoleado por la escasez aguda de todo y por las amenazas exteriores. Ahora esto se admite en forma general. Pero por lo mismo, se plantea también la cuestión de saber cómo se puede reconquistar desde sus enajenaciones y devolver a su finalidad original a este socialismo de guerra o este socialismo de la escasez, que no tiene mucho que ver con el socialismo tal como lo concebía Marx.

Pues cuando se comienza por considerar a los individuos como medios de producción, a la sociedad como un instrumento para la acumulación, al trabajo como una herramienta para forjar herramientas (cosa que innegablemente han hecho hasta ahora los Estados socialistas), no se prepara a los hombres para emanciparse y para construir una sociedad que tome a la producción como medio y al hombre como fin.

A fuerza de subordinar los fines humanos a las exigencias técnicas, la misma victoria sobre la escasez corre peligro de verse viciada. Una sociedad que durante demasiado tiempo ha sido el medio de la producción, en lugar de ser su razón, inevitablemente será presa de rigideces y de esclerosis burocráticas que, al impedir la manifestación de las necesidades, impiden que la producción se ajuste a ellas cuando este ajuste se hace teóricamente posible; por ellos resultarán falseadas la concepción y hasta el funcionamiento del plan económico.

De hecho, aun allí donde se ha vencido la escasez aguda, el socialismo no existe todavía más que como una infraestructura que a menudo funciona mal.⁴³ Hay una sola excepción: Yugoslavia, donde, a pesar de la escasez, se han establecido sin más espera estructuras para subordinar la producción a las necesidades, los medios al fin, es decir a la emancipación y al pleno desarrollo del trabajador, del hombre. Circunstancias históricas particulares y cuya generalización es imposible, han permitido esta excepción. (Por lo demás, el error de los yugoslavos consiste en no tener suficientemente en cuenta, en su política *exterior*, el carácter excepcional de su experiencia.)

Pero la cuestión no es esa. Lo que pretendo subrayar con este paréntesis, es que no existe y no puede existir actualmente una sociedad socialista que el movimiento obrero de los países de capitalismo avanzado pueda tomar como modelo. Y que la pers-

pectiva, las reivindicaciones del movimiento obrero de Europa occidental pueden y *deben* ser más avanzadas, en materia de construcción del socialismo, que las de las sociedades socialistas existentes. El problema de la humanización de la producción y de su subordinación a las exigencias y a las necesidades de los individuos lo podemos abordar en términos más avanzados que en cualquier otra parte. Precisamente esto, por otra parte, es lo que la vanguardia marxista de los países socialistas espera de los marxistas de Europa occidental.

⁴³ En Checoslovaquia, sobre todo, la planificación no ha impedido la producción de cantidades inmensas —520 millones de francos en 1963 (algo más de 104 millones de dólares)— de bienes invendibles porque no correspondían a las necesidades y a los gustos.

I. MAS ALLÁ DE LOS CENTAVOS

No hay crisis del movimiento obrero, pero hay una crisis de la teoría del movimiento obrero. Esta crisis (en el sentido de reexamen, crítica, ampliación del pensamiento estratégico) se debe principalmente al hecho de que la reivindicación económica inmediata no *basta* ya para expresar y concretar el antagonismo radical de la clase obrera frente al capitalismo; y que esta lucha, por dura que sea, no basta ya para poner en crisis a la sociedad capitalista ni para afirmar la *autonomía* de la clase obrera frente a la sociedad en la cual ésta se incluye.

Ahora bien, la afirmación explícita y *positiva* de la autonomía de clase es una condición esencial de la perspectiva revolucionaria del movimiento obrero. Y por autonomía de clase hay que entender ante todo que la clase obrera, en su práctica cotidiana como en su actitud frente a la sociedad, se ubica como la negación permanente no sólo del orden social y del sistema económico, sino también del *poder* capitalista y de la *civilización* capitalista (de sus prioridades, de su jerarquía de los valores, de su cultura) en nombre de un poder y de una civilización diferentes en cuyo promotor y prefiguración cotidianos se convierte, como clase dirigente virtual.

1. De la miseria a la pobreza

Cuando digo que la lucha salarial ya no basta para explicar el antagonismo fundamental de las clases, entiendo ante todo que los problemas del nivel de vida, de la remuneración y de la reproducción simple de la fuerza de trabajo ya no tienen, en las sociedades capitalistas maduras, una urgencia tan grande como para que el derribo del sistema, el fin de la explotación, se puedan comprender a partir de ellos como una necesidad: la intolerabilidad del sistema capitalista para la clase obrera se ha vuelto *relativa*, y el derribo o la transformación de dicho sistema ya no se imponen, como hace treinta o cincuenta años, con la evidencia imperiosa de una necesidad vital. De ello resulta que las luchas económicas inmediatas, incluso durísimas, ya no abren por sí mismas perspectivas de transformación revolucionaria de la sociedad y hasta se acomodan a la ideología tradeunionista y reformista más pedestre.

En estas condiciones, mantener la teoría de la pauperización absoluta no tiene eficacia práctica alguna. No es que esta teoría sea absolutamente falsa desde el punto de vista económico: *si se* entiende por pauperización absoluta no el descenso, en un período dado, del poder de compra obrero medio,⁴⁴ sino la disparidad creciente entre el poder de compra por una parte y, por la otra, el costo real —*en condiciones de vida cambiantes*— de la reproducción social (y sobre todo de la reproducción *ampliada* que la evolución tecnológica y las nuevas calificaciones que ésta exige hacen necesaria) de la fuerza de trabajo —con todo lo que ésta exige de inversiones culturales sobre todo (formación profesional del trabajador y *de sus* hijos)— entonces la teoría de

la pauperización absoluta conserva validez.⁴⁵ No obstante, de todos modos su sentido ha cambiado.

Originalmente, la teoría de la pauperización significaba que había una contradicción inmediatamente explosiva entre las necesidades vitales de los trabajadores y las leyes de bronce de un capitalismo que condena a sus obreros a la semana de 7 días y de 70 horas o más, a la subalimentación, al agotamiento físico precoz etc. Significaba que el capitalismo implicaba para el proletariado la *imposibilidad de vivir* y que, a la inversa, la sola afirmación de la necesidad de vivir era ya en sí misma una negación revolucionaria de la sociedad. En la medida en que ésta negaba al obrero la posibilidad de reproducir su fuerza de trabajo *física*, bastaba plantear reivindicaciones en nombre de la necesidad de consumo más inmediata para que esa reivindicación tuviera un contenido revolucionario inmediatamente consciente: la necesidad de la revolución se confundía con la de vivir; su obra material era inmediata y simple.

Ahora bien, basta examinar las últimas reformulaciones de la teoría de la pauperización para comprobar que ésta, fundada ahora en el *razonamiento* económico, ha perdido su evidencia inmediata y deslumbrante; si haciendo un esfuerzo, se puede probar la no satisfacción creciente de necesidades ligadas a la reproducción de la fuerza de trabajo, estas necesidades (*históricas* y no ya elementales) ya no tienen un carácter absolutamente imperioso. ¿Quiere decir que la revolución ha dejado de ser necesaria? Eso es al menos lo que afirman los teóricos burgueses de la "opulencia". Y para desmentirlos los teóricos del PCF o de la CGT, aferrándose a la teoría de la pauperización, demuestran incansablemente que los trabajadores nunca han sido tan pobres, que nunca ha sido tan grande la amplitud de las necesidades insatisfechas. Al hacerlo, dejan de lado el problema de fondo.

En efecto, tienen razón y no la tienen, a la vez. Tienen razón, porque la noción de *pobreza* designa, en una sociedad y a un nivel de desarrollo dados, el conjunto de las *posibilidades* (sobre todo culturales, sanitarias, médicas) y de las *riquezas* que se *niegan* a un individuo mientras se le proponen como la norma virtualmente válida para todos; por lo tanto, el que la *pobreza* nunca ha sido mayor es una afirmación demostrable. Pero no tienen razón, porque a esta mayor pobreza no corresponde —todo lo contrario— una *miseria* mayor. La amplitud de las necesidades insatisfechas no es hoy *de la misma naturaleza* que hace cincuenta o cien años: entonces, se trataba de necesidades elementales insatisfechas (miseria), hoy, se trata de necesidades históricas.⁴⁶ Y éstas no tienen la misma urgencia absolutamente imperiosa que aquéllas. Ya no afirman la exigencia absolutamente imperiosa de *vivir*, sino la exigencia, infinitamente elástica, de *vivir mejor* o de vivir "humanamente". Y si la revolución es una necesidad inmediata cuando la posibilidad de vivir está determinada por ella, no sucede lo mismo cuando lo que está en juego es la posibilidad de vivir mejor, o de otro modo.

Con esto, no pretendo afirmar que no se puede hacer la revolución para vivir mejor o de otro modo. Solamente afirmo que la urgencia revolucionaria, en este caso, ya no

⁴⁴ La CGT sostenía todavía recientemente que había bajado un 30% en veinte años, en la región parisina.

⁴⁵ Cf. sus interpretaciones en Arzoumanian, André Barjonet y Roger Garaudy, que no concuerdan con la tesis que Marx podía plantear en los manuscritos de 1844, ni con la que continúa defendiendo la CGT, antes mencionada

⁴⁶ O histórico-fundamentales. Volveremos a tratarlo en el capítulo iv

está dada en la naturaleza de la necesidad de consumo misma, y que, para que las insatisfacciones existentes adquieran semejante urgencia, es necesario un nivel de conciencia y de elaboración teórica y práctica que no era necesario hasta ahora en el mismo grado. Y el recurso a las formas modernizadas de la teoría de la pauperización ha tratado equivocadamente de economizar esta elevación necesaria del nivel de conciencia, del nivel de la lucha, estas nuevas *mediaciones* necesarias para hacer que la insatisfacción inmediata lleve a la voluntad de transformaciones radicales. Esta teoría se ha convertido en una almohada de pereza: al igual que la teoría de la inevitabilidad de las crisis catastróficas, sostenida en la época stalinista, se basa en el *descontento creciente de las masas* como en un callejón sin salida absoluto hacia el cual se dirigiría el capitalismo. Convencida de que éste sólo puede conducir de lo malo a lo peor, esta teoría prevé su intolerabilidad absoluta. Y esto le ahorra la tarea de elaborar una estrategia de la conquista progresiva del poder y de la inclusión activa dentro de las contradicciones capitalistas.

El callejón sin salida predicho para el capitalismo se convierte, por eso mismo, en el callejón sin salida del atentismo revolucionario. Pues mientras las sociedades capitalistas desarrolladas, de buena o mala gana integran los impulsos reivindicativos de las clases trabajadoras como un factor entre otros en la búsqueda del equilibrio económico, la estrategia obrera, por su parte, sólo imperfectamente integra las tendencias modernas del capitalismo maduro en sus cálculos. Habituada a extraer su fuerza de la intolerabilidad inmediata del sistema, de su "negación negativa", esa estrategia no siempre tiene conciencia de que en la sociedad capitalista madura —en la cual las diferencias entre clases tienden a referirse menos a la cantidad que a la calidad de los consumos, y en la cual un mismo "modelo opulento" se propone a todos los "consumidores" a través de fuentes de información y de formación comunes— tiene importancia oponer al propio modelo capitalista una "negación positiva", esencialmente cualitativa, que oponga a las prioridades de la "sociedad opulenta" prioridades diferentes y más verdaderas, y a las necesidades inducidas por la civilización capitalista, las necesidades menos inmediatas pero más profundas que ninguna reivindicación de consumo puede satisfacer. Dicho en otras palabras, ya no es al nivel de las puras necesidades de consumo donde se sitúa la línea de ruptura revolucionaria entre las clases; hasta diría: todo lo contrario.

En efecto, a las reivindicaciones generales de consumo y de ocios, el capitalismo maduro, con sus capacidades de producción no empleadas y sus liquideces en busca de colocación, está en condiciones de oponer la línea de defensa más elástica. Puede reabsorber tanto aumentos nominales de salarios como reducciones de horarios sin que las ganancias ni, sobre todo, el poder de los monopolios se vean afectados, sin que la clase obrera, con sus victorias reivindicativas, aumente en nada su poder.

Al contrario, esas reivindicaciones inmediatas, por el hecho mismo de que son generales e indiferenciadas, se convierten en factores objetivos de división de la clase obrera. La estadística bien puede revelar que la remuneración por hora directa y real del obrero metalúrgico en la región de París está estancada o en retroceso; es imposible basar sobre ese hecho una estrategia reivindicativa: pues los obreros pagados sobre la base de los mínimos por hora son una fracción decreciente del conjunto de obreros no mensualizados; y los no mensualizados son una fracción decreciente de la clase obrera. La patronal se ingenia para diversificar los estatutos, las clasificaciones, las ventajas no adquiridas; para multiplicar los premios de asistencia, de productivi-

dad, las "gratificaciones" variables o simplemente los premios por cliente. La evolución de los salarios es divergente según las regiones, las ramas, las empresas de una misma rama, las profesiones y las categorías. Una reivindicación indiferenciada de 5 a 10% de aumento del salario básico ya ha dejado de ser movilizadora para una masa importante de obreros profesionales y de técnicos que, en grandes empresas presionadas por la escasez de mano de obra, cobran una parte importante de su salario en forma de premios.⁴⁷

2. El callejón sin salida

Por lo mismo, la cuestión reside menos en saber si hay pauperización o no de los trabajadores pagados a la tarifa mínima por hora, que en inventar una estrategia reivindicativa que tome en cuenta necesidades y exigencias de trabajadores tan diferentes como el peón con salario mínimo garantizado, el obrero especializado pagado por hora y por rendimiento, el especialista pagado por hora y por tarea, el técnico o empleado pagado por mes. Ahora bien, es evidente que semejante estrategia debería basarse sobre *los problemas específicos de la situación obrera* en las diversas empresas mucho más que sobre promedios estadísticos; sobre una visión unificadora de los *conflictos de clase* —que se refieren principalmente a las relaciones de producción, a las relaciones de trabajo, a las relaciones de poder— mucho más que sobre una pauperización relativa *media* de los trabajadores, media que encubre desigualdades crecientes. La necesaria diversidad de los objetivos al nivel de la acción directa sólo se podrá unificar al nivel de la visión estratégica.

Las reivindicaciones de salario generales e indiferenciadas ya no pueden dar esta perspectiva unificadora a la clase obrera. Por el contrario, tienden a dividir a los trabajadores relativamente privilegiados de las empresas avanzadas —a quienes la patronal tiende a ofrecer aumentos anuales garantizados y premios relacionados con los índices de productividad y las ganancias— de los trabajadores no privilegiados, en particular los del Estado. Expresan cada vez menos *el interés de clase de los trabajadores* como tales, y cada vez más el interés de una *capa de consumidores subprivilegiados*.⁴⁸ No ofrecen al conjunto de los trabajadores asalariados otra perspectiva que la de un desarrollo del *consumo individual*.

En otras palabras, colocan a los trabajadores como clase a remolque de la "sociedad de consumo" y de su ideología; no cuestionan el modelo de esta sociedad, sino sólo la parte de riquezas que ella concede al trabajador asalariado. No ponen en tela de juicio en forma consciente la *situación obrera* en los lugares de trabajo, ni la su-

⁴⁷ Los sindicatos reivindican con razón la supresión de los diversos premios variables incontrolables y su incorporación al salario. Pero esta reivindicación no puede resolver el problema: lo supone resuelto. Supone que el sindicato es capaz de hacer colocar dentro del campo de la negociación y del control obrero los elementos variables de la remuneración obrera, que actualmente están abandonados a la arbitrariedad patronal. ¿Cómo llegar a este resultado? No basta afirmar que es necesario. Hay que colocarlo en el centro de la lucha. Hay que traducirlo en objetivos movilizadores. Por lo tanto, hay que cambiar el acento de las reivindicaciones cuantitativas e indiferenciadas a las reivindicaciones de control. Volveremos sobre esto en el siguiente capítulo.

⁴⁸ La adopción de la consigna "¡Charlot, nuestros centavos!" por parte de trabajadores en huelga, la cual podía convenir a las manifestaciones de protesta de los ex-combatientes, muestra perfectamente esta evolución.

bordinación del trabajo al capital, ni la subordinación del consumo a la producción, ni las relaciones de producción capitalistas, ni ese aspecto cada vez más importante de la explotación que es —por encima del retiro de la plusvalía del salario directo— la distracción o confiscación de los recursos productivos y del trabajo de los hombres para fines frívolos y de despilfarro. Se aplican a la clase obrera como *capa* popular subprivilegiada y abstracta entre otras, no como clase. Y por eso mismo son compatibles con el más conservador tradeunionismo: las luchas, durísimas a veces, de los sindicatos anglosajones o alemanes, en el curso de los últimos quince años, jamás han hecho surgir la menor perspectiva revolucionaria.

No se trata de sacar la conclusión de todo ello de que las luchas salariales son inútiles, sino de que su eficacia como factor de movilización, de unificación y de formación de la clase obrera se ha vuelto muy limitada. Y esas luchas, por sí mismas, aunque a veces logran colocar en crisis al capitalismo, no por ello logran impedirle superar sus dificultades a su modo, ni preparan suficientemente a la clase obrera para delinear e imponer sus propias soluciones a la crisis que ella ha provocado. Al contrario, ésta amenaza desencadenar una contraofensiva de la tecnocracia de Estado, no solamente en el terreno económico, sino también ideológico, social y político, sin que la clase obrera —al no haber entablado batalla también en esos terrenos— esté en condiciones de responder con la rapidez y la cohesión necesarias.

El efecto clásico de las ofensivas reivindicativas exitosas del movimiento obrero es desencadenar una ofensiva por el lado de los precios y precipitar la crisis inflacionista.⁴⁹ Dicho en otras palabras, la patronal tiende a salvaguardar con la elevación de los precios las cuotas de ganancia amenazadas por la elevación de los salarios y, como el efecto de atracción psicológica de estas alzas actúa sobre el conjunto de los componentes del costo de la vida (márgenes comerciales, precio de los servicios, productos agrícolas), la parte del ingreso de los trabajadores en la renta nacional tiende a estancarse o aun a retroceder. La inflación aparece así como un medio eficaz de defensa —y aun de defensa anticipada— de la cuota de ganancia contra la presión obrera y, *salvo modificación de las estructuras*, una acentuación de ésta se traduce en una aceleración de aquélla. La lucha por el alza general de salarios adquiere así un carácter constantemente *defensivo* y se revela incapaz de imponer un reparto sensiblemente diferente de la renta nacional.

Se demuestra así, aunque de manera indirecta e implícita, que las reformas de estructura, que implica la socialización de la función de inversión y por lo tanto una nueva estructura *del poder*, son una condición esencial para el mejoramiento real y duradero del nivel de vida de los trabajadores. En otros términos, se espera haber convencido a éstos, a partir de la ineficacia relativa (subrayada además por la teoría de la pauperización absoluta) de las luchas salariales, de que la condición de su victoria es *política*. ¿Pero qué conclusión se extraerá de ello? ¿Que la acción sindical, la acción de masas debe seguir siendo estéril, que sólo puede manifestar el descontento de las masas trabajadoras y darles conciencia de él, a la espera de que la victoria política de los partidos obreros permita ponerle remedio? Esa parece ser a veces la acti-

⁴⁹ A menos que las victorias reivindicativas de los sindicatos, como sucedió en la República Federal Alemana en el periodo 1959-61, eviten al capitalismo una crisis clásica de superproducción, sustituyendo con el consumo individual las obras públicas y la exportación como sostén coyuntural de la actividad económica.

tud, en Francia, de los dirigentes del movimiento obrero. Las acciones de masas se limitan a la pura protesta; las consignas políticas, generales y abstractas, se adhieren mecánicamente a reivindicaciones inmediatas o a movimientos de descontento. A menudo, pareciera que los problemas específicos de las clases trabajadoras —al nivel de las empresas, de las ramas, de los sectores, de las regiones— debieran esperar el derribo del capitalismo y, entretanto, empeorar.

La consecuencia de esta línea de conducta es que se invita a la clase obrera a esperar todo de victorias políticas y parlamentarias; mientras tanto, está condenada al atentismo, a las reivindicaciones inmediatas y a la agitación sin perspectivas. Una fraseología revolucionaria (a saber, que la solución de los problemas debe esperar la victoria política de los partidos obreros) acompaña a una acción sindical rutinaria de estilo puramente trade-unionista y, en el plano político, a objetivos de reformas estructurales para un porvenir indeterminado.

Se establece así una, separación completa entre la acción presente y los objetivos estructurales a largo plazo, entre las reivindicaciones sindicales cotidianas y la posibilidad de que las acciones obreras conduzcan a una transformación global de la sociedad. Sucede entonces que, debido a lo que hay que denominar ausencia de estrategia, *la propia lucha reivindicativa se empantana, carente de contenidos que la alimenten, o —lo que equivale más o menos a lo mismo— que se dispersa en reivindicaciones y disputas corporativas o por oficios.*

3. Una batalla política

Por haberse basado solamente en el descontento y el sentimiento de frustración de las masas asalariadas, el movimiento obrero se expone al riesgo de que se adormezca la propia conciencia de clase, y se reduzca la lucha de clases (a la manera del trade-unionismo, precisamente) a una lucha puramente económica por el nivel de vida, contra las desigualdades en los ingresos y el reparto "injusto" de la renta nacional y de los frutos de la expansión. ¿Qué estrategia contrapondrá entonces a las sugerencias neocapitalistas de política de los ingresos, concertada entre todas las "categorías sociales"? No podrá limitarse a las dos objeciones tradicionales:

1] Las imperfecciones del instrumental estadístico hacen materialmente imposible la comparación entre ingresos salariales y no salariales.

2] La política de los ingresos atentaría contra la autonomía de los sindicatos, sustituiría (como en Suecia y en Holanda) las luchas reivindicativas por las negociaciones en la cumbre y tendería a encerrar al movimiento obrero en las exigencias de la lógica capitalista.

Pues estas objeciones, por correctas que sean, no van al fondo del problema. Mientras el movimiento obrero asigne a la acción sindical, como contenido casi único, las reivindicaciones salariales, afirmando a la vez, por otra parte, que el aumento del costo de la vida y de las ganancias es más rápido que el de los salarios, ¿en nombre de qué puede persistir en el rechazo de la política de los ingresos? Para la gran

industria como para el Estado capitalista que vive en estrecha simbiosis con ella, es una necesidad cada vez más imperiosa planificar a plazo medio las inversiones, amortizaciones, ganancias y cargas salariales. Para alcanzar su fin, para hacer que las cargas salariales sean tan previsibles como las cargas fijas, la patronal y el Estado no vacilarán en perfeccionar el aparato estadístico y en agregar a las presiones y a las amenazas, seducciones dirigidas a la clase obrera. A la promesa de 4 a 5% de aumento del salario real en el marco del "acuerdismo", ¿qué opondrá un movimiento obrero centrado en las luchas salariales y en la teoría de la pauperización?

Si no ha denunciado desde un principio la mutilación que inflige a los trabajadores —aun a los altamente remunerados— la organización del trabajo industrial; si no ha tomado posición contra el gigantesco despilfarro de recursos sociales en el marco de la competencia monopolista; si no ha mostrado incansable y concretamente que esas inversiones privadas que se le pide que facilite respetando (mediante la disciplina de los salarios) la ganancia capitalista, no sólo son escandalosas debido a la apropiación privada del producto social sino también debido a su orientación *cualitativa y geográfica*; si no ha contrapuesto desde un principio una escala de prioridades diferentes, una estructura de los consumos y de las inversiones diferente, en resumen un Plan diferente al del capitalismo monopolista de Estado, ¿sobre qué base va a luchar por la autonomía de la clase obrera, contra la política de los ingresos, contra la supuesta necesidad de respetar el famoso equilibrio consumo-inversión? ¿Se limitará a una disputa económica, afirmando que 4 o 5% de aumento anual es una propuesta irrisoria, que es preciso obtener el 8 o el 9%, pero que sólo se podrá lograr después de una victoria política (electoral) sobre el poder de los monopolios?

¿Pero cómo no ver que la batalla contra la política de los ingresos tiene desde un principio un carácter esencialmente *político*, que lo que se juega en ella no es ya una cuestión económica y cuantitativa, sino la cuestión fundamental de la democracia, a saber la posibilidad para el movimiento obrero de luchar a través de sus acciones cotidianas contra la organización capitalista de la producción y de la sociedad y con la perspectiva de su transformación socialista? ¿Y cómo creer todavía que solamente o sobre todo con argumentos cuantitativos, por una diferencia de 4 o 5% por año, se podrá movilizar más eficazmente a la clase obrera en una batalla que pone en juego su vocación de clase dirigente y que sólo se puede ganar mediante una movilización por un largo periodo de todos sus recursos morales, un llamado constante al nivel más elevado de la conciencia de clase?

En un sistema cuya intolerabilidad ya no es absoluta, sino relativa, así como no se hace la revolución por un poco más de bienestar, tampoco se puede entablar y *ganar* la batalla política por la autonomía de la clase obrera con argumentos cuantitativos, de nivel de salarios. Así, en lugar de atarla a las cuestiones de porcentaje ¿por qué no confiar en su rechazo radical de la sociedad capitalista en el nivel en que ese rechazo existe en forma permanente (es decir, el nivel de las relaciones capitalistas de producción)? ¿Y por qué no entablar de entrada la batalla sobre el fondo, es decir, sobre la base de esta contradicción fundamental y de las necesidades, mucho más cualitativas que cuantitativas, que el capitalismo jamás logrará satisfacer? Pues esas necesidades, de urgencia virtualmente revolucionaria, existen. Aunque el desarrollo capitalista ha hecho relativamente más tolerable el nivel de vida obrera desde el punto de vista del consumo individual, ha vuelto la situación obrera aún más intolerable desde el punto de vista de las relaciones de producción y de trabajo, es decir, de la enajenación en el

sentido más amplio, no solamente de explotación, sino también de opresión, de deshumanización. Conviene profundizar la conciencia de esta intolerabilidad porque ella implica la negación del trabajador ya no solamente como consumidor y "hombre genérico", sino también como *productor*, como *ciudadano*, como "hombre humano"; y porque reclama entonces el rechazo del capitalismo no sólo como sistema de explotación, sino también como sociedad autoritaria con relaciones sociales profundamente antidemocráticas, como civilización de prioridades invertidas, como sistema de despilfarro y de destrucción. "*Hacer política* —escribía Vittorio Foa— *es partir de la enajenación del productor en el proceso productivo, para unirla a la enajenación del productor en la sociedad*"

4. La fábrica y la sociedad

La posibilidad de abarcar en una misma perspectiva la situación obrera en el seno del proceso productivo y en el seno de la sociedad; la posibilidad de remontarse dialécticamente desde los motivos inmediatos de descontento a las razones profundas, inherentes a las relaciones sociales y al poder económico y político, es una posibilidad que ha aparecido en forma más o menos explícita en el curso de todas las grandes acciones de masas del pasado reciente: la huelga general valona de diciembre 1960 a enero 1961; la larga lucha de los metalúrgicos italianos (mayo 1962 - febrero 1963); la huelga de los mineros franceses de la primavera de 1963; la huelga de Neyrpic, etc. Espontáneas o largamente preparadas, todas esas acciones cuestionaban explícita o implícitamente mucho más que el nivel de salarios. Y, cada una a su manera, demostraron que, limitada al solo aspecto salarial, la lucha obrera es reabsorbida inmediatamente por el repliegue táctico de la patronal y del Estado; corre peligro de empantarse en las reivindicaciones por oficio y corporativas; aun triunfando en ese terreno, corre peligro de concluir en una derrota estratégica.

En efecto, existe una derrota estratégica siempre que una gran movilización de masas fracasa en elevar el nivel de conciencia y el nivel de la lucha; cada vez que termina *sin haber afectado* —aunque sólo sea momentáneamente o en la intención— *las posiciones del poder estatal o patronal*, en la sociedad o en los lugares de trabajo. Desde el punto de vista estratégico el revés es particularmente inquietante cuando (como en el caso de los mineros franceses) el poder, después de haber conseguido mantener la huelga en el plano gremial, cede sobre la cuestión de los salarios mientras establece las bases, para el futuro, de un procedimiento de arbitraje con respecto al carácter justificado o no de las reivindicaciones.

A la inversa, aun cuando la acción de masas fracasa en alcanzar todos sus objetivos, obtiene una victoria estratégica (como en los casos de los trabajadores valones, de los metalúrgicos italianos y de Neyrpic) cuando plantea objetivos que van más allá que el plano de los salarios; provoca una elevación del nivel de conciencia y sólo concluye después de haber hecho surgir reivindicaciones avanzadas que, no satisfechas, alimentarán y harán reaparecer acciones posteriores a un nivel más elevado.

En todos los casos, la posibilidad de unir en la estrategia reivindicativa la situación de los trabajadores en los lugares de trabajo a su situación en el seno de la sociedad, de superar así el plano de la lucha puramente económica (tradeunionista, y que facilita

al adversario las maniobras de división por categoría y por oficio, así como las contraofensivas concertadas) hacia el plano de la lucha de clases, es una posibilidad que está dada por la conexión estrecha que existe, en la vida de todo trabajador, entre las tres dimensiones esenciales de su fuerza de trabajo:

1] *Las relaciones de trabajo*: es decir la formación, la evaluación y la utilización de la fuerza de trabajo en la empresa.

2] *La finalidad del trabajo*: es decir los fines (o producciones) para los cuales se utiliza en la sociedad la fuerza de trabajo.

3] *La reproducción de la fuerza de trabajo*: es decir, el modo y el medio de vida del trabajador, la manera como puede satisfacer sus necesidades materiales, profesionales, humanas.

Ninguna concesión en los salarios, ninguna "justicia social" distributiva puede reconciliar al trabajador con la condición que le impone el capital en estos tres aspectos. Al contrario, y esta es una de las lecciones de la huelga de los metalúrgicos italianos: más jóvenes, mejor instruidos, mejor remunerados, con ocios más extensos, liberados del temor a la desocupación, los trabajadores se vuelven más exigentes acerca de los aspectos cualitativos, no salariales, de su situación, a medida que sus necesidades vitales están mejor satisfechas.

Aun así su exigencia, que la sienten profundamente, necesita ser explicada e informada para que su fuerza subjetiva se convierta en potencia objetiva. No bastarían para ello los temas de la propaganda política, necesariamente generales (o incluso de la reivindicación por rama); no se pueden tomar como punto de partida, sino solamente como punto de llegada, partiendo de la situación concreta del trabajador en su trabajo para unirla a su situación en la sociedad. La debilidad de los programas de la izquierda ha consistido frecuentemente en que, incluso triunfante, su acción en los niveles institucional y legislativo no ha modificado en nada la situación de los trabajadores dentro del ciclo productivo y no se ha traducido para ellos en una liberación —aun parcial— en su trabajo ni en un poder obrero que, una vez que fuera conquistado, debía ser ampliado para no verse privado de toda sustancia, y sólo podía ser defendido mediante luchas constantes con objetivos cada vez más avanzados.

Ahora bien, lo que distingue una reforma de espíritu reformista de una reforma de espíritu no reformista, es la cuestión del poder obrero. La objeción según la cual toda reforma, mientras la hegemonía política no pertenezca a la clase obrera, tendría un carácter reformista, y sólo tendría como fin acomodar el sistema y hacerlo más soportable, es una objeción de un esquematismo falaz en lo que se refiere al poder obrero. Pues si bien es verdadero que toda reforma (por ejemplo, las nacionalizaciones o la programación económica) es reabsorbida por el sistema y termina por consolidarlo cuando deja intacto el poder del Estado capitalista y es ejecutada y administrada bajo su única responsabilidad, es también verdadero, a la inversa, que toda conquista de poderes *autónomos* por la clase obrera, sean institucionales o *no*, no debe atenuar los antagonismos entre clases sino, por el contrario, acentuarlos, dar nuevos medios de lucha contra el sistema, hacerlo no más tolerable, sino menos, al destacar el conflicto entre las exigencias humanas de los trabajadores y las exigencias inertes del capital. Hay que ser muy mal marxista para creer que, en el marco de las relaciones capitalis-

tas de producción, la contradicción fundamental entre trabajo y capital se puede atenuar hasta el punto de volverse aceptable cuando la conquista de poderes obreros da a los trabajadores una conciencia más rica y más concreta de su poder de clase.

Al retomar ahora las tres dimensiones esenciales de la fuerza de trabajo, trataremos de precisar, en los capítulos que siguen, las contradicciones inherentes a la condición de trabajador, las necesidades y las reivindicaciones a que da origen, en la empresa y en la sociedad:

— Al nivel de las relaciones de trabajo, la necesidad de dominar el trabajo y la evolución técnica, en lugar de estar sujeto a ellos (rechazo de la opresión).

— Al nivel de la finalidad del trabajo, la necesidad de que el trabajo tenga un sentido, de que la producción sirva a las necesidades (rechazo de la enajenación del trabajo y del producto). Llegaremos así a la cuestión de las prioridades económicas y sociales, de la sociedad que hay que construir.

— Al nivel de la reproducción de la fuerza de trabajo, las necesidades colectivas, no sólo de bienes consumibles, sino también de servicios y de equipos sociales, de autonomía y de tiempo libre. Llegaremos así a la cuestión de la civilización y del hombre que hay que producir.

II. LAS RELACIONES DE TRABAJO

1. La opresión

Tanto en su forma como en su contenido, las relaciones de trabajo están dominadas por la subordinación opresiva del trabajo al capital, y esto desde antes de la explotación capitalista de la fuerza de trabajo propiamente dicha.

La formación de los trabajadores, de cualquier nivel que sea y bajo cualquier responsabilidad que se la coloque, de hecho tiende a producir *hombres amputados* en sus conocimientos y en sus responsabilidades. El sueño de la gran industria mecanizada es la integración del trabajador de la cuna a la tumba (de la canastilla al nacer, por ejemplo, hasta el ataúd al morir, pasando por la formación profesional, la vivienda y los ocios organizados), de modo de estrechar su horizonte a la medida del de la empresa. Para empezar, interesa no dar al trabajador (no permitirle que adquiera) una formación superior a la que exige su trabajo especializado ("para evitar los problemas de adaptación", explicaba hace poco candorosamente un gran industrial francés en una mesa redonda patronal), no permitirle entonces comprender el proceso de producción en conjunto, ni comprender la esencia creadora del acto de trabajo, que implica posibilidades de iniciativa, de reflexión, de decisión, como por ejemplo la decisión de ir a vender en otra parte su fuerza de trabajo.

Ya se trate de mecanógrafas de bancos y seguros o de soldadoras de la electrónica, la industria exige para sus tareas repetitivas una mano de obra pasiva e ignorante, reclutada al salir de la escuela (en el medio rural, preferentemente) y formada ya sea en el trabajo, ya en las escuelas de empresas donde adquiere no un , oficio 'que le confiere una autonomía (y una dignidad) profesional y humana, sino una calificación "de la casa" que sirve apenas para la empresa que la emplea. De este modo, ésta no sólo afirma sobre sus trabajadores una especie de derecho de propiedad de por vida, sino también el derecho de fijar y de evaluar a su antojo la calificación y el precio del trabajo, los horarios, los ritmos, el salario a destajo, etc.

Allí donde se requiere una formación profesional más seria, lo mismo subsiste la opacidad del proceso de producción. Y si hasta ahora la contradicción dominante era entre la esencia activa y potencialmente creadora de todo trabajo, y el estatuto pasivo a que está condenado el obrero especializado por las tareas repetitivas y prefabricadas que le impone la cadena semiautomática, transformándolo en hostigado anexo de la máquina, prohibiéndole toda iniciativa y hasta todo pensamiento autónomo, la contradicción dominante, a medida que se eleva la calificación, es entre la esencia activa, la iniciativa técnica *del trabajo*, y el estatuto de ejecutante pasivo que la jerarquía de la empresa sigue imponiendo *al trabajador*.

Con excepción de algunas industrias que emplean mano de obra, que por lo demás rápidamente dejan de ser predominantes, el nivel de la formación profesional requerida tiende a elevarse sin que a la mayor responsabilidad técnica del trabajador corresponda un mayor dominio de las condiciones a las cuales está sujeto y que determinan su intervención (ni, por supuesto, un mayor dominio sobre el producto). Responsable de su trabajo, no es el amo de las condiciones de su ejecución. La empresa le exige a la vez inventiva en la ejecución de su tarea y una sumisión pasiva, disciplinada a las órdenes y las normas dictadas por la dirección.

Al margen de la sociedad civil, formalmente libre, se perpetúa así en las empresas una sociedad despótica, autoritaria, con disciplina y jerarquía militares, que exige de los trabajadores al mismo tiempo la obediencia incondicional y la participación activa en su propia opresión. Y es perfectamente normal que, en los momentos propicios, esta sociedad militarizada se plantee como la verdad de la sociedad capitalista misma, que tienda a desbordar los linderos de las empresas y a invadir todos los dominios de la vida civil, preconizando en todas partes la instauración del principio de autoridad, la supresión del derecho de libre examen, de crítica, de discusión, de asamblea, y que considere como modelo social ideal al hombre activo, pero limitado y sumiso, de vasta competencia pero limitada en su empleo al solo terreno técnico⁵⁰.

Contra esta *opresión* del trabajador, contra la mutilación sistemática de su persona, contra la amputación de sus facultades profesionales y humanas, contra la subordinación de la naturaleza y del contenido de su vida de trabajo a una evolución tecnológica deliberadamente sustraída a su poder de iniciativa, de control y hasta de previsión, se insurgen *en realidad* la mayoría de las reivindicaciones salariales.

Las motiva mucho más frecuentemente una *rebelión contra la condición obrera* misma que una rebelión contra *la tasa de explotación* económica de la fuerza de trabajo. Expresan la voluntad de *hacerse pagar lo más caro posible el tiempo que uno pierde, la vida que uno desperdicia, la libertad que uno enajena* trabajando en esas condiciones; de hacérselos pagar lo más caro posible *no porque uno coloque al salario* (el dinero y lo que éste puede comprar) *por encima de todo lo demás*, sino porque *en el estado actual de la acción sindical*, se puede disputar al patrón *el precio* de la fuerza de trabajo, pero no el dominio sobre las condiciones y la naturaleza del trabajo.

En resumen, el trabajador, aun el altamente pagado, trata de vender su pellejo lo más caro posible *ya que no puede evitar* tener que vender su pellejo. Y a la inversa, cualquiera sea el precio al que llegue a vender su libertad, ese precio nunca será lo bastante elevado en comparación con la pérdida neta, cualitativa y humana, que él sufre: sea lo que fuere lo que logre sacarle al patrón, esto no le dará nunca el dominio sobre su vida profesional, la libertad de autodeterminar su condición.

La reivindicación salarial pura debe aparecer así como una desviación y una mistificación de una reivindicación más profunda, o peor aún: como un *callejón sin salida* en que se encierra el movimiento obrero. Pues va precisamente en el sentido que la patronal desea: abandona a ésta el poder de organizar a su antojo el proceso de producción, el contenido cuantitativo y cualitativo de la hora de trabajo, las relaciones de trabajo, a cambio de compensar mediante premios el aumento de las mutilaciones que puede hacer sufrir a su mano de obra. Acepta el criterio fundamental de la economía de la ganancia, a saber, que todo tiene un precio, que el dinero es el valor supremo, que se puede hacer lo que sea con los hombres, con tal que se pague. Va en el sentido de la norteamericanización que desea la patronal europea, a saber: que los trabajadores abandonen toda pretensión de controlar y de transformar las relaciones de producción, la organización del proceso productivo y la administración capitalista de la empresa; que dejen a ésta en libertad de buscar la ganancia máxima y de reinar sin competidores sobre la sociedad, a cambio de las gruesas migajas que el capital deja caer

⁵⁰ Volveremos sobre esto en el capítulo iv.

de sus mesas de directores. Permite a la industria fabricar su nueva masa de proletarios lobotomizados en quienes ocho horas de embrutecimiento cotidiano y de trabajo contra reloj no dejan subsistir más que un cansado deseo de evasión, que los comerciantes y los manipuladores del ocio y la cultura irán a venderle a crédito hasta sus mismos hogares, persuadiéndolos de paso de que viven en el mejor de los mundos.

A la verdad, si la clase obrera va a conservar su vocación de clase dirigente, debe ocuparse *ante todo* de la *condición obrera* en los lugares de trabajo, porque es allí donde la sociedad capitalista resulta cuestionada inmediatamente, a través de las enajenaciones más directas del trabajador como productor y ciudadano; pero también porque solamente por el rechazo consciente de las relaciones de trabajo opresivas, por una acción consciente para someterlas al control de los trabajadores asociados, por una voluntad ininterrumpida de autodeterminación autónoma de las condiciones de trabajo, puede la clase obrera conservar o afirmar en forma permanente la autonomía de su conciencia de clase, la emancipación humana del trabajador como fin supremo.

La reconquista de la autonomía del trabajador en el seno del proceso productivo "es el punto más importante de la perspectiva sindical —escribe Vittorio Foa—, aquel que pone en juego la democracia en una sociedad industrial. En la sociedad capitalista avanzada, la organización del trabajo tiende a disociar cada vez más el momento de la decisión del de la ejecución, a hacer del trabajador un puro instrumento dócil, sin participación en el proceso de la producción en su conjunto y en sus conexiones externas; en otras palabras, tiende a subordinar al trabajador en forma rígida a las decisiones tomadas por la patronal con el fin de aumentar la ganancia. Aun la voluntad de una mejor distribución del ingreso producido se realiza de manera de transformar al trabajador, con su complicidad, en un consumidor de determinado tipo, con el fin de aumentar mediante el consumo de masa las ganancias del sistema. Por grande que sea el enriquecimiento de las instituciones en el plano político, la ley de la producción asociada tiende cada vez más a ser independiente de la democracia política, del reconocimiento de los derechos públicos de pensamiento, de prensa, de asociación, etc. La experiencia demuestra que esta fundamental ausencia de libertad en las relaciones de trabajo modernas es una amenaza permanente a las propias libertades públicas.

"Algunos piensan que esta subordinación de los trabajadores es una consecuencia inevitable de la organización moderna de la producción, inevitable tanto en el régimen capitalista como en el socialista, que lleva en sí misma la condena de la sociedad industrial y que sólo podrá ser superada en la sociedad post-industrial, cuando haya llegado a su término el reemplazo del trabajo humano por las máquinas. No creemos en esta fatalidad, creemos en el papel de la voluntad colectiva en la conquista de la democracia. Otros piensan que la opresión se desprende exclusivamente de la apropiación privada de los medios de producción y que una vez realizada la expropiación pública del capital, estará automáticamente asegurada la libertad obrera. Tampoco esto nos parece exacto: el poder socialista puede expropiar al capitalista privado y crear de ese modo las premisas de la libertad obrera; pero si la organización de la producción en la empresa y en el conjunto de la economía siguen siendo burocratizadas por un esquema rígido de decisiones centralizadas, los trabajadores sufrirán la producción social como un proceso extraño y se hallarán en una subordinación parecida, en ciertos aspectos, a la de los países capitalistas.

"El problema de la sociedad industrial, con su organización avanzada de la produc-

ción y del trabajo, es el problema de una construcción democrática específica de la condición obrera: de la conquista de la autodeterminación por los trabajadores de su futuro y su presente, de su condición en el trabajo, del contenido cuantitativo y cualitativo de su prestación, y por lo tanto también de la reproducción social de su fuerza de trabajo. En la etapa del monopolismo, ya no es posible oponer el poder del Estado al del monopolio privado: ya se han disipado en las masas las ilusiones con respecto a esto. En la etapa del monopolismo, la construcción de la democracia debe encontrar también formas de expresión que nazcan de la condición obrera, la abarquen en su conjunto y abarquen en consecuencia toda la condición humana.

"El problema de la democracia en la sociedad industrial no puede esperar, entonces, ni la sociedad post-industrial ni el socialismo. Se lo debe plantear desde ahora. Y precisamente esto es lo que hace el sindicato, bajo la forma más elevada de su lucha en las fábricas y en las ramas."⁵¹

2. Los contrapoderes

¿Pero cuál es esa forma más elevada? ¿Cómo entablar la lucha de masas por la reconquista de los trabajadores sobre la opresión que sufren en su trabajo y en su vida en el seno de la empresa? Generosas almas buenas, en Francia, creen haber encontrado la respuesta: hay que luchar por el reconocimiento en los lugares de trabajo de las libertades formales del ciudadano (libertad de asamblea, de palabra, de propaganda, de asociación), en resumen, por el reconocimiento legal de la sección sindical de la empresa. Esto es sencillamente plantear el problema al revés y suponerlo resuelto: si los sindicatos fueran la encarnación *concreta* de la libertad (o de la promesa de liberación) de los trabajadores; si fueran capaces de elaborar *objetivos movilizadores* en la perspectiva de la autodeterminación por los trabajadores de la condición obrera, pues bien, en tal caso no se plantearían los problemas de reclutamiento y de combatividad sindical, el problema de la implantación del sindicato en las empresas; estarían resueltos: los trabajadores ya estarían luchando *por* dominar las condiciones y la organización del trabajo, impondrían a la fuerza el reconocimiento (legal o no) de la sección sindical.

Pero precisamente, el sindicalismo francés no ha conseguido hasta ahora traducir la lucha contra la opresión y por el poder obrero en objetivos movilizadores. Por supuesto que la cosa es difícil. También es evidente que el combate se ha entablado mal, cuando se ha entablado: la lucha por la emancipación del trabajador en su trabajo ha quedado en idea general y abstracta.

Según una vieja formación jacobina, se ha abordado la cuestión desde el punto de vista jurídico e institucional. En Renault, por ejemplo, a la reivindicación de la cuarta semana de vacaciones pagadas se *agregó*, a comienzos de 1963, la reivindicación de poderes mayores para la sección sindical de la empresa. Bonito negocio: Dreyfus concedió la cuarta semana por la cual los trabajadores estaban dispuestos a luchar, y negó la extensión del poder sindical: nadie luchó por ésta. Y con razón: la gente luchará por el sindicato cuando éste diga lo que va a hacer concretamente con respecto a los pro-

⁵¹ "I socialista e il sindacato", y "Considerazioni sulla vertenza dei metallurgici", en *Problemi del Socialismo*, marzo y junio de 1963.

blemas inmediatos y específicos de la situación obrera, pero no luchará por él mientras pida que se lo fortalezca primero para poder actuar después. Luchará por las libertades públicas en las fábricas (y fuera de ella) cuando sepa para qué se reivindican esas libertades y qué contenido deben recibir: no antes. Pues la experiencia muestra⁵² que la garantía de esas libertades en los lugares de trabajo no aporta *en sí misma* la menor parcela de poder o de control obrero; y que esas libertades, *mientras son abstractas y formales*, pueden favorecer igualmente las tentativas de integración del sindicato en el sistema, su burocratización y la cooperación de los sindicatos burocratizados con el paternalismo patronal (como en Estados Unidos, en Suecia, parcialmente en Alemania Federal).

El reconocimiento de la sección sindical de la empresa y de las libertades públicas dentro de ésta sigue siendo una reivindicación *abstracta*, incapaz de movilizar a los trabajadores, mientras no está ligada orgánicamente a la reivindicación de poderes obreros concretos referentes a las relaciones de trabajo. El reconocimiento de la sección sindical y de las libertades públicas en la empresa no es un fin en sí mismo, sólo tiene valor por los contenidos (poderes obreros) que permite perseguir.

Y esos contenidos —acabamos de esbozarlo— son un control sindical sobre todos los aspectos de la relación de trabajo, de modo de

1] subordinar y adaptar las exigencias del proceso de producción a las necesidades de los trabajadores;

2] disminuir el terreno librado a la arbitrariedad patronal;

3] instaurar al fin de cuentas un verdadero *contrapoder* obrero, capaz de cuestionar y de contrarrestar positivamente el sistema de decisión de la administración capitalista en la empresa (y por extensión en la sociedad).

Estos tres aspectos unidos de la reivindicación de control obrero sobre las relaciones de trabajo en realidad son más concretos, como tema de movilización y de acción, que la simple reivindicación salarial (a la que necesariamente implican). La opacidad del conjunto del proceso de producción, la ignorancia sobre las decisiones económicas y técnicas que determinan las condiciones de su actividad en que se mantiene a los trabajadores, hacen que el contenido de la relación de trabajo quede totalmente librado, en la práctica, a la arbitrariedad patronal: en la mayoría de los casos, el sindicato no negocia realmente más que el precio mínimo de la fuerza de trabajo, dejando al empleador libre para explotar la fuerza de trabajo de la manera y en las condiciones que le convienen, para agregar al mínimo contractual premios y bonificaciones sobre los cuales frecuentemente él es el único que decide y que, por definición, no entran en el campo del acuerdo de la rama.

De este modo, un aumento del salario básico puede quedar sin efecto práctico, o también ser compensado con una intensidad mayor del trabajo (es decir, extrayendo un trabajo excedente suplementario), por una aceleración de los ritmos, una disminución de los diversos premios; por la introducción de nuevas máquinas que hacen más compleja la tarea sin que se concedan una calificación y un salario superiores; por la descalificación de los trabajadores dedicados a fabricar un producto, descalificación

que puede ser acompañada o no por una rebaja del salario, pero que determina en todo caso una desvalorización profesional para los trabajadores afectados, la detención del desarrollo de sus capacidades, la pérdida de la autonomía en el trabajo.

Frente a esta situación, la reivindicación que se refiere al aumento general de los salarios es incapaz de poner remedio al deterioro de la situación obrera; es incapaz de obtener una reducción de la cuota de explotación o de ganancia; y es incapaz incluso de medir la incidencia de los aumentos de salarios pedidos sobre las cuotas de explotación o de ganancia. Pero sobre todo, la reivindicación salarial es incapaz de abarcar en la gran industria situaciones tan diferentes como las del peón de la zona de rebaja máxima a 350 francos por mes, del obrero especializado 1 que, según sea hombre o mujer, según trabaja en Nogent-le-Rotrou o en Renault, gana 350 o 550 francos, del P3 que, según su región o su empresa, gana 500 o 1500 francos, del técnico cuyo salario varía también del sencillo al triple según su ciudad y su taller.

La diferenciación extrema de las condiciones de trabajo y de los niveles de remuneración, dentro de la misma rama y para un mismo tipo de trabajo, ya no permite movilizar a la clase obrera por reivindicaciones generales e indiferenciadas referentes a los mínimos y a las tasas por hora. Y en realidad, los únicos grandes movimientos de conjunto que Francia atravesó desde 1954 o bien se referían a objetivos *políticos* (defensa de las "libertades republicanas" o de los derechos sindicales amenazados) y entonces eran necesariamente movimientos *defensivos* y de *protesta* de corta duración, por carecer de salida política como de contenido positivo y ofensivo; o bien estaban limitados a los sectores públicos y nacionalizados donde los desniveles del nivel de las remuneraciones no existen, debido al monopolio del empleo por el Estado.

Esto prueba la insuficiencia de las consignas generales e indiferenciadas, su incapacidad para unir y movilizar a una clase obrera que, por su parte, está sumamente diferenciada, su incapacidad también para desencadenar una batalla ofensiva contra el poder discrecional de la patronal en materia de administración económica y técnica, contra la evolución divergente de la productividad, de los salarios y de las ganancias.

Por eso, actualmente la primera tarea del movimiento obrero es elaborar una estrategia y objetivos nuevos que *unan indisolublemente la reivindicación salarial, la reivindicación de administración y la reivindicación de autodeterminación* por los trabajadores de las condiciones y de las relaciones de trabajo. La única manera de *unir y de movilizar* una clase obrera diferenciada es actualmente *atacar el poder de clase* de la patronal y del Estado; y la única manera de atacar el poder de clase de la patronal y del Estado es arrancar una *parcela-clave de su poder* de decisión y de administración *a cada patrón* (incluido el Estado).

Concretamente, se trata de dar como objetivo a este ataque no modificaciones y acomodamientos de la condición obrera en el marco de una política de administración y de un estadio técnico dado de la empresa; pues una victoria de los trabajadores con relación a esto, además de referirse a objetivos, de empresas no generalizables, podría serles arrebatada rápidamente en la medida en que progresaran las técnicas y la organización del trabajo. Por el contrario, se trata para el movimiento obrero de reivindicar el poder *permanente* de determinar contractualmente todos los aspectos de la relación de trabajo y los criterios de remuneración, de modo que toda modificación en el proceso productivo deba negociarse con él, y que entonces pueda pesar sobre la polí-

⁵² En Estados Unidos, sobre todo.

tica de administración de la empresa y orientarla en el sentido requerido.⁵³ Por ejemplo:

— El sindicato debe poder controlar las *escuelas de aprendizaje* y asegurarse de que no formen robots, individuos mutilados cuyo horizonte está limitado y cuya vida está encerrada por las *ignorancias* que reciben como formación; sino trabajadores profesionalmente autónomos debido a la multilateralidad virtual de su formación, capaces de progresar en su profesión por lo menos tan rápidamente como la técnica.

— El sindicato debe poder controlar la *organización del trabajo* y la manera de atribución de los puestos. Esto, para asegurarse de que los cambios de puesto y los cambios en la organización se hagan en el sentido del desarrollo de las facultades y de la autonomía profesional del trabajador, y no de su estrechamiento, de su descalificación. Los jóvenes trabajadores, en particular, no pueden ser confinados a un tarea parcializada y embrutecedora.

— El sindicato debe ejercer también su poder sobre la *división del trabajo*, al nivel de la empresa y de la rama, en función de las técnicas de producción dadas y de su *evolución previsible*. Debe poder imponer a la patronal, en cada empresa, un nivel de empleo y una distribución en categorías que la obliguen a adoptar las técnicas de producción, la división y la organización del trabajo óptimas desde el punto de vista obrero, que aseguren la coincidencia del progreso técnico y del progreso humano.

— El sindicato debe poder negociar los ritmos de trabajo, los salarios a destajo, la calificación por tarea, los horarios, lo cual significa un conocimiento y una negociación ininterrumpidos de las transformaciones técnicas y de su repercusión sobre la situación obrera, así como el poder de influir sobre ellas.⁵⁴

— Finalmente, el sindicato debe reivindicar un *premio de rendimiento colectivo*, es decir, un premio que no es función de la productividad individual, ni de las ganancias, sino de la producción asegurada en una misma cantidad de horas de trabajo. Este premio, que debe *agregarse* a un salario básico cuya elevación general debe reivindicarse simultáneamente, constituye un primer paso hacia la determinación por los trabajadores de la distribución del ingreso de la empresa entre remuneración del trabajo, inversiones y amortizaciones; es decir, un primer paso hacia la autogestión.

El objetivo de este premio de producción es triple:

1] Se trata ante todo de arrancar a la esfera de la arbitrariedad patronal los premios anuales que, en la actualidad, se distribuyen a manera de regalos o de "recompensas antihuelgas", al antojo de la dirección y frecuentemente "según el cliente". Ese premio debe poder incluirse en el terreno de la negociación sindical y fundarse en criterios

⁵³ Con respecto a lo que sigue, ver especialmente Bruno Trentin, "Les syndicats italiens et le progrès technique", en *Sociologie du Travail*, número 2, 1962.

⁵⁴ "Cuando la FIOT [Federación italiana de obreros y empleados de la industria textil] frente al número de máquinas que los industriales asignan a los obreros, lucha por incluir en el campo de la negociación las condiciones, la cantidad y la calidad de la prestación de trabajo, y demanda discutir el tipo de máquinas y su velocidad, la denominación y la calidad del producto, su valor, el número de operaciones exigidas a las obreras, tenemos el ejemplo de un sindicato que no se niega al progreso técnico, pero que se niega a someterse con fatalismo a las formas que toma" (Luciano Lama, en *Crítica Marxista*, marzo de 1963).

objetivos.

2] Se trata de unir el premio anual a la evolución real del rendimiento del trabajo colectivo, es decir a la evolución de la producción para un mismo número de horas trabajadas. El derecho de negociar el premio implica necesariamente para el sindicato el acceso a todas las informaciones referentes a la evolución de la productividad en la empresa, a la evolución real o *potencial* de la ganancia y, por consiguiente, a la política de administración patronal.

3] Sobre la base de estas informaciones, el sindicato debe poder oponerse eficazmente a toda agravación de la cuota de explotación, y a toda ampliación del campo de iniciativa patronal. En particular, podrá vigilar que *el costo de la mano de obra represente una proporción por lo menos constante del costo de producción, cualquiera sea la evolución de la productividad y del empleo. De este modo podrá impedir que las "compresiones" de personal sean una operación lucrativa*, y el exceso de equipo una operación ventajosa. Podrá impedir que se realice una política comercial errónea (sobrepducción, particularmente) o de dumping, a expensas de los trabajadores. Podrá ajustar sus reivindicaciones de manera que *ocupen de entrada todo el espacio que queda disponible para la patronal debido al aumento de la productividad*. Al fin de cuentas, deberá poder negociar toda la distribución del programa de la empresa entre los diversos puestos: inversiones, reservas, salarios directos e indirectos, tiempo libre, gastos sociales, y ejercer así un poder de control y de veto sobre toda la política de administración.⁵⁵

⁵⁵ Cf. Bruno Trentin: "El capitalismo industrial avanzado tiene tendencia a predeterminar —en función de determinado programa de inversiones y de una política de ventas— no solamente la organización del trabajo, los tiempos de producción y los ritmos, sino también, por deducción, el nivel mismo de los salarios en el nivel de la empresa (pues éstos se vuelven parte integrante del "plan" de producción). La acción sindical no puede conservar entonces una autonomía real más que si coincide con la capacidad creciente del sindicato para hacer sentir todo el peso de su acción reivindicativa no sobre los *efectos* de la administración sobre la situación obrera y sobre los *resultados* económicos de esta administración sino sobre *sus decisiones mismas en el momento en que éstas se determinan*. En este momento el sindicato podrá esperar conquistar no sólo una retribución obrera que corresponda a las modificaciones previsibles de las condiciones de trabajo, sino también una negociación de esas modificaciones mismas, en función de los intereses obreros (de su nivel de empleo, de su necesidad de reposo, de su salud, de sus intereses profesionales). El sindicato debe recuperar entonces su plena autonomía de acción, en primer lugar por la negociación de una parte del salario, *no en relación con los resultados de la administración de la empresa* (de la cual el rendimiento obrero es siempre una expresión) sino *en relación con las decisiones que preceden y determinan a la administración misma*...

"Lo que merece ser subrayado es el lazo que una política de salarios de esta naturaleza tiende a restablecer entre la acción reivindicativa y la acción para afirmar ciertas formas de control obrero sobre la administración de las empresas. En los posibles desarrollos de esta política de salarios, se puede entrever en efecto una tendencia del sindicato a participar como fuerza autónoma en la predeterminación del reparto del ingreso de la empresa [...] mediante el "condicionamiento" de la política de inversiones y de sus repercusiones sociales al nivel social de la empresa.

"La alternativa ya no es entre un sindicalismo 'puro', que limite su acción a la defensa de los intereses económicos y profesionales de los trabajadores, y un sindicalismo 'político' que se oriente de una manera más o menos voluntarista hacia los problemas de administración. Se trata más bien de una alternativa entre un sindicalismo que se integre en un sistema determinado de administración y que acepte como medida de su acción reivindicativa *no los problemas reales de la clase obrera, sino las posibilidades ofrecidas por una política de administración determinada* y por otra parte un sindicalismo que, por ser realmente autónomo, tome conciencia de que su poder de negociación, *si quiere subsistir*, debe invadir la zona de autoridad, el poder y la autonomía de la administración capitalista" (artículo citado).

3. La administración cuestionada

En el marco de este combate, cuyos objetivos generales son diferenciables y adaptables a cada situación particular y local y que abarca las reivindicaciones y los problemas específicos más diversos en una misma y única perspectiva de clase, se ubica de manera natural la batalla por el reconocimiento y la autonomía de la sección sindical de la empresa; ésta no es un fin último, es el instrumento indispensable del poder de cuestionamiento, de control, de autodeterminación y de decisión de los trabajadores allí donde sienten directamente su situación, el poder del capital y su conflicto con la sociedad; allí donde deben dominar una realidad que los aplasta, si es que la transformación de la sociedad y el poder político de la clase obrera van a tener sentido para ellos: es decir, en los lugares de trabajo.

Indudablemente, esta batalla no abolirá de entrada la ganancia; no dará *el poder* a la clase obrera; no culminará, después de resultar triunfante, en la abolición del capitalismo. Conducirá solamente a nuevas batallas, a la posibilidad de nuevas victorias parciales. Y en cada una de sus etapas, sobre todo en su primera fase, deberá concluir con un compromiso. Se entablará en un camino sembrado de asechanzas. Obligará al sindicato a acuerdos con los patrones. Impedirá al sindicato rechazar en bloque el poder patronal, discutir en bloque la administración capitalista. El sindicato deberá "ensuciarse las manos". En cada compromiso, en cada acuerdo firmado como conclusión de una batalla, al firmar reconocerá el poder patronal.

No hay que ocultar o minimizar estos hechos. Los peligros de la línea de acción que acabo de esbozar son reales. ¿Por qué preferirla entonces a la táctica actual? Bueno, miremos más de cerca.

¿Se trata de no aceptar un sistema de administración basado en la ganancia? ¿De llevar a la clase obrera al poder? ¿De no reconocer el poder patronal? Por supuesto. Pero los trabajadores reconocen el poder patronal cada día, al marcar la hora de entrada al someterse a una organización del trabajo sobre la cual no tienen control, al cobrar su salario. Al mismo tiempo aceptan el sistema de la ganancia; el poder de la clase obrera sigue siendo un sueño para ellos. ¿Por lo menos no se ensucian las manos a través del sindicato que los encarna, y permanecen libres de cuestionar todo en bloque? Es verdad. Sólo que su cuestionamiento, su rechazo del capitalismo permanece al nivel de las intenciones generales y de los discursos: es abstracto; su pureza es estéril. Le faltan los medios para morder sobre la realidad. Deja intacto el poder de la patronal y del capital. No tiene carácter positivo. Termina cayendo en todas las trampas que pretende evitar.

Por ejemplo, para rechazar mejor la colaboración de clase el sindicato tiende a desinteresarse de los acuerdos de empresa y de rama. Hay contratos colectivos que se renuevan tácitamente o que caen en desuso porque el sindicato, a su término, no hizo nada para renovarlos. Como conclusión de acciones reivindicativas, no se firman acuerdos de empresa porque el sindicato no quiere reconocer el poder del patrón: para no comprometerse con él, los responsables sindicales de la empresa no han presentado pliego de reivindicaciones; han organizado acciones escalonadas, que expresan un descontento y una protesta difusos. Luego, esperaron que la dirección hiciera ofer-

tas. Nada de negociaciones con el enemigo: un acta hace las veces de acuerdo. El sindicato mantiene las manos puras.

¿Qué gana con eso? La conciencia tranquila de su independencia; es decir, como victoria práctica sobre la política de administración capitalista, nada. ¿Y qué pierde el patrón? Nada, precisamente; él también conserva su independencia para administrar la empresa a su antojo, es decir para amortizar e invertir según *su* programa, para instalar las máquinas que *él* quiere, para imponer los ritmos, la organización del trabajo, el sistema de clasificación que le parecen más ventajosos; y hasta para pagar su mano de obra *según el presupuesto previsto*. Pues no hay que hacerse ilusiones:

en las cajas fuertes de las grandes empresas modernas, no hay fajos de billetes que las reivindicaciones obreras vendrían a disputar a la avidez patronal; en las cajas, hay sólo programas. Y esos programas tienen su margen de seguridad: están calculados de modo que las reivindicaciones de salarios *previsibles* no comprometan el plan de amortización o de inversión (con sus variantes previstas en función de las evoluciones posibles de la coyuntura), ni el plan de producción.

La tendencia dominante de la gran industria moderna ya no es la explotación máxima, por todos los medios, de sus trabajadores, acicateados a fuerza de premios individuales y de amenazas; la tendencia dominante (de la cual existen numerosas excepciones, que representan el pasado, no el futuro) es la "integración de los trabajadores". El patrón moderno sabe que el salario a destajo ya no "rinde": lo sabe muy bien porque en la gran empresa, donde el capital fijo pesa mucho más que el capital circulante, es la regularidad lo que más importa. Para obtener la regularidad, no hay que estimular demasiado el rendimiento individual: a sus puntos altos siguen caídas; un 5% de obreros que haga el 200% o el 300% de la norma interesa menos que todo un taller que haga *permanente* y *como promedio* el 100% de la norma —promedio que representa, por lo demás, la suma de tres niveles de esfuerzos distintos: un tercio de trabajadores que hace el 80%, un tercio el 100% y un tercio el 120%, por ejemplo, del rendimiento medio.

Para obtener esta regularidad, el patrón prevé lo imprevisto: especialmente las demandas de salarios. Por lo tanto, la táctica del "sindicato de manos puras" no lo molesta para nada. Ésta deja a la patronal el poder que más le interesa: el poder de decisión y de administración; el poder de determinar por sí mismo los aumentos que deberá aceptar, de mantenerlos dentro de los márgenes que él se había fijado, y de sustraer dichos márgenes a toda discusión efectiva.

Entonces, la "integración" del sindicato se produce hasta en las reivindicaciones que plantea y las concesiones que arranca: previstas por el programa de la empresa, están integradas de antemano en el plan de administración y prácticamente no interfieren con él. Tampoco consigue el sindicato poner efectivamente en cuestión un plan de despidos mediante los movimientos de protesta que siguen a su anuncio: el costo de las huelgas de protesta está previsto en el costo de la operación; los despidos se producirán, según lo previsto, después de haber sido "cuestionados". De este modo la acción sindical no influye en las decisiones y en las bases de la política patronal, precisamente porque las rechaza en bloque: este mismo rechazo es una de las bases de la política de la administración. Y en la práctica ésta sigue siendo soberana. La patronal conserva la iniciativa: coloca constantemente al sindicato ante situaciones nuevas de orden económico, estructural, técnico, organizativo, situaciones que condicionan la

estructura profesional, las carreras, la vida de los trabajadores, sus relaciones, las hacen evolucionar en el sentido deseado por la estrategia patronal y sólo dejan al sindicato la opción de decir sí o no,⁵⁶ sin que su no tenga consecuencias, sin que se vean *progresos* en la sucesión de las batallas que entablan los trabajadores. Siempre se repite el mismo tipo de batalla, los trabajadores vuelven siempre al punto de partida.

Así, la discusión sigue siendo abstracta, no toma cuerpo y no progresa, entre sus objetivos (reducción y supresión de la explotación, negociación de todos los elementos del salario, garantía del empleo y de las carreras, elevación del nivel de vida según las necesidades, abolición de la dictadura de la ganancia) y sus acciones no hay un lazo sintético: están de un lado los objetivos y del otro las acciones, y ningún progreso de éstas hacia aquéllos.

Si, en cambio, el sindicato se apodera de los elementos a partir de los cuales se elabora la política de administración, si se anticipa a las decisiones patronales, si plantea en cada caso su propia solución alternativa y si entabla la batalla sobre ella, entonces cuestionará la administración capitalista más eficazmente que todos los discursos de cuestionamiento. Estará en condiciones de ejercer su control sobre la evolución (técnica, productiva, profesional, etc.), de impulsarla en el sentido del óptimo social, económico, humano. Por ejemplo, esto supone que en vez de luchar *contra* los despidos y los planes de reorganización de la rama, luche por un plan de reorganización, de reclasificación, de reemplazo, sometido en todos sus aspectos al control sindical per-

⁵⁶ O aún sin que pueda decir que no a ofertas patronales que tienden a maniatar al sindicato, a destruir su autonomía, a comprar su integración y "la paz en el trabajo" a cambio de algunas ventajas materiales.

Esta incapacidad para decir que no a las peores ofertas paternalistas la ilustra el acuerdo firmado con "Plastiques de Roubaix" en enero de 1964, por la CGT, [Confédération Générale des Travailleurs], la CFTC [Confédération Française des Travailleurs Chrétiens], FO [Forcé Ouvrière] y la CGC [Confédération Générale du Commerce], Los principales puntos del acuerdo son:

—Premio de productividad (y no de producción); los beneficios de la productividad se reparten por partes iguales entre el personal y la empresa, y ésta resuelve el modo de reparto (aumento de salarios o reducción del horario).

—Participación en las ganancias: el 20% de las ganancias netas se distribuyen al personal. Pero la dirección sigue siendo la única que decide sobre la tasa de amortización y de inversión (y por lo tanto sobre el monto de la ganancia neta). La política de administración se sustrae así totalmente a la intervención y aun a la discusión sindical (lo cual habría sido impedido por el premio de producción, tal como lo hemos definido).

—Salario mensual garantizado, con recuperación eventual de las horas no trabajadas e indemnizadas *en el plazo de doce meses*.

—"Cada miembro del personal, consciente de que su interés está unido a la buena marcha de la empresa, cumple el trabajo que se le confía en las condiciones fijadas." Por lo tanto, nada de negociación de las relaciones y tie la organización del trabajo, sino subordinación de la prestación de trabajo a la lógica de la ganancia.

—Cláusulas antihuelga prevén un preaviso de cuatro días, seguido por una reunión paritaria, a la cual sigue, en caso de fracaso de las discusiones, un nuevo preaviso de cuatro días.

Además, las discusiones con relación a las "cargas de trabajo" deben promover, "en las condiciones que se determinarán cada vez que se presenten estas dificultades", "peritajes" de parte de "peritos obreros". De este modo, se invita a los delegados obreros a garantizar contra eventuales protestas obreras las relaciones de trabajo a cuya determinación los ha "asociado" previamente la dirección.

El reconocimiento implícito de la sección sindical de empresa, en estas condiciones, equivale a una completa pérdida de autonomía para el sindicato.

manente; que en vez de luchar contra nuevas máquinas y la nueva organización del trabajo que ellas imponen, luche sobre el tipo de máquinas, la forma de su instalación, la organización del trabajo que debe preverse, las clasificaciones que hay que definir *antes* de que se realice la reorganización; que en vez de luchar contra el agravamiento de la explotación, luche por someter a su control el programa de amortización y de inversión y por imponer que los trabajadores se beneficien con él.

¿Al proceder así, acepta el sindicato la administración de tipo capitalista? En determinado sentido, indudablemente que sí; pero he dicho ya que la acepta lo mismo al pretender rechazarla y al sufrirla. Pero lo que interesa precisamente es no sufrirla: hay que aceptarla para *cambiarla*, para modificar sus elementos, para contrarrestarla punto por punto y a cada paso, para obligarla a ir adonde los trabajadores quieren que vaya, en una palabra, para ponerla en crisis y para obligar al adversario a cambiar de terreno de combate. Y en cada victoria parcial, en cada reconversión, reclasificación, reorganización, inversión, despido * impedido o impuesto por el sindicato, lo que se afirma es el poder obrero, lo que se eleva es el nivel de conciencia obrera, lo que disminuye es la libertad patronal y la esfera de soberanía del capital, lo que se manifiesta es la debilidad esencial del sistema: la contradicción entre la lógica de la ganancia y las necesidades y exigencias de los hombres.

¿Es esto colaboración de clases? Lo sería, indiscutiblemente, si el sindicato aceptara responsabilidades de administración, la "coadministración" (o "cogestión"); si perdiera de vista que su objetivo no es un poco de bienestar a cualquier precio, sino la emancipación de los trabajadores y la autodeterminación de su condición; si aceptara *participar* en la elaboración de las decisiones y garantizar su aplicación. Pero precisamente lo que hay que rechazar intransigentemente es esta participación, tan deseada por los partidarios del "acuerdo". No se trata de elaborar *con* la dirección una política de administración neo-paternalista; se trata de *oponer* una política sindical a la patronal, de luchar por un plan de empresa, de rama, de región, etc., un plan bien elaborado y coherente, y que ilustre en forma concreta la oposición entre lo deseable y lo *posible*, por un lado, y por el otro lo real, determinado por los criterios de rentabilidad a corto plazo.

Evidentemente, la conclusión de la batalla deberá ser una transacción, un compromiso. Esto sólo repugnaría a los maximalistas, contra los cuales ya lanzaba sus ataques Lenin, al subrayar que hay compromisos buenos y malos. En este caso, el compromiso sería malo si el sindicato *renunciara* a su plan y a sus perspectivas para conformarse con una solución intermedia. ¿Pero por qué habría de renunciar? La transacción que concluye la batalla significa simplemente que no se ha podido lograr todo: el sindicato transigió sobre la adopción por la patronal de una parte sustancial de su plan; ejerce su control sobre la ejecución de este plan. La batalla se cierra entonces con una victoria parcial, arrancada en plena lucha, y con una victoria "morar" que, ésta sí, es total: pues en el transcurso de la lucha se ha elevado el nivel de conciencia de los trabajadores, los cuales saben perfectamente que no se han satisfecho todas sus exigencias, siguen dispuestos a nuevas batallas y realizan la experiencia de su poder: las medidas que han *impuesto* a la dirección *van en el sentido* de lo que ellos pedían (aunque no obtengan todo), no renuncian a su fin al transigir, sino que al contrario se aproximan a él. El sindicato no enajena su autonomía en la transacción (como tampoco lo hace cuando acepta un 8% de aumento después de haber pedido un 12%), no garantiza un plan patronal; por el contrario, obliga al patrón a garantizar (bajo control

sindical) la ejecución de lo esencial del plan sindical.

Esta es la estrategia que realiza la reivindicación del poder sindical de negociar todos los aspectos de la relación de trabajo, y de poner mano a través de esto sobre la autonomía de administración del patrón, y por extensión sobre el poder de clase de la patronal y del Estado. No se trata de un poder sindical institucional: se trata de un poder de discusión positivo y antagónico, que deja intacta la autonomía sindical. Este poder, una vez arrancado en batallas necesariamente largas y duras,⁵⁷ hará permanente e *ininterrumpida* la discusión de las decisiones patronales; permitirá al sindicato anticiparse a estas decisiones, para condicionarlas antes de que se las tome; colocará a los trabajadores a la ofensiva, y no ya a la defensiva; elevará su nivel de conciencia y de competencia; profundizará su conocimiento del proceso productivo; los obligará a precisar los objetivos, escalonados según una visión estratégica y programática, que pretenden oponer a los planes capitalistas al nivel de la empresa, de la rama, de la región y de la propia economía nacional; conducirá las reivindicaciones parciales y locales (lo que no sucede actualmente) hacia una perspectiva de respuesta ("de alternativa") global y coherente al capitalismo monopolista, perspectiva que condicionará y aclarará recíprocamente las opciones locales; y provocará así el resurgimiento continuo de la lucha con objetivos cada vez más avanzados, a un nivel cada vez más elevado.

Así, lejos de que la reivindicación de los poderes obreros en las empresas deba significar el desarrollo del particularismo o el "patriotismo" de empresa,⁵⁸ sólo tiene contenido ofensivo y movilizador, sólo tiene sentido y posibilidades, como opción local sobre una respuesta global al modelo de desarrollo capitalista. Exige esta visión global como su enlace necesario con el plano político (el plano de las grandes opciones en materia de desarrollo nacional y de política económica), así como la acción política exige la existencia de las masas movilizadas y combativas, no solamente para hacerse llevar hacia adelante, sino también y sobre todo como un *contrapoder* popular capaz de responder en forma descentralizada, con iniciativas específicas y no burocráticas, al poder de obstrucción de los centros de decisión privados y públicos.

Es muy natural, entonces, que la reivindicación y el ejercicio de poderes obreros de autodeterminación y de administración desemboquen en el cuestionamiento de las prioridades y de las finalidades del modelo capitalista.

⁵⁷ La lucha del millón de metalúrgicos italianos que buscaban estos objetivos duró nueve meses, con un total equivalente a 42 días de huelga. Durante cinco de esos nueve meses, el objetivo era imponer las reivindicaciones de administración y de control obreros, que la patronal trataba de disociar de las reivindicaciones *generales* de salario, sobre las cuales estaba dispuesto a ceder.

⁵⁸ Particularismo que en cambio se desarrolla actualmente, debido a la ausencia misma de una perspectiva que una estrechamente la reivindicación local y la acción de clase.

III. LA FINALIDAD DEL TRABAJO

A propósito del contenido de la relación de trabajo, no ha dejado de plantearse, aunque sea implícitamente, la cuestión del destino que recibe la fuerza de trabajo por parte de la empresa capitalista. Y el tema que se esbozaba sobre esto era el del *sentido* del trabajo o, más explícitamente, el de sus finalidades. La contradicción *formal* entre la esencia activa y potencialmente creadora del trabajo, y el status pasivo de mercancía que le confiere el patrón al disponer en forma arbitraria y despótica —a través de las relaciones, las condiciones y la organización del trabajo— de la vida profesional del trabajador, esta contradicción formal, sentida como opresión, marcha junto con una contradicción sustancial: la que aparece entre la finalidad *interna* del trabajo desde el punto de vista del trabajador —a saber, producir con su dominio sobre la materia riquezas que tengan un valor para los hombres (y producir al hombre como productor universal al mismo tiempo)— y su finalidad *externa* desde el punto de vista del capital —a saber, producir plusvalía con motivo de la producción de cualquier cosa (ya que el valor de uso del producto es secundario con respecto a la tasa de ganancia) y, al mismo tiempo, producir productores sometidos a la exportación de su fuerza de trabajo como a una cantidad extraña y enemiga, es decir, hombres enajenados. En resumen, para el trabajador el trabajo sólo tiene sentido *como producción de un mundo humano*; para el capital, *el trabajo sólo tiene sentido como producción de ganancias*, cualquiera sea, por lo demás, la utilidad humana de los productos por cuyo intermedio se realiza la ganancia.

Por lo tanto, la condición obrera no solamente es inaceptable debido a la opresión directa del trabajo en la vida productiva, sino también debido a la negación, por la finalidad que la explotación capitalista asigna al trabajo, del sentido de la vida productiva: por su enajenación. Todo trabajador vive más o menos conscientemente esta enajenación como la contradicción entre el orgullo y el amor al trabajo bien hecho, por un lado, y la vergüenza, la rabia o la desesperación de tener que realizar ese trabajo para fines (la acumulación capitalista) y para productos que, con frecuencia, no valen la pena y no tienen nada que ver con las necesidades reales o prioritarias ni con los intereses de la colectividad.

1. Alternativas concretas

La lucha contra la explotación sólo adquiere todo su sentido cuando se la comprende como lucha contra las consecuencias sociales de la explotación, es decir: como lucha contra las falsas prioridades, los despilfarros y las escaseces que el capitalismo de los monopolios, en su fase madura, impone a la sociedad como supuesto modelo de "consumo opulento". Luchar contra la explotación del trabajo es, necesariamente, *luchar también contra los fines para los cuales se explota el trabajo*.

La separación de estos dos aspectos es menos posible que nunca si el movimiento obrero quiere conservar su autonomía. En efecto:

una organización obrera que con el pretexto de que no quiere meterse en política, quisiera encerrar la acción de los trabajadores en el mero plano de la reivindicación de

consumo e, implícitamente, de la lucha contra la explotación, se vería llevada lógicamente a aceptar de buena gana —o al menos sin hostilidad de principio— las proposiciones hechas por el Estado capitalista con el objeto de integrar los sindicatos en el sistema y de discutir con ellos limitaciones eventuales a la tasa de ganancia, eventuales elaboraciones de índices del nivel de salarios sobre la expansión de la renta nacional, sin poner en cuestión la tasa global de la acumulación capitalista ni el papel motor de la ganancia, ni el poder político-económico de los monopolios, ni las orientaciones y las prioridades que la búsqueda de la ganancia máxima imprime a la actividad económica en conjunto.

Además, luchar contra la explotación y por las reivindicaciones de consumo sin poner en discusión las finalidades de la explotación (es decir, la acumulación) y el modelo y la jerarquía de los consumos en la sociedad capitalista avanzada, es colocar a la clase obrera en posición subalterna con relación a las opciones fundamentales, a los valores, a la ideología de dicha sociedad, y fortalecer a ésta hasta con los éxitos de detalle que los sindicatos pueden obtener. En efecto, los éxitos —aumento de salarios, de la duración de las vacaciones, de la masa de consumos individuales— serán contabilizados inmediatamente a su favor por aquellos (gobierno y monopolios) que lo han concedido, según la consigna clásica del "bienestar para todos"; se convertirán rápidamente en una fuente de ganancias suplementarias (con alza de precios o sin ella) para las industrias de bienes de consumo. Mientras es sólo cuantitativa, y no cualitativa también, la reivindicación económica no llega a tener peso importante sobre el sistema y no contribuye en nada a forjar y a elevar la conciencia de clase.⁵⁹

Antes de indicar cómo se vuelven sensibles concretamente para los trabajadores las cuestiones de finalidad (de estructura, de orientación del consumo y de la producción), cómo pueden dar ellas el contenido a reivindicaciones cualitativas, se comprenderá la insuficiencia de las reivindicaciones cuantitativas a través de ejemplos como éste: las presiones ejercidas por organizaciones obreras norteamericanas (de común acuerdo con los patrones, por lo demás) para mantener en actividad a industrias de armamento (aeronáutica, fabricación de obuses y de tanques) obsoletas y destinadas al cierre, y esto con gran despliegue de argumentos patrióticos y militaristas. Lo cual no impide, por otra parte, que esta concepción estrecha de la defensa *colectiva* del trabajo y del empleo sea acompañada por una rebelión *individual* e impotente de los obreros contra el absurdo de su trabajo. En las cadenas de montaje de la industria automovilística norteamericana, esta rebelión llega hasta los actos de sabotaje clandestino de un producto (la carrocería) que aparece al obrero como la materialización detestable de la inutilidad social y del absurdo individual de su "trabajo de estúpido".⁶⁰ Se puede situar en la misma línea el ejemplo —menos extremo y más complejo, no obstante— de los mineros que luchan con admirable perseverancia por el mantenimiento en actividad de las cuencas mineras, —explotadas, por lo demás, un condiciones humanas y económicas menos que mediocres— y que, individualmente, no tienen dificultades en

⁵⁹ Cf. Foa: "Lo que cuenta no es la comparación global entre nivel de consumos y nivel de inversiones, sino la distribución y la composición interna de los consumos y de las inversiones" ("Política salarial e sviluppo económico", en *Economía e Sindacato*, septiembre de 1961).

⁶⁰ Cf. Hnrvy Swados, citado en *Historia y enajenación*. Fondo de Cultura Económica, México, 1969, p. 314.

reconocer que aun si el carbón producido no fuera tan mediocre y caro, su oficio, en las condiciones locales, seguiría siendo abominable.

Por lo demás, surge claramente de este tipo de ejemplos de acciones puramente defensivas no solamente que la acción obrera espontánea no tiene perspectiva, sino incluso que se corta y se agota si al nivel político no se le da una perspectiva que reagrupe las reivindicaciones inmediatas en una visión estratégica y global de las relaciones de clase, uniendo así los objetivos inmediatos a objetivos más amplios y a plazo más largo de transformación de la sociedad. Son precisamente los casos de cierre parcial o total, de desplazamiento geográfico, de reconversión y de nuevo establecimiento de empresas —casos que se harán cada vez más frecuentes bajo el efecto de la competencia monopolista en el Mercado Común y de la evolución de las técnicas— los que imponen a la clase obrera la lucha en nombre de una "alternativa" a la política de los monopolios y de sus prioridades, con el desplazamiento del aspecto reivindicativo hacia soluciones cualitativamente diferentes. A falta de ello, la lucha obrera difícilmente podría superar, en este caso, el plano de los combates defensivos de retaguardia, casi desesperados.

Los cierres, reconversiones, nuevos establecimientos (o la ausencia de industrias nuevas) ofrecen al movimiento obrero, por lo demás, una buena ocasión para afirmar su papel dirigente en la sociedad y para mostrar, a raíz de las dificultades a menudo dramáticas que provocan para los trabajadores las decisiones del capital monopolista —pero también para toda la población de las regiones castigadas— que la solución óptima, tanto desde el punto de vista humano como desde el punto de vista del equilibrio económico y del desarrollo regional, exige decisiones contrarias a la lógica capitalista; "reformas de estructura" que modifiquen la relación de fuerzas, el reparto de las competencias y de los poderes; centros de decisiones democráticas nuevos, todos objetivos de lucha que prefiguran una transformación socialista de la sociedad y van en ese sentido.

Una vez más es el movimiento obrero italiano, en sus componentes sindical y político, el que ofrece ejemplos terminantes de este tipo de reivindicaciones cualitativas que proponen una línea alternativa a la política de desarrollo monopolista. Entre los casos que se han hecho célebres está el de una gran empresa de construcción mecánica de Reggio de Emilia, condenada en los marcos del Plan Marshall, en la cual todo el personal (obreros y cuadros técnicos) ocupó la fábrica, expulsó a la dirección, organizó por su propia iniciativa, a partir de proyectos abandonados, la fabricación de tractores agrícolas. Hicieron falta varios meses antes de que los primeros ejemplares salieran de los talleres. Durante todo este tiempo, la empresa pudo sostenerse gracias a las colectas organizadas entre los campesinos y los habitantes de las ciudades de la región. Esbozo de una "Comuna", esta empresa fue finalmente rehabilitada por el Estado, bajo la presión de los partidos de la clase obrera. Durante algún tiempo continuó la construcción de tractores, luego fue reconvertida y desarrollada. Sigue existiendo.

Otro ejemplo es el de los combinados siderúrgicos costeros. La CGIL [Confederazione Generale Italiana del Lavoro] reclamó durante mucho tiempo, en el plano local y regional, su construcción por el Estado, apoyando su demanda con huelgas y manifestaciones de masas. Estas acciones que movilizaron poblaciones enteras fueron un factor esencial para el desarrollo económico de regiones subdesarrolladas o declinantes. Apoyadas en el plano nacional por los partidos obreros, condujeron a la creación

de un organismo público, encargado de financiar algunos de esos combinados, que en un principio habían sido declarados antieconómicos por el gobierno. Las batallas por la siderurgia costera se basaban en previsiones y en un plan muy elaborado. Las realizaciones que finalmente decidió el Estado quedaron por detrás de este plan. Ninguna de estas batallas concluyó con una victoria total del movimiento obrero.

Pero el solo hecho de haber sido entabladas, con éxitos parciales a menudo importantes, permitió llevar el antagonismo de clase a un nivel más elevado y más dramático. La lucha permitió plantear y demostrar la posibilidad de una línea alternativa a la de la expansión monopolista; dio conciencia a las masas trabajadoras que se lanzaron a estas batallas, de su poder de clase, de la insuficiencia y de la vulnerabilidad del sistema capitalista, y de su superación, como de una perspectiva necesaria que surge del corazón mismo de las luchas cotidianas.

El combate por reformas de estructura (conquistas permanentes en el avance hacia la democracia socialista) y por objetivos intermedios (es decir que hagan explícitas la posibilidad, las ventajas y la necesidad de una línea alternativa) planteados como prolongación directa de las reivindicaciones inmediatas, es esencial entonces para el desarrollo de acciones que se introduzcan en el movimiento y en las contradicciones internas del proceso capitalista *para ponerlo en crisis*. Este combate hace surgir desde el interior de este proceso posibilidades que prefiguran ya su superación y que por lo tanto hacen aún más intolerable el estado de cosas presente y más evidentes sus contradicciones e insuficiencias. Es obvio que no se puede limitar esta lucha al nivel del parlamento y de los partidos, como lucha política e ideológica solamente. Pues no sólo el parlamento tiende a ser despojado de poderes reales y la representación en él de la clase obrera a ser disminuida por diversas maniobras; sino que tampoco tienen eficacia las batallas políticas e ideológicas a menos que sus objetivos, en vez de presentarse como espejismos de un futuro más o menos lejano., se articulen sobre acciones de masas posibles o en curso, cuyos objetivos concretos amplíen.⁶¹ En otras palabras, en todos los niveles debe aparecer una línea alternativa como una posibilidad concreta y positiva, realizable bajo la presión de las masas:

? Al nivel del taller, por la conquista de un poder obrero sobre la organización y las relaciones de trabajo.

⁶¹ La lucha contra la “fuerza de choque” (*forcé de frappe*), por ejemplo, seguirá perteneciendo al campo de la propaganda abstracta mientras el movimiento obrero no elabore, fábrica por fábrica, rama por rama y al nivel del plan, un programa de reconversión y de reorientación de las industrias que trabajan para el armamento.

A falta de este programa, no sólo podrán los trabajadores temer por sus empleos en caso de victoria de la izquierda; sino que también ésta, una vez en el poder, o bien será incapaz de suprimir el programa “fuerza de choque”, para no dejar desocupados a miles de trabajadores, o bien se sentirá escindida entre la voluntad política de abandonar dicho programa, y la presión de la base sindical de las fábricas, para quien el programa existente se confunde con la defensa de su empleo.

? Al nivel de la empresa, por la conquista de un contrapoder obrero referente a la tasa de ganancia, el volumen y la orientación de las inversiones, la evolución y el nivel tecnológicos.

? Al nivel de la rama y del sector, por la lucha contra la so-bre inversión preñada de crisis futuras, o al contrario contra la incapacidad del capital monopolista para llevar adelante desarrollos socialmente necesarios, y esbozando reorientaciones deseables de la producción, en cantidad, calidad y naturaleza.⁶²

? Al nivel de la ciudad, por la lucha contra la dominación de los monopolios sobre toda la vida (cultural, social, económica) de la ciudad, sobre los transportes colectivos, los terrenos y los inmuebles, la administración municipal,⁶³ la organización de los ocios, etc.

? Al nivel de la provincia, por la lucha por nuevos establecimientos industriales necesarios para la supervivencia y el equilibrio de la región, la reabsorción de la desocupación manifiesta o encubierta, el reemplazo de los trabajadores de industrias en crisis o en vías de desaparición, la lucha que evidentemente debe movilizar tanto a campesinos como a obreros, basarse en un programa alternativo de desarrollo regional, ser dirigida de común acuerdo por los sindicatos y los partidos obreros y estar orientada a la conquista de centros de decisiones regionales autónomos tanto con relación al capital monopolista como con relación a las tendencias centralizadoras del Estado.

? Al nivel del Plan, es decir de la sociedad, finalmente, por la elaboración de las grandes líneas de un Plan de recambio que modifique la orientación dada a la economía por el capitalismo monopolista de Estado, restableciendo prioridades reales, conforme a las necesidades sociales, y poniendo en cuestión las finalidades de la acumulación privada y de la “sociedad de consumo” mediante las de la valorización de las riquezas humanas (educación, investigación, salud, equipos colectivos, urbanismo) y materiales (acondicionamiento del territorio, desarrollo regional) de la nación.

2. La miseria en la opulencia

Con relación a esto, nunca se subrayará bastante que el subdesarrollo social, cultural y regional, por una parte, y el desarrollo rápido de las industrias de bienes de consumo individuales “opulentos”, por la otra, son dos caras de una misma realidad. Si los equipos colectivos, los servicios sociales y públicos (los transportes colectivos

⁶² Sobre estos dos puntos, ver por ejemplo la interesante tentativa de Gilbert Declerq referente al establecimiento en Loire-Atlantique de una industria pública siderúrgica y de máquinas-herramientas, para resolver el problema creado por la crisis de los astilleros y romper el monopolio de empleo de éstos.

⁶³ Sobre esto, véase particularmente P. Belleville, *Une nouvelle classe ouvrière*, sobre todo los capítulos sobre Lorena y el Norte.

urbanos, entre otros), la enseñanza, el desarrollo regional y rural son por lo general escandalosamente deficientes, a pesar de que los oligopolios que producen bienes de consumo individuales gozan de una prosperidad espectacular, esto no se debe a que los primeros son públicos y los segundos privados. Se debe, al contrario, a que el capitalismo monopolista de Estado confía a los segundos el papel motor del desarrollo económico; a que la acumulación privada desvía hacia inversiones rentables a corto término el grueso de la plusvalía y que la parte de ésta que puede ser afectada a las inversiones sociales, a la cobertura de las necesidades prioritarias, por eso mismo se vuelve insuficiente.

Además, el Estado capitalista subordina sus propias inversiones, ya insuficientes en volumen, a los intereses de los monopolios: prefinanciando su expansión, creando la infraestructura para estar ayudando a los monopolios (con su política de precios, financiera, fiscal, militar) a encontrar un mercado para sus producciones anárquicas. El Estado se agota para cubrir con fondos públicos *los costos sociales de la acumulación privada* (congestionamiento urbano, transportes, formación profesional, infraestructura, higiene, etc.) y al no lograrlo, amputa aquellas inversiones públicas (culturales, sociales e industriales) que, relativamente autónomas, podrían precisamente contrarrestar la línea de desarrollo monopolista.

Por lo tanto, no se podrá encontrar la solución de los problemas estructurales, sociales y culturales de la sociedad mediante la creación de nuevos organismos públicos, sino solamente, al contrario, colocando bajo control estatal los principales centros de decisión y de acumulación teniendo en mira la socialización de la función de inversión y de acumulación misma. De este modo, cuando este mismo Estado pide a los trabajadores una disciplina contractual de los salarios, en nombre del famoso equilibrio entre consumo e inversiones, está clara la respuesta que hay que darle:

1] No existe ninguna garantía, en las actuales condiciones, de que lo que se consume de menos se invierta de más. Al contrario, la disciplina de los salarios puede tener como efecto consolidar el frente patronal, garantizar rentas de tecnicidad y superganancias a los monopolios, desalentar la investigación científica y técnica.

2] Suponiendo que las mayores ganancias se inviertan efectivamente, nada garantiza que se invertirán en forma racional y socialmente útil, en las *regiones*, en las *producciones* y en los *servicios* donde son más necesarias socialmente.

3] Es posible aumentar *al mismo tiempo*, a plazo, el nivel de consumo (individual y colectivo) de las masas trabajadoras y el nivel de las inversiones socialmente útiles, con la condición de que se modifique la estructura interna, cualitativa, de los consumos y de las inversiones, de que se compriman los consumos y las inversiones suntuarios, de que se supriman los ingresos especulativos y parasitarios (en los sectores comerciales y de bienes raíces en especial) y de que se reduzca, por la socialización

de la función de inversión, el despilfarro en todas sus formas.

Mientras el Estado no controle los centros realmente motores de la economía; mientras los trabajadores organizados no puedan orientar el desarrollo de ésta hacia la satisfacción de las necesidades prioritarias; mientras, al subordinar su acción a la de los monopolios y al garantizarles ganancias sin riesgos, el Estado deje subsistir y desarrollarse el despilfarro del producto social con fines suntuarios o simplemente anti-económicos, los sindicatos tienen el derecho y la mismo tiempo el deber de rechazar categóricamente toda “disciplina de salarios” y todo “acuerdo” económico, cuyo único efecto sería perpetuar la explotación de la fuerza de trabajo, la apropiación y el mal uso de las plusvalías por los monopolios.

La influencia de éstos, en efecto, se ejerce más o menos abiertamente sobre todas las esferas de la vida civil. Y esto no sólo por el hecho de que el sector monopolista —amo, dentro de ciertos límites, del precio de los productos que vende como de los productos y servicios que compra— se apropia de una parte importante de la plusvalía de los otros sectores (agrícola e industrial de subcontratistas, especialmente; así como del sector energético, minero y de los transportes); sino también por el hecho de que está en condiciones de imponer un modelo de producción y de consumo y de orientar los gustos de los “consumidores” hacia los productos que permiten la cuota de ganancia más elevada.⁶⁴ De ello resultan las desigualdades y las distorsiones comunes a todas las economías de capitalismo monopolista de Estado: la “miseria pública en la opulencia privada”, para usar la expresión de Galbraith: megalópolis con gigantescos gastos de infraestructura y de funcionamiento, y decadencia que llega a la desertificación de las regiones llamadas periféricas; tugurios más televisión o (y) medio de transporte individual; analfabetismo (propriadamente dicho o figurado) más radios de transistores; subequipamiento rural más autopistas; ciudades sin higiene, ni aireación, ni sol, más catedrales comerciales, etc.

La dictadura de hecho del sector monopolista sobre todos los campos de la actividad económica y cultural, indudablemente no se ejerce en forma directa: pasa por cierto número de mediaciones, se afirma esencialmente mediante las *prioridades* que retiene, mediante la subordinación y el condicionamiento de la escala de las necesidades vivas según las exigencias inertes del capital. A veces, ideólogos burgueses intentan negar esta relación de subordinación, invocando la esfera de autonomía —real, por lo demás— del Estado o de cuerpos constituidos como la Universidad. Y es verdad que hablar de una dominación de los monopolios sobre el Estado y sobre la enseñanza, por ejemplo, es simplificar excesivamente las cosas: el Estado desempeña más bien un papel de mediador esclarecido entre los intereses directos de los monopolios y los de la sociedad, y esta función de mediación puede significar iniciativas

⁶⁴ Mediante la venta forzosa de servicios y de valor agregado; volveremos sobre esto en el capítulo iv.

que parezcan ir en contra de los intereses inmediatos del capital monopolista: en lo inmediato, éste siempre tiene interés en limitar al mínimo estricto todas las actividades del sector público (enseñanza, sanidad, higiene, urbanismo, equipamiento cultural y deportivo, etc.) en la medida en que éstas desvían hacia usos sociales que no pueden dar lugar a acumulación y a ganancia, recursos tomados de las ganancias y del poder de compra individual. Los consumos sociales financiados por el Estado no sólo son una punción o un peligro de punción sobre las plusvalías; impiden también que una parte del poder de compra individual vaya a las cajas de las empresas privadas. Virtualmente crean un circuito de dinero sustraído a las leyes del mercado y de la rentabilidad capitalista, un sector virtualmente antagónico con respecto a la economía de ganancia.⁶⁵

Entonces, un antagonismo permanente opone al Estado, aun capitalista, como empresario público en sectores de interés general improductivos y no rentables, con el capital privado. Pero precisamente lo que distingue al neocapitalismo del capitalismo tradicional es que el primero reconoce la necesidad de la función mediadora del Estado, y que sus esfuerzos ya no tienden a restringir la iniciativa pública, sino a orientarla e incluso a desarrollarla al servicio de la acumulación monopolista. Ésta tiene interés, en forma no inmediata o a largo plazo, en que las redistribuciones de ingreso hagan socialmente tolerable al sistema capitalista; en que la salud y la higiene públicas hagan más lento el desgaste de la fuerza de trabajo; en que la enseñanza pública cubra las necesidades futuras de mano de obra calificada; en que los transportes urbanos públicos, financiados por el conjunto de la población, conduzcan en buen estado la mano de obra a las fábricas; en que la nacionalización de las fuentes de energía y de materias primas coloque a cargo del conjunto de la población la cobertura, a bajo precio, de las necesidades de la industria. En una palabra, se saluda el desarrollo de la actividad pública con tal de que se limite al *prefinanciamiento público de las bases de la expansión y de la acumulación monopolista*; o sea, con tal de que permanezca en una situación subordinada con relación a la iniciativa privada y abandone a ésta la preocupación de determinar las orientaciones dominantes de la economía.

Pero esto quiere decir, precisamente, que la cobertura de las necesidades sociales y culturales no se considera nunca como un *Sin* en sí misma, sino sólo de manera utilitaria; que el pleno desarrollo de las facultades humanas (enseñanza, investigación, información, cultura) no se considera como una prioridad, ni tampoco el acondicionamiento de la ciudad y del territorio. Estas actividades sólo se desarrollan en la medida en que son complementarias de la iniciativa privada o, al menos, en que no contradicen sus intereses, en que no desarrollan en los individuos el cuestionamiento del sistema. Indudablemente, la Universidad es libre, Garaudy enseña en Saint-Etienne e Hyppolite fue director de la Escuela Normal Superior. También la sociedad neocapi-

⁶⁵ Volveremos a tratar este tema.

talista debe poder adornarse con filósofos. Pero la información está dirigida por el Estado o (en la práctica) por los distribuidores de publicidad; los equipos culturales pertenecen a la patronal o a la Iglesia; la edición esta sometida a las leyes del mercado y a la censura previa publicitaria.

El desarrollo económico, cultural y social no se orienta hacia el desarrollo prioritario de los hombres y hacia la cobertura prioritaria de sus necesidades sociales, sino *ante todo* hacia la creación de aquellos objetos que se pueden vender con la ganancia máxima, cualquiera sea por otra parte su utilidad o inutilidad. Las actividades creadoras se limitan en virtud de criterios de rentabilidad financiera o de estabilidad social,⁶⁶ a pesar de que se despilfarran millones de horas de trabajo para aportar a los productos de consumo, en los marcos de la competencia monopolista, modificaciones» frecuentemente marginales pero siempre costosas⁶⁷ y que no tienen como objetivo aumentar el valor de uso (o estético) del producto.

Las repercusiones sociales del proceso de producción, social de hecho, sobre todos los aspectos de la vida —relaciones de producción, ocios, enseñanza, diversiones y consumos de masa, urbanización, etc.— no están consideradas en ningún proyecto social tendiente a humanizar el proceso social, a darle un sentido, a hacer surgir fines sociales. Los procesos sociales, en vez de ser dominados y gobernados por la sociedad de los hombres, la dominan; se presentan como las resultantes sociales “accidentales” de decisiones privadas y proliferan anárquicamente: ciudades-dormitorios, congestión urbana, migraciones internas, escaseces y excedentes varios. En lugar de que se ponga la producción al servicio de la sociedad, es la sociedad la que se pone al servicio de la producción capitalista: ésta se ingenia para ofrecer a los *individuos* medios siempre nuevos para evadirse de esta realidad social insoportable; y la aplicación en gran escala *de estos medios de evasión individual* (automovilismo, casas individuales, camping, ocios pasivos) vuelve a crear inmediatamente un nuevo *proceso social* anárquico, escaseces, contrafinalidades y enajenaciones nuevas.

La sociedad capitalista madura sigue siendo así profundamente bárbara como *sociedad*, en la medida en que no se orienta a ninguna civilización de la existencia social y de las relaciones sociales, a ninguna cultura del individuo social, sino sólo a una civilización del consumo individual. Pero simultáneamente, la homogeneidad y los estereotipos del consumo individual estimulado por los oligopolios, producen este individuo social particular para el cual su socialidad aparece como accidental y extra-

⁶⁶ En gran medida es sólo el temor a verse superados por la URSS lo que ha precipitado en los países capitalistas avanzados el impulso hacia la automatización, j preñado de problemas sociales difícilmente solubles para el capitalismo.

⁶⁷ La industria del automóvil norteamericana gasta anualmente 500 millones de dólares para modificaciones marginales de sus modelos, mientras limita su vida —a través del “desgaste incorporado” y sin que resulte de ello una economía— a alrededor de 60000 kilómetros.

ña: el individuo de masa.

Con esto no hay que entender, al estilo de los nostálgicos de la edad artesanal, que es la propia producción de masas la que provoca la masificación de los individuos sociales; ésta no es de ningún modo una consecuencia inevitable de la producción en grandes series. En cambio, es la consecuencia de una producción *social* en su *forma*, pero no en sus *finés*. En efecto, una cosa es producir en masa material agrícola, bolígrafos para las escuelas, ropas de trabajo a bajo precio, destinados a cubrir necesidades sociales que se consideran tales y que es preciso satisfacer con una producción social. Otra, es trabajar no para la sociedad, sino para una empresa privada en la producción de objetos que no cubrirán una necesidad social sino que se presentarán a los ojos de los compradores individuales como símbolos de su liberación de las presiones sociales.

Pues en fin de cuentas es ésa la mistificación sobre la cual se basa el capitalismo llamado opulento: la producción, social en su forma, su envergadura y sus consecuencias, nunca se considera tal; niega el carácter social de la “demanda” (solvente o no), del trabajo, de las necesidades que los individuos tienen en común y que la producción social enriquece y desarrolla. Lo que les propone son necesidades de consumo que han sido separadas previamente —en forma tan artificial como radical— del trabajo y de las condiciones de producción que les han dado origen; y con razón: como consumidor, se estimula al individuo a que se escape de su condición de productor social, a que reconstituya para sí un microcosmos *privado* del cual gozaría y sobre el cual reinaría como soberano solitario.

La ideología que implica el modelo de consumo “opulento” no es tanto la del confort como la de la mónada encerrada en su universo solitario y suficiente: la de la vivienda que tiene “todo el confort hogareño” (es decir que es un universo cerrado independiente de los servicios exteriores), en la cual uno mira al mundo como espectáculo (gracias a la televisión), de la cual se sale al volante de un automóvil individual para ir a gozar de la “naturaleza sin hombres” (protestando al mismo tiempo contra el “Estado” que no construye suficientes carreteras, etc., para facilitar esta huida; contra el Estado, pero no contra la economía de ganancias que hace casi obligada esta huida). La negación del origen y del carácter social de las necesidades, y del modo necesariamente social de su satisfacción; la afirmación de una posible liberación individual mediante la adquisición de medios de evasión (cuya producción social se encubre cuidadosamente) son las mistificaciones fundamentales de la civilización llamada opulenta.

En esta manera implícita de negarse a hacerse cargo individualmente de la socialidad, la cual, es rechazada hacia las tinieblas exteriores, hacia la esfera de lo “accidental”, se encuentra la razón profunda de la masificación, es decir de la soledad impotente y anárquica de los individuos separados, que sufren su ser social como una rea-

lidad estadística exterior y son manipulados en sus comportamientos individuales por los especialistas de la “persuasión clandestina”.

3. Consumidores a la medida

Sobre esta enajenación del individuo de masa como consumidor pasivo se han dicho cosas a veces muy inteligentes, sobre todo en la extrema izquierda católica,⁶⁸ aunque no vayan siempre a la raíz del problema. Las resumiré brevemente:

La existencia de necesidades vitales insatisfechas en gran medida, daba hasta ahora al modo de producción capitalista una base natural y una finalidad humana, al menos *en apariencia* y objetivamente. La mayor parte de la demanda solvente, *de hecho*, se refería a productos necesarios para la reproducción de la vida, y cualquiera fuese su lógica interna propia, la producción capitalista se apoyaba objetivamente sobre necesidades vitales que conservaban su autonomía. Esta base natural que daba al sistema una demanda preexistente, podía hacer creer, en cierta medida, que la economía estaba al servicio del consumo y tenía su racionalidad humana como ciencia de la utilización de recursos raros con la perspectiva de su acrecentamiento.⁶⁹ En realidad, el fundamento natural de la demanda *ocultaba* la finalidad *interna* de la producción capitalista, que es la acumulación de un excedente como exigencia específica y fin en sí del sistema. Pero aquello que estaba oculto mientras la demanda se refería principalmente a productos necesarios para la vida, aparece a plena luz a partir del momento en que, en grandes líneas, las necesidades vitales están satisfechas, en que ya no constituyen en todo caso una demanda en expansión, y en que la expansión de la producción, por eso mismo, pierde su carácter de necesidad vital y su base natural.

En ese momento los individuos, liberados de la necesidad natural, emergen, en teoría, a la posibilidad de elegir la naturaleza de las riquezas por producir; a la posibilidad de producir para fines humanos conscientemente creadores y no ya solamente para fines humanos naturales; a la posibilidad de someter el modo y el aparato de producción, así como la misma producción, a la exigencia de producir un “hombre humano”; a la posibilidad de plantear el momento de la creación como lo esencial —tanto en el nivel de la actividad productiva como en el de la actividad de consumo— mientras que hasta ahora ese era un momento necesariamente subordinado.

⁶⁸ Ver particularmente Claudio Napoleoni y Franco Ródano, en *Rivista Trimestrale*, número 1-4; y también Lucio Magri en *Les Temps Modernes*, septiembre-octubre de 1962, pp. 608-610.

⁶⁹ Siguiendo a P. Sraffa, Claudio Napoleoni pudo mostrar que la teoría económica sólo puede explicar de manera coherente el sistema capitalista si trata al salario como una magnitud dependiente, predeterminada y fija, y al consumo como un factor subordinado con relación a la acumulación (ver *Rivista Trimestrale*, número 1). Se podrían hacer demostraciones que van en el mismo sentido con respecto a las tentat i-

Ahora bien, por razones que citaremos de inmediato, el capitalismo de los monopolios ha conseguido impedir esta subordinación de la producción a la actividad creadora, ahogar toda actividad creadora y perpetuar, como en los tiempos de la escasez general, una subordinación invertida, en particular la del consumo a las exigencias del proceso de producción. Conforme a la previsión de Marx, el capital monopolista se ha encontrado ante el problema de formar los sujetos para los objetos que debe colocar, de ajustar no ya la oferta a la demanda, sino la demanda a la oferta.

Ha resuelto este problema condicionando a los individuos en función de la producción más rentable; y esto no sólo en sus necesidades individuales, sino también en su percepción del mundo (concepción del Estado, de la sociedad, de la civilización, de la coexistencia con otras sociedades y civilizaciones, etc.). Para poner la sociedad al servicio de la acumulación privada, tanto al nivel de los consumos individuales como del consumo público (de los gastos del Estado), se ha esforzado por extender su dictadura a todos los aspectos y a todas las esferas de la vida civil, por convertirse en amo de los individuos en su trabajo, en sus ocios, en sus hogares, en las escuelas, en su información, en la manera como reproducen su fuerza de trabajo, en sus relaciones humanas. Mediante la extensión de su dictadura a la cultura, a la esfera privada, a las instituciones locales y nacionales, el capital monopolista ha aparecido finalmente en su verdad exigiendo la producción por la producción, es decir la acumulación por la acumulación; exigiendo que se coloque a la sociedad en estado de consumo forzoso. Y también, indudablemente, exigiendo un tipo de individuos a quienes se pueda colocar en situación de consumo forzoso y pasivo: los individuos de masa, a los cuales se esforzará por imponerles fines, deseos, ansias que serán además otros tantos instrumentos entre sus manos.

Pero mostrar esto es quedarse en la superficie del fenómeno. Su raíz está en las relaciones capitalistas de producción. En efecto, *el “consumidor enajenado”*, “es el individuo que refleja en sus necesidades de consumo su enajenación como agente de la producción”.⁷⁰ Es el trabajador (manual, intelectual o descuello blanco) atomizado, dispersado por las condiciones de habitat, pasivizado, sometido a la disciplina militar de la fábrica, separado de su producto, exhortado a vender su tiempo, a ejecutar dócilmente una tarea prefabricada, sin inquietarse por la finalidad de su trabajo. El consumidor masificado y pasivo que exige la producción capitalista para poder subordinarse el consumo, no lo crea entonces de la nada, como se afirma a menudo, a través de la publicidad, la moda y las “relaciones humanas”; al contrario, *ya* lo ha engendrado al nivel de las relaciones de producción y de las relaciones de trabajo, separando al productor de su producto, más aún: separando al trabajador de su trabajo

vas neocapitalistas de desarrollo económico según criterios capitalistas, especialmente en América Latina.

⁷⁰ Cf. Bruno Trentin, in *Tendenze del capitalismo italiano*, I (conclusiones). Edit ori Riuniti, Roma, 1962.

como cierta cantidad predeterminada y extraña de tiempo y de esfuerzo que espera al trabajador en su puesto y exige su pasividad activa.

Debido a que el trabajador no está “en su casa” en “su” trabajo, a que este trabajo, negado como actividad-creadora, es una calamidad, un puro *medio* para satisfacer las necesidades, el individuo se ve amputado de sus necesidades creadoras y activas y no encuentra ya su soberanía más que en el no-trabajo, es decir en la satisfacción de necesidades pasivas, en el consumo y la vida doméstica.⁷¹ Sobre la base de este primer acondicionamiento, el capitalismo monopolista puede jugar sobre las necesidades de consumo pasivo e individual, proponerles modos de satisfacción cada vez más complicados y sofisticados, desarrollar la necesidad de *evasión*, vender los medios de olvidar, de alejarse de las presiones de la organización industrial, medios de *soñarse* humano —pues no se trata de *hacerse* tal— mediante la apropiación de símbolos de humanidad prefabricados. Y cuanto más avanza en este camino, cuanto más aturde a una humanidad masificada y mutilada por satisfacciones que, a la vez que dejan intacta la insatisfacción fundamental, distraen de ella, más espera que esos hombres preocupados por los medios de evasión y de olvido se olvidarán de poner en cuestión la base de todo el sistema: la enajenación del trabajo. Civiliza el consumo y los ocios para no tener que civilizar las relaciones sociales, las relaciones de producción y de trabajo; enajena a los individuos en su trabajo, lo cual le permite enajenarlos mejor en el consumo; e inversamente, los enajena en el consumo para mejor enajenarlos en su trabajo.

Es imposible salir de este círculo infernal manteniendo la reivindicación al nivel cuantitativo de las reivindicaciones de consumo, y recíprocamente es imposible cuestionar el modelo de consumo neocapitalista (a menos que invoque muy abstractamente no sé qué escala de valores espirituales colindantes con las nostalgias medievales y

⁷¹ Marx “Manuscritos económico-filosóficos de 1844” en *Escritos económicos varios*, Grijalbo, México, 1966. Primer Manuscrito, pp. 65-66. “...¿en qué consiste la enajenación del trabajo?”

“En primer lugar, en que el trabajo es algo *externo* al obrero, es decir, algo que no forma parte de su esencia, en que, por tanto, el obrero no se afirma, sino que se niega en su trabajo, no se siente bien, sino a disgusto, no desarrolla sus libres energías físicas y espirituales, sino que mortifica su cuerpo y arruina su espíritu. Por tanto, el obrero sólo se siente en sí fuera del trabajo, y en éste se siente fuera de sí. Cuando trabaja no es él y sólo recobra su personalidad cuando deja de trabajar. No trabaja, por tanto, voluntariamente, sino a la fuerza, su trabajo es un *trabajo forzado*. No representa, por tanto, la satisfacción de una necesidad, sino que es, simplemente, un *medio* para satisfacer necesidades extrañas a él...”

“Llegamos, pues, al resultado de que el hombre (el obrero) sólo se siente como un ser que obra libremente en sus funciones animales, cuando come, bebe y procrea o, a lo sumo, cuando se viste y acicala y mora bajo un techo, para convertirse, en sus funciones humanas, simplemente, como un animal. Lo animal se trueca en lo humano y lo humano en lo animal.

“Comer, beber, procrear, etc., son también indudablemente, funciones auténticamente humanas. Pero, en la abstracción, separadas de todo el resto de la actividad humana, convertidas en fines últimos y exclusivos, son funciones animales.”

primitivistas) sin atacar la raíz de la “pobreza espiritual”: la enajenación del trabajo.”

Esta tarea no es simple, evidentemente: la subordinación del consumo a la producción, de todos los aspectos de la vida a la acumulación monopolista, no provoca rebelión espontánea. Hasta puede parecer que hay circularidad: las prioridades del modelo de consumo neocapitalista corresponden a *necesidades reales* en el marco de las relaciones de producción y de trabajo actuales, y puede parecer imposible poner en cuestión aquéllas mientras no hayan sido transformadas éstas.

Sin embargo, esta circularidad es más aparente que real. Pues no se trata, como lo sostienen a veces los ideólogos cristianos, de comenzar por reducir las satisfacciones inmediatas que la “sociedad de consumo” promete a los trabajadores enajenados, prometiéndoles para mañana satisfacciones más reales. La cuestión de la finalidad del trabajo, del modelo social y de consumo, no se puede plantear en forma de una alternativa entre la “opulencia frívola” y la “austeridad virtuosa” sino, con motivo de las propias reivindicaciones inmediatas, en términos de opciones esencialmente *políticas*, para el futuro.

Un primer objetivo de las alternativas políticas que deben desprenderse será derribar el muro que separa al productor de su producto y pone en contradicción al trabajador, como consumidor mistificado, consigo mismo como productor enajenado. Las reivindicaciones inmediatas de los trabajadores referentes a los salarios, los horarios, los ritmos, las calificaciones ofrecen la ocasión a los sindicatos, y sobre todo, a las secciones de empresas de los partidos de la clase obrera, de plantear el problema de la utilidad social e individual de las producciones a que está sometido el trabajo, del valor (o no-valor) de las innovaciones proyectadas, de la calidad real del producto, de las orientaciones que hay que dar a la producción en función de las necesidades que se sienten y de las potencialidades técnicas y científicas existentes.⁷² El objetivo es llegar a la constitución de un poder obrero al nivel de las empresas, de las ramas, y finalmente de la economía nacional misma, que pueda contraponer a las mistificaciones publicitarias y de moda una apreciación autónoma del valor de uso de los productos; que pueda evaluar el verdadero precio de costo, las cuotas de ganancia, los recursos despilfarrados al nivel de rama y de industria entera debido a investigaciones y realizaciones paralelas, competidoras o sin real valor de uso; que pueda contraponer al modelo neocapitalista de consumo (y de producción) un orden de prioridades fun-

⁷² La cuestión no es tan utópica como puede parecer. Al principio de los años cincuenta, la Fiat tuvo una huelga general contra la fabricación de un nuevo modelo de automóvil de prestigio y por la fabricación de tractores y automóviles utilitarios y populares. Las mismas observaciones y el mismo método evidentemente valen para la Universidad, es decir para los estudiantes, con posibilidades de realización aún más rápidas, como lo atestigua la reciente huelga, con ocupación de las facultades, de los estudiantes italianos de arquitectura que exigían tener participación en la determinación del programa y de las materias que se enseñan. Ganaron.

dado en las necesidades reales, incluidas evidentemente las necesidades relativas a los ocios, las condiciones de trabajo y el modo de vida.

Solamente reunificando, mediante la acción y la reflexión político-sindicales, al productor y al consumidor separados por el capitalismo, se podrá poner al descubierto la lógica parasitaria del sistema, y se delinearán las grandes líneas de un modelo social, de un modelo de consumo y de vida⁷³ *bajo cuya luz* el modelo del capitalismo monopolista se denunciará en todo su absurdo y provocará, mejor que la rebelión espontánea, la voluntad informada de su reemplazo.

El cuestionamiento positivo de la sociedad neocapitalista mediante un modelo socialista que indique positivamente las posibilidades humanas y materiales que el desarrollo capitalista niega, oprime y excluye, es el único cuestionamiento realmente revolucionario, y el único medio de hacer adquirir conciencia a los trabajadores de sus necesidades asfixiadas, en una fase del desarrollo capitalista en que las necesidades *inmediatas* ya no constituyen automáticamente una crítica revolucionaria del sistema. A medida que progresa el desarrollo de las fuerzas productivas, las necesidades revolucionarias no desaparecen, sino que son reprimidas por la propaganda y el condicionamiento sociales, se ven privadas de los instrumentos de satisfacción y en consecuencia de toma de conciencia de ellas mismas, y no se pueden liberar más que por la mediación reflexiva, por la proyección de un modelo que, al afirmar la posibilidad de su satisfacción, revele su existencia. Este modelo, aunque necesariamente debe ser una *respuesta global* al capitalismo, no por ello tiene que plantearse como una utopía ni como una reivindicación maximalista que coloca al socialismo *más allá* del capitalismo y alza entre ambos una muralla china. Debe presentarse, al contrario, como el *sentido* y el horizonte estratégico de las luchas presentes y de las reivindicaciones tácticas. No puede excluir el compromiso, ni los objetivos parciales, con tal que ellos vayan en el sentido correcto y que este sentido sea claro. Volveremos sobre esto.

⁷³ Lo que Lucio Magri (*loc. cit.*) llamaba la positividad proletaria

IV. LA REPRODUCCIÓN DE LA FUERZA DE TRABAJO: EL MODELO DE CONSUMO

¿La crítica positiva del modelo de desarrollo capitalista puede basarse sobre las necesidades que nacen del desarrollo mismo de las fuerzas productivas, y sobre la manera en que la sociedad capitalista llamada opulenta incita a esas necesidades a satisfacerse?

La pregunta no tendría ningún sentido si las necesidades fundamentales estuvieran predeterminadas de una vez para siempre por la “naturaleza humana”. Si así fuera, todo aumento de la producción de riquezas significaría un aumento de la tasa de saturación de las necesidades. Cuanto más, se podría alcanzar la *saciedad absoluta*.

Ahora bien, la observación empírica muestra, al contrario, que el aumento del nivel de vida puede marchar junto con una exacerbación de las necesidades fundamentales. En Francia, especialmente, el grado de insatisfacción de éstas (la pobreza como realidad vivida) no ha disminuido de 1950 a 1960, a pesar de que la producción casi se ha duplicado. El desarrollo de las necesidades ha sido tan rápido como el desarrollo del producto social (incluso a veces más rápido); la multiplicación de las riquezas no ha atenuado en nada el sentimiento de pobreza.⁷⁴

Este hecho, a primera vista paradójico, se interpreta a menudo como un “aburguesamiento” de las masas trabajadoras bajo el efecto de la “civilización del bienestar” y de su propaganda comercial: una sed inextinguible de gozo y de comodidad se desarrollaría en las masas, presionadas para alcanzar el nivel de “opulencia” de la burguesía y de las capas medias.

Esta interpretación es, por lo menos, superficial y tendenciosa. Olvida, en efecto, que las propias necesidades fundamentales son históricas. Están condicionadas por la evolución de los *medios* que se ofrecen para su satisfacción. Están condicionadas por la evolución de las *técnicas* de producción, es decir por la evolución de la naturaleza del *trabajo* y de las condiciones de trabajo. Están condicionadas, finalmente, por las modificaciones que la evolución de las técnicas provoca en el *medio* natural, en las relaciones (ecológicas) del hombre con la naturaleza: al enriquecer o al destruir recursos naturales (por ejemplo, el aire, el espacio, la luz, el silencio), al provocar migra-

⁷⁴ Cf. la investigación estadística publicada en *Population*, invierno de 1962.

ciones masivas y transformaciones profundas del medio de vida, el impulso industrial revela o aguza necesidades que hasta entonces no se habían manifestado.

Nos enfrentamos entonces con dos procesos que, en la economía capitalista por lo menos, están lejos de convergir automáticamente hacia una mejor satisfacción de las necesidades fundamentales a medida que la producción se eleva:

1] Los objetos que se proponen para la satisfacción de las necesidades evolucionan en cantidad, calidad y naturaleza, modificando así la estructura y la naturaleza de las propias necesidades directas.

2] Las condiciones de producción (naturaleza del trabajo) y el medio de vida (*medio ambiente*) se ven transformados constantemente por la evolución técnica; nuevos *medios* se vuelven necesarios así para satisfacer las necesidades directas. Pero la producción, en la economía de mercado, está lejos de ajustarse automáticamente a la demanda de estos nuevos medios.

Por comodidad de la exposición, examinaremos sucesivamente estos dos procesos.

1. Lo superfluo antes que lo necesario

El individuo que se alimenta con carne roja y pan blanco, se traslada por medio de un motor y se viste con fibras sintéticas, ¿vive mejor que el que come pan negro y queso blanco, se traslada en bicicleta y se viste con lana y algodón? La pregunta casi carece de sentido. Supone que, en una misma sociedad, el mismo individuo puede elegir entre dos modos de vida diferentes. Prácticamente, eso es imposible: se le ofrece un solo modo de vida, más o menos flexible o rígido, y ese modo de vida está determinado por la estructura de la producción y por sus técnicas. Ellas determinan el medio ambiente que condiciona las necesidades, los objetos que permiten satisfacer las necesidades, la manera de consumir o de utilizar esos objetos.⁷⁵

Pero la cuestión de fondo es ésta: ¿qué es lo que garantiza el ajuste de la produc-

⁷⁵ “Pero no es solamente el objeto lo que la producción facilita al consumo. Da al consumo su carácter determinado, su *finish*... el objeto no es un objeto en general, sino un objeto determinado, que ha sido consumido de una determinada manera por mediación, una vez más, de la misma producción. El hambre es hambre, pero el hambre que se satisface con carne cocida, que se come mediante un cuchillo o un tenedor, es un hambre muy distinta de la que devora carne cruda con ayuda de manos, uñas y dientes. La producción no produce, pues, únicamente el objeto del consumo, sino también el modo de consumo, o sea que produce objetiva y subjetivamente. La producción crea, pues, los consumidores.” Marx, “Grundrisse der Kritik der Politischen ökonomie” en *Contribución a la crítica de la economía política*. Ed. Política, La Habana, 1966 p. 247.

ción a las necesidades, tanto desde el punto de vista general⁷⁶ como para cada producto? Los economistas liberales sostuvieron durante mucho tiempo que este ajuste está garantizado por la sanción del mercado. Pero esta tesis ya no tiene más que escasísimos defensores. Indudablemente, si se razona no globalmente —en términos de óptimo económico y humano— sino para cada producto tomado aisladamente, todavía se puede sostener que un producto totalmente desprovisto de valor de uso no encontraría adquirente. Sin embargo, es completamente imposible concluir de ello que los productos de consumo de masas más difundidos son realmente aquellos que, en una etapa dada de la evolución técnica, permiten satisfacer mejor y más racionalmente (a menor costo y con menor gasto de tiempo y de esfuerzo) una necesidad determinada.

En efecto, para la empresa capitalista, la búsqueda del óptimo económico y humano y la búsqueda de la rentabilidad máxima del capital invertido sólo pueden coincidir en forma accidental. La búsqueda de la ganancia máxima es la exigencia primera del capital, y el aumento del valor de uso no es más que un subproducto de esta búsqueda.

Por ejemplo, tomemos el caso de la generalización de los envases desechables para los productos lácteos. Desde el punto de vista del valor de uso, la superioridad de la leche o del yogurt en envase de celulosa puede ser nula (e incluso negativa). Desde el punto de vista de la empresa capitalista, en cambio, esa sustitución es netamente ventajosa. La botella o el frasco de vidrio representaban un capital inmovilizado y que no “giraba”: los envases vacíos se recuperaban y servían indefinidamente, mientras motivaban gastos de manutención (recuperación, esterilización). Los envases desechables, en cambio, permiten una economía sustancial sobre la manutención, al mismo tiempo que la venta *con ganancia*, además del producto lácteo, de su envase. Los trusts lácteos, para aumentar sus ganancias, imponen entonces la compra forzosa de un nuevo producto, con aumento de precios para un valor de uso constante (y hasta menor).

En otros casos, la alternativa entre ganancia máxima y valor de uso máximo es aún más evidente. Por ejemplo, el trust Philips perfeccionó en 1938 la iluminación por tubos fluorescentes. La duración de la vida de sus tubos era entonces de 10 000 horas. Su producción habría permitido cubrir las necesidades a poco costo y en un periodo relativamente corto; las amortizaciones, en cambio, habrían debido distribuirse durante un periodo largo; la rotación del capital habría sido lenta, la duración del trabajo necesario para la cobertura de las necesidades iría disminuyendo. Entonces el trust invirtió nuevos capitales para perfeccionar tubos que durasen 1 000 horas, para acelerar así la rotación del capital y realizar —a costa de notables *deseconomías*— una tasa

⁷⁶ Estructura de la producción, orden de prioridades, por ejemplo, entre el automovilismo, la vivienda, los servicios y los equipos colectivos. Volveremos sobre esto.

de acumulación y de ganancia mucho más elevada.

Lo mismo sucede con las fibras sintéticas (cuya fragilidad, especialmente para las medias, ha ido aumentando) o con los vehículos de motor, dotados *deliberadamente* de órganos de desgaste rápido (tan costosos como lo serían órganos de desgaste mucho más lento).⁷⁷

De manera general, y cualesquiera sean por otra parte las posibilidades objetivas, científicas y técnicas, la evolución técnica en función del criterio de la ganancia máxima diverge a menudo de una evolución que estuviera subordinada al criterio de la utilidad social y económica máxima. Aun cuando las necesidades fundamentales permanezcan en gran medida insatisfechas, el capital monopolista organiza objetivamente escaseces, despilfarra los recursos naturales y el trabajo humano, y orienta la producción (y el consumo) hacia los objetos cuya difusión es más rentable, cualquiera sea, en la jerarquía de las necesidades, la necesidad de tales objetos.⁷⁸

Globalmente, el capitalismo monopolista tiende hacia un modelo “opulento” que nivele el consumo “por lo alto”: los bienes ofrecidos tienden a uniformarse mediante la incorporación de un máximo de “valor agregado”, sin que éste aumente sensiblemente el valor de uso de los productos. En los casos límite (límite al que llega una gama impresionante de productos), el bien de uso se convierte en el *pretexto* para vender bienes suntuarios que multiplican su precio: se vende ante todo envase y “marca” (es decir, publicidad comercial), y sólo de pilón se vende un bien de uso. El envase y la marca, por lo demás, están expresamente concebidos para engañar sobre la cantidad, la calidad y la naturaleza del producto: el dentífrico está dotado de virtudes eróticas, el jabón de lavar de virtudes mágicas, el automóvil (en Estados Unidos) se promueve como un símbolo de la ubicación social.

La diversidad *aparente* de los productos encubre mal su uniformidad real: la diferenciación de marcas es *marginal*. Todos los automóviles norteamericanos se parecen debido a la incorporación de un máximo de “envase” y de falso lujo, hasta el punto de que una intensa propaganda comercial se orienta a “educar” a los consumidores, desde la edad escolar, en la percepción de las diferencias de detalle y en la no percepción

⁷⁷ Ver Vaneer Packard, *The Wastemakers*, que contiene **muchos ejemplos de este** tipo de prácticas.

⁷⁸ En 1959, el gobierno canadiense se inquietó por el hecho de que el costo de la vida había aumentado sustancialmente en el lapso de algunos años, mientras que el precio de los productos agrícolas había permanecido estable. Una comisión investigadora culpó de ello a la generalización de los supermercados. Después de haber eliminado el comercio independiente, éstos, frecuentemente ligados a trusts de la industria de la alimentación, fijaban márgenes uniformemente altos. Sobre todo, para aumentar la cifra de negocios por metro cuadrado, impulsaban la venta de productos caros, lujosamente presentados, en detrimento de los productos menos costosos con idéntico valor de uso.

del parecido sustancial.⁷⁹ Esta dictadura monopolista sobre las necesidades y los gustos de los individuos sólo ha podido ser derrotada, en Estados Unidos, desde el exterior: por los fabricantes de automóviles europeos. La nivelación por “lo alto”, es decir hacia la incorporación de un máximo de superfluo, se ha hecho en este caso en detrimento del valor de uso del producto, sin que los usuarios hayan podido, durante años, invertir la tendencia de un oligopolio a vender cada vez más caro bienes de un valor de uso en disminución.

La búsqueda de la ganancia máxima, para atenemos a este ejemplo que se refiere a una de las industrias piloto del país más desarrollado, ni siquiera se ha acompañado con una fecundidad científica y técnica. La tendencia a preferir lo accesorio a lo esencial, el mejoramiento de la tasa de ganancia al mejoramiento del valor de uso, ha constituido un despilfarro *absoluto*. La industria del automóvil norteamericana —que cambia sus modelos cada año y enfrenta a los dos mayores grupos del mundo— no dio origen a ninguna de las cuatro innovaciones técnicas mayores de la postguerra.⁸⁰ La competencia comercial actuó sólo en el sentido de la búsqueda de la productividad máxima, no en el de la búsqueda del valor de uso máximo. La idea según la cual la competencia sería un factor de aceleración del progreso técnico y científico es así, en gran medida, un mito: no contribuye al progreso técnico más que en cuanto éste permite aumentar la ganancia. El progreso técnico, dicho en otros términos, se concentra esencialmente sobre la productividad, y sólo accesoriamente sobre la búsqueda de un óptimo humano tanto en la *manera de producir* como en la *manera de consumir*.

Por eso, en todas las sociedades capitalistas desarrolladas, coexisten despilfarros gigantescos con necesidades fundamentales ampliamente insatisfechas (necesidades de viviendas, de hospitales, de escuelas, de higiene, etc.). Por eso también la afirmación de que la ganancia capitalista (sobrentendido: la ganancia distribuida o consumida) no pesaría demasiado (alrededor del 5% del ingreso consumido) en la economía, es una grosera mistificación.⁸¹

Indudablemente, es verdad que la confiscación de las plusvalías consumidas por los capitalistas no permitiría mejorar sensiblemente la situación de las clases populares o sólo de los asalariados. Pero ya nadie afirma que lo que hay que atacar principalmente para transformar la sociedad es la ganancia que se embolsan los capitalistas individuales, los ingresos de las grandes familias y de la patronal. Lo que está en tela de juicio no son los ingresos individuales motivados por la ganancia capitalista; es la

⁷⁹ Ver David Riesman, *The Lonely Crowd*. Ver también Ernest Mandel, *Tratado de economía marxista*, t. n. Era, México, 1969, capítulo xiii, pp. 273-278.

⁸⁰ Freno de discos, inyección directa, suspensión hidroneumática, pistón rotativo.

⁸¹ Aparece en los escritos de J. Fourastié, *Pourquoi nous travaillons*, PUF, Paris, colección “*Que Sais-je?*”, número 818.

orientación que *el sistema y la lógica de la ganancia*, es decir de la acumulación capitalista, imprimen a la economía y al conjunto de la sociedad; es la política de *administración* capitalista del aparato de producción, y la inversión de las prioridades reales que provoca en el modelo de consumo.

Lo que interesa mostrar y denunciar constantemente es esto, esta organización del despilfarro de trabajo y de recursos por un lado, esta organización de escaseces (escasez de tiempo, de aire, de equipos colectivos, de posibilidades culturales, etc.) por el otro. Esta pareja despilfarro-escasez es el absurdo mayor, al nivel del modelo de consumo, del sistema y de la *administración* capitalistas. Romper lanzas contra las grandes familias y la ganancia (expresada en dinero) es siempre menos eficaz que cuestionar la *política de administración* capitalista de las empresas y de la economía en nombre de una administración diferente, es decir de una orientación de la producción en función de las necesidades y no orientada hacia la ganancia máxima. Mostrar la posibilidad de esta administración y los resultados diferentes que daría; esbozar un modelo de consumo diferente, es de un alcance revolucionario mucho más real que los discursos abstractos sobre los miles de millones de los monopolios y su eventual nacionalización. Este sólo será un objetivo movilizador unido a un programa concreto que indique por qué conviene nacionalizar, qué resultados —actualmente imposibles—, permitiría alcanzar la nacionalización, qué es lo que ella podría y debería cambiar.

2. El costo social de la iniciativa privada

Los efectos de la producción capitalista sobre el medio ambiente y sobre la sociedad son una segunda fuente de despilfarros y de distorsiones.

En efecto, lo que se ha dicho para la política de administración 136

de las empresas vale *a fortiori* para la orientación de la economía en general. La producción más rentable para cada empresario no es necesariamente la más ventajosa para los usuarios; la búsqueda de la ganancia máxima y la búsqueda del valor de uso óptimo no coinciden, para cada producto considerado en sí mismo. Pero si, en vez de considerar la opción de cada empresario (en realidad: de cada oligopolio), consideramos la resultante global de todas las opciones y sus repercusiones en la sociedad, comprobamos una contradicción más aguda todavía entre esta resultante y el óptimo económico y social.

Esta contradicción obedece esencialmente a los límites que el criterio de rentabilidad impone a la iniciativa capitalista. La lógica de ésta es considerar como prioritarias las actividades más rentables; y la lógica del capitalismo es descuidar o dejar

languidecer las actividades cuyo producto o cuyo resultado no se puede medir según los criterios de rentabilidad y de rendimiento. Estas actividades no rentables, cuya “oportunidad” ni siquiera se puede comprender en términos capitalistas, se refieren a todas aquellas inversiones que, en las presentes circunstancias económicas y políticas, no pueden dar lugar a una producción comercial, es decir a un intercambio comercial que incluya la venta con ganancia de bienes y servicios. En realidad se trata de todas aquellas inversiones y servicios que son requeridos por necesidades humanas no traducibles en términos de demanda solvente, incapaces de manifestarse en un mercado: necesidades de educación, de urbanismo, de equipos culturales y recreativos, de obras de arte, de investigación, de higiene pública, de transportes colectivos —pero también de acondicionamiento de tierras, de reforestación, de lucha contra la polución del agua y del aire, contra el ruido, etc.— en resumen, de todo lo que pertenece al “dominio público” y sólo puede surgir o sobrevivir bajo la forma de servicios públicos, sin preocupación por la rentabilidad.

La reivindicación en nombre de estas necesidades incapaces de manifestarse en el mercado toma necesariamente formas políticas y colectivas; y la satisfacción de estas necesidades colectivas, precisamente porque sólo puede conseguirse mediante servicios públicos pertenecientes a la colectividad, constituye una infracción permanente a las leyes y al espíritu del sistema capitalista. Dicho en otros términos, es toda una esfera de necesidades frecuentemente fundamentales y siempre prioritarias, que constituyen un cuestionamiento objetivo de la lógica capitalista, y de las cuales sólo el socialismo puede reconocer el carácter prioritario y asegurar prioritariamente la satisfacción. Y esto significa que no hay que esperar la instauración del socialismo o reclamarla mediante campañas sólo políticas; sino que la existencia de una esfera de necesidades colectivas ofrece desde ahora a las fuerzas socialistas la ocasión de exigir y de imponer, en nombre de la necesidad, la creación y el desarrollo de servicios que sólo pueden ser conquistas populares y sólo pueden existir en un antagonismo permanente y como restricción permanente al funcionamiento del sistema capitalista. Volveremos sobre esto.

La agudeza de este antagonismo —y la agudeza de la contradicción entre la iniciativa capitalista y las necesidades colectivas— crece necesariamente. Crece principalmente debido al hecho de que las necesidades colectivas y el costo de su satisfacción no están incluidos, por principio, en el costo de las opciones y de las iniciativas capitalistas. Hay *separación*, entre el costo directo, para el inversionista privado, de la inversión productiva, y el costo indirecto, social, que esta inversión exigirá para cubrir las necesidades colectivas que resultan de ella (viviendas, vías de comunicación, alimentación de energía y de agua, etc.; en síntesis, la infraestructura). Y hay también separación entre el cálculo del costo de producción directo para el inversionista privado, y el costo social que provocará su inversión (por ejemplo, gastos de enseñanza, de vivienda, de transporte, de servicios varios, etc.). En síntesis, los criterios de ren-

tabilidad a escala de la empresa, que miden la oportunidad de la inversión, y los criterios de oportunidad humana y de economicidad a escala de la colectividad, están separados. Lo cual tiene como consecuencia que la cobertura de las necesidades colectivas, engendradas por la inversión capitalista, siga siendo aleatoria; tenderá a ser descuidada o subordinada a “prioridades” más “rentables” por no haber sido prevista e incluida de antemano en el costo global del proyecto.

Así, cuando tal grupo capitalista decide invertir en una producción y en una localidad determinadas, no tiene que preguntarse sobre el grado de prioridad de esta producción en el orden de las necesidades ni sobre los gastos sociales que provocará, ni sobre las necesidades sociales que engendrará, ni sobre las inversiones públicas a largo plazo que hará necesarias como consecuencia, ni sobre las opciones diferentes que la decisión del grupo privado volverá imposibles. La elección del grupo capitalista se guiará, más bien, por la demanda solvente existente; por los equipos colectivos y las instalaciones preexistentes; por la proximidad del mercado y de las fuentes de materias primas, etc.

De ello resulta, ante todo, que la decisión de inversión de un trust privado en la mayoría de los casos no tiene más que relaciones accidentales con las necesidades reales pero no solventes de la colectividad local, regional o nacional: el modelo de desarrollo que el capitalismo monopolista impone a las regiones insuficientemente desarrolladas es, por regla general, un modelo colonial. El desarrollo equilibrado de Bretaña o del sur de Italia, por ejemplo, si tuviera que responder a las necesidades reales, exigiría en primer lugar inversiones tendientes a elevar la productividad agrícola, a asegurar la transformación en el lugar de los productos en bruto, a ocupar la población subempleada en producciones que cuentea con un mercado local. La prioridad debería corresponder, entonces, a los equipos escolares y culturales, a las industrias alimenticias y agrícolas, a la pequeña mecánica, a la química, a la farmacéutica, a las vías de comunicación y transportes, etc. La elección de estas prioridades permitiría a las comunidades locales evolucionar hacia una diversificación de sus actividades, hacia una relativa autonomía económica, cultural y social, hacia un desarrollo de las relaciones sociales y de los intercambios, y en consecuencia hacia un desarrollo de las relaciones y de las facultades humanas.

Ahora bien, la iniciativa capitalista nunca se manifiesta más que en función de la demanda *solvente* existente. Al faltar ésta, en las regiones subdesarrolladas, para los productos que pueden asegurar un desarrollo equilibrado, la iniciativa capitalista consistirá en establecer en esas regiones *industrias de exportación*. El tipo de desarrollo (por otra parte muy limitado) que resulta de ello, será a la inversa de las prioridades reales: se llevará a la mano de obra local subempleada (en medida insuficiente, por lo demás, con respecto a la exigencia de pleno empleo) hacia talleres de montaje, hacia fábricas satélites o subcontratistas de trusts lejanos, hacia la producción de materias

primas o de elementos aislados que irán a hacerse transformar o montar en otra parte.

La sociedad local, en vez de verse elevada hacia un nuevo equilibrio interno, se verá así prácticamente destruida por el injerto de un nuevo factor de desequilibrio sobre estructuras obsoletas: la agricultura, en vez de sanearse y enriquecerse, se arruinará por el éxodo, y las tierras quedarán abandonadas; las actividades locales, en vez de diversificarse en función de las necesidades locales, sufrirán una especialización y un empobrecimiento; la autonomía local o regional, en vez de fortalecerse, disminuirá aún más, pues los centros de decisión de la actividad local se hallan en París o en Milán y las industrias locales son las que están expuestas a sufrir en primer término el contragolpe de las fluctuaciones coyunturales; las relaciones sociales y los intercambios, en vez de desarrollarse, se empobrececerán: la mano de obra local será destinada a los trabajos más parcelizados y más rudos; los viejos barrios se convertirán en ciudades-dormitorios con cafés nuevos y sinfonolas en lugar de equipos culturales; la civilización antigua será destruida y reemplazada por nada; aquellos de los nuevos obreros que no tengan que viajar una a tres horas cotidianas para ir y volver de su trabajo, serán amontonados en jaulas de cemento, cuando no en ciudades perdidas. En síntesis, es la “lumpenproletarización”, tanto en las metrópolis como en las colonias. Las colonias, por lo menos, pueden liberarse de la colonización extranjera; las regiones metropolitanas, en cambio, a menudo son colonizadas y lumpenproletarizadas en forma irreversible por el capitalismo monopolista, cuando no se ven simplemente despojadas de su población y condenadas a volver al desierto.

El traslado de industrias hacia las regiones subdesarrolladas, en las condiciones que se acaban de describir, no se puede asimilar, en efecto, a una industrialización de esas regiones. Tiende más bien a destruir toda posibilidad de equilibrio entre la ciudad y el campo, mediante la creación de nuevas aglomeraciones gigantes que despojarán el interior, e incitarán a los pequeños campesinos no a racionalizar sus explotaciones (para esto haría falta una política de crédito y de equipo favorable a los modos de explotación cooperativos o colectivos) sino a abandonarlas en beneficio de agricultores capitalistas, para ir a instalarse como comerciantes, dueños de bares o peones en la nueva gran ciudad o en la capital. El traslado de industrias no es asimilable, entonces, de ninguna manera, a la descentralización. Al contrario, no es más que un fenómeno marginal de la tendencia a la concentración geográfica: la industria es atraída por la industria, el dinero por el dinero. Una y otro van preferentemente allí donde preexisten mercados y condiciones de rentabilidad; su objetivo no es crearlas. De ahí la tendencia a las desigualdades regionales crecientes.

En realidad, la razón principal de la tendencia a la concentración geográfica es el prefinanciamiento público, durante los decenios anteriores, de las bases sociales de la expansión en las zonas de gran densidad: viviendas, transportes, mano de obra formada, infraestructura. Ahora bien, las economías que realiza cada empresa mediante

la concentración geográfica, se traducen en deseconomías para la colectividad: los gastos de funcionamiento de las grandes ciudades crecen vertiginosamente más allá de cierto límite; las condiciones de vida de los habitantes urbanos empeoran en forma igualmente vertiginosa (duración de los trayectos, polución atmosférica, ruido, falta de espacio, etc.); la sobrepoblación de los “polos” urbanos tiene como reverso la despoblación de zonas no desarrolladas por debajo del nivel de viabilidad económica y social la desinversión económica y humana en esas zonas, la obliteración de su potencial; el costo de la reproducción social de la fuerza de trabajo se multiplica.

Este doble proceso de congestión y de decadencia tiene la misma raíz: la concentración del poder económico en un pequeño número de grupos monopolistas que drenan una gran parte de las plusvalías realizadas hacia arriba y hacia abajo, y que las reinvierten allí donde las condiciones de rentabilidad inmediata *ya están dadas*. Los recursos disponibles para una política regional y social conforme a las necesidades, debido a esto siempre son insuficientes. Tanto más insuficientes cuanto que la expansión monopolista engendra nuevas necesidades de consumo y nuevas cargas para la colectividad, incompatibles con una política compensadora del Estado.

Los gastos de infraestructura (vías, transportes, acondicionamiento urbano, de abastecimiento de energía y de agua, etc.) que la expansión monopolista impone a la colectividad allí donde se opera (en las zonas congestionadas), en la práctica son incompatibles con los gastos de equipo en las zonas donde más se lo necesita: los miles de millones devorados por las grandes metrópolis se retiran, en último análisis, de utilidades económicamente y humanamente más ventajosas.

Por otra parte, los gastos de infraestructura que exige la orientación dada por el capitalismo monopolista al consumo, se oponen a la cobertura de las necesidades prioritarias. El ejemplo más visible a este respecto es el de la industria del automóvil: ha drenado hacia un medio de evasión y de fuga los recursos productivos, el trabajo y el ahorro que, en fin de cuentas, han sido desviados de utilidades prioritarias como la vivienda, la enseñanza, los transportes colectivos, la salud pública, el urbanismo, el equipo rural. Esta prioridad que el capitalismo monopolista da al automóvil no ha hecho más que fortalecerse posteriormente: el urbanismo debe estar subordinado a las exigencias de la motorización, el acondicionamiento de las vías de comunicación se hace objetivamente a expensas de la construcción (esto es terminante en Italia, por ejemplo), se sacrifica a los transportes colectivos.

Al mismo tiempo, la motorización individual se convierte en una necesidad social: como el espacio urbano está organizado en función de la motorización privada; como los transportes colectivos se atrasan cada vez más con relación al alejamiento de los suburbios o de los lugares de trabajo; como el peatón o el ciclista se convierten en un peligro para los demás y para ellos mismos; como los equipos deportivos y culturales son expulsados de la ciudad, fuera del alcance del habitante suburbano no motorizado

y frecuentemente hasta de los habitantes del centro, etc., disponer de un medio de transporte individual se convierte en una necesidad prioritaria debido a la organización del universo en función de la motorización individual. Este proceso es ya difícilmente reversible en los países capitalistas avanzados: en la medida en que la prioridad dada a la motorización individual ha hecho insostenible la vida en grandes aglomeraciones, superpobladas, privadas de aire, de luz y de espacio, la evasión motorizada seguirá siendo parte —aunque en medida decreciente— de la reproducción de la fuerza de ‘trabajo, incluso cuando la prioridad vuelva al urbanismo, a los equipos colectivos y a los transportes colectivos.

3. Las necesidades colectivas

La expansión monopolista, entonces, no crea solamente nuevas necesidades lanzando al mercado productos de gran consumo que simbolizan un supuesto confort que se vuelve necesidad porque es posible; crea sobre todo nuevas necesidades modificando las condiciones en que se gasta la fuerza de trabajo, modificando las condiciones en que puede reproducirse la fuerza de trabajo. En realidad, el desarrollo de las necesidades en la civilización capitalista a menudo obedece menos al afinamiento y al enriquecimiento de las facultades humanas, que a una creciente adversidad del medio material, a una deterioración de las condiciones de vida, a la necesidad de instrumentos más complejos y más costosos para satisfacer necesidades fundamentales, para reproducir la fuerza de trabajo.⁸²

La distinción marxista entre necesidades fundamentales y necesidades históricas se vuelve así aleatoria y amenaza prestarse a confusión en todos los casos en que, debido a la destrucción o a la transformación de la naturaleza por el hombre, la necesidad fundamental ya no puede satisfacerse —y aun comprenderse— más que en forma mediata: entre su origen natural y su objeto natural se intercalan en adelante instrumentos que no sólo son productos humanos, sino que son esencialmente productos sociales. A consecuencia de la destrucción del medio ambiente natural y de su reemplazo por un medio ambiente social, las necesidades fundamentales ya no pueden satisfacerse más que en forma social, se convierten en necesidades inmediatamente sociales (o, más exactamente, necesidades fundamentales mediatizadas por lo social).

Así ocurre, por ejemplo, con la necesidad, de aire, que se presenta inmediatamente como necesidad de vacaciones, de jardines públicos, de urbanismo, de evasión fuera de la ciudad; con la necesidad de reposo nocturno, de relajamiento y de recuperación

nerviosa, que se vuelve necesidad de viviendas aisladas contra el ruido, acondicionadas con gusto y cómodas; con la necesidad de alimentarse que, en las grandes ciudades industriales, se convierte en necesidad de alimentos inmediatamente consumibles después de una jornada de trabajo, es decir necesidad de cantinas, de restaurantes, de conservas y de alimentos de cocción rápida; de la necesidad de limpieza que, en ausencia de sol, de playas naturales o de ríos se convierte en necesidad de instalaciones sanitarias, de lavanderías o, a falta de ellas, de máquinas lavadoras, etc.

En todos estos ejemplos, la forma histórica que adquiere la necesidad fundamental no se puede confundir con una necesidad histórica propiamente dicha: la necesidad en cuestión no es una necesidad nueva y *rica*, que corresponde a un enriquecimiento del hombre y a un desarrollo de sus facultades; se trata solamente de la necesidad biológica de siempre que reclama ahora medios de satisfacción “ricos” porque el medio ambiente natural se ha empobrecido, porque ha habido un *empobrecimiento* de la relación del hombre con la naturaleza, un enrarecimiento o destrucción de recursos (aire, luz, agua, silencio, espacio) que pasaban por ser naturales hasta ese momento.

Ahora bien, lo característico de la sociedad capitalista es que obliga a los individuos a comprar *individualmente*, como consumidores, los medios de satisfacción de los cuales les ha expoliado *socialmente*. El trust capitalista se apropia gratuitamente, o a un precio de favor, el aire, la luz, el espacio, el agua y (al producir suciedad y ruido) la limpieza y el silencio; empresarios, especuladores y comerciantes vienen luego a revender todo eso a elevado precio a quienes ofrecen más. La destrucción de los recursos naturales ha sido social; la reproducción de estos recursos necesarios para la vida es a su vez social. Pero a pesar de que la satisfacción de las necesidades más elementales debe pasar ahora por la mediación de producciones, de servicios, de intercambios *sociales*, ninguna *iniciativa social* asegura ni prevé el reemplazo de lo que se ha destruido, la reparación social de la expoliación que han sufrido los individuos. Al contrario, después de haber agravado, por sus repercusiones sociales y sus contrainiciativas, las condiciones de existencia de los individuos sociales, la iniciativa privada tenderá a explotar en su mayor provecho las necesidades acrecentadas de esos mismos individuos sociales. A cargo de ellos, como consumidores *individuales* se imputará el aumento del costo *social* de la reproducción de sus fuerzas, costo que frecuentemente supera sus medios.

Los trabajadores aprehenden en forma inmediata y confusa el escándalo inherente a esta situación: el trust capitalista, después de haberlos explotado y amputado *en su trabajo*, viene a explotarlos y a amputarlos *fuera* de su trabajo. Pone a cargo de ellos, por ejemplo, los gastos, la fatiga y las horas perdidas de los transportes colectivos; la búsqueda y los precios de las viviendas, que escasean debido a las necesidades de mano de obra del trust y se encarecen por las especulaciones que origina la escasez creciente.

⁸² Sobre el aumento cuantitativo y, sobre todo, cualitativo de las fuerzas gastadas y de los medios necesarios para reproducirlas, cf. Pierrette Sartin, *La fatigue industrielle*, Ed. Sadot, París, 1960.

Lo mismo ocurre con el aire, la luz, la limpieza, la higiene que se vuelven “impagables”. La gran concentración industrial obliga a las mujeres, por ejemplo, a buscar un empleo asalariado, pues un solo salario por familia ya no basta para comprar los medios necesarios para la reproducción de las fuerzas de trabajo en la gran ciudad. Por eso mismo, *a falta de servicios públicos*, la mecanización de los trabajos del hogar se vuelve una necesidad: la máquina lavadora, el refrigerador, los alimentos listos para consumir, la cocina semiautomática, incluso el restaurante, responden a una necesidad. Pero la cobertura de esa necesidad, aunque tenga origen en las condiciones de la producción *social* y de la vida social, queda librada a la iniciativa privada que obtiene de ella un gran beneficio, y se pone a cargo de los *individuos*; de tal modo que una parte importantísima del salario femenino, considerado al principio (y equivocadamente) como un “salario de apoyo”, sirve para cubrir los gastos suplementarios que provoca el trabajo de la mujer.⁸³

Al nivel de las necesidades colectivas, y solamente a ese nivel, la teoría de la pauperización conserva pues una validez. El costo *social* de la reproducción de las fuerzas de trabajo (reproducción simple, y sobre todo —volveremos sobre esto— reproducción ampliada) tiende a elevarse tan rápido como el poder de compra individual, o incluso más rápido que éste; el nivel de vida social de los trabajadores tiende a estancarse, incluso a empeorar, aun cuando su nivel de vida individual (expresado en poder de compra monetario) se eleve. Y es la extrema dificultad, y hasta la imposibilidad, que tienen los trabajadores urbanos para obtener, en los marcos de las estructuras capitalistas, una mejora *cualitativa* de su nivel de vida gracias al aumento de su salario directo, es esta casi imposibilidad la que confiere un alcance revolucionario a la reivindicación en nombre de las necesidades colectivas.

En efecto, lo característico de las necesidades colectivas es que generalmente no se pueden expresar en términos de demanda monetaria: se refieren a un conjunto de recursos, de servicios y de equipos colectivos que escapan a la ley del mercado, a la iniciativa capitalista, a todo criterio de rentabilidad. Estas necesidades, inaprehensibles en términos económicos, están en contradicción permanente, al menos virtualmente, con el capitalismo y marcan el límite de su eficiencia: son las necesidades que el capitalismo tiende a descuidar o a reprimir, en la medida en que sólo conoce al *homo oeconomicus* —que se define por el consumo de *mercancías* y su producción— y no al hombre humano, consumidor, productor y usuario de bienes que no se pueden vender, ni comprar, ni reproducir; son las necesidades que, aun cuando se originan en lo biológico, tienen una dimensión necesariamente *cultural* y al menos potencialmente creadora, debido a la destrucción por la industria de un medio natural en el cual un medio de vida, un medio de civilización debe ser sustituido por la praxis humana.

⁸³ Ver Geneviève Rocard, « Sur le travail des femmes mariées », en *Les Temps modernes*, septiembre-octubre de 1962.

Estas necesidades se refieren, por ejemplo, y en enumeración no limitativa, a:

? La vivienda y el urbanismo, no sólo en términos cuantitativos sino sobre todo en términos cualitativos: se trata de recrear una estética y un paisaje urbanos, un medio de vida que estimule el desarrollo de las facultades humanas en lugar de envilecerlas. Ahora bien, es completamente evidente que no es rentable prever veinte metros cuadrados de espacio verde por habitante, acondicionar parques, avenidas, plazas. La aplicación de la ley del mercado, al contrario, lleva a reservar las buenas condiciones de habitat a los privilegiados que menos las necesitan y a negarlas a los trabajadores que, como cumplen el trabajo más penoso y peor remunerado, tienen aguda necesidad de ellas⁸⁴. Lleva también a alejar cada vez más a los trabajadores de su lugar de trabajo, y a imponerles gastos y fatiga suplementarios.

? Los servicios colectivos, tales como los transportes colectivos, lavanderías-tintorerías, guarderías y jardines de niños. Por esencia son no rentables: pues en términos de ganancia, es necesariamente más ventajoso hacer consumir vehículos individuales, máquinas de lavar individuales y jabones de lavar con virtudes mágicas ... Y como además la necesidad de estos servicios es más aguda entre aquellos o aquellas cuyos ingresos son menos elevados, su multiplicación sobre base comercial no tiene ningún interés para el capital. Sólo puede tratarse de servicios públicos.

? Los equipos colectivos culturales, deportivos y de sanidad: escuelas, teatros, bibliotecas, salas de música, albercas, estadios, hospitales ..., en síntesis, todos los equipos necesarios para el restablecimiento del equilibrio vital e intelectual, para el desarrollo de las facultades humanas. La no rentabilidad de estos equipos es evidente, lo mismo que su extrema escasez (y carestía, en su mayor parte) en la casi totalidad de los países capitalistas.

? El desarrollo equilibrado de las regiones, en función de criterios de óptimo económico y humano que ya hemos contrapuesto más arriba a la lumpenproletarización neocolonialista.

? La información, la comunicación, los ocios activos en grupo. Estas necesidades no sólo no presentan ningún interés para el capitalismo⁸⁵ sino que hasta tiende a reprimirlas. La dictadura comercial de los monopolios sólo se puede ejercer, en efec-

⁸⁴ La ley del mercado, en relación con esto, presenta este absurdo adicional: hace aumentar vertiginosamente el precio de los recursos raros como el espacio, el aire, la luz, el silencio que, por su naturaleza misma, *no se pueden reproducir*. El tendero de estos recursos, por elevada que sea la prima de escasez que cobre, no interviene para nada en su existencia y es perfectamente incapaz de reproducirlos. La venta y la compra de estos recursos en una expoliación pura y simple cometida con respecto a la colectividad. Su socialización, es decir su administración y distribución social en función únicamente del criterio de las necesidades, es una reivindicación fundamental.

⁸⁵ La totalidad de los órganos de información son deficitarios y sólo la publicidad —es decir, la venta de “informaciones” comerciales que se les paga por *vender*— permite a algunos equilibrar su presupuesto.

to, si encuentra ante ella una masa de consumidores pasivos, dispersados por el habitat y el modo de vida, incapaces de agruparse y de comunicarse directamente, de definir en común sus necesidades específicas (ligadas a las condiciones de trabajo y de vida), sus preocupaciones, su perspectiva sobre la sociedad y sobre el mundo, en una palabra su perspectiva común. La seudocultura de masas, productora de diversiones, de distracciones, de pasatiempos pasivos y embrutecedores, no viene a llenar una necesidad nacida de la dispersión, de la soledad y del hastío; viene a encubrir la necesidad de suprimir la dispersión, la soledad y el hastío. Es menos una consecuencia que una causa de la pasividad y de la impotencia del individuo de masa. Es un medio inventado por el capitalismo monopolista para asegurar su dictadura sobre una humanidad mistificada, dócil, envilecida, cuya veleidad de violencias reales se trata de canalizar hacia violencias imaginarias.

4. Por un modelo de recambio

Las necesidades colectivas están entonces en contradicción con la lógica del desarrollo capitalista. Ésta es incapaz, por su naturaleza misma, de darles el grado de prioridad que les corresponde.⁸⁶ Por eso la reivindicación en nombre de las necesidades colectivas implica un cuestionamiento radical del sistema capitalista, en los tres planos económico, político y cultural.

Desde el punto de vista económico (ya nos hemos referido a él), el mecanismo de la acumulación capitalista tiende espontáneamente a dar un fuerte grado de prioridad a las necesidades individuales solventes, a desviar las necesidades colectivas hacia éstas, consideradas como los motores principales de la expansión. La posición subordinada de las necesidades colectivas es tanto más neta cuanto que, incluso en una economía capitalista altamente desarrollada (la norteamericana o la británica), un gigantesco aparato de propaganda comercial recurre a trucos psicológicos cada vez más perfeccionados para suscitar y desarrollar necesidades individuales, a pesar de que las necesidades colectivas sólo disponen para expresarse de voces aisladas o de aparatos burocráticos. El intento de contrarrestar la dictadura del capital monopolista sobre los medios de información y de formación de los individuos siempre ha sido contenido debido a la desproporción de fuerzas: es prácticamente imposible para órganos de información y de formación derrotar a la propaganda comercial, al menos mientras se dirijan al mismo público disperso y atomizado que los primero».

⁸⁶ Suecia no constituye una excepción a esta regla, aunque el retraso de lo colectivo sobre lo individual y lo privado sea a veces menos dramático allí que en otros lugares. La ideología oficial de la socialdemocracia sueca deja entender, por otra parte, que la enajenación del trabajo debe aceptarse, y que el trabajador debe buscar su libertad en el consumo y la vida *privados*.

Esta imposibilidad práctica obedece evidentemente al hecho de que las necesidades colectivas no se pueden definir en su contenido más que colectivamente. Pues no está al alcance de ningún individuo obtener satisfacción para necesidades que siente (según la distinción hecha por Marx) como “individuo social”, y no como “individuo accidental”. Abandonado a sí mismo, siempre se verá llevado a reclamar bienes individuales antes que servicios o equipos colectivos; a reclamar, en otras palabras, una “economía de mercado” y una “sociedad de consumo” antes que una economía y una sociedad basadas en el *servicio*. Y esto por la sencilla razón de que tiene alguna posibilidad de obtener un día una máquina lavadora, un vehículo individual y el aumento de salario que necesita, pero no tiene ninguna posibilidad como individuo “accidental” de obtener el servicio público de lavandería, medios de transporte rápidos y cómodos, parques y equipos deportivos a diez minutos de su domicilio, ni siquiera una vivienda conveniente, al precio de mercado.

No hay pues preferencia espontánea por las prioridades y los valores de la “sociedad de consumo”, por la ideología del capitalismo maduro; solamente hay impotencia para definir y preferir otra cosa. De ahí la primacía que se da espontáneamente a las reivindicaciones de consumo, en las cuales la burguesía cree ver con alegría la reivindicación de un modo de vida imitado del suyo: la clase obrera se “aburguesa”, parece confirmar hasta en sus exigencias el alto valor de la civilización capitalista; parece confirmar que la adquisición y el gozo de los bienes privados es el objetivo supremo del “hombre”; parece atrapada con cola por los mercaderes de seudocultura y de supuesta opulencia; parece demostrar que las necesidades y los deseos pueden ser conformados por la producción monopolista en función de su mayor ganancia.

Para destruir estos mitos, sólo puede ser eficaz el esbozo de un modelo social, de un modelo de consumo, de un modo de vida y de cultura basados en el servicio social, en la comunicación y el tiempo libres, en la satisfacción de las necesidades culturales o creadoras, en el pleno desarrollo de las facultades humanas. Y no basta decir que este modelo (que todavía no existe en parte alguna) sólo puede ser socialista, que el socialismo es la subordinación de la producción, en sus finalidades y en la manera de producir, a las necesidades y al desarrollo humanos. Todavía hay que definir el contenido concreto de las necesidades colectivas allí donde se determina, y hacer sentir que no está fuera del alcance. Esto sólo puede hacerse en común, en las organizaciones y las *acciones* de masa, políticas y sindicales: reuniendo y reagrupando a los individuos allí donde se sienten sus necesidades colectivas; haciéndoles adquirir conciencia común de sus necesidades comunes, en los lugares de trabajo o de habitación; definiendo con ellos los objetivos comunes de acciones comunes, de manifestaciones de masas y de huelgas.⁸⁷

⁸⁷ En las grandes ciudades italianas se han realizado con éxito huelgas y manifestaciones por una política de viviendas y por mejores servicios de transportes, así como amplias reuniones a escala de regiones

Esto no es todavía más que un comienzo. El desarrollo lógico de la acción de masa no podría ser, en efecto, la campaña electoral sobre el tema “el cielo del Ruhr debe volver a ser azul”.⁸⁸ El desarrollo lógico es el cuestionamiento del modelo y del mecanismo de acumulación capitalista en nombre de una sociedad basada en el servicio público: la exigencia de que se socialice la función de inversión; que se democratice la planificación, según una escala de prioridades imperativas que refleje las necesidades, y no las proyecciones del crecimiento anterior de los monopolios. Más concretamente, y como primer paso, es la lucha por poner a cargo de los trusts capitalistas, como parte integrante del costo social de la producción, la creación prioritaria, bajo control y administración de los trabajadores, de los servicios y los equipos colectivos que hace necesarios su actividad.

El modelo social de la fase de transición hacia el socialismo y la superioridad del socialismo sobre el capitalismo surgirán más concretamente en el horizonte de estas luchas. Y las victorias parciales, obtenidas en esta vía, si mejoran las condiciones de vida, no por ello fortalecerán al capitalismo. Al contrario: la municipalización de los terrenos para construcciones; la socialización de la construcción; la medicina gratuita; la nacionalización de la industria farmacéutica; los servicios públicos de lavandería y de transporte; la abundancia de equipos colectivos; los planes regionales de desarrollo, elaborados y ejecutados bajo control de asambleas locales y financiados con fondos públicos, etc.; y la *administración social* de todos esos sectores, necesariamente sustraída al criterio de rentabilidad y de ganancia, son otros tantos mecanismos antagónicos con respecto al sistema capitalista. No pueden funcionar como servicios sociales sin un ataque en profundidad contra el propio sistema capitalista; sin un control social sobre el conjunto del proceso de acumulación capitalista; sin su subordinación a una escala de prioridades, que refleje la de necesidades, determinada democráticamente.

Toda extensión del sector socializado, incluso el funcionamiento satisfactorio de los servicios sociales ya existentes, sólo se puede obtener mediante una restricción del sector privado, mediante una limitación creciente de su “libertad” de producir y de invertir. Bajo pena de perecer, el sector socializado debe limitar la esfera de autonomía del capital y contrarrestar su lógica, restringir su campo de acción, sustraer a su dominio centros de acumulación posible. Y esto tanto más seguramente cuanto que el sector socializado debe extenderse hacia arriba (hacia las industrias de la construcción, las industrias químicas, por ejemplo) o ser corroído y explotado al servicio del sector privado como ha ocurrido en Francia.

enteras para imponer, mediante acciones de masas conducidas al nivel de las asambleas representativas, programas de desarrollo regionales.

⁸⁸ Consigna electoral de Willy Brandt, dirigente del SPD [Partido Socialdemócrata Alemán], en las elecciones legislativas de Alemania occidental en 1961.

La *defensa* del sector socializado exige su *extensión*; y el *funcionamiento* del sector socializado exige que se subordinen a él y queden colocados *bajo control social* los centros de acumulación del capital privado (monopolios industriales y bancarios).⁸⁹ Por eso, lejos de estabilizar, de “humanizar” o de “socializar” al capitalismo, el sector socializado es una contradicción permanente en su seno. La burguesía lo sabe bien, tal vez mejor que el movimiento obrero. Esta contradicción sólo puede agudizarse con el tiempo, y agudizar a la vez los conflictos entre clases hasta que una u otra —uno u otro sector— quede expuesto al asalto final (que en la mejor de las hipótesis puede ser pacífico) como consecuencia de sus retrocesos sucesivos y parciales.

Sobre esta progresión dialéctica se basa la estrategia llamada de los objetivos intermedios y de la vía pacífica hacia el socialismo. Pero ninguno de los objetivos parciales, ninguna socialización parcial de la economía, ningún poder parcial de la clase obrera será en sí mismo la revolución, ni la suma de las conquistas parciales. No se trata de preconizar una táctica de “corrosión” y de “inversión progresiva” de los centros de decisión mediante una guerra de posiciones y de desgaste. Al contrario, cada conquista parcial y la suma de estas conquistas *no culminarán* en un “salto cualitativo” milagroso en virtud de su lógica propia, *no* inclinarán automáticamente al capitalismo hacia el socialismo como la gota de agua que hace desbordar el vaso. Si la estrategia de los objetivos intermedios se empantanara en esta ilusión, merecería plenamente el calificativo de reformista y de socialdemócrata que le aplican sus detractores.

Al contrario, los objetivos intermedios, las reformas de estructura que exigen, sólo constituyen una estrategia, sólo pueden escapar a su reabsorción por el capitalismo si se presentan desde un comienzo como aproximaciones sucesivas y etapas hacia una sociedad socialista que es su *sentido*: sentido que debe concretarse e ilustrarse en cada etapa, sentido bajo cuya luz cada objetivo intermedio debe aparecer como destinado a ser superado hacia nuevas conquistas, bajo pena de ver agotarse todas las conquistas pasadas.

La lucha por la extensión del control social y del sector socializado sólo agudizará las contradicciones y profundizará la crisis del capitalismo si esos objetivos se consideran no como fines, sino como medios (que por otra parte son fines también, pero provisorios) que prefiguran lo que la sociedad socialista podrá y deberá ser. Ésta es la condición para que cada batalla prepare y anuncie otras nuevas, eleve el nivel de conciencia y de lucha, arraigue la perspectiva socialista en la sensibilidad de las masas y

⁸⁹ El ejemplo de la Seguridad Social francesa da una triste ilustración de este hecho, pues esta institución sirve para que los asalariados financien no solamente las prestaciones que reciben, sino también la mayor parte de los equipos hospitalarios y de sanidad, así como la totalidad de las ganancias de una industria farmacéutica maltusiana, que a su vez es una fuente de notables ganancias para los trusts químicos

las convenza de que hay que defender las conquistas pasadas mediante conquistas futuras más amplias. Evidentemente, esto supone en los dirigentes, una perspectiva de conjunto, la elaboración de una “alternativa global” al capitalismo, que dé sentido a cada reforma que se arranque. El avance hacia el socialismo se realizará así, o no se realizará.

Si falta la perspectiva de conjunto, la suma de las reformas, por avanzadas que ellas sean, será reabsorbida por el capitalismo en una “economía mixta”, de tipo escandinavo, que deje subsistir el poder del capital y la enajenación del trabajo, mientras provee “bienestar para todos”.

Pero si, en cambio, lo que falta son las mediaciones entre el fin y las acciones cotidianas, entonces, a falta de objetivos intermedios capaces de concretar el fin y la vía hacia él, el socialismo seguirá siendo una idea abstracta: una idea en cuyo nombre se rechazarán como reformistas todas las reformas estructurales que, en efecto, no son el socialismo, mientras se llevan adelante, bajo la protección de una fraseología maximalista, acciones de retaguardia sin alcance ni perspectiva.

V. LA REPRODUCCIÓN AMPLIADA DE LA FUERZA DE TRABAJO: EL MODELO DE CIVILIZACIÓN

Hemos razonado hasta aquí sólo desde el punto de vista de las necesidades fundamentales. Las hemos vuelto a encontrar en necesidades que, a menudo, se consideran erróneamente como “opulentas”. Hemos mostrado que esas necesidades nuevas, lejos de traducir ya la saciedad y el paso a un nivel de civilización superior, frecuentemente no eran más que la búsqueda de los medios para satisfacer una necesidad fundamental, en el contexto de la ciudad industrial moderna.⁹⁰

Pero es imposible quedarnos en esto. Aun cuando siguen siendo la realidad de las necesidades históricas, las necesidades fundamentales ya no son las mismas que las de hace cien o solamente veinticinco años. Decir que ninguna necesidad se puede satisfacer sin la mediación de una producción social, es decir también que la necesidad se ha emancipado, en medida creciente, de la esfera natural. Ya no es solamente necesidad de un recurso natural, que se toma o se deja, sino necesidad de un producto social que supone cierto tipo de colaboración de individuos, y que determina su relación con la sociedad y la naturaleza. Toda necesidad, de hecho, está determinada socialmente: no puede aspirar a su satisfacción más que por mediación de la sociedad; es desde un principio, en sus alcances, necesidad de determinada organización social.

Pero esto significa también que ya no hay necesidades fundamentales que no tengan una dimensión cultural, tanto al nivel del consumo como al nivel de la producción de su objeto. El hambre es desde un principio hambre de alimento producido, encaminado, preparado por otros, cocido con instrumentos producidos por otros, y consumido en compañía de ellos: el hambre es necesidad de alimento al mismo tiempo que de intercambios y de relaciones con otro. Por su parte, la fuerza de trabajo usada en la producción social no es simplemente una cantidad indiferenciada de energía orgánica que pide ser reconstituida por el consumo de bienes y servicios; sino que también es, desde un principio, una fuerza socialmente calificada, que el individuo no extrae inmediatamente de sus intercambios con la naturaleza y no aplica inmediatamente a la naturaleza: la extrae de (y la aplica a) la colaboración social con otros, la provee como un capital de capacidades, de conocimientos, de experiencia acumulada mediante un trabajo social de formación, de estudio, de investigación, de comunicación, etc. Y esta fuerza no vale por sí misma más que en la medida en que

⁹⁰ Ver en Laura Conti el concepto de necesidad “histórico-fundamental”. *Les Temps Modernes*, octubre de 1963.

se articula con la de los otros, en el reconocimiento, la colaboración, el intercambio social.

Es fatal que este reconocimiento y este intercambio sigan dominados por las categorías económicas mientras la escasez de los bienes de consumo es aguda. La colaboración social está regida entonces por la necesidad de racionar los recursos, que siguen siendo raros, para hacerlos producir en cantidad mayor. Cualquiera sea la forma que tome este racionamiento (distribución autoritaria o racionamiento a través del dinero) la fuerza de trabajo está rigurosamente sujeta a la acumulación como a un imperativo socioeconómico que rebasa a cada individuo, viene a él como la imposición de todos sobre cada uno y sigue siéndole extraño.

El interés de la sociedad y el interés o la necesidad del individuo necesariamente son diferentes mientras la escasez es aguda; el individuo es lo inesencial y la producción (o la acumulación) lo esencial. No se trata de *realizarse* en, el trabajo social, sino de sacrificarse a él y de *servir* con él a la producción. La moral socialista del periodo de acumulación refleja a su modo esta situación y la necesidad de la sociedad autoritaria: el hombre es un medio de producir máquinas, y antes de ser “el capital más precioso”, es la menos preciosa de todas las máquinas, pues es la menos escasa.

1. El “capital humano”

Sin embargo, cuando la producción de la vida —es decir, de lo que es necesario para subsistir— es un problema virtualmente resuelto, el problema que se plantea es el *del tipo y del contenido de la vida* que se va a producir: el ciclo vivir para trabajar, trabajar para vivir, ya no es un ciclo cerrado. La subordinación de los individuos a la sociedad como a un imperativo extraño, cesa de ser absolutamente necesaria; su subordinación a la producción desemboca incluso en el absurdo: el despilfarro y la superproducción de “riquezas” cuya multiplicación sigue siendo exigida por la lógica del sistema de acumulación, aunque ya no corresponde a necesidades humanas.⁹¹

Este callejón sin salida tiene un significado claro: manifiesta, al nivel de la producción, una exigencia que ya no nace de la propia necesidad económica: la exigen-

⁹¹ Poco importa, por lo demás, que el sistema de acumulación sea capitalista o socialista. También en las sociedades socialistas, la subordinación de los individuos a la producción termina por llevar a la superproducción y al despilfarro. Esto no se debe *solamente* a la explotación del trabajo, es decir a la apropiación *privada* de la plusvalía. En efecto, la explotación es abolida en la sociedad socialista, pero no la acumulación como fin en sí. Por eso se plantea allí el problema de los excedentes invendibles, es decir del ajuste de la producción a las necesidades, en Checoslovaquia sobre todo. Y este problema no se puede resolver en términos económicos. La cuestión de saber *qué* hay que producir (y *cómo*) sólo la pueden responder los propios individuos.

cia humana de subordinar la producción a las necesidades. Entre los agentes de la producción esta exigencia surgió como interrogante, perplejidad, descontento difuso o, en el mejor de los casos, rebelión con respecto al sentido o a la carencia de sentido de la actividad productiva: ¿Para qué vivir si es para producir? ¿Para qué producir si las cosas producidas y la manera en que se producen no producen un hombre y una vida que sean su propio fin?

Esta exigencia nace de la propia praxis desde que toma conciencia de sí. Y toma conciencia de sí desde que, al cesar de estar hostigada por la escasez aguda, cesa de verse a sí misma sólo como gasto de energía, como fatiga, para comprenderse también como actividad libre y creadora, como intercambio recíproco y como soberanía posible; en una palabra, cuando la praxis se ve a sí misma como siendo ella su propio fin.

A partir de allí un conflicto —generalmente latente, pero abierto y agudo en un creciente número de ramas—, opone a los trabajadores más calificados a la lógica del capitalismo monopolista. Cuando Alsthom toma el control y modifica la administración de Neyrpic; cuando una política incoherente condena a una región minera a la muerte lenta; cuando la SNECMA, Nord-Aviation o Thomson-Houston ven que su actividad declina y sus programas son mutilados; cuando Bull decae y corre el peligro de pasar bajo control de un trust norteamericano; cuando Air France suprime deliberadamente sus líneas rentables, etc., los técnicos e ingenieros tienden a entrar en la lucha. ¿Para defender su carrera? Pueden proseguirla en otra parte; muchos de ellos podrían obtener mejor remuneración cambiando de empresa. ¿Para defender a la anterior dirección con la cual eran a menudo solidarios (en Neyrpic, por ejemplo)? Aparentemente, a veces. Pero en realidad, la contradicción que los lleva a la rebelión no es (o no es solamente) la que contrapone la administración del patrón independiente a la del trust teledirigido por un banco o por un consorcio.

La contradicción de fondo es la que contrapone las exigencias y los criterios de rentabilidad del capital monopolista o de la gran banca, con las exigencias inherentes a una actividad autónoma» creadora, *que lleva en sí misma su propio fin*: con una actividad que mide las potencialidades científicas y técnicas de la empresa en términos científicos y técnicos; y que quiere negar este “capital técnico”, este “capital humano” —la cooperación de equipos ya acoplados; la posibilidad de conquistar nuevos campos para el conocimiento, nuevas oportunidades para la dominación del hombre sobre la naturaleza— mediante el imperativo bárbaro de la ganancia financiera. A la exigencia viva de una praxis creadora viene a contraponerse la exigencia inerte del capital; a los hombres que han entregado —y que piden entregar— todas sus capacidades creadoras a una tarea que era su vida y el sentido de su vida, y que los hacía partícipes de una empresa universal, el capital repentinamente les declara: “Alto, lo que ustedes hacen no rinde ganancia, y por lo tanto no vale nada. Yo soy

quien paga, yo soy quien ordena. No les debo nada, puesto que les he pagado un salario. En adelante, ustedes realizarán en serie componentes cuyas especificaciones se determinan en Minnesota”.

Entonces los técnicos, los ingenieros, los estudiantes, los investigadores, descubren que son asalariados como los otros, pagados por un trabajo que es “bueno” sólo en la medida en que es rentable a corto plazo. Descubren que la investigación a largo plazo, el trabajo creador de soluciones originales, la pasión por el oficio son incompatibles con los criterios de rentabilidad capitalista — y esto, no por su carencia de rentabilidad *económica* a largo plazo, sino porque hay menos riesgo y mayor ganancia en fabricar cacerolas. Se descubren subordinados a la ley del capital no sólo en su trabajo, sino en todas las esferas de su vida: pues quienes detentan el poder sobre la gran empresa lo detentan también sobre el Estado, sobre la sociedad, sobre la región, sobre la ciudad, sobre la Universidad, sobre el porvenir de los individuos.⁹²

Estalla la contradicción entre el poder, la responsabilidad y el dominio del trabajador en la *praxis* productiva, y su impotencia, su servidumbre con respecto al capital. Se descubre enajenado, no sólo como trabajador, en su empresa, sino también como ciudadano de Grenoble o de Saint-Nazaire, como elector, como individuo al cual el capital, desde lejos y desde afuera, le impone un porvenir contrario a sus proyectos, un destino prefabricado que gobernará su vida, la de sus hijos, la de sus conciudadanos.

Entonces resulta inmediatamente evidente que luchar para que la vida conserve un sentido, es luchar contra el poder del capital, y que esta lucha debe pasar *sin solución de continuidad del plano de la empresa al plano de la sociedad*, del plano sindical al plano político, del plano técnico al plano cultural. Entonces toca al movimiento socialista ocupar su lugar y colocar el combate en su terreno verdadero: la lucha por el poder. En lo sucesivo, todo está en juego: los empleos, los salarios, las carreras, la ciudad, la región, la ciencia, la cultura, la posibilidad de desarrollar las capacidades creadoras de los individuos al servicio del reino de lo humano. Todo esto solamente puede salvaguardarse o reconquistarse si el poder de decisión pasa de manos del capital a manos de los trabajadores. Y esto no se logrará gracias a la sola nacionalización⁹³ de los centros de acumulación del capital y del crédito: esto exige también la multiplicación de los centros de decisión democráticos y su autogestión, es decir una red compleja y articulada de autonomías locales y regionales.

Esta reivindicación, lejos de ser abstracta, tiene (o puede tener) también toda la urgencia imperiosa de la necesidad. Y esto no solamente porque, a menos que se la

⁹² Ver Fierre Belleville, *Une nouvelle classe ouvrière*, Julliard, 1963, capítulo v.

⁹³ Que corre peligro de ser sólo una estatización burocrática.

satisfaga, regiones enteras con sus riquezas reales o potenciales se arruinarán y sus habitantes serán condenados a la emigración, a la diáspora, a la pérdida de su lugar en el mundo, de su vida, del dominio sobre su destino. Sino también porque, una vez alcanzado determinado nivel de cultura, la exigencia de autonomía, la exigencia de poder desarrollar libremente sus facultades y dar un sentido a su vida, se siente con la misma intensidad que la necesidad fisiológica insatisfecha.

La imposibilidad de vivir, que para los proletarios del siglo pasado era la imposibilidad de reproducir su fuerza de trabajo, se convierte para los trabajadores de las industrias científicas o culturales en la imposibilidad de poner en acción sus capacidades creadoras. La industria del siglo pasado tomaba del campo hombres que eran músculos, pulmones, estómago: continuaban desplegando a su alrededor un espacio que ya no existía, aspirando un aire viciado, digiriendo —a falta de alimento— su propia carne; se iban agotando, y la agudeza de su necesidad era el funcionamiento en el vacío de sus órganos negados por el mundo que los rodeaba.⁹⁴ La industria de la segunda mitad del siglo **xx** tiende a tomar, en medida creciente, en las universidades y los colegios, hombres que allí han podido adquirir la facultad de un trabajo creador o autónomo: continúan desplegando en torno de ellos una curiosidad, una capacidad de síntesis, de análisis, de invención y de asimilación que funciona en el vacío y corre el riesgo de agotarse si no encuentra cómo emplearse en el trabajo.

En los casos extremos —menos raros de lo que podría creerse— la necesidad de actividad autónoma, de creación, de comunicación toma carácter punzante. Es el caso, por ejemplo, de esos técnicos de la industria nuclear, en Marcoule o en otras partes, que tienen conocimiento sintético del funcionamiento de la fábrica, son capaces de intervenir en cualquier punto del sistema a la primera dificultad, pero pasan meses enteros, ocho horas diarias, sentados ante cuadrantes que les reflejan la buena marcha del conjunto, y por lo tanto la inutilidad de los hombres, de su inteligencia, de su capacidad de intervención. En ellos el aburrimiento llega a la desesperación y a la neurosis. Testigos impotentes de un universo fabricado por hombres, pero que vuelve superfino a los hombres, terminan por necesitar probarse a sí mismos que todavía existen, que todavía son capaces de *hacer* algo: de regreso a sus casas, desarmen y vuelven a armar los aparatos más complejos sobre los cuales su inteligencia aún puede ejercitarse: aparato de radio, televisor. Al cabo de algunos meses, de algunos años a lo más, abandonan su “trabajo” para escapar a la decadencia y la locura.

El ejemplo es extremo, pero es significativo y premonitorio. Los *hobbies*, la jardinería, la pesca podían salvar del naufragio a obreros calificados o peones; pero el *hobby* o la jardinería ya no llenan el vacío que deja en la vida de los trabajadores altamente calificados, pero competentes sólo en un campo muy limitado, el sub-empleo

⁹⁴ Ver J.P. Sartre, *Crítica de la razón dialéctica*. Losada, Buenos Aires.

permanente de sus capacidades dentro de un trabajo pasivo y monótono. El ejemplo de Marcoule es significativo para toda la industria automatizada de los próximos decenios, en la cual, según la previsión de Marx, “el trabajo humano se reduce a una pura abstracción”,⁹⁵ a una actividad vacía, de vigilancia.

Pero lo que también revela este ejemplo es la *extremada miseria* humana y cultural a que han reducido al trabajador técnico no solamente la *industria* del capitalismo avanzado, sino también sus *instituciones*, su *enseñanza* y su *cultura*. Esta enseñanza, preocupada por adaptar al trabajador a su tarea en el mínimo de tiempo necesario, le ha dado la capacidad para una actividad autónoma mínima. Por temor a formar hombres que, debido al desarrollo “demasiado rico” de sus facultades, se negarán a la sumisión disciplinada, a una tarea demasiado estrecha y a la jerarquía industrial, se los ha querido amputar desde el comienzo: se los ha querido competentes pero limitados, activos pero dóciles, inteligentes pero ignorantes de todo lo que desborda su función, incapaces de alzar la mirada de su tarea. En una palabra, se los ha querido *especialistas*. Se ha eliminado de su formación, y hasta del medio que los rodea, todo aquello que podía permitirles buscar fuera del trabajo la realización de sí mismos que, en su trabajo, les está prohibida. Se han eliminado de las instituciones todos los órganos de poder y de autogestión locales que permitirían a los trabajadores modelar, ya que no su trabajo, su vida cívica y cultural. Pero no con ello se ha impedido la rebelión de estos nuevos proletarios, aun cuando tome, en estos hombres encogidos y robados, la forma todavía silenciosa de la neurosis de impotencia y de la fuga. Sus sucesores, sus reemplazantes más jóvenes extraerán la conclusión de este desastre: rechazarán la amputación desde un principio.

En efecto, al nivel de la enseñanza es donde el capitalismo industrial va a provocar las rebeliones que trata de evitar en sus fábricas. Su maniobra es demasiado clara: para poder producir tranquilamente sus zombis, debería poder contar con una masa de individuos cuyo horizonte ha sido limitado desde la primera infancia. Necesitaría una enseñanza dualista, como la que se mantiene todavía, por escasísimo margen, en Gran Bretaña, como supervivencia del poder aristocrático: la *élite* tiene sus escuelas y su enseñanza “humanista”, el pueblo tiene otras en las cuales se distribuye saber utilitario. La selección se hace por medio del nacimiento y la fortuna, desde la escuela primaria.

¿Es exportable este sistema (agonizante, por otra parte, pues es inaceptable en una democracia, aunque sea formal, y la economía británica misma ve su existencia amenazada por él)? El régimen de De Gaulle lo intenta: se trata de especializar más temprano la enseñanza, de “industrializar la universidad”,⁹⁶ de crear “ciclos cortos”. En

suma, se trata de repetir en el plano de la enseñanza lo que, en el plano de las diversiones, se ha denominado la “cultura de masas”; la difusión de conocimientos predigeridos y parcelarios, de una cultura barata, mediante la formación acelerada seguida de aplicaciones prácticas. En lugar de hacer comprender la praxis creadora que está en el origen de lo que se ha convertido en un *saber*; en lugar de dar al alumno los medios de dominar sintéticamente un sector del conocimiento, de ubicarlo en sus articulaciones y sus conexiones con los otros sectores; en lugar de enseñar impulsando a la autoiniciación y al trabajo autónomo de asimilación y de investigación, se obliga a memorizar los resultados terminados de la praxis pasada, separados de su contexto; se enseñan recetas y trucos para aplicar mecánicamente a problemas empíricos. Se hace tragar así algunas páginas selectas del saber; se deja que de los abismos de la ignorancia intacta emerjan algunos islotes de conocimiento; se enseña “la pasividad y la sumisión”:⁹⁷ el alumno sabrá lo bastante como para medir todo lo que ignora y para reverenciar a la ciencia y la cultura de la *élite*.

Ahora bien, este intento es un tejido de contradicciones explosivas: pues si se quiere enseñar la ignorancia al mismo tiempo que el saber, la dependencia al mismo tiempo que la autonomía intelectual confinada en límites estrechos, uno se expone —al no poder realizar una segregación rigurosa— a ver rechazados tanto los límites como la ignorancia. “Para que sea aceptada —escribía Simone Weil—, la esclavitud debe durar cada día un tiempo suficiente como para quebrar algo en el hombre”. La observación vale para los nuevos proletarios de la cultura. Como no se puede mutilarlos y especializarlos desde la infancia, no se puede evitar que sientan como una explotación inaceptable la especialización y la ignorancia que se les impone, las posibilidades de autonomía y de cultura que se les niegan. De ahí la posibilidad y la necesidad de una batalla cultural emprendida por las fuerzas socialistas en todos los frentes: contra la subordinación de la enseñanza a las exigencias industriales efímeras, y por su autogestión por los que enseñan y *los que aprenden*; contra el academismo mandarinesco y la cultura de masa utilitaria, y por una formación polivalente y sintética, que permite a los individuos medir toda la riqueza de lo posible, orientarse según sus exigencias propias y orientar a la sociedad según ellas.

Esta batalla, lejos de ir contra la evolución técnica, va en el mismo sentido que ésta. Pues no es verdad que la tecnología actual y futura exija especialistas; es verdad solamente que la patronal reclama especialistas, y esto por dos razones: porque la enseñanza —gasto llamado improductivo y que no deja ganancia— ha quedado en retraso cualitativo y, sobre todo, cuantitativo sobre las exigencias del aparato de producción; la sociedad capitalista busca colmar este retraso al menor costo, mediante la formación barata. Y por otra parte porque la mano de obra técnicamente especializa-

⁹⁵ *Grundrisse*, pp. 695-6.

⁹⁶ La expresión es del ministro Fouchet. Cf. Marc Kravetz, « Naissance d'un syndicalisme étudiant ».

Les Temps Modernes, febrero de 1964.

⁹⁷ Marc Kravetz, *loc. cit*

da debe ser más dócil y más adaptable a la intensidad creciente del trabajo industrial.

Estas dos razones, político-económicas, de hecho van en sentido contrario de la propia técnica. Ésta, en transformación perpetua, vuelve obsoletas varias veces por generación las especializaciones demasiado estrechas. Más bien reclamaría al comienzo la polivalencia y una formación teórica sólida, para facilitar las reconversiones, los “reciclajes”, la asimilación continua al curso de la vida productiva, de los aportes científicos y técnicos nuevos. Dicho de otra manera, desde el solo punto de vista profesional, la reproducción simple de la fuerza de trabajo en sus componentes culturales ya no es suficiente. La enseñanza de una cantidad constante de conocimiento de la cual no se ha previsto el desarrollo en el curso de la vida productiva, esteriliza a la fuerza de trabajo desde un principio: la capacidad de creación, de adaptación y de desarrollo del trabajador está limitada en forma demasiado rígida por la insuficiencia de su preparación teórica. Las rigideces en él introducidas, o bien obstaculizan una evolución más rápida que sería posible de otro modo, o bien esta evolución se realiza, pero pasa por encima de su cabeza y se traduce en la descalificación, en la depreciación prematura de su capital-formación y, en los casos límite, en la desocupación.

La reproducción ampliada de la fuerza de trabajo es entonces una necesidad objetiva: la capacidad profesional sólo puede *mantenerse* efectivamente a condición de *acrecentarse*, es decir, a costa de una acumulación continua de nuevas capacidades. Los “extrangulamientos de mano de obra” de que se quejan la casi totalidad de las economías capitalistas, en realidad sólo reflejan la repugnancia del capitalismo a cubrir el costo social de esta reproducción ampliada, a hacerla figurar en el costo de la propia fuerza de trabajo. Y esta repugnancia es lógica: considerar que la renovación y la extensión de las capacidades del trabajador forma parte integrante del trabajo, sería reconocer que el trabajador trabaja aun cuando no está produciendo mercancías; que está produciendo riquezas aun cuando no produce nada que sea vendible para su empleador: nada más que esos recursos morales e intelectuales que son el trabajador mismo, tal como éste *se hace* en su trabajo, es decir, cuando no lo deshace el trabajo que los otros le imponen.

Admitir la reproducción ampliada de la fuerza de trabajo sería pues admitir el tiempo libre, no como tiempo desocupado y vacío, sino como tiempo socialmente productivo en que el individuo se renueva a sí mismo. Pero sería también admitir con ello que esta fuerza de trabajo, producida y ampliada por el trabajo autónomo del propio trabajador, no tiene otro propietario que este mismo trabajador que la ha producido. Sería admitir finalmente que la fuerza de trabajo ya no es una mercancía que uno puede emplear a su antojo una vez que la ha pagado a su precio de mercado, sino que es el trabajador mismo, que le pertenece de derecho, y *que tiene derecho a asegurar su administración social*.

Y asegurar su administración quiere decir: que los trabajadores asociados tienen derecho a tomar bajo su control todas las modificaciones posibles y previsibles concernientes a las condiciones de prestación de su trabajo. Que tienen derecho a ejercer este control no solamente para subordinar estas modificaciones a su expansión humana; no solamente para asegurarse que no se les extrae una cantidad o una calidad de trabajo suplementario; sino también para asegurarse de que se les otorgarán los medios y el tiempo para ampliar su capacidad profesional, en condiciones controladas por ellos, en función de la evolución técnica previsible.

La reproducción ampliada de la fuerza de trabajo es en sí misma un trabajo social productivo. La adquisición de nuevas capacidades, condición y consecuencia de la ampliación de la producción social, no se ha puesto a cargo de los individuos. Todo lo que se refiere a la formación profesional de los trabajadores debe ser colocado bajo el control de los mismos trabajadores. Todo el tiempo necesario para su formación debe considerarse como tiempo socialmente productivo, como trabajo social, y remunerado en consecuencia. Y esto vale también, evidentemente, para la formación básica. Los individuos no solamente tienen derecho a los equipos escolares colectivos. Tienen derecho también a la elevación general y constante de su nivel de conocimiento a medida que la praxis social se diversifica y se enriquece. Tienen derecho a un tiempo de formación más largo y a la co-gestión del programa de formación mismo, conforme a sus necesidades. Y dado que este tiempo de formación es socialmente necesario, como condición inicial de la praxis social, no tiene por qué quedar a cargo de las familias: la beca de estudios es también una reivindicación fundamental.

2. Las necesidades creadoras: impulso y represión

Encontramos aquí una de las contradicciones profundas del capitalismo altamente desarrollado: su incapacidad para valorar, con sus criterios esencialmente cuantitativos, un desarrollo que tiende cada vez más a volverse cualitativo. Es, si se quiere, la contradicción entre el valor económico y la finalidad humana que escapa a ese valor, ya que en último análisis es su fundamento.

Ya no es sólo *el trabajo* mismo el que no puede valorarse económicamente, debido a que ya no es una *cantidad* de tiempo y de energía, una mercancía indiferenciada, sino una praxis consciente, en los trabajadores calificados, de su autonomía y que como actividad de creación y de iniciativa lleva en sí misma sus propias exigencias soberanas. Es que además *la fuerza de trabajo* tiende a escapar a las evaluaciones cuantitativas: pues los trabajadores calificados ya no son —y lo serán cada vez menos— portadores intercambiables de energía física, cuya fuerza sólo vale en tanto es *utilizada y enajenada* por quien se la compra y que la combina, en exterioridad, con otras fuerzas indiferenciadas. No; los trabajadores calificados de las industrias de

vanguardia, minoritarios hoy, mayoritarios mañana, tienen *como propiedad* a diferencia de los proletarios clásicos, la fuerza de trabajo que prestan: la poseen en propiedad porque ellos mismos la han adquirido; porque son los que están mejor ubicados para conocer su modo de empleo; porque esta fuerza, lejos de deber o aun de poder ser combinada exteriormente con otras fuerzas, sólo vale ya desde un comienzo por *su propia* capacidad para organizar sus relaciones con las fuerzas de los otros.⁹⁸

El trabajador calificado de las industrias de vanguardia⁹⁹ es precisamente imposible de mandar; es al mismo tiempo la fuerza de trabajo y el que la manda, en síntesis es una *praxis-sujeto* que coopera con otras praxis en una tarea común, a la cual las directivas demasiado imperativas que vienen de arriba sólo podrían desorganizar. Aquí, el trabajador forma parte integrante de su fuerza de trabajo, ya no es posible cuantificar a ésta dissociándola de aquél, uno y otra son la misma autonomía humana.

De ahí un conflicto permanente, latente o manifiesto, entre los trabajadores científicos y técnicos, prácticamente soberanos en su praxis, y la única relación de subordinación jerárquica que subsiste: la subordinación de estos trabajadores al capital propietario de la empresa.

Este conflicto ya no se refiere esencialmente a las relaciones de trabajo, ni a la explotación del trabajo, que a menudo *-está* altamente remunerado. Reside esencialmente en la contradicción entre una praxis soberana que lleva en sí misma su propia finalidad, y una finalidad exterior e inerte, que es la exigencia del capital de hacer servir la praxis a fines que la niegan. La enajenación *en el seno* del trabajo tiende a desaparecer —los equipos de trabajadores culturales y científicos son los conductores únicos *en* su trabajo— pero la enajenación *del* trabajo subsiste, y tiende a convertirse en insostenible, debido a los *límites* y a la orientación final que la preocupación por la rentabilidad financiera (o la política general, cuando se trata de empresas públicas) impone a la praxis soberana.

El límite de lo tolerable puede ser extendido por bastante tiempo gracias a una política patronal de “relaciones humanas”, que respete la soberanía *formal* de los trabajadores y tienda a asociarlos, a integrarlos, a hacerlos participar en los proyectos del capital. Pero no es posible extender indefinidamente ese límite. La contradicción puede estallar cuando la preocupación de rentabilidad inmediata prohíbe a los trabajadores la prosecución de un trabajo cuya fecundidad y utilidad social son evidentes para ellos (caso de Neyrpic, SNECMA, Bull, Nord-Aviation, etc.). Puede estallar

⁹⁸ De ahí, en la práctica, el desvanecimiento de las relaciones jerárquicas sustituidas por la homogeneidad del equipo. Cf. P. Belleville, *op. cit.*, y S. Mallet, *La nouvelle classe ouvrière*, Seuil, 1963, especialmente el capítulo sobre Caltex y la Introducción.

⁹⁹ Nucleares, químicas, petroquímicas, energéticas, científicas, de ingeniería, degran mecánica, así como los obreros de mantenimiento de las industrias automatizadas, etc.

también cuando una praxis en sí misma creadora, y consciente de que lo es, se utiliza para fines que son su negación radical. En ambos casos, el desprecio del capitalismo por la praxis creadora se vuelve manifiesto, y la emancipación de la tiranía del capital se convierte en una reivindicación fundamental.

En la práctica, sucede así en todos los países capitalistas todas las veces y en todos los lugares donde las investigaciones civiles chocan contra la insuficiencia de los medios de que dispone, no obstante que a disposición de los trabajos militares se colocan recursos muy superiores. En todos los países capitalistas, la ciencia sólo progresa al margen del capital y contra su lógica: gracias a los encargos militares y de prestigio, financiados a pérdida por el Estado, y que representan el 80% de la actividad de la electrónica profesional, más todavía en lo nuclear, más de la mitad en la aeronáutica, etc.

Para los trabajadores científicos, esta situación es de una ironía siniestra: no pueden ejercer su praxis creadora más que sustrayéndola a la tiranía del capital, pero no pueden sustraerla al capital más que ejerciéndola en la perspectiva de la masacre. Sobre ellos pesa una maldición, por la cual su praxis o no se ejerce, o debe ejercerse a contrapelo de sí misma. Y esta maldición es inteligible: corresponde a la lógica tanto como al *poder* del capital.

El capital sólo acepta la investigación en tanto ésta es financieramente rentable. Pero la investigación a largo plazo (fundamental y teórica) nunca lo es con seguridad; sobre todo, no se pueden prever los plazos de su rentabilización. Desde el punto de vista capitalista, entonces, la investigación no reporta lo suficiente, no sólo porque es un riesgo demasiado grande con relación a la ganancia que se puede esperar de ella, sino también, y sobre todo, porque se pueden extraer ganancias inmediatas *más grandes* de la especulación en tierras, del comercio, de la industria de la diversión o de mejores técnicas de rutina.

Sólo el financiamiento de la investigación por el Estado puede entonces hacerla suficientemente rentable. Pero el capital, como poder e ideología política, no admite el financiamiento público para cualquier fin. Es preciso que este financiamiento público, extraído, como hemos visto, de las plusvalías por un lado, y del otro del poder de compra de los consumidores individuales, procure a los trusts ganancias tan grandes o mayores que, en una coyuntura determinada, la producción en función de la demanda privada. Y el único medio de llegar a este resultado es hacer financiar al Estado producciones que no puede vender al público, pero que serán vendidas al propio Estado a precios de monopolios: las producciones militares.¹⁰⁰

¹⁰⁰ La objeción keynesiana de que el Estado podría procurar a los monopolios ganancias equivalentes financiando a pérdida investigaciones y producciones socialmente útiles, puede ser *económicamente* exacta

El hecho es que la bioquímica, le genética, la medicina, etc., avanzan a un ritmo miserable, muy por detrás de las posibilidades humanas; que la teoría se retrasa cada vez más sobre la práctica; que, al no fundamentar (mediante la antropología filosófica, mediante la filosofía de las ciencias) sus propios pasos, la ciencia y las técnicas han dejado de comprenderse, se han vuelto incapaces de dar cuenta de ellas mismas.¹⁰¹ Y que, en el régimen capitalista, la reducción de los gastos militares, hasta ahora, no se ha hecho nunca íntegramente en beneficio de los equipos sociales y de la investigación civil.

Militarización de la ciencia, industrialización de la universidad, envilecimiento comercial de la cultura, subordinación de la producción de hombres humanos a la producción de ganancias: volvemos a hallar la incapacidad del capitalismo (y, más generalmente, de la economía política) para asegurar la producción en función de las necesidades, para promover una expansión que ya no sea cuantitativa, sino cualitativa.¹⁰²

en ciertos sectores, pero olvida el obstáculo *político*. En efecto:

1] Es económicamente exacta *solamente* en la medida en que las *investigaciones* civiles, financiadas con fondos públicos, pueden dar lugar rápidamente a fabricaciones *civiles* en serie; lo cual no es el caso para los sectores electrónicos y nuclear, por ejemplo. A falta de encargos militares, esas industrias no tendrían asegurada una gran salida, con grandes ganancias, para su producción científica.

2] El financiamiento por el Estado de grandes realizaciones civiles de interés público, supondría la determinación democrática de las necesidades y su satisfacción social mediante una redistribución *social* de los recursos. Pero ese sería el fin del poder político del capital, de su dominación sobre la producción y el reparto del ingreso nacional. *La economía de mercado se vería minada*, la iniciativa pública tendería a sustituir a la iniciativa privada, la producción y la acumulación caerían bajo control social. (Ver los artículos de Joseph Gillman, en *Les Temps Modernes*, números 187 y 188).

¹⁰¹ Ver Husserl, *Die Krisis der Europaichen Wissenschaften*.

¹⁰² Ver J.K. Galbraith: "La producción privada de bienes y servicios, por frívolos que sean, goza de un beneplácito moral que no se otorga a ningún servicio público, con excepción de la defensa nacional... La expansión del sector privado provee aquello que menos necesitamos, en detrimento de lo que necesitamos más..."

"Hemos creado un sistema económico potentísimo. Debemos reconocer su eficiencia. Pero se ve llevado naturalmente a utilizar su potencia para sus fines propios. Sería sorprendente que no empleara esta potencia para someter a los hombres a sus fines. Aceptamos de hecho la subordinación del individuo, y por lo tanto de la calidad de la vida a imperativos económicos aparentes..."

"La industria del tabaco no ha ocultado su descontento con respecto a los científicos que, basándose en pruebas científicas irrefutables, han demostrado que los cigarrillos son una causa de cáncer de los pulmones... La industria necesita mantener y aumentar el consumo de cigarrillos, sin preocuparse del cáncer y sin que le moleste una propaganda adversa..."

"La prioridad otorgada a los objetivos económicos entra en conflicto con la verdad y la estética... Lleva a pintar sistemáticamente a la realidad con colores que la ciencia y el espíritu adulto desmienten... No existe ninguna armonía preestablecida entre los fines económicos y estéticos. Al contrario, Durante mucho tiempo hemos aceptado la fealdad y la suciedad como precio del progreso industrial. No hay razón alguna para continuar. Los gastos y la planificación sociales que borran o limitan la suciedad y que preservan o recrean

La lógica interna del sistema capitalista asimila la producción a la producción de bienes o servicios vendibles y no puede medir las riquezas producidas más que en términos monetarios. Ahora bien, el mundo no se produce solamente en las fábricas, ni el aumento de las riquezas sólo por la plusvalía. Uno y otras se producen en todas partes donde el hombre transforma al mundo por el hombre, entra en relación con los otros hombres y se produce así como hombre mismo¹⁰³

Esta circunstancia podía permanecer encubierta en la medida en que la subordinación de las exigencias humanas a los imperativos de la producción les era impuesta por la escasez como condición para su supervivencia: la praxis entonces era solamente *el medio* para producir lo *necesario*; se veía a sí misma como lo inessential frente a los productos que ella *servía* para arrancar de la naturaleza.

Pero hemos visto que esta relación de subordinación tiende a invertirse gracias a un doble proceso: la cobertura de las necesidades materiales más fundamentales y el afinamiento de las técnicas productivas. Al mismo tiempo que se ve liberado relativamente de la presión de las necesidades vitales (lo cual, en sí, sería aún insuficiente), el individuo, por la *naturaleza* misma de su trabajo, tiende a aprehenderse como praxis creadora que lleva en sí misma su finalidad soberana. En el trabajo en equipo de trabajadores calificados e iguales, que se organizan ellos mismos en función de una tarea cuyo modo de ejecución no se les puede ordenar, esta *praxis-sujeto* no está subordinada ya (no es lo inessential) con relación al objeto; es actividad soberana de autorregulación con el fin de un objeto que refleja su libertad al grupo y lo confirma en ella. El trabajo se aprehende pues a sí mismo inmediatamente como algo que es no sólo la producción de una *cosa* predeterminada, sino ante todo la producción de una *relación* de los trabajadores entre ellos. Y éstos, debido a la división social e incluso internacional del trabajo, se encuentran en comunicación (infinitamente mediatizada, pero sensible sin embargo) con el mundo entero.

El trabajo ya no es sólo producción de objetos-mercancías, la fuerza de trabajo ya no está sólo sujeta a la inercia de las cosas, el trabajador ya no es sólo el instrumento

la belleza, que permiten al arte y a la cultura existir por ellos mismos y no como subproductos del mercantilismo, serán costosos. Indudablemente, habrá que pagarlos con una disminución de la eficiencia industrial. Pero los éxitos económicos, aunque son una parte importante de la vida, no lo son todo." Economics and Aesthetics", en *New York Herald Tribune*, 17 de enero de 1964.

¹⁰³ La revista comunista alemana ya citada más arriba, *Die Stimme des Volkes*, se expresa así en el tercer cuaderno:

"Lo que hoy se llama trabajo no es más que un fragmento diminuto y miserable de la formidable y poderosísima producción; a saber, la *religión* y la moral honran sólo aquella producción repulsiva y peligrosa, bautizándola con el nombre de *trabajo*, y, encima, se atreven a poner en circulación toda suerte de máximas de bendición... La moral del mundo en que vivimos se guarda prudentemente de llamar también trabajo a los lados divertidos y libres de las actividades de los hombres... Marx, *La ideología alemana*. San Max. Ed. Pueblos Unidos, Montevideo, 1968, p. 248.

de la sociedad que busca organizar la supervivencia. Trabajo, fuerza de trabajo y trabajador tienden a unificarse en *personas* que *se* producen al producir un mundo. Y esta producción ocurre, tanto como en los lugares de trabajo, en las escuelas, los cafés, los estadios, los viajes, los teatros, los conciertos, los periódicos, los libros, las exposiciones, los municipios, los barrios, los grupos de discusión y de lucha, en una palabra en todas partes donde los individuos entran en relación unos con otros y *producen* el universo de las relaciones humanas.

Cada vez más, esta producción tiende a formar parte integrante no sólo de la producción del hombre sino también de la reproducción —*necesariamente* ampliada— de la propia fuerza de trabajo. El desarrollo internacional e intercontinental de los intercambios;

la división del trabajo según espacios económicos cada vez más vastos; la tendencia a las especializaciones regionales y nacionales; la rapidez de las comunicaciones, etc., colocan a cada actividad productiva —a través del juego de mediaciones cada vez más numerosas— en relación con el universo entero y tienden a su unificación práctica.

Es posible producir alcachofas en León o cítricos en Sicilia sin preocuparse por la actividad de los otros productores, no solamente de León y de Sicilia, sino también del Mediodía francés, de España y de Argelia. Es imposible producir turbinas en Grenoble sin conocer lo que se ha hecho en Milán, en Liubliana, en el Ruhr y en Escocia. Y este conocimiento no forma parte de la “fuerza de trabajo” del director comercial o del presidente de cooperativa solamente, sino de cada ingeniero, técnico, jefe de equipo y, por la mediación de éste, de cada obrero y de cada cooperador. Es imposible, en una unidad de producción moderna, incluso mediana, estar a la altura de la propia tarea sin ponerse al tanto de la historia mundial en curso. Y es imposible ignorar la evolución política, científica, técnica, socioeconómica, cultural en el más amplio sentido, so pena de perder la capacidad de entrar en relación con los otros, aun próximos, y de sufrir esa opresión absoluta que es la conciencia de ignorar lo que los otros conocen.

Por eso la actividad cultural forma parte integrante de la reproducción (necesariamente ampliada) de la fuerza de trabajo, es decir de la capacidad de los individuos de cooperar en una tarea común determinada. También por eso la actividad cultural es una necesidad. Y por eso, finalmente, la reducción de la semana de “trabajo” sigue siendo una reivindicación fundamental, lo mismo que la multiplicación de los equipos culturales y *su autogestión* por los trabajadores. El tiempo- necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo no es el mismo en 1964 que en 1904 para ningún tipo de trabajador, así como nunca ha sido el mismo para un concertista de piano que para un afinador de pianos. El aumento del tiempo libre no es el aumento del tiempo vacío, sino el aumento del tiempo (socialmente productivo) que es objetiva y subjetivamente

necesario para la producción de individuos humanos y de un mundo humano.

Frente a esta necesidad, es verdad, la civilización neocapitalista ha montado un aparato represivo gigantesco: aparato al servicio de la mistificación, de la perpetuación de la ignorancia, de la destrucción de la cultura, del “condicionamiento exterior”, de la transformación del tiempo libre en tiempo pasivo y vacío, consagrado a diversiones estériles, que todo individuo se ve conminado a consumir bajo un suave terror. Se trata de desviar la necesidad cultural corrompiendo hasta la conciencia que el individuo tiene de sí mismo, envileciéndolo con la oferta de objetos viles y tomando a mofa, a nombre del primitivismo de una ética de masa, la creación cultural y sus agentes.¹⁰⁴ Esta demagogia de la nivelación y del menor esfuerzo comienza siendo comercial y termina siendo política: para vender periódico, ondas radiofónicas y espacio publicitario se empieza por halagar la superstición contra el rigor, por preferir los mitos a los hechos, lo sensacional a lo significativo; se prefabrica individualidad para venderla a individuos en quienes se la ha destruido (y se continúa destruyéndola por medio de esta venta forzosa), y se termina por preferir y por vender, con las mismas técnicas comerciales, la “persona” de un Guía, de un Jefe, de un Dictador paternal que detenta soluciones mágicas.

Este totalitarismo dulzón de la civilización monopolista es una consecuencia tanto como una causa.¹⁰⁵ Es causa en la medida en que la técnica de venta del capitalismo “opulento” es una técnica de manipulación y *de dominación* que, aplicada a la vida pública, se dirige deliberadamente a arraigar psicológicamente el poder de la producción y del comercio y a quebrar las fuerzas que lo cuestionan. Es causa además en cuanto aspira a destruir la comunicación concreta y autónoma de los individuos y sus relaciones humanas, en cuanto aspira a disfrazar ante los agentes de la producción el hecho de que el universo que ellos producen es nada más y nada menos que su producto. Pero esta misma mistificación, evidentemente, sólo es posible porque se la lleva adelante en un terreno que *ya* le es favorable: porque la destrucción del universo de las relaciones humanas, el desarraigo de la cultura, la especialización y la mutilación de los individuos son un proceso ya avanzado. Este proceso tiene su origen en el

¹⁰⁴ La cultura de masa, subproducto de la propaganda comercial, tiene como contenido implícito una ética de masa: utilizando la ignorancia, manteniéndola, halagándola, se apoya en el resentimiento de los ignorantes hacia el que “sabe”, los persuade de que éste los desprecia y avala o provoca su desdén hacia él. Esta demagogia abyecta, cuyo odio por “los intelectuales” (término que no sólo en Estados Unidos se ha vuelto insultante) y la cultura se encuentra en todos los movimientos fascistas, sólo profesa un culto por los individuos excepcionales en la medida en que su superioridad se puede atribuir a su *ser*, no a su *hacer*: reinas de belleza, personajes principescos. Esto se debe, en efecto, a que la superioridad de *ser*, física o hereditaria, puede pasar por producto de la Naturaleza —del suelo, de la raza, del Pueblo, de la Nación— de la cual han surgido todos los individuos, y reflejarles así una comunidad natural con el héroe, su propia aristocracia por participación, su identidad originaria, reivindicada en el chovinismo.

¹⁰⁵ Ver Herbert Marcuse, 1968. *El hombre unidimensional*. Ed. Joaquín Mortiz, México,

retraso que las prioridades “espontáneas” de la expansión monopolista han impuesto al nivel cultural con respecto al nivel práctico.

La insuficiencia, después el nivelamiento y la industrialización de la enseñanza; la represión de la actividad cultural autónoma por la militarización del trabajo industrial, la penuria de equipos colectivos, el racionamiento del tiempo libre; la dispersión más o menos deliberada de los trabajadores por el habitat (es decir, la imposibilidad en que se los coloca de tener comunicación y de reagruparse después del trabajo, la obligación que se les impone de vivir donde no trabajan y de trabajar donde no viven) —todo esto ha tendido a formar esos individuos solos y pasmados, impotentes debido a su dispersión y a su ignorancia frente a los mecanismos nacidos de su trabajo colectivo.

Y en estos individuos subdesarrollados y mutilados (deliberadamente mutilados en la medida en que su explotación se veía facilitada y en que su desarrollo humano pasaba por ser un “gasto improductivo”) el capitalismo monopolista, para perpetuar su dominación/continúa reprimiendo y desviando las necesidades culturales, explotando y halagando el sentimiento de impotencia y de ignorancia.

Éste es un aspecto particularmente repugnante de la subordinación de los individuos a la producción. Pero ya hemos visto que esta subordinación tiende a convertirse en un obstáculo para la producción misma; y que, en la medida en que ésta exige trabajadores que tengan una visión sintética del ciclo productivo, de los procesos socioeconómicos y del mismo proceso de producción, aparece una contradicción entre la industrialización de la cultura y la cultura de las sociedades industriales.

3. La tecnocracia

Entonces, se delinea un movimiento doble. En la base, en las industrias más avanzadas técnicamente —como por lo demás en las capas calificadas profesionalmente del campesinado medio y pequeño— los trabajadores tienden a la autogestión (cooperativa y regional, en el caso de los campesinos) de los medios de producción y de la vida local y regional, para la cual tienen las capacidades necesarias. El poder *técnico* ya escapó a la burguesía (a la patronal), a ese nivel, y su poder económico está comprometido por un proceso inevitable de concentración financiera.

En la cima, entretanto, la burguesía ve limitado su poder en provecho de los tecnócratas, especialistas de la coordinación, de la previsión y de la síntesis que los agentes económicos locales, por poderosos que sean en lo demás, no son capaces de llevar a cabo. Así, una pequeña capa de especialistas queda encargada de asumir sola la tarea de centralización y de síntesis indispensable para el funcionamiento del sistema en

conjunto, tarea para la cual los agentes económicos, quienesquiera que sean, no disponen generalmente de *tiempo*, ni de *competencia*, ni de las *informaciones* necesarias. Totalitario y dictatorial (en el sentido amplio), el aparato tecnocrático, sin embargo, sólo responde a una necesidad *debido a* un malthusianismo cultural que priva a los individuos (incluida la mayoría de la propia burguesía) de las capacidades necesarias para el ejercicio de la autogestión, de la democracia a todos los niveles.¹⁰⁶ La decadencia de la democracia política, que la tecnocracia gusta de atribuir a la “esclerosis” de los partidos y al retraso de las ideologías políticas con respecto a las realidades económicas, de hecho tiene razones más profundas: se debe a la incapacidad —debida a su vez *al retraso cultural y educativo*— de los individuos, agrupados o no (de los patrones, de las *élites* políticas, de la burguesía como clase, de los trabajadores organizados), para asegurar por ellos mismos la administración de la producción social y de la sociedad, a cualquier nivel que sea (local, regional, nacional; al nivel de las ramas, de los sectores, de la ciudades).

El poder tecnocrático surgió así mucho menos como una nueva forma de la dominación directa del capital monopolista que como una forma contradictoria y *mediada* de ese poder. Aunque sus miembros sean la mayoría de las veces de origen burgués, la tecnocracia no es, de manera general, el agente de los monopolios y no ejerce necesariamente el poder por cuenta de éstos. Es más bien la mediadora entre *los* intereses particulares y contradictorios de los capitalistas por un lado, el interés general del capitalismo por el otro, y finalmente el interés general de la sociedad.

El poder de la tecnocracia no se puede identificar sencillamente con el poder directo, totalitario, del capital monopolista, aunque sea un poder totalitario y aunque ese poder se ejerza, *de hecho*, en beneficio del capital monopolista. Mucho más que los depositarios o los representantes del poder de la burguesía como *clase*, los tecnócratas son una “casta”: como únicos especializados en las tareas de coordinación y de síntesis, no pueden cumplir esas tareas sin tener —y sin reivindicar, debido a su trabajo, como una exigencia inherente a éste— una autonomía con respecto a todos los intereses, incluidos los intereses *diversos* de los grupos capitalistas.

Por su misma función, la tecnocracia tiende entonces a situarse “por encima de las

¹⁰⁶ La necesidad de la dictadura (o centralización del poder real) tecnocrática, en mi opinión no se desprende de la necesidad de una coordinación y de un encuadre central de los centros de decisión. El sistema de autogestión yugoslavo, que como era de esperar se encontró ante el problema de la coordinación y de la integración de las administraciones descentralizadas, ha intentado darle una solución que no fortalezca al poder central: la Constitución yugoslava de 1963 confía las tareas de coordinación a Cámaras federales especializadas, integradas por *los representantes de los organismos de autogestión* de los diversos sectores (industrias, cultura y educación, Salud, Administraciones), mientras los tecnócratas del Plan central son controlados al mismo tiempo por estas Cámaras especializadas, por la Asamblea Federal y por un Senado, y se refuerza el derecho a la autogestión de todas las empresas (incluyendo escuelas, hospitales, administraciones, etc.).

clases”, a negar la necesidad de su lucha, a proponerse como mediadora y como árbitro y, al hacerlo a entrar en contradicción con ellas. La famosa “despolitización” de las masas que pretende *comprobar*, no es un hecho que ella observa: al contrario, es el objetivo que *persigue*, el resultado que *trata de obtener* —y que obtiene en medida limitadísima. La “despolitización” es la ideología de la tecnocracia misma. La supuesta “neutralidad” del Estado es la ideología de justificación del *poder* y de la dominación que la tecnocracia se ve llevada a reivindicar para sí misma, por la lógica de su situación.

El conflicto de la tecnocracia con las clases trabajadoras así como con la burguesía, sin embargo, es profundamente ambiguo: esta casta se niega de entrada a determinarse en el terreno político. *Objetivamente* progresista (o “de izquierda”) en sus roces con los grupos monopolistas, es *subjetivamente* conservadora (“de derecha”) en sus conflictos con la clase obrera. Al pretender eliminar de antemano la cuestión del *poder*, que ella considera que sólo pueden detentar administradores profesionales, busca tranquilizar su conciencia en las críticas contradictorias que se le hacen: frente a los grupos monopolistas, interioriza el conservadorismo que se le reprocha desde la izquierda, mostrando que las medidas de racionalización que preconiza consolidan y protegen al sistema capitalista. Frente al movimiento obrero, se adorna con sus conflictos con los grupos monopolistas para invocar su papel objetivamente progresista.

Este doble juego evidentemente es una mistificación: pretender mantener la balanza equilibrada entre una burguesía que *está en el poder* y la clase obrera que *no lo está*, necesariamente es hacer el juego a la primera. La tecnocracia es conservadora *ideológicamente* (subjetivamente) en la misma medida en que su progresismo *objetivo* le sirve de *coartada* en su trabajo de consolidación del sistema existente, en su esfuerzo para arbitrar sus conflictos y para reabsorber en él a las fuerzas anticapitalistas.

Este conservadorismo lo tiene en común con todos los técnicos, en la medida en que éstos son empíricos. Administrador de un aparato del cual sólo le interesan el buen funcionamiento y la eficiencia, el técnico se preocupa del útil mucho más que del objetivo al cual sirve. Se ubica de entrada en el interior de una racionalidad constituida, de fines predeterminados, que su trabajo (y su formación) no lo conduce a poner en cuestión. Para él sólo es verdadero lo que funciona, para él no valen más que las proposiciones inmediatamente aplicables. El resto es utopía.

Sin embargo, esta actitud es esencialmente frágil. El papel de árbitro y de administrador neutral, por encima de las clases y de los partidos, dedicado a una racionalidad que los trasciende, ese papel que el tecnócrata se atribuye sólo se puede mantener con tres condiciones:

1] Que no exista alternativa al tipo de racionalidad de la sociedad existente, o que

esta alternativa no se plantee jamás en forma suficientemente explícita como para aparecer como una exigencia ya en acción, para develar al sistema presente como un conjunto *de opciones* que anticipan soluciones, finalidades, un modelo de vida, en detrimento de otras opciones, de otras finalidades, de otro modelo cuya razón superior haga estallar la irracionalidad de la racionalidad presente.

2] Que la incompetencia de las fuerzas anticapitalistas sea evidente, que salte a la vista su incapacidad para administrar la economía y el Estado sin conducir a la catástrofe. Sólo esa incompetencia, esa incapacidad clamorosa y *la ausencia de una alternativa anticapitalista* suficientemente elaborada y coherente, pueden justificar y confirmar a la tecnocracia en su “vocación” de servir al capitalismo.

3] Que el movimiento obrero, por otra parte, sea sin embargo lo suficientemente poderoso como para equilibrar las presiones que el capital monopolista ejerce sobre el Estado, es decir sobre la tecnocracia misma. Sólo un movimiento obrero fuerte puede preservar a ésta de convertirse en la sirvienta del capital monopolista, la administradora de un encuadramiento reglamentado de la sociedad, la cómplice de las represiones y de las devastaciones culturales de un capitalismo sin contrapeso.¹⁰⁷

En la medida en que la incompetencia del movimiento obrero y la ausencia de una perspectiva anticapitalista coherente son reales, la tecnocracia desplegará entonces sus esfuerzos para atraer a su campo y para integrar a las instituciones del Estado capitalista a todas las organizaciones obreras que pueden prestarse a ese juego, sin destruir, no obstante, al movimiento obrero como contrapeso “leal” (o “poder compensador”) al poder del capital monopolista¹⁰⁸

Si, en cambio, el movimiento obrero no se repliega sobre sí mismo a la defensiva, sino que se dedica a la elaboración de una alternativa anticapitalista, con objetivos estratégicos escalonados y económicamente coherentes, destruirá la ideología de justificación de la tecnocracia, la obligará a elegir entre los monopolios y el movimiento obrero y separará una parte no despreciable de los miembros de esta “casta”. Y esto no sólo porque el movimiento socialista ya no podrá aparecérselos como un simple movimiento de protesta, capaz de destruir el aparato de producción pero no de administrarlo para otros fines; sino también porque una minoría de tecnócratas se ponen al servicio del capital monopolista no por vocación, sino porque no encuentran otra salida para su competencia, creen poder practicar una política de “mal menor” y no ven ningún camino efectivo hacia el socialismo.

¹⁰⁷ Bruno Trentin, « Les doctrines néo-capitalistes et l'idéologie des forces dominantes », en *Les Temps Modernes*, septiembre de 1962

¹⁰⁸ Las tentativas para integrar completamente al sindicalismo, de arriba abajo (es decir hasta el nivel de la empresa), y para hacerlo participar (y colaborar) en *posición subalterna* en la administración capitalista, no por ello se abandonan. Cf. F. Bloch-Lainé, *Pour une réforme de l'entreprise*. Seuil, 1963.

Con ellos sucede lo mismo que con ese vasto sector de las capas populares y medias que son afectivamente “socializantes” pero prácticamente escépticas. Estas se determinarán solamente en función de los *objetivos intermedios*, es decir de las *mediaciones* que les harán percibir el socialismo no como un más allá de la sociedad presente, separado de ella por una muralla infranqueable, sino como el horizonte real de exigencias *internas* de esta sociedad como un horizonte hacia el cual el escalonamiento de objetivos intermedios *realizables*¹⁰⁹ indica una vía transitable. La sola posibilidad de esta vía obligará a esa masa difusa de “socializantes” a una opción que se le ha evitado con demasiada frecuencia en el pasado reciente.

Por otra parte, el aporte de tecnócratas es indispensable al movimiento obrero para la determinación (pero no la definición) de ciertos objetivos estratégicos, de una alternativa antimonopolista económicamente coherente.¹¹⁰ Lo cierto es que el movimiento obrero, para conquistar el poder y administrar el Estado, necesita administradores especializados. Pero esta necesidad de ninguna manera debe significar que el Estado socialista pueda o deba conservar el carácter dictatorial y totalitario del Estado capitalista, ni que también el socialismo pueda reservar a la tecnocracia *el monopolio de la administración, de la síntesis y de la organización de las relaciones sociales*.

4. La crisis de los valores capitalistas

La formación de la tecnocracia como herramienta y como ejecutora del poder totalitario y represivo del Estado proviene, en todas las sociedades industrialmente avanzadas —sean capitalistas o socialistas— de la imposibilidad para los trabajadores

¹⁰⁹ Prefiero la noción de objetivo, intermedio a la de “programa de transición”. Ésta, en efecto mantiene al socialismo en el más allá hipotético; aquélla, en cambio, lo anuncia y lo contiene como su sentido explícito, y se da como una conquista *permanente* de la lucha socialista. Cf. Lucio Magri, *loc. cit.*, p. 622. No se trata de un objetivo intermedio *entre* capitalismo y socialismo, sino de un objetivo *mediador*, que denota la posibilidad y la exigencia de transformar aquél en éste.

¹¹⁰ Ver Jean Dru, en *UExpress*, 30 de enero de 1964.

La definición de los objetivos sólo la puede hacer el propio movimiento popular; pues esos objetivos deben plantear explícitamente *necesidades* sociales, cuya satisfacción exige las reformas de estructura, es decir una modificación de la relación de fuerzas. Una vez definidos esos objetivos, es indispensable la colaboración de técnicos para determinar las condiciones de su coherencia económica, las cadencias de realización posibles, y entonces, en medida restringida, las prioridades. Pues cualquiera sea la amplitud de las reformas de estructura, no se puede hacer todo a la vez, subsisten cuestiones previas.

Reclamar *al mismo tiempo* (como ha ocurrido con el Partido Comunista Francés) la defensa de los pequeños campesinos y de los pequeños comerciantes; el aumento de las inversiones sociales y culturales; el aumento de los salarios y del consumo privado; la reducción de la jornada de trabajo y la estabilidad de los precios, conduce a un “programa” cuya incoherencia salta a la vista, cualquier sea el sistema económico.

asociados de administrar por sí mismos su producción y sus intercambios. Pero esta imposibilidad *no es inherente a la complejidad de la producción y de los intercambios sociales*. Como lo hemos subrayado, se trata de una imposibilidad provocada; de una imposibilidad en ciertos aspectos provocada *deliberadamente*, por el subdesarrollo cultural; por la mutilación de los individuos en su trabajo e incluso ya en su formación profesional; por la superexplotación de la fuerza de trabajo, es decir por la privación de tiempo libre y de equipos culturales; finalmente, por la ausencia o la liquidación deliberada de las instituciones y de los órganos de administración democrática.

Hasta ahora se ha justificado esta enorme represión en nombre de la eficiencia, de la necesidad de una división del trabajo cada vez más acentuada, con el fin de llegar a una productividad y una producción de riquezas que crecen rápidamente. Pero con el advenimiento de la automatización, esta tendencia racionalizante y especializante llega ya a un límite: se la deberá invertir si la civilización industrial avanzada va a ser otra cosa que un sistema bárbaro de despilfarro y de embrutecimiento. Al nivel de la producción misma, choca con una evolución tecnológica que tiende a revalorizar al trabajador polivalente y a la praxis autónoma. El desplazamiento de los peones y de los obreros especializados, arrinconados en su puesto solitario, por equipos calificados que reglamentan por sí mismos su cooperación, consciente de su poder técnico y de su independencia, pone en crisis a la jerarquía en el interior *y en el exterior* de las empresas.

La exigencia de autogestión que nace de la praxis productiva no puede detenerse en la puerta de las fábricas, de los laboratorios y de las oficinas de estudios. Hombres a quienes no se puede mandar en su trabajo no podrán ser mandados indefinidamente en su vida de ciudadanos ni sometidos a las decisiones rígidas de administraciones centrales.

La transición actual de la mecanización a la automatización pone en crisis a la organización del trabajo y las técnicas de dominación basadas en ella. La noción de rendimiento individual y aun de tiempo de trabajo tiende a volverse caduca, la frontera entre actividad productiva y descanso se atenúa; trabajo manual e intelectual tienden a marchar juntos y a hacer renacer un humanismo del trabajo que el taylorismo había borrado. Pero este mismo humanismo del trabajo es sólo una forma transitoria: la automatización tenderá a borrarlo a su vez, como lo ha borrado entre los técnicos de Marcoule, haciendo entrar en crisis el conjunto de los “valores”, de la ideología capitalista. Ya ésta niega los “valores” de eficiencia y de rendimiento máximo con los “valores” de consumo opulento y de comodidad. “Su pomposa racionalidad (de esta sociedad capitalista), que propaga la eficacia y el crecimiento, es en sí misma irracional... exige la abrumadora necesidad de producir y consumir el derroche; la necesidad de un trabajo entorpecedor cuando ha dejado de ser una verdadera necesidad; la nece-

sidad de modos de descansar que alivian y prolongan esta estupefacción ... se está acercando a la etapa en que el progreso continuo exigirá una subversión radical de la organización y dirección predominante del progreso.”¹¹¹

Pues es propio de la civilización capitalista que la eficiencia, la producción, el rendimiento fueran sus “valores” supremos; esos “valores” se revelan ahora en su verdad: como una religión de los *medios*. Ellos podían encontrar su justificación en el ambiente de escasez aguda al hacer posible una acumulación intensa de medios para vencerla. En el ambiente de la escasez en vías de desaparición, se convierten en una religión del despilfarro y de la opulencia ficticia. Pero ambos sistemas de valores —el que exige que uno se embrutezca trabajando y el que exige que uno consuma lo superfino— no pueden coexistir durante mucho tiempo. Sólo podrían hacerlo si el embrutecimiento en el trabajo fuera suficiente como para volver a los trabajadores incapaces de descansos y de consumos que no fueran embrutecedores y pasivos. Éste ya no es el caso.

Cuando el individuo se descubre como praxis -sujeto en su trabajo, ya no es posible hacerle consumir y destruir lo superfino a costa de lo esencial: el gozo de sí mismo. La creación de riquezas consumibles no necesita ya pagarse a ese precio en el ambiente de la escasez en vías de desaparición. Tiende á volverse clamorosa la disparidad entre los bienes que el capitalismo “opulento” ofrece a los individuos y las posibilidades que en cambio les niega al buscar una eficiencia todavía mayor, mediante la división de las tareas y la centralización de los poderes. “Así, la libertad económica significaría la liberación *de* la economía: de estar controlados por fuerzas y relaciones económicas, de estar a merced de la diaria lucha por la existencia, de ganarse la vida. La libertad política significaría la liberación *de* una política sobre la que no ejercen ningún control efectivo. Del mismo modo, la libertad intelectual significaría la restauración del pensamiento individual absorbido ahora por la comunicación e indoctrinación de masas, la abolición de la ‘opinión pública’ junto con sus creadores. El timbre irreal de estas proposiciones indica, no su carácter utópico, sino el vigor de las fuerzas que impiden su realización.”¹¹²

Denota también la potencia y la naturaleza de los medios que hay que poner en movimiento para romper esa oposición. El único humanismo que podrá suceder al humanismo del trabajo es el humanismo de la actividad libre y de la autogestión a todos los niveles. Supone que los individuos, en lugar de tomarse y de ser tomados por medios de la sociedad y de la producción, sean tomados y se tomen por fin. Que ya no sea el tiempo de trabajo, sino el tiempo libre lo que se convierta en el patrón de

¹¹¹ Herbert Marcuse, op. cit., pp. 15, 29, 38.

¹¹² *Ibid.*, p. 26.

medida de la riqueza.¹¹³ No es utópico ni prematuro entablar el combate dentro de esta perspectiva. La automatización será una realidad en las sociedades industriales avanzadas antes del final del siglo. Será necesario por lo menos una generación para deshabituarse a los individuos a la idea de que son las herramientas de sus herramientas; para habituarlos a una libertad que estará a su alcance, y sobre la cual los sociólogos se limitan a demostrar que “provoca temor”, sin demostrar al mismo tiempo que este temor se debe al vacío con que ha llenado a hombres mutilados la dictadura

¹¹³ Cf. Marx, *Grundrisse*, pp. 593-4, 596.

“En la medida en que la gran industria se desarrolla, la creación de riqueza depende menos del tiempo y de la cantidad de trabajo puesto en acción, que de la potencia de los instrumentos... cuya propia *powerful effectiveness* no tiene relación con el tiempo de trabajo directo que han costado. Ella depende más bien del nivel alcanzado por la ciencia y de los progresos de la tecnología, o de la aplicación de la ciencia a la producción. .. La riqueza real se manifiesta más bien en la enorme desproporción entre el tiempo pasado en el trabajo y su producto, así como en la desproporción cualitativa entre el trabajo, reducido a una abstracción pura, y la potencia del proceso de producción que él vigila. En lugar de que el trabajo aparezca totalmente incluido en el proceso de producción, es más bien el hombre, ahora, quien se comporta como vigilante y regulador del proceso de producción mismo. (*Lo que vale para el conjunto de aparatos mecánicos vale también para la combinación de las actividades humanas y el desarrollo de las relaciones entre los hombres.*) Ya no es el trabajador quien intercala entre él mismo y la cosa un objeto natural modificado (es decir una herramienta) como eslabón intermedio; es más bien el proceso natural, transformado en proceso industrial, lo que intercala como medio entre él mismo y la naturaleza inorgánica sobre la cual establece su dominio. Es asistente del proceso de producción, en lugar de ser su agente principal. Desde entonces, lo que aparece como el pilar central de la producción y de la riqueza no es el trabajo inmediato que cumple el hombre mismo ni la duración de su trabajo, sino *la apropiación de su propia fuerza productiva* en general, su comprensión de la naturaleza y su dominación sobre ella mientras actúa como miembro de la sociedad— es, en una palabra, *el desarrollo del individuo social*...

“A partir del momento en que el trabajo bajo su forma inmediata ha dejado de ser la gran fuente de la riqueza, el tiempo de trabajo cesa y debe cesar de ser la medida de la riqueza, y el valor de cambio la medida del valor de uso. El trabajo excedente de la masa ha cesado de ser la condición para el desarrollo de la riqueza general, así como el no-trabajo de algunos ha cesado de ser la condición para el desarrollo de la potencia intelectual... El libre desarrollo de las individualidades y no la reducción del tiempo de trabajo necesario para producir trabajo excedente;

la reducción a un mínimo del trabajo necesario de la sociedad (se convierte en el fin de la producción), a lo cual corresponde entonces el desarrollo artístico, científico etc., de los individuos, gracias a los ocios y los medios creados por ellos.

“Pero el capital tiene repugnancia a reducir el tiempo de trabajo a un mínimo, pues plantea al tiempo de trabajo como la única medida y fuente de la riqueza. *Reduce entonces el tiempo de trabajo bajo su forma necesaria para aumentarlo bajo su forma superfin; plantea entonces lo superfino, en medida creciente, como condición de lo necesario.* Por un lado, entonces, suscita todas las potencias de la ciencia y de la naturaleza, así como de la combinación y de las relaciones sociales, para volver a la creación de riquezas (relativamente) independiente del tiempo de trabajo que en ella se consume. Por otro lado, quiere medir según el tiempo de trabajo las gigantescas fuerzas sociales que ha creado así, y encerrarlas de ese modo dentro’ de los límites requeridos para mantener como valor el valor ya creado. Las fuerzas productivas y las relaciones sociales —que son dos caras diferentes del desarrollo del individuo social— no aparecen al capital más que como medios, y para él no son más que medios para producir a partir de su base limitada. En realidad, sin embargo, ellas son las condiciones materiales que permiten hacer saltar en pedazos esa base... Pues entonces ya no es la duración del trabajo, sino el tiempo libre, la medida de la riqueza”

de la eficiencia y de la ganancia.

“La causa última de la degradación de los ocios se encuentra en la degradación del *trabajo* y de la *sociedad*”¹¹⁴; en la subordinación del Estado al interés del capital; en la destrucción de los órganos y de las instituciones de la democracia, puestos en cortocircuito para las opciones de fondo por las potencias económicas, que se han sustraído al control de las asambleas elegidas. A medida que los técnicos que actualmente se mueren de aburrimiento en Marcoule, en Lacq y en otras partes, administrados con una eficiencia muy burocrática y lejana por funcionarios tan aburridos como ellos, a medida que esos técnicos se conviertan en una realidad predominante, el camino de la liberación pasará inevitablemente por la conquista del derecho para los individuos de “administrarse” ellos mismos, en su trabajo, su empresa, su municipio, sus ocios, su habitat, sus servicios culturales y sociales.

Pero ese día sería ya demasiado tarde, si esta conquista no se la prepara a partir de ahora. La desespecialización, la generalización y la autogestión de la educación superior; la descomercialización de la información y de la cultura, la descentralización y la multiplicación de los centros de decisión democráticos; la ampliación de las autonomías locales, provinciales, regionales; la multiplicación de los centros y de los equipos culturales autogestionados, son reivindicaciones fundamentales desde el momento actual.

5. La batalla cultural

“Es claro —escribe Herbert Marcuse—¹¹⁵ que al trabajo debe preceder la reducción del trabajo, y que la industrialización debe preceder al desarrollo de las necesidades y satisfacciones humanas. Pero así como toda libertad depende de la conquista de la necesidad extraña, así también la realización de la libertad depende de las técnicas de esta conquista.” Los medios determinan el fin, y cuando el fin es el “desarrollo omnilateral del individuo”, no se lo puede perseguir de cualquier modo.

La dictadura de hecho del capitalismo organizado ya no se la puede combatir, en los países industrialmente avanzados, en nombre de una dictadura opuesta o diferente solamente por los detalles y por su decoración. No se la puede combatir en el terreno económico y político solamente. Tanto como sobre la producción y la distribución de las riquezas, la dictadura del capital se ejerce sobre la *manera* de producirlas, sobre el *modelo* de consumo y sobre la *manera* de consumir, sobre la manera de trabajar, de pensar, de vivir. Tanto como sobre los obreros, las fábricas y el Estado, se ejerce so-

bre la visión del porvenir de la sociedad, sobre su ideología, sus prioridades y sus fines, sobre el aprendizaje que los individuos hacen de ellos mismos, de sus posibilidades, de sus relaciones con otro y con el resto del mundo. Es económica, política, cultural, psicológica al mismo tiempo, es total.

Por eso conviene combatirla totalmente, en todos esos niveles, en nombre de una alternativa global. Un combate que no se ubicara de entrada en el terreno *principal*, sería vano; tan vano como un combate que se llevara en nombre de una alternativa global, sin saber materializarla en mediaciones, sin saber unirla a luchas, a necesidades inmediatas.

La batalla cultural por una concepción del hombre, de la vida, de la educación, del trabajo, de la civilización, es la condición de éxito de todas las otras batallas por el socialismo, pues da el fundamento para su significación. Pero esta batalla, para llevarla adelante, supone que el movimiento obrero abandone toda pretensión obrerista y todo esquematismo, que restablezca la investigación y la creación teórica en su autonomía y en sus derechos, que deje desarrollarse libremente todos los debates, que no subordine la teoría a oportunidades tácticas efímeras. Nunca ha habido una necesidad tan grande de teóricos, nunca, en Francia, ha habido tanta pobreza en ese terreno, lo cual lleva a abandonar inmensos campos de investigación potencialmente creadora a sociólogos empíricos, y a abandonar por lo mismo al neocapitalismo la tarea de forjar una ideología de consuelo y de justificación para las capas constantemente crecientes de trabajadores no manuales.

Si el marxismo —como humanismo de la praxis y del libre desarrollo humano— quisiera jugar a perder, no obraría de otra manera. En realidad, tiene todo por ganar si aprende todos los problemas y si se enriquece con las corrientes de investigaciones desarrolladas fuera de él, en la medida en que ellas contengan aportes.

“La contradicción que se profundiza entre el desarrollo monopolista y las más profundas exigencias humanas, ideológicas y profesionales de las capas sociales intermedias, sólo puede madurar a través de la mediación de las *élites*, de la vanguardia capaz de interpretar las exigencias más profundas, los intereses más permanentes de esos grupos sociales... Los contenidos que el proletariado puede expresar en su inmediatez no son suficientes para constituir realmente una crítica positiva del sistema capitalista... El poder no será conquistado por el proletariado sin la alianza duradera de fuerzas sociales y políticas que sólo pueden adherir a una solución revolucionaria en tanto ésta se les ofrece como un conjunto positivo bien definido. El ideal de la sociedad comunista, sus instituciones, sus valores, no pueden seguir siendo entonces (si es que pudieron serlo alguna vez) una vaga promesa para el futuro, sino que deben convertirse —aun en forma de aproximaciones sucesivas— en un elemento decisivo

¹¹⁴ Ernest Mandel, *Tratado de economía marxista*, t. n. Era, México, 1969, p. 269.

¹¹⁵ Op. Cif., p. 40.

y previo de la lucha por el poder.”¹¹⁶

El movimiento obrero occidental no puede esperar que el modelo positivo de la sociedad que ha de construirse se le provea desde el exterior. Es cierto, se puede especular que la automatización pondrá en crisis a todas las sociedades capitalistas; destruirá los criterios cuantitativos y de eficiencia sobre los cuales se fundan; hará evidente que la utilización racional de las máquinas (del capital fijo) según las exigencias de rentabilidad máxima, sólo puede obtenerse a costa de una utilización irracional de los hombres, de su tiempo, de sus facultades, en detrimento de sus exigencias humanas. Se puede especular incluso que las sociedades socialistas avanzadas impondrán la automatización a las sociedades capitalistas, pues para aquéllas no existe —todo lo contrario— ningún obstáculo económico e ideológico para su aplicación (sino, actualmente, un obstáculo burocrático).

Pero este tipo de especulación sencillamente postergaría el problema por una o dos generaciones, dejando subsistente el riesgo de que el capitalismo, para mantener sus criterios de racionalidad, se defiende contra las consecuencias sociales y políticas de la automatización mediante la organización del despilfarro y de la destrucción en escala planetaria. No es posible esperar que las sociedades socialistas, que emergen apenas de decenios de acumulación forzada, nos provean un modelo ya completo. Apenas han avanzado en la investigación teórica sobre las finalidades y el modelo de vida. Todas las investigaciones realizadas sobre esta materia en el movimiento socialista “occidental” serán un aporte positivo para ellas.

SEGUNDA PARTE

REFORMA Y REVOLUCIÓN¹¹⁷

1. Por una estrategia socialista de reformas

La clase obrera no hará su unidad política y no se lanzará a las barricadas para obtener un 10% de aumento en los salarios o 50000 viviendas sociales más. En el futuro previsible, no habrá una crisis tan dramática del capitalismo europeo como para que la masa de los trabajadores, para defender sus intereses vitales, se lance a la huelga general revolucionaria o a la insurrección armada.

Pero la burguesía jamás cederá el poder sin combatir y sin ser obligada a ello por la acción revolucionaria de las masas.

El problema primordial de una estrategia socialista es, desde ahora, *crear las condiciones* objetivas y subjetivas a partir de las cuales se tome posible la acción revolucionaria de masas, a partir de las cuales se pueda entablar y ganar la prueba de fuerza con la burguesía.

Ustedes pueden no estar de acuerdo con los términos en que acabo de enunciar el problema; pueden considerar que el socialismo no es necesario para la liberación y el desarrollo de los hombres. Pero sí, como la mayoría de quienes trabajan con sus manos o con su cabeza, ustedes consideran o sienten confusamente que el capitalismo no es hoy más aceptable que ayer, como tipo de desarrollo económico y social; como modo de vida; como sistema de relaciones de los hombres entre sí, con su trabajo, con la naturaleza, con los pueblos del resto del mundo; y también por el uso que hace —o que no hace— de los recursos de la técnica y de la ciencia, de las capacidades creadoras, reales o potenciales, de cada individuo; y si a partir de ese sentimiento o de esa consideración, ustedes se adhieren al socialismo, el problema de su advenimiento se plantea en aquellos términos.

Este advenimiento no resultará de un acomodamiento progresivo del sistema capitalista, tendiente a racionalizar su funcionamiento y a institucionalizar los antagonismos de clase; ni de sus crisis y de sus desequilibrios, cuyas causas y cuyos efectos el capitalismo no puede eliminar, pero sabe ya cómo impedir que revistan una agudeza explosiva; ni de un levantamiento espontáneo de los descontentos; ni de la aniquilación, a fuerza de anatemas y de citas, de los socialtraidores y de los revisionistas. Re-

¹¹⁶ Lucio Magri, *loc. cit.*, pp. 616, 619.

¹¹⁷ Síntesis de una serie de conferencias dictadas en Suecia, abril de 1966.

sultará solamente de una acción *consciente y a largo plazo*, cuyo *comienzo* puede ser la aplicación gradual de un escalonamiento coherente de reformas, pero cuyo desenvolvimiento no puede ser sino una sucesión de pruebas xle fuerza, más o menos violentas, a veces ganadas, a veces perdidas; y cuyo conjunto contribuirá a formar y a organizar la voluntad y la conciencia socialistas de las clases trabajadoras. Así avanzará la lucha a condición de que cada batalla fortalezca, en el seno del sistema capitalista, las posiciones de poder, las armas y *las razones* que tienen los trabajadores para rechazar las ofensivas de las fuerzas conservadoras y para impedir que el capitalismo tape las brechas abiertas en su poder y en su funcionamiento.

No hay ni puede haber un “paso gradual” e insensible del capitalismo al socialismo. El poder económico y político de la burguesía no será destruido por un proceso lento de erosión, ni por una sucesión de reformas parciales cada una de las cuales, en apariencia, sería anodina y aceptable para el capitalismo, pero cuyo efecto acumulativo equivaldría al cercamiento discreto del adversario por un ejército secreto socialista, que avanza enmascarado, sin ruido, cubierto por las sombras, para encontrarse un buen día dueño del poder.

No; no puede tratarse de esto. Lo que puede ser progresivo y gradual en una estrategia socialista, es la fase preparatoria que engrana un proceso que conduce al borde de la crisis y de la prueba de fuerzas final.¹¹⁸ Y la elección de esta vía, impropriadamente llamada “vía pacífica al socialismo”, no resulta de una opción *a priori* por el “gradualismo”, ni de un rechazo *a priori* de la revolución violenta o de la insurrección armada; resulta de su imposibilidad de hecho en el contexto europeo. Resulta de la necesidad de crear las condiciones objetivas y subjetivas, de preparar las posiciones de fuerza, sociales y políticas, sobre cuya base se hará posible la conquista del poder político por la clase obrera.

Ustedes objetarán, tal vez, que no puede haber reformas de carácter socialista mientras el poder de hecho siga en manos de la burguesía, mientras está en pie el Estado capitalista. Eso es verdad. Una estrategia socialista de reformas progresivas no

¹¹⁸ Esta concepción, que es la de la mayoría de los teóricos marxistas europeos, la expone con nitidez particular Lelio Basso:

“El paso de la antecámara del socialismo al socialismo... es posible solamente a partir de cierto nivel de desarrollo de las fuerzas y de las relaciones sociales, cuando la conciencia del antagonismo fundamental ha penetrado en las masas y cuando la relación de fuerzas permite el cambio brusco de la situación.

“Preparar ese momento es precisamente la tarea actual del movimiento obrero... Se puede definir a esta estrategia como una vía pacífica al socialismo a condición de no prejuzgar la forma que revestirá la crisis final, que será pacífica o violenta según una serie de condiciones que es absolutamente imposible prever hoy.” (“Las perspectivas de la izquierda europea”, en *Tendeme del capitalismo europeo*. Editorial Riuniti, Roma, 1966, pp. 283-284. Traducción francesa en *Les Temps Modernes*, febrero de 1967.)

significa que se establecerán islotes de socialismo en un océano capitalista. Significa, no obstante, la conquista de poderes obreros y populares, la creación de centros de gestión social y de democracia directa (en las grandes empresas industriales y las cooperativas de producción, sobre todo); la conquista de posiciones de fuerza en las asambleas representativas; la colocación fuera del mercado de productos y servicios que responden a necesidades colectivas, con la consecuencia inevitable de la intensificación y la profundización del antagonismo entre la lógica de la producción social según las necesidades y aspiraciones de los hombres, y la lógica de la acumulación capitalista y del poder patronal.

Aun así, será preciso que este antagonismo no llegue nunca a institucionalizarse, como es la norma en los regímenes neocapitalistas y socialdemócratas, a través de la integración y la subordinación de las organizaciones de la clase obrera al Estado, a través de la concertación y el arbitraje obligatorio; sino que, gracias a la autonomía de esas organizaciones, sindicales y políticas, el antagonismo pueda manifestarse y desarrollarse libremente, poner en cuestión y en crisis la organización del poder, romper el equilibrio de las fuerzas sociales y de la economía capitalista, equilibrio que tiende a reconstituirse a un nivel superior después de cada instauración de reformas parciales. Volveremos sobre esto.

Una estrategia socialista de reformas graduales no se puede concebir entonces como la simple conquista electoral de una mayoría, ni como la promulgación de una serie de reformas por una coalición ocasional de socialdemócratas y de socialistas.¹¹⁹ La lucha electoral, aun si finalmente resulta victoriosa, nunca ha permitido forjar una voluntad colectiva y un poder político real de las clases trabajadoras. El sufragio, como escribían Marx y Engels,¹²⁰ da el derecho de gobernar, no el poder para hacerlo. Permite el recuento de una multiplicidad de votos individuales expresados en el secreto de las casetas electorales por hombres y mujeres a quienes la convergencia de sus aspiraciones no permite todavía organizarse y unirse en la perspectiva de una acción común.

Ésa es una de las mistificaciones de la democracia burguesa. Sus instituciones están concebidas de modo de perpetuar la separación de los individuos y su dispersión molecular, de negarles todo *poder colectivo* sobre la organización de la sociedad, para no dejar, a manera de poder popular, sino la posibilidad, cada cuatro o cinco años, de una *delegación permanente de poder* a representantes sin relación directa con las masas, a partidos que sólo son considerados como “copartícipes aceptables” con la

¹¹⁹ Llamo socialistas a todas las fuerzas que buscan efectivamente la realización del socialismo, y en consecuencia la abolición de las relaciones de producción y del Estado capitalistas, y no únicamente los partidos llamados socialistas y que frecuentemente no lo son

¹²⁰ En el prólogo de 1872 al *Manifiesto Comunista*.

condición de que representen ante los electores los intereses superiores del Estado capitalista, en lugar de ser a la inversa.

En síntesis, la victoria electoral no da el poder; la victoria electoral conseguida sobre la base de un programa de reformas, aun tímido, no da el poder de ejecutar esas reformas. Allí encuentra una de sus razones profundas la persistencia de mayorías conservadoras, salvo en periodo de conflictos y de crisis graves, así como la reelección regular de los gobernantes en el poder, cualquiera haya sido su política, por lo demás. Pues esta política refleja siempre, en su tendencia general si no en sus detalles, la relación de fuerzas existente en la coyuntura dada.

Una política diferente, por elocuentemente que la defienda la oposición, sólo vencerá y parecerá posible *si el poder de llevarla adelante ya se ha demostrado virtualmente*, si se ha modificado la relación de fuerzas sociales mediante acciones de masas directas que, organizadas y dirigidas por los partidos de la clase obrera, han hecho entrar en crisis la política del gobierno en el poder.¹²¹ En otras palabras, el poder para llevar a cabo una política de reformas no se conquista en el parlamento, sino mediante la capacidad previamente demostrada de movilizar a las clases trabajadoras contra la política en vigor; y esta misma capacidad movilizadora sólo puede ser duradera y fecunda si las fuerzas opositoras saben no solamente provocar la crisis de la política vigente, sino también resolverla; no solamente atacar esta política, sino también definir otra que corresponda a la nueva relación de fuerzas o más bien —dado que una relación de fuerzas nunca es algo estático— a la nueva dinámica de luchas que esa relación de fuerzas permitirá llevar adelante.

En ausencia de una modificación de la relación de fuerzas entre las clases; en ausencia de una ruptura del equilibrio económico y social del sistema, mediante la lucha reivindicativa de masas, la lógica electoral fatalmente tenderá a actuar en favor de aquellos dirigentes políticos para quienes el papel de la “izquierda” se reduce a aplicar “mejor que la derecha” *la misma política que ésta*; y para los cuales la competencia entre partidos se reduce, según la expresión de Basso,¹²² “a una competencia entre equipos de gobernantes eventuales, en la cual cada equipo presenta sus títulos para una administración más eficiente del Estado”. Si, por otro lado, se producen luchas de

¹²¹ Sólo en apariencia se ve desmentida esta afirmación por victorias electorales como la de los laboristas británicos en 1964 y, tal vez mañana, de los socialdemócratas alemanes. La victoria de Wilson, en realidad, se debió a la crisis interna del partido conservador, fruto de un largo desgaste, y a su incapacidad para hacer frente, sin la colaboración de los sindicatos británicos, a la degradación de las posiciones mundiales del capitalismo británico. La victoria de Wilson no fue la de una nueva política, sino la de la misma política, conducida con medios apenas diferentes, pero con la colaboración —sumamente reticente, en una segunda fase— de las *trade unions*, y que en conjunto llevó al mismo resultado. Lo mismo sucedería después de una victoria socialdemócrata en Alemania federal.

¹²² En *Revue internationale du socialisme*, no. 15.

masas que logran romper el equilibrio del sistema y precipitar su crisis, sin que estas luchas (como ha ocurrido en el pasado reciente en la mayoría de los países de Europa occidental) encuentren un sostén al nivel de los partidos en la definición de una política económica realmente nueva, capaz de resolver la crisis en beneficio político y material de las clases trabajadoras, entonces la situación no tardará en descomponerse y la clase obrera, no obstante su victoria en el terreno, no tardará en ser rechazada por la burguesía a sus posiciones iniciales. Ha habido precedentes célebres de esto en Francia (en 1937, 1947 y 1957), en Bélgica (en 1961), en Italia (en 1962-64) y en otras partes.

Ese mismo proceso de descomposición de una coyuntura favorable para la clase obrera amenaza reproducirse, en la etapa actual, cada vez que la coalición, llevada al poder en base a un programa de reformas, sea una alianza heterogénea de reformadores neocapitalistas y de socialistas. Abordamos aquí las condiciones propiamente políticas de una estrategia socialista de reformas.

Tal estrategia, repito, no puede tener como objetivo en la Europa de hoy la instauración inmediata del socialismo. Tampoco puede apuntar a la realización inmediata de reformas anticapitalistas incompatibles *de entrada* con la supervivencia del sistema, como por ejemplo la nacionalización de *todas* las empresas industriales importantes, o de todas las ramas de estructura monopolista u oligopolista. Tales reformas, inscritas en un programa a corto plazo, no constituirían una estrategia de *engrane de un proceso* revolucionario en cuyo curso los antagonismos de clase irían intensificándose hasta la prueba de fuerzas decisiva; constituirían de entrada la destrucción de las estructuras capitalistas y requerirían *ya* una madurez política de la clase obrera suficiente para la conquista revolucionaria inmediata del poder político. Si la revolución socialista no es posible inmediatamente, tampoco lo es la realización de reformas inmediatamente destructoras del capitalismo. Los que rechazan como reformista todo otro tipo de reformas fuera de éstas, rechazan en realidad la posibilidad misma de una *estrategia de la transición* y de un proceso de transición al socialismo.

De la imposibilidad de pasar de entrada a reformas destructoras del sistema —fuera de una coyuntura revolucionaria—, no hay que sacar la conclusión de que una estrategia socialista de reformas pueda o deba limitarse a reformas aisladas o parciales, llamadas “democráticas” porque carecen no sólo de un contenido sino hasta de una perspectiva socialista y de una dinámica revolucionaria. En la práctica, lo que distingue una estrategia socialista de reformas de un reformismo neocapitalista de tipo socialdemócrata no es tanto *cada una* de las reformas propuestas y *cada uno* de los objetivos programáticos, como: 1º.) la presencia o la ausencia de lazos orgánicos entre las diversas reformas; 2º.) el ritmo y las modalidades de su aplicación; 3º.) la voluntad o la falta de voluntad de aprovechar mediante nuevas acciones de ruptura la

alteración del equilibrio provocada por las primeras acciones reformadoras.¹²³

El hecho de que dirigentes socialdemócratas y fuerzas socialistas estén de acuerdo sobre la necesidad de *ciertas* reformas, no debe engañar entonces sobre la diferencia fundamental de sus perspectivas y de sus fines respectivos. Para que sea posible una estrategia socialista de reformas, no hay que encubrir esta diferencia fundamental, ni enviarla a segundo plano por acuerdos tácticos en la cumbre; al contrario, hay que colocarla en el centro del debate político. A falta de ello el movimiento socialista, al haber dado en apariencia, mediante acuerdos tácticos en la cumbre, una patente de “socialismo” totalmente inmerecida a los dirigentes socialdemócratas, prepararía la derrota, en medio de la confusión ideológica y política, de todo el movimiento obrero y particularmente de su vanguardia.

Estas observaciones se aplican muy especialmente a la actual coyuntura europea, en la cual la precariedad del equilibrio económico ya no permite financiar mediante la inflación realizaciones sociales e intervenciones públicas, como ocurría en otros períodos. Consecuencia de esta situación es que un programa de carácter “social” — referente a la elevación de los bajos salarios; el desarrollo de la construcción social y de las regiones retrasadas; la mejora de la enseñanza y de los servicios colectivos, etc.— deberá *o bien* atacar con un conjunto coherente de reformas la lógica y los centros de la acumulación capitalista, *o bien* emprender una precipitada retirada ante la reacción fulminante de las fuerzas capitalistas, amenazadas o lesionadas en sus intereses.

Entonces, en el supuesto de que una coalición de frente popular sea llevada al poder sobre la base de un acuerdo de *programa mínimo* común, que prevé algunas reformas parciales y excluye —conforme a los mismos términos del pacto de alianza— acciones reformadoras que rebasen los límites del programa, el destino de la coalición y de su gobierno quedará sellado virtualmente desde un principio.

En efecto, la esencia misma de un programa mínimo es que, a diferencia de un programa de transición o de una estrategia de reformas, prohíbe a las fuerzas socialistas, bajo pena de ruptura del pacto, aprovechar la dinámica del proceso desencadena-

¹²³ Ver a este respecto la polémica de Kautsky, apoyado entonces por Lenin, contra Bernstein, en *Reforma social y revolución*: “Los que rechazan por principio la revolución política como medio de transformación social, los que buscan limitar esta transformación a aquellas medidas que se pueden obtener de las clases dominantes, son *reformadores sociales* —por opuesto que sea su ideal al de la sociedad existente... Lo que distingue a un reformador social de un revolucionario no es el hecho de buscar reformas, sino el hecho de limitarse expresamente a ellas.”

Cf. Lelio Basso, op. cit., p. 264; “Lo que caracteriza al reformismo no es la lucha por reformas, que todo marxista debe proponerse sino [...] la separación del momento reformador y del momento revolucionario. La consecuencia de esta separación es que las reformas [...] pierden todo potencial anticapitalista y se convierten incluso en instrumentos del proceso de integración [de la clase obrera en el sistema].”

do por las medidas iniciales, e incluso contestar con una contraofensiva a la ofensiva de las fuerzas capitalistas.

La naturaleza de esta ofensiva ya es muy conocida, pues se ha desenvuelto siempre según el esquema francés de 1963. Contra las acciones que cuestionan sus prerrogativas y sus poderes, la burguesía reacciona mediante la fuga de capitales, la huelga de inversiones, los despidos parciales dirigidos ante todo contra los militantes sindicales; en una palabra, mediante el desencadenamiento de una crisis económica cuyos efectos recaen sobre la clase obrera. Esta crisis —que por otra parte no resulta sólo de una acción deliberada y concertada de la burguesía, sino también de la imposibilidad objetiva de hacer funcionar el capitalismo atentando al mismo tiempo contra sus resortes internos— permite luego a la burguesía negociar, a partir de una posición de fuerza, la revisión del programa gubernamental y la postergación de sus objetivos (es decir, prácticamente, su envío a las calendas griegas). La burguesía se muestra tanto más exigente cuanto que la negociación hace aparecer la división interna de la coalición entre partidarios de la intransigencia y partidarios del compromiso. A medida que pasan las semanas y que se agrava la crisis económica y monetaria, los primeros inevitablemente pierden terreno a favor de los segundos. Pues en ese momento ya se ha transformado la situación. El programa mínimo original ya se ha vuelto inaplicable. Su aplicación exigiría ahora medidas draconianas que no figuran en el programa mínimo común —por ejemplo, control de cambios, congelación de precios, fijación de cuotas de importación, nacionalización de los monopolios industriales o financieros— y que sólo se puede permitir un gobierno que actúa “en caliente”, en el momento en que el apoyo y la movilización populares están en su apogeo.

Ahora bien, las semanas pasadas en negociaciones estériles, la crisis económica, las disensiones en el seno de la coalición, provocan un reflujo de la combatividad obrera. Los partidarios de la intransigencia libran ya un combate de retaguardia. La confusión crece y las fuerzas capitalistas, conscientes de que el tiempo actúa a su favor, endurecen su posición. La historia de la coalición se convierte entonces en la de una larga batalla en retirada. Para volver a ganar la confianza del capital, multiplica las concesiones. Cuando finalmente la sucede un gobierno moderado, mejor ubicado para apaciguar a la burguesía y “sanear” la economía, la coalición de frente popular sólo tiene en su activo las medidas o reformas parciales aplicadas en las primeras semanas de su poder, y que serán desnaturalizadas, privadas de toda trascendencia real y hasta aprovechadas por el sistema capitalista.

La repetición de tal proceso —que se desarrolló en Francia después de 1936 y 1945; en Gran Bretaña después de 1950 y 1964; en Italia después de 1947 y 1963— sólo puede impedirse si la coalición es suficientemente homogénea y consciente de las pruebas que la esperan como para responder a la ofensiva de las fuerzas capitalistas con una reacción fulminante, en el país, de las masas trabajadoras, y con medidas

gubernamentales preparadas preventivamente desde antes de la victoria.¹²⁴

Ahora bien, una reacción eficaz del movimiento obrero supone que la acción reformativa no sea concebida como una acción estatal y centralizada, para la cual la coalición exigiría de las masas una delegación de poderes permanente y disciplinada; sino que la aplicación del programa económico desde un principio vaya acompañada por reformas democráticas que, en las fábricas, en las cooperativas, en las regiones, en los municipios, dejen desarrollarse centros de poder popular, iniciativas adaptadas a las circunstancias locales.

Por otra parte, las medidas preventivas contra la ofensiva de las fuerzas capitalistas suponen que la coalición no tenga ninguna ilusión, desde un principio, sobre la posibilidad de apaciguar a la burguesía y de llevarla a una colaboración leal con el Estado nuevo.¹²⁵ Ahora bien, esta ilusión está difundida entre los dirigentes socialdemócratas, aun en los casos en que son partidarios de un frente popular. Según ellos, convendría intentar primero una política basada en los controles indirectos y la disciplina patronal libremente aceptados. No se podría rechazar *a priori* este método de aproximación si sus partidarios fueran conscientes desde un comienzo de que *no puede constituir una política duradera*, sino que desembocará inevitablemente en un conflicto agudo *para el cual hay que estar preparado*. Dicho en otros términos, no se debe rechazar necesariamente una política de controles públicos indirectos de los mecanismos de acumulación y de la circulación del capital, a condición de no concebirla más que como una *transición* hacia la política de control directo que ella traerá inevi-

¹²⁴ Cf. Lucio Magri, "Valeur et limite des expériences frontistes" en *Les Temps Modernes*, janvier 1966: "Una programación económica que se propone orientar realmente el desarrollo ya no puede dejar de revestir un carácter global, apuntar a largo plazo, basarse en opciones rigurosas; no puede prescindir de un poder político y social y de un marco institucional que le permitan controlar la temible cadena de reacciones que está destinada a provocar. En esas condiciones, ¿cómo es posible todavía confiar en una unión en torno a un programa mínimo inmediato; en un movimiento de masas que defiende intereses lesionados antes que organizarlos y seleccionarlos; en una fórmula gubernamental que no tiene la cohesión, ni la fuerza, ni las ideas necesarias para un programa general de transformación de la sociedad?"

¹²⁵ La burguesía sólo aceptaría esta colaboración y retrocedería ante la prueba de fuerza si la victoria de la izquierda fuera aplastante, precedida y seguida por un ii resistible movimiento popular, y si el o los partidos en el poder, unidos como una roca, se encontraran en él claramente *para un larguísimo tiempo*. Ese fue el caso en Suecia a comienzos de la década de 1930 y, en un contexto social muy distinto, en China en 1950.

En el caso de China la burguesía colaboró con el poder revolucionario porque toda tentativa de resistencia habría sido una empresa desesperada.

En el caso de Suecia, que en esa época estaba sólo en los comienzos de su industrialización, es una burguesía de reciente formación la que llegó a una conciliación con la socialdemocracia, en la medida en que ésta no sólo respetaba los intereses y la lógica de la clase capitalista, sino que se basaba sobre ellos. Hasta tal punto que después de una treintena de años de poder socialdemócrata, las perspectivas socialistas todavía están ausentes de la acción gubernamental y que la vida democrática, en el partido y en los sindicatos, ha sido ahogada por la centralización burocrática.

tablemente como su consecuencia lógica, bajo pena de bloqueo del sistema y de retorsiones de las fuerzas económicas.

En efecto, creer que el Estado puede regimenter, orientar y reglamentar la actividad de las fuerzas económicas *en forma duradera* sin tocar el régimen de la propiedad privada, es hacer abstracción de los resortes políticos y psicológicos del capitalismo. Sin duda, *técnicamente* es cierto que una política selectiva en materia de impuestos, de precios y de créditos puede imprimir orientaciones cualitativas, geográficas y sociales a la producción, diferenciar el crecimiento de las ramas, de los servicios y de las regiones en función de criterios sociales y de una racionalidad económica global. Pero lo que es posible técnicamente¹²⁶ no es posible políticamente por demasiado tiempo.

La voluntad pública de reducir el costo del crecimiento; de eliminar los despilfarros (bajo la forma de gastos comerciales, de gastos de administración, de representación, de publicidad, etc., artificialmente inflados); de impedir el uso para fines privados de los recursos de las empresas; de impedir las inversiones en nuevas instalaciones y nuevos modelos que no contribuyen al progreso técnico, ni al mejoramiento de los productos, sino que se dirigen principalmente a justificar las tasas de amortización permitidas por el fisco, son todas cosas, en rigor técnicamente posibles mediante el endurecimiento de los controles, mediante el establecimiento de reglas estrictas de administración: por ejemplo, la limitación de los gastos de publicidad aceptados por el fisco; la fijación, rama por rama, o incluso (tratándose de monopolios) caso por caso, de la cuota de ganancia admisible, del uso que se debe hacer de la ganancia, de la orientación y de la naturaleza de las inversiones a efectuar, etc., bajo pena de duros castigos fiscales.

Pero la aplicación de tales directivas públicas¹²⁷ chocaría rápidamente con la lógi-

¹²⁶ Paso por alto la extremada dificultad que tiene el Estado para conocer el empleo real de las ganancias reales de las sociedades, salvo que disponga de un pesadísimo aparato de control.

¹²⁷ Propugnadas por uno de los informantes en el coloquio de Grenoble en mayo de 1966. El autor del informe cree erróneamente poder invocar el ejemplo sueco en favor de esto. El Estado sueco no impone ninguna regla de administración a los trusts, no conoce las cuotas de ganancia reales ni la naturaleza real de los programas de inversión, cubiertos por el secreto de empresa. Y esto porque tiene conciencia del hecho de que el capitalismo sólo es dinámico si no se le toca el estímulo de la ganancia. El Estado sueco, que no practica ninguna programación económica a plazo medio, se limita al control severo de los ingresos *individuales*. Los recursos presupuestarios que le dan los impuestos (teniendo en cuenta el hecho de que la seguridad social está incluida en el presupuesto) no superan la parte del producto nacional que representan en los otros países capitalistas desarrollados, y no le permiten afrontar el desarrollo de las necesidades colectivas. La crisis de la vivienda, los desequilibrios regionales, las disparidades entre salarios públicos y privados, la aguda escasez de equipos colectivos (las necesidades en cuanto a escuelas maternas, especialmente, sólo se cubren en proporción de un 10%) son comparables a los del resto de Europa capitalista, así como las desigualdades culturales y la impermeabilidad de la "élite dirigente" para los recién venidos.

ca de la actividad capitalista y destruiría su resorte. En efecto, equivaldría a la destrucción de la soberanía patronal, a la socialización de hecho de la actividad de los empresarios, a la dirección pública indirecta de las firmas. Comportaría como sanción la confiscación (o la fortísima sobreimposición fiscal) de las ganancias superiores a la norma. Entonces quitaría a las empresas privadas toda razón para buscar racionalizaciones o innovaciones que inflaran sus ganancias más allá de la tasa considerada normal, destruyendo así uno de los resortes principales del progreso técnico. En síntesis, al convertir en funcionarios a la clase patronal, al cubrirla con una pesada burocracia, al atacar el motivo de la ganancia, el Estado atacaría el resorte mismo del sistema capitalista y provocaría su parálisis o su esclerosis.

No tiene sentido, entonces, atacar los mecanismos y los resortes del sistema capitalista, *a, menos que se lo pretenda abolir, no conservar*. Lanzarse contra las consecuencias de la lógica del sistema, es necesariamente lanzarse contra esta lógica misma y ponerla en crisis. Si esta crisis no debe volverse contra el poder que la ha provocado, entonces deberá resolverse por la transferencia de los centros de acumulación a la gestión pública. A falta de medidas de socialización más avanzadas, ubicadas en la multitud de reformas iniciales y tendientes a suprimir los obstáculos que la propia aplicación del programa ha originado, la coalición reformadora será víctima de la guerra de desgaste y del proceso de descomposiciones que hemos descrito antes.

Entonces, si bien en la perspectiva de una estrategia socialista no hay que descartar reformas intermedias (en el sentido de que no van *de entrada* hasta el final de su lógica anticapitalista), esto es con la condición fundamental de concebirlas como medios, no como fines, como las fases dinámicas de un proceso de luchas, no como niveles estables. Su función es educar y unir las fuerzas sociales real o virtualmente anticapitalistas mediante la lucha por objetivos sociales y económicos irrefutables — y sobre todo, por una orientación nueva del desarrollo económico y social— adoptando al principio el método de las reformas democráticas y pacíficas. Pero hay que adoptar este método *no porque es viable o intrínsecamente preferible, sino al contrario porque las resistencias, los límites, las imposibilidades con las que chocará inevitablemente después de un tiempo, son las únicas que pueden demostrar la necesidad de transformaciones socialistas a fuerzas sociales que aún no están preparadas para éstas.*¹²⁸

¹²⁸ Cf. Bruno Trentin, *op. cit.*, pp. 203-204: "... La aplicación de las primeras medidas de transformación de las estructuras exige rápidamente (si quiere evitar su neutralización) nuevas reformas y nuevas transformaciones en la organización democrática del poder... Una planificación democrática del desarrollo y de la transformación de la economía presupone un frente social y político mucho más amplio que el que gravita hoy en torno a los partidos obreros y socialistas; y si bien el objetivo de esta planificación *no puede ser el socialismo*, sin embargo es también verdad que será difícil realizarla completamente y, sobre todo, *duraderamente* dentro del contexto capitalista si, para salvar su existencia, no se supera la perspectiva inicial a través de medidas de reforma y de transformación democrática del poder que se confunden finalmen-

2. Socialistas y reformistas. La cuestión del programa.

Semejante estrategia es evidentemente irrealizable en el marco de una alianza en la cumbre con formaciones neocapitalistas —es decir socialdemócratas y centristas— que, desde el comienzo, pretenden limitar la acción reformadora a medidas aceptables para la burguesía y exigen de sus aliados compromisos programáticos rigurosos en este sentido. Supone, al nivel de los dirigentes políticos, una clara conciencia de la naturaleza del proceso de transición al socialismo, de sus palancas, de sus resortes, de las aspiraciones de las masas trabajadoras en las cuales podrá apoyarse y *de los plazos relativamente cortos* en que se decidirá el éxito o el fracaso de la empresa.

En resumen, una estrategia socialista de reformas debe dirigirse a romper el equilibrio del sistema y a aprovecharse de esta ruptura para engranar el proceso, revolucionario, de la transición al socialismo, cosa que (como hemos visto) sólo puede hacerse en caliente. Una estrategia de este tipo solamente es practicable en periodos de movimiento, sobre la base de conflictos abiertos y de acciones sociales y políticas amplias. Es imposible concebirla como una batalla d3 desgaste en una guerra de posiciones. Pues si el frente social se estabiliza, si se establece un equilibrio de fuerzas, entonces la batalla de ruptura —que una estrategia socialista tiene la función de preparar— se posterga. Indudablemente, el nuevo equilibrio de fuerzas puede ser más ventajoso para la clase obrera que el antiguo, las contradicciones y los elementos antagónicos a la lógica capitalista pueden ser más marcados. Pero estas contradicciones, cuando la lucha por reformas alcanza un nivel estabilizado —es decir, en la práctica, se ve bloqueada en su dinamismo— ya sólo actúan de manera sorda, en forma de tentativas constantes, de una y otra parte, para ganar pequeñas ventajas sobre las posiciones adversarias. Estas escaramuzas esencialmente *tácticas* ya no permiten la aplicación de una *estrategia*. Pues por precario que sea el equilibrio de fuerzas, se asienta sobre la imposibilidad, reconocida por ambas partes, de forzar una decisión.

Por lo tanto, no es realista asimilar esos conflictos tácticos sordos, que pueden extenderse por un largo periodo, a un "proceso revolucionario" que madura durante una o varias décadas.¹²⁹ Por precario que sea objetivamente el equilibrio que se establece cuando la lucha por reformas alcanza un nivel estabilizado, se trata de un equilibrio; *para* el movimiento obrero y socialista, se trata de un periodo hueco. Las contradicciones que las reformas precedentemente impuestas han introducido en el sistema no continúan corroyendo su sustancia y no lo debilitan a la manera de una enfermedad

te con una política de transformación socialista de la sociedad. La parte avanzada del movimiento, por lo menos, debe ser plenamente consciente de este proceso."

¹²⁹ Esta asimilación está muy difundida entre socialdemócratas de izquierda; se la encuentra también en Lelio Basso.

larga. No conservan su potencial de ruptura inicial. Al contrario, lo pierden. No hay instituciones o conquistas potencialmente anticapitalistas que, en un periodo largo, no sean erosionadas, desnaturalizadas, reabsorbidas, vaciadas de todo o parte de su contenido si el desequilibrio que su aplicación origina no se explota, a partir del momento en que se manifiesta, mediante nuevas ofensivas. Obligado a coexistir con instituciones que, al comienzo, contrarían su lógica y limitan su esfera de soberanía, el capitalismo aprende a subordinárselas sin atacarlas de frente: le basta dominar los sectores de avanzada de la acumulación y del desarrollo capitalistas, y particularmente las actividades nuevas que impulsan el progreso técnico y el crecimiento, para recuperar totalmente o en parte el terreno perdido.¹³⁰

Por consiguiente, es imposible concebir el periodo de transición, o incluso el periodo que prepara la transición, como un periodo largo, del orden de la década. Si la transición no comienza a consecuencia de la ruptura de equilibrio que provoca la lucha por reformas, entonces no ocurrirá en el periodo dado. El sistema dislocará, dispersará, digerirá las reformas, y el equilibrio se restablecerá en un nivel más alto. Será necesario un nuevo periodo de luchas preparatorias, que engloben en sus objetivos nuevas contradicciones, para crear las condiciones de una nueva ofensiva. La discontinuidad de la estrategia socialista es la de la propia historia.

No hay que concluir de esto que son vanas las reformas democráticas del pasado, lo cual equivaldría a afirmar la esterilidad de un siglo de luchas obreras. Aun despojadas de todo o parte de su contenido, las conquistas del pasado permiten a las fuerzas obreras y socialistas, en una fase nueva de su ofensiva, apuntar a objetivos más avanzados. En este sentido podía Lenin considerar como la "antecámara del socialismo" el capitalismo monopolista de Estado, la fase más avanzada de la socialización del proceso de producción capitalista y que ya ha puesto en acción ciertas palancas utilizables por el Estado socialista.

Dicho esto, hay que subrayar de todos modos que aun cuando las conquistas pasadas hacen más precaria la dominación de la clase capitalista, más frágil el equilibrio del sistema, *se tornan políticamente más difíciles, por eso mismo*, nuevas reformas parciales y nuevos desplazamientos del equilibrio. La resistencia de la burguesía a toda nueva reforma se vuelve feroz precisamente cuando nuevas reformas anticapitalistas amenazan comprometer la supervivencia del sistema. *Cuanto más bajo es el*

¹³⁰ La seguridad social, por ejemplo, cuya lógica es la de una socialización del consumo médico y farmacéutico, se convierte en una fuente de ganancias crecientes para las industrias química y farmacéutica privadas. La nacionalización de industrias básicas —incluso cuando no son deficitarias e incapaces, por lo tanto, de conseguir en el mercado financiero los capitales necesarios para su desarrollo— libera en definitiva capitales privados para la inversión en las ramas de crecimiento más rápido y de cuota de ganancia más elevada. Aun cuando sea virtualmente dominante en un momento dado, el sector nacionalizado sólo puede seguir siéndolo si extiende sus actividades a las industrias nuevas a que da origen el desarrollo económico.

límite de ruptura del sistema, o cuanto más cerca de él se ha llegado en el pasado, tanto más difícil puede hacerse acercarse nuevamente a él y franquearlo. Pues la burguesía ya está alerta; pues el movimiento obrero conoce los riesgos de fracaso, políticos y económicos, de la empresa; pues en adelante hace falta un grado de preparación, de resolución y de conciencia más elevado para entablar una nueva batalla.

La idea del "socialismo trepador" {*socialismo rampant o creeping socialism*}, que ganaría terreno gracias a reformas realizadas en golpes sucesivos, hasta provocar un "salto cualitativo", no corresponde a ninguna realidad, como no sea a la muy concreta vigilancia de la burguesía que tal idea refleja. Sobre un largo periodo y fuera de una prueba de fuerza muy aguda, apoyada en una estrategia, no puede haber un *efecto acumulativo* de las reformas impuestas sucesivamente. Sobre todo en las sociedades donde los mecanismos de acumulación capitalistas ya están objetivamente a merced de intervenciones públicas; y donde —aun si el Estado no utiliza sus instrumentos *contra* los monopolios, sino todo lo contrario— bastarían reformas institucionales que no presentan dificultad intrínseca para quebrar el poder de la burguesía; sobre todo entonces las fuerzas capitalistas despliegan todos sus esfuerzos, en todos los terrenos (ideológico, político, social) para impedir la formación de una voluntad política capaz de imponer esas reformas.

Varios países de Europa occidental (Francia, países escandinavos, Italia, en especial) han llegado actualmente al límite en que, debido precisamente a la vulnerabilidad estructural del sistema, la burguesía defiende hasta el fin sus posiciones de poder y opone una resistencia encarnizada a los movimientos reivindicativos del movimiento obrero así como a su lucha por reformas parciales. De ahí la necesidad de llevar la lucha al nivel más elevado de una estrategia global, basada en una visión de conjunto, y de atacar no sólo los efectos inmediatamente intolerables del capitalismo, sino la naturaleza misma de las relaciones de producción, de las relaciones sociales y de la civilización que él engendra.¹³¹

¹³¹ En el informe ya citado (pp. 181, 202-203), Bruno Trentin llega a conclusiones análogas al término de un análisis que es coyuntural más que político: "La experiencia de los años recientes destruye toda ilusión sobre la posibilidad de un proceso de erosión lenta e insensible del sistema, y revela cada vez más claramente la insuficiencia de las rupturas de sector infligidas a éste por la clase obrera, cuando esas rupturas no se integran en una estrategia global. Al subrayar esta insuficiencia, no pensamos sólo en la capacidad del sistema capitalista para reabsorber y desnaturalizar reformas parciales; sino también, y sobre todo, en la reacción brutal de las fuerzas económicas afectadas o amenazadas, y en los contragolpes objetivos que provocan las reformas —aun parciales— cuando conmueven un equilibrio económico tan precario como el de la década de 1960, sin que el movimiento obrero sepa consolidar simultáneamente sus primeras incursiones a través de la conquista de nuevas reformas [...] *orgánicamente unidas entre sí* y a través de una *transformación simultánea de las formas actuales de organización del poder...*

"Por eso la acción del movimiento obrero [...] siempre debe estar en condiciones de presentarse como una estrategia completa, al menos en sus líneas generales, en cuyo seno los partidos de la clase obrera aceptan de antemano los *principales lazos* entre los diversos momentos o aspectos de la acción reformado-

Esta elevación y esta “globalización” de los objetivos de lucha se imponen por la sencilla razón de que en adelante la supervivencia misma del sistema está cuestionada objetivamente por la conquista de reformas incluso parciales, y de que la burguesía es consciente de ello y opone una resistencia global a los ataques parciales. A partir de ese momento, es inconcebible que el movimiento obrero pueda ganar la prueba de fuerza si no hace suyo al nivel subjetivo, en el curso de la lucha, el carácter objetivamente global de lo que está en juego; si a la resistencia global del adversario no consigue contraponer una voluntad política global. No se puede ganar una batalla en la cual para el adversario está en juego *todo*, si los objetivos parciales por los cuales se la ha entablado no cubren un fin que merezca un compromiso *total* en la pelea.

Por consiguiente, hay una parte de verdad y una parte de error en las tendencias maximalistas que se desarrollan actualmente frente a la degeneración de la socialdemocracia europea y a la dificultad creciente de victorias reivindicativas y de reformas parciales. El error consiste en postular que en lo sucesivo toda lucha se debe entablar con una voluntad socialista claramente afirmada, por objetivos que implican el derribo del sistema. Esto equivale a afirmar que la voluntad revolucionaria debe *preexistir* a la lucha y que le da su resorte. Se trata de una posición no dialéctica que hace a un lado el problema dándolo por resuelto. Pues en los hechos, la voluntad socialista de las masas nunca surge *ex nihilo*, ni se forma por la propaganda política o la demostración científica. La voluntad socialista *se construye* en la lucha por objetivos plausibles y mediante esa lucha, que responde a la experiencia, a las necesidades y a las aspiraciones de los trabajadores.

Además hace falta para ello que esos objetivos se articulen entre sí según una visión estratégica, y que a medida que la lucha progresa y choque con los límites estructurales del sistema, gane no sólo en extensión, sino también en profundidad. Tal desarrollo dialéctico de la lucha supone una voluntad socialista preexistente no en las masas, sino en la vanguardia y en los dirigentes del movimiento obrero. Esta voluntad no se afirmará mediante la polémica y la propaganda revolucionaria, sino mediante la capacidad de escalar los objetivos, de elevar la lucha a nivel cada vez más alto, de asignarle fines “intermedios” que prefiguren el poder obrero y que necesariamente se deberán sobrepasar una vez alcanzados.

ra. Por eso el plan de reformas, si bien debe ser aplicado gradualmente, también deberá ser capaz de imponer, desde la fase inicial de su realización, con los medios de política económica que lo sostienen, no sólo un control general, sino también una modificación cualitativa del mecanismo de acumulación, y disponer de instrumentos de poder concretos en la sociedad, como el parlamento, las instituciones representativas locales o regionales, las diversas formas de control obrero que se muestren actuales y necesarias, las cooperativas agrícolas, las asociaciones campesinas, los sindicatos.

“Sin esta estrategia orgánica, sin un plan económico que la refleje en su orientación general, las indispensables luchas parciales de la clase obrera, mucho más aún que en el pasado serán neutralizadas y desviadas en sus consecuencias por la lógica cada vez más rígida del sistema en el cual se desenvuelven.”

No obstante, la parte de verdad de las posiciones maximalistas en el actual periodo, es que el movimiento obrero no avanzará hacia el socialismo si éste no es el sentido objetivo de sus acciones reivindicativas, llamado a convertirse en su sentido consciente (“subjetivo”). Ahora bien, cualquier protesta o reivindicación, planteada en términos generales, y por lo tanto abstractos (por ejemplo: aumento general de salarios y pensiones, desarrollo de la construcción social, etc.), no tiene este sentido objetivo; aunque sólo sea porque la realización del objetivo no está en las facultades de aquellos mismos que lo reclaman y no será el resultado directo de su acción, aun si obtienen un triunfo. Además, este tipo de reivindicación no tiene una lógica anticapitalista interna que exija el rebasamiento de sus objetivos una vez que éstos se alcanzan. Dichos objetivos se presentan como fines-límite cuya realización podría resultar de una acción gubernamental basada en reformas técnicas (o tecnocráticas). Se agotan en su contenido.

En las actuales condiciones, el movimiento obrero sólo adquirirá la madurez y la fuerza política necesarias para doblegar las resistencias crecientes del sistema, si sus reivindicaciones implican por su contenido, y también por la *manera* de luchar por ellas, una crítica viva de las relaciones sociales y de producción, de la racionalidad y de la civilización capitalistas.

Esta crítica, esta profundización de los temas de lucha son particularmente importantes en el contexto neocapitalista, donde el movimiento obrero y socialista tiene que medirse con el reformismo subalterno de las formaciones socialdemócratas y centristas. Éstas, efectivamente, a menudo plantean *el mismo tipo* de objetivos que las fuerzas de izquierda (vivienda social, enseñanza, equipos colectivos, “justicia social”, etc.), pero subordinando su realización a la posibilidad de alcanzarlas sin “quebrar la maquinaria” capitalista, es decir sin romper el equilibrio económico y sin lesionar las posiciones de poder de la burguesía.

La gran especialidad de las formaciones socialdemócratas es demostrar que todos los problemas se pueden resolver o volver tolerables, y todas las necesidades materiales satisfacer, dentro de los mismos marcos del sistema, a condición de que se conceda tiempo y se acepte una disciplina. No hay ninguna necesidad de “romper la cristalería” ni de entablar una prueba de fuerza; basta con mostrarse paciente, realista, responsable y confiar en los dirigentes. Que cada uno se quede en su puesto, y el Estado neocapitalista actuará conforme al mejor interés de todos.

Para las fuerzas socialistas indudablemente puede ser útil mostrar que las formaciones reformistas se niegan a darse los medios para su programa; que éste o bien no se realizará o bien exigirá plazos tan largos que sus soluciones serán superadas en el camino por la modificación de los términos del problema; o si no que es posible pedir y hacer más, a condición de ir más lejos en la transformación de las estructuras. Pero por útil que sea, esta clase de demostraciones sigue siendo insuficiente: a las prome-

sas de mejoras relativas, opone en lo esencial promesas de mejoras relativas más rápidas o más acentuadas. Lo que no dice, y que los reformistas se encargan de proclamar a grandes voces, es que esas mejoras más rápidas o más acentuadas provocarían una crisis mayor del sistema:

“Ustedes van a quebrar la maquinaria. Nosotros, al contrario, queremos que marche mejor.”

Mientras se coloque en el terreno de las mejoras *relativas* y generales, el movimiento socialista estará mal armado para rechazar esta objeción. Si deja creer que entre su política y la de los reformistas no hay más que una diferencia *relativa* y de *grado*; que en el fondo persigue el mismo tipo de objetivos, pero con energía e *intransigencia*, decidido a llegar si es preciso hasta la prueba de fuerza con el capital, tiene pocas posibilidades de ganar terreno en la clientela electoral de la socialdemocracia y de convertirse en la fuerza hegemónica del movimiento obrero. Una diferencia relativa y de grado, en efecto, no es suficiente para que las masas trabajadoras prefieran en vez de la vía lenta pero “segura” del reformismo subalterno, la vía peligrosa y ardua del enfrentamiento con las fuerzas del capital.

No se corre el riesgo de una crisis política y monetaria grave, no se entabla la prueba de fuerza con la burguesía para obtener solamente la construcción anual de 250 000 viviendas sociales en lugar de 200 000, el aumento de los bajos salarios en un 10% en vez de un 5%, la semana de 42 horas y no de 44 horas, etc. El juego no vale la pena, aunque más no fuera porque la política más ambiciosa del movimiento socialista comenzaría por provocar una reacción brutal del sistema, una conmoción de grandes proporciones en la economía y, según todas las probabilidades, un deterioro de la situación material de las masas, durante un breve periodo al menos.

La propaganda socialdemócrata y centrista tendrá entonces la mayor eficacia cuando pregunte: “¿Por qué tanto apuro? ¿Por qué pretender forzar las cosas si con un poco de paciencia y de disciplina ustedes pueden conseguir *en el momento oportuno, con calma y con orden*, lo que piden? ¿Vale la pena correr el riesgo de una crisis seria para realizar en cinco años lo que se puede obtener en siete u ocho años sin grandes cambios?”

A estas preguntas que de una u otra manera plantean las social-democracias europeas, el movimiento socialista sólo puede responder subrayando que entre su política y la del reformismo subalterno existe una diferencia *fundamental*,¹³² No una diferen-

¹³² Los intentos de arrastrar a la socialdemocracia hacia la izquierda silenciando las divergencias, subrayando los objetivos comunes, ofreciendo ayudarla para alcanzarlos, sólo tienen sentido si la fuerza de las acciones unitarias en la base coloca a la socialdemocracia en situación de aceptar una alianza anticapitalista. Esta disponibilidad no se ha manifestado sino en periodo de crisis aguda y de peligros intrínsecos y exter-

cia de grados, de plazos o de métodos para realizar la misma cosa que la socialdemocracia, pero mejor y más rápido, sino una diferencia *total* que justifica que se acepte un riesgo total. *Solamente en la medida en que convence que su acción y sus objetivos no son del mismo tipo que los del reformismo subalterno; que lo que está en disputa no es una suma de mejoras relativas y parciales, sino una mejora absoluta y global, el movimiento socialista puede avanzar e imponerse como la fuerza hegemónica del movimiento obrero.*

Por supuesto, por mejora absoluta y global no hay que entender que se deben prometer para el día siguiente el paraíso en la tierra y la instauración del socialismo. Se trata más bien de unir cada mejora parcial, cada reforma que se reivindica, dentro de una perspectiva de conjunto dirigida a producir un cambio global. El alcance de ese cambio debe trascender cada uno de los objetivos parciales que lo ilustran en un aspecto determinado: la mejora absoluta de que se trata, es la emancipación de todos aquellos a quienes las relaciones de producción capitalistas explotan, oprimen, degradan, esterilizan en lo que es su valor social y su orgullo individual: su trabajo social.

Sí, reformistas y socialistas quieren ciertas cosas semejantes; pero no las quieren con la misma intención ni de la misma manera. Para el reformismo, el objetivo de la acción reformadora puede reducirse a las “cosas” —salarios, equipos colectivos, pensiones, etc.— que el Estado dispensaría desde lo alto a individuos a quienes se mantiene en su dispersión y en su impotencia sobre el proceso de producción y las relaciones sociales. Para el movimiento socialista, tanto como las “cosas” —y aún más que ellas— cuenta el *poder* soberano de los trabajadores de autodeterminar ellos mismos las condiciones de su colaboración social, de someter a su voluntad colectiva el contenido, el desarrollo y la división social de su trabajo.

Allí está la diferencia profunda entre reformismo y socialismo. Es la diferencia entre reformas otorgadas perpetuando la subordinación de la clase obrera en las fábricas y en la sociedad; y reformas impuestas, aplicadas y controladas por las propias masas, basadas en su capacidad de auto-organización y en su iniciativa. Es, a fin de cuentas, la diferencia entre reformas técnicas o estatales, y reformas democráticas; dando por supuesto que éstas son *necesariamente* anticapitalistas: “Luchar por una democracia auténtica, por toda forma de participación real en la gestión de los intereses colectivos, por toda forma de control colectivo, y en particular por el control de los trabaja-

nos. Pero por eso mismo, el “frente de izquierdas” revestía entonces un carácter *defensivo* y no ofensivo, táctico y no estratégico. Una vez alejado el peligro reaccionario, las divergencias estratégicas hacían estallar la alianza. Entonces se veía que ésta estaba dirigida no contra el Estado burgués, sino contra fuerzas y estructuras precapitalistas y preburguesas debidas a no haberse completado la revolución burguesa.

Esto es lo que señala correctamente Lucio Magri, que agrega: “El cemento de la unidad frentista desaparece entonces. Pues ese cemento era la lucha común contra un sistema de poder incapaz de asegurar ningún desarrollo de la sociedad, obligado a recurrir a la violencia política y a la guerra para ocultar sus debilidades sociales, su incapacidad para responder a los intereses de una mayoría real.” *loc. cit.*, p.1236.

dores sobre todos los aspectos del proceso de producción. .. es cuestionar en los hechos el poder de decisión capitalista... Un aspecto esencial de esta lucha es la lucha de la clase obrera por el derecho de administrar ella misma el patrimonio de la fuerza de trabajo, con todas las consecuencias que de ello se desprenden en cuanto a la organización del trabajo en las fábricas, a las calificaciones, a la administración autónoma del salario diferido (seguros sociales), etc.”¹³³

A la diferencia de contenido entre reformas neocapitalistas y reformas anticapitalistas corresponde así necesariamente una diferencia de método. El valor liberador de las reformas sólo puede manifestarse si ya estaba presente en las acciones de masas tendientes a imponerlas. Al nivel del método, la diferencia entre reformas técnicas y reformas democráticas es la que separa una reforma institucional aplicada en frío, de una reforma impuesta en caliente por la acción colectiva. Desde un punto de vista formal, a cualquier reforma —incluido el control obrero— se la puede vaciar de su significado revolucionario y reabsorber en el capitalismo si se la instituye solamente por un acto de gobierno y se la aplica mediante controles burocráticos, es decir, si se la reduce a una “cosa”.

Algunos maximalistas sacan entonces la conclusión de que todas las reformas son vanas mientras subsista el Estado capitalista. Tienen razón si se trata de reformas otorgadas e institucionalizadas en frío. Están equivocados si se trata de reformas impuestas en caliente y desde abajo por la lucha. Es imposible separar una reforma de la acción de la cual resulta. Es imposible realizar reformas democráticas y anticapitalistas a través de una acción que no es una ni otra cosa. La emancipación de la clase obrera sólo será para los trabajadores esa ganancia total que justifica un riesgo total si la acción de luchar ya ha sido para ellos la experiencia de la auto-organización, de la iniciativa y de la decisión colectivas; en una palabra, la experiencia de su emancipación posible.

3. La alternativa global. El problema de las alianzas

Allí donde el movimiento socialista se encuentra ante una social-democracia fuerte, ante un neocapitalismo dinámico, se le ha impuesto la necesidad de cambiar el énfasis de las reivindicaciones parciales, inmediatas, cuantitativas y disímiles, hacia la presentación de una política y de un programa de *cambio global y cualitativo*. Esto es lo que encubren las numerosas menciones a la “alternativa global”, al “modelo” de desarrollo, de civilización, de organización social, cuya elaboración ha sido presentada como la tarea más urgente, principal incluso, por las alas más avanzadas del movimiento marxista europeo.

Es que los programas donde cabe todo, que incluyen todas las reivindicaciones y todos los motivos de descontento, simplemente ya no son aceptables: les falta la perspectiva de conjunto; no tienen la coherencia necesaria —no sólo desde el punto de vista económico y lógico, sino sobre todo desde el punto de vista político e ideológico— para constituir una “alternativa global”, para forjar una unidad entre las fuerzas sociales objetivamente anticapitalistas que no puede ser sino la síntesis *en un nivel superior* (y no la suma) de sus reivindicaciones, necesidades, intereses y aspiraciones inmediatas.

Con respecto a esto el ejemplo de Suecia resulta particularmente ilustrativo. Su alcance sobrepasa el caso de este país, frecuentemente tomado como modelo por la socialdemocracia europea y que prefigura el tipo de sociedad hacia el cual evolucionan la mayoría de los Estados neocapitalistas de Europa.

La socialdemocracia sueca ha postulado que, dentro del marco del capitalismo y respetando sus mecanismos, era posible llevar a cabo una política de previsión social, de equipos colectivos, de altos salarios unidos a una alta productividad. El desarrollo pasado de las prestaciones, equipos y servicios sociales se ha basado en un sistema fiscal directo cuyo peso se acentuaba a medida que se elevaban los salarios. Sin embargo, este desarrollo ha ido acompañado por el de una civilización del consumo individual. Una doble contradicción terminó por manifestarse agudamente.

Por un lado, el desarrollo de los servicios y equipos sociales, financiados a través de los impuestos directos, se obtuvo mediante la socialización de hecho de la mayor parte del ahorro privado. De ello resultó una crisis grave de los mecanismos de acumulación capitalistas: extinción del mercado de capitales (de la Bolsa) sin que aumentara (al contrario) la capacidad de autofinanciamiento de las empresas. Pero por otra parte, esta crisis de los mecanismos de acumulación no tiene como contrapartida la opulencia del sector social: al contrario, hay una crisis aguda de la vivienda y del urbanismo, una escasez aguda de personal médico y de educación, un éxodo acelerado del campo hacia las ciudades, etc.

Así, la expansión de los servicios sociales y de la intervención pública, subordinada a la del capitalismo industrial, no ha estado en condiciones de cubrir las necesidades sociales originadas por el desarrollo de éste. Pero ha sido suficiente para colocarlo en dificultades cegando algunas de sus fuentes de f mandamiento.

La socialdemocracia se encuentra así ante un límite. Ya no se puede llevar adelante al mismo tiempo la expansión acelerada de los servicios sociales y colectivos y la prosecución de la expansión monopolista. Hay que elegir: lo.) o bien la fijación de un límite máximo, si no la reducción, de los gastos sociales y públicos, con el agravamiento de las escaseces antes citadas, para dar un nuevo impulso al ahorro, y también al consumo privado, y volver a dar aliento a la acumulación capitalista; 2º.) o bien el

¹³³ Lelio Basso, op. cit., pp. 276-277.

desarrollo más rápido que en el pasado de los servicios sociales y de la intervención pública, pero entonces se impone una socialización mucho más profunda de la economía, que incluya nacionalizaciones, la colectivización del ahorro y de la función de inversión, la dirección pública global —es decir, planificada— de la economía, la prioridad de los consumos y servicios colectivos sobre el consumo “opulento”, etc.

La opción que se impone no es pues una simple opción técnica; está llamada a tener un efecto profundo sobre el modelo de desarrollo, de consumo, de civilización y sobre el modo de vida.

La mayoría de los trabajadores rechaza por instinto la primera rama de la alternativa. Pero esto no significa todavía que la segunda rama, que se impondría desde un punto de vista lógico sobre la base misma de las reivindicaciones populares, pueda contar con una mayoría automática.

La dificultad del paso del análisis lógico a la práctica política reside (aparte del hecho de que el análisis lógico nunca lo realizan todos los interesados) en la fuerte diferenciación de las clases trabajadoras. Los intereses inmediatos de los grandes gremios de trabajadores manuales que ganan de 2 000 a 3 000 francos por mes (impuestos incluidos) —se trata especialmente de los obreros de la construcción y de la gran industria mecánica y naval— no coinciden automáticamente con los intereses de los trabajadores (y sobre todo de las trabajadoras) que, en las regiones subdesarrolladas o “periféricas”, en los servicios públicos y sociales, ganan entre 600 y 1000 francos por mes; ni con las aspiraciones de los trabajadores técnicos y científicos.

Al nivel de su conciencia y de sus intereses inmediatos, los sectores obreros de salario relativamente elevado no son ganados espontáneamente a una política de socialización avanzada. La ideología tradeunionista y socialdemócrata los ha incitado a poner en primer plano las reivindicaciones y los “valores” de consumo: el trabajo es considerado como un infierno cotidiano; se ve a las normas patronales de productividad, de organización y de división del trabajo como opresivas e intolerables; pero, no obstante, se las acepta con el pretexto de que se trata de necesidades técnicas y que lo que *realmente* importa es el salario. Así, se considera al trabajo como el purgatorio por el cual hay que pasar para llegar después del trabajo al cielo del consumo individual. Sobre la base de este condicionamiento ideológico, la primera rama de la alternativa —que implica un alivio de los pesadísimos impuestos directos y un desarrollo del consumo “opulento” en detrimento del consumo social— presenta mayor atractivo inmediato para una parte de la clase obrera que una política de socialización avanzada.

Las reivindicaciones de consumo individual y de salario, que siguen siendo primordiales para las categorías y las regiones pobres, no pueden servir entonces como tema unificador al movimiento obrero. La unidad política de la clase obrera, condi-

ción indispensable para imponer la segunda rama de la alternativa, sólo puede forjarse en torno a temas que sobrepasen los intereses inmediatos hacia una síntesis en un nivel superior. Entonces se vuelven determinantes el trabajo ideológico y político, la crítica de la “civilización del consumo”, la elaboración de un modelo de recambio.

Se hace necesario mostrar que la opresión y la enajenación del trabajo, que se aceptan en la perspectiva de una liberación en el no-trabajo, no pueden sino culminar en la enajenación del consumo y del descanso; que para obtener los bienes de consumo y de descanso que lo “liberen” de la opresión en el trabajo, el trabajador se ve llevado por una lógica infernal a trabajar cada vez más rápido y cada vez más tiempo, a aceptar horas suplementarias y primas de rendimiento, hasta perder toda posibilidad, tanto material como psicológica, de cualquier liberación; que el hombre del trabajo es *el mismo* hombre que el hombre del no-trabajo, y que uno no puede liberarse sin el otro. Que el interés de clase fundamental de todos los trabajadores es terminar con su subordinación en el trabajo y en el consumo, poner bajo su control la organización y la finalidad de la producción social. Que la elevación de los salarios directos es una reivindicación prioritaria para una masa importante de trabajadores, pero que no basta satisfacerla para terminar con la explotación capitalista. Que en todo caso, hay límites objetivos para” el nivel de los salarios, y límites objetivos y subjetivos para las satisfacciones que puede procurar el ingreso individual a falta de un desarrollo suficiente de los servicios y equipos colectivos.

Mientras las decisiones de producción sigan dominadas por el capital, mientras el consumo, la cultura y el modo de vida sigan dominados por los valores burgueses, ganar más es el único medio de vivir mejor. Pero si se trata de abolir las relaciones de producción capitalistas, es porque vivir mejor es también trabajar menos y con menor intensidad, adaptar el trabajo a las exigencias del equilibrio biológico y psicológico de los trabajadores, disponer de servicios colectivos mejores, de mayores posibilidades de comunicación directa y de cultura, en el trabajo y fuera de él, para uno mismo y para sus hijos, etc.

Por otra parte, los frenos y los límites que imponen al desarrollo científico, técnico y cultural los criterios de rentabilidad capitalistas; la esterilización de recursos económicos y de energías humanas que implica el proceso de concentración financiera y geográfica; el subempleo de las capacidades humanas y el despilfarro de fuerzas que provoca la organización autoritaria del trabajo; la contradicción entre la ley del rendimiento máximo que reina en la producción, por un lado, y el despilfarro que constituye por otro lado una política comercial basada en innovaciones continuas sin valor de uso y en costosas campañas de “promoción de ventas”, etc., son todas contradicciones del capitalismo desarrollado tan importantes para el cuestionamiento del sistema como los motivos de descontento inmediatamente conscientes: ellas implican una crítica del modo de vida, de los valores y de la racionalidad capitalistas.

A partir de estos temas —cuya enumeración no pretende ser exhaustiva— no se trata evidentemente de elaborar en abstracto soluciones prefabricadas ni de proponer un “modelo de recambio” puramente especulativo. La superioridad de un partido revolucionario de masas sobre partidos de aparato y de clientela, preocupados por llegar al poder y gobernar *en las condiciones existentes*, es que puede (y debe) despertar aspiraciones y plantear problemas que suponen la superación radical del sistema capitalista. El partido revolucionario de masas ejerce su función dirigente y educativa sin la pretensión de tener de antemano la respuesta a las cuestiones que plantea. No sólo porque no se puede encontrar esta respuesta en el marco del sistema existente, sino porque su búsqueda y su elaboración, a través de confrontaciones y de debates permanentes en la base, es el medio por excelencia para provocar la participación, la toma de conciencia y la autoeducación de los trabajadores, para darles una influencia directa sobre el partido y sobre la sociedad por construir, para hacerles aprehender, mediante el ejercicio de la democracia de partido, el carácter profundamente autoritario y antidemocrático de la sociedad en que viven.

Animar y estimular la reflexión colectiva y el debate democrático es también el mejor medio para el partido de enriquecer y de desarrollar los temas de lucha que propone, de someter sus análisis generales a una verificación práctica y de detectar las formas de acción mejor adaptadas a las condiciones locales, a la capacidad de iniciativa y a la sensibilidad de las masas.

Este trabajo permanente de búsqueda y de reflexión colectiva, que asocia la base del partido a la elaboración de su política y la llama a elegir entre diversas formas de acción posibles, no puede dejar de desbordar los marcos del propio partido. Éste no funciona en un recipiente cerrado. Su capacidad de hegemonía depende de la atracción que su vida interna, su acción y sus proposiciones políticas ejercen sobre las masas trabajadoras no organizadas o marcadas por influencias ideológicas o religiosas diferentes. En una sociedad económicamente desarrollada, con su clase obrera muy diferenciada por sus orígenes (obreros, campesinos, pequeñoburgueses) y por su tipo de trabajo (manual, técnico, intelectual), el partido está obligado en todo caso a tener en cuenta la diversidad de las aspiraciones específicas; sólo puede ejercer su acción dirigente buscando superar esta diversidad hacia una unidad superior que respete sus diversos elementos en su relativa autonomía.

La política de transición al socialismo, el “modelo” de la sociedad de transición y aun de la misma sociedad socialista, deben por su parte reconocer necesariamente esta diversidad. En los países capitalistas avanzados, el partido revolucionario no puede esperar conquistar ni ejercer el poder por sí solo. Necesita aliarse con todas las fuerzas sociales, políticas, intelectuales que rechazan la lógica capitalista y que se pueden ganar a una política de transición coherente y clara en sus objetivos socialistas. Pero por lo mismo, el trabajo de elaboración de la política de transición, y sobre

todo de las reformas políticas e institucionales que deberá realizar, ya no puede ser llevado a buen término por los órganos dirigentes del partido únicamente, aun si (o sobre todo si) éste es con mucho el partido obrero más fuerte.

La atracción que la acción en la base del partido ejerce sobre las masas no organizadas y sobre la base de las otras formaciones, depende a su vez en su intensidad y en sus posibilidades de desarrollo, de la atracción que las opciones a largo plazo —y aun a plazo muy largo— ejercen sobre los aliados actuales o potenciales del partido revolucionario. De ahí la necesidad para éste de reconocer a las otras tendencias socialistas como copartícipes *permanentes* de un trabajo de investigación y de elaboración *común* referente al contenido programático y a las formas de transición al socialismo, y que garantice el derecho de ciudadanía de una pluralidad de tendencias y de partidos durante el periodo de transición, y aun de construcción del socialismo.

El peso electoral presente y pasado de estos copartícipes permanentes no es el criterio principal de su elección. Lo que interesa más que su fuerza numérica, es la representatividad de su base militante, su orientación auténticamente socialista y su real autonomía.¹³⁴ Para el partido revolucionario de masas, aliarse en forma duradera con formaciones diferentes, aun débiles; llevar con ellas una investigación común, es demostrar en la práctica, y no sólo en las declaraciones de principio, que el respeto del pluralismo político y de la autonomía de los aliados no es una simple concesión táctica. Y es también, tanto por el método de trabajo adoptado como por la coherencia de la política de transición (o de la “alternativa global”) elaborada en común, ejercer una poderosa atracción sobre la base militante y sobre el ala izquierda de la socialdemocracia y de movimientos cristianos de vanguardia.¹³⁵

No se trata en modo alguno, pues, para el partido revolucionario, de rechazar con su actitud doctrinaria a las masas influidas por la socialdemocracia o los movimientos reformistas tradicionales. Pero tampoco se trata de entablar con éstos negociaciones o diálogos en las cumbres que inmediatamente resultarían bloqueados por las divergencias ideológicas o doctrinarias, o quedarían encerrados en el callejón sin salida de los regateos sobre el “programa mínimo común”. Tampoco se trata de buscar una unidad de fachada del movimiento obrero (o de algunos de sus componentes) mediante la

¹³⁴ Una formación militante puede ser representativa de una corriente difundida en forma bastante extensa entre las masas trabajadoras sin ser ella misma numéricamente fuerte. Ése es el caso, por ejemplo, de los militantes socialistas cristianos.

¹³⁵ Esta línea ha sido propugnada y, a veces, aplicada con éxitos parciales por la izquierda del Partido Comunista Italiano (los “ingraianos”) [partidarios de Pietro Ingrao, miembro de la Dirección del PCI a quien generalmente se considera como el ala izquierda de ésta. [T.L. Es aplicada con constancia y con éxitos notables por la Federación de empleados y obreros metalúrgicos (FIOM) de la CGIL (Confederazione Generale Italiana del Lavoro). Es una de las razones del progreso espectacular que registra actualmente el Partido Comunista Sueco bajo la dirección de C. H. Hermansson. No se la debe confundir con la búsqueda de un entendimiento con el aparato socialdemócrata.

federación de organizaciones existentes, es decir, mediante la *yuxtaposición de sus aparatos: ésta se agotará rápida—mente en regateos en la cumbre entre dirigentes y notables, se asemejará a un parlamento o a un gobierno fantasma y no tardará en quedar cortada de las masas o en desalentar a los militantes que han quedado sin participación en las decisiones y los repartos que, en la cumbre del “reagrupamiento”, obedecerán mucho más a criterios internos de aparato que a una voluntad colectiva real de la base. Se trata más bien de engranar primero un proceso de unificación de las fuerzas auténticamente socialistas, mediante la elaboración común de una política de recambio coherente, que se refiera a soluciones a largo plazo, y aun a larguísimo plazo,¹³⁶ así como a los problemas de actualidad directa y al programa a plazo mediano. La coherencia de esta elaboración, la publicidad y la transparencia del debate, su repercusión sobre la base militante, llamada a participar por sus iniciativas en el proceso de unificación, tendrán una eficacia y un poder de atracción muy superiores a las invitaciones —siempre sospechosas de oportunismo táctico— dirigidas a los partidos reformistas tradicionales. Para derrotar al reformismo subalterno de la socialdemocracia, con quien hay que entablar el diálogo no es con su aparato, sino con las masas que ella influye. Y el mejor medio de ganarlas, es proponerles la “alternativa” de una política socialista coherente y clara en sus opciones, y métodos de trabajo democráticos que la socialdemocracia, por esencia, no puede adoptar.*

4. El frente ideológico. Tareas nuevas del partido revolucionario

Este trabajo permanente de investigación y de elaboración no puede limitarse al terreno estrictamente político y programático. La politización de las masas no se opera a partir de la política, ni a partir de la acción y de la lucha solamente. El compromiso y la opción políticos en realidad son la culminación de una toma de conciencia que no empieza nunca por la política, es decir por el problema de la organización de la sociedad y de las relaciones sociales, sino que parte de la experiencia fragmentaria y directa de un cambio que es *necesario porque es posible*.

En otras palabras, la exigencia del cambio no surge a partir de la *imposibilidad* de aceptar lo que es, sino a partir de la *posibilidad* de no aceptar más lo que es. La revelación de esta posibilidad (actual o no, traducible o no en acciones prácticas), en todos los campos de la vida social e individual, es una de las funciones fundamentales

¹³⁶ Una de las debilidades del “coloquio de Grenoble”, en mayo de 1966, fue limitarse a una perspectiva “posibilista” a corto y mediano plazo de la cual estaban ausentes, por eso mismo, los problemas de la transición al socialismo y aun de las formas de acción tendientes a prepararla. Cuestiones esenciales para una toma de conciencia y una acción socialistas ni *siquiera pueden plantearse* mientras nos colocamos

del *trabajo ideológico* de un movimiento revolucionario.¹³⁷

La dominación de una clase sobre otra, en efecto, no se ejerce solamente a través del poder político y económico, sino también a través de su percepción de lo posible y lo imposible, del futuro y del pasado, de lo útil y lo inútil, de lo racional y lo irracional, del bien y del mal, etc. El vehículo de esta percepción es todo el tejido de las relaciones sociales, el porvenir objetivo que determina su permanencia, su resistencia al cambio. Pero también se la transporta al nivel específico del lenguaje (principal instrumento u obstáculo para la toma de conciencia), de los medios de comunicación de masas, de la ideología y de los valores a los cuales la clase dominante somete la ciencia, la técnica, pero también *la vida* misma (es decir las necesidades fundamentales, llamadas “instintos”, y las relaciones inmediatas, sexuales por ejemplo, entre individuos). Dicho en otras palabras, las posibilidades, las aspiraciones y las necesidades que las relaciones sociales excluyen en los hechos, son reprimidas y censuradas (en el sentido freudiano, no en el sentido policial) al nivel específico de su toma de

dentro de los plazos cortos, es decir en el interior del régimen capitalista.

¹³⁷ El trabajo ideológico no es más que el trabajo de unificación de intereses y aspiraciones diversos en un nivel específico: *el de la conciencia que ellos tienen de sí mismos*. Una ideología, entonces, puede ser mistificante o no, según que sea sincrética o sintética.

En el primer caso, que es el de las ideologías neocapitalistas, por ejemplo, ella se dirige al mismo tiempo a unificar los intereses particulares heterogéneos de la burguesía y a unificar con éstos los intereses y las aspiraciones inmediatos de las capas superiores de los trabajadores asalariados, integrándolos ideológicamente, bajo la denominación de “clases medias” o “capas medias”, a la clase burguesa. Esta unificación sincrética, para tener alguna apariencia de solidez, exige la mediación de numerosos análisis e interpretaciones parciales y groseros de la evolución de las relaciones sociales y de producción del capitalismo moderno.

La unificación sintética de los intereses y de las aspiraciones de las clases trabajadoras se asienta sobre una base material y sobre análisis científicos sólidos en la medida en que parte de la posición subordinada de esas clases en la sociedad capitalista. Los principales aspectos concretos de esta subordinación no son los mismos, &in embargo, para todas las categorías de asalariados. Su unificación sintética necesita por lo tanto un análisis más fino, que respete, para no caer en el esquematismo, la especificidad de las aspiraciones y de los intereses, materiales, culturales, profesionales de los trabajadores manuales e intelectuales. La síntesis unificadora sólo puede efectuarse entonces al nivel de la perspectiva de la superación de la percepción inmediata del interés hacia el establecimiento de relaciones humanas y sociales más ricas, es decir al nivel de las exigencias (o “valores”) comunes y universalizables. La síntesis permanece necesariamente incompleta mientras no se hayan superado la misma división en clases e incluso el tipo de división social del trabajo resultante del nivel actual de desarrollo de las fuerzas productivas.

Debido al hecho de que la ideología neocapitalista implica una buena parte de mistificación y de propaganda, los esfuerzos del movimiento obrero para combatir esa ideología necesariamente implicarán también ellos una parte de propaganda y de simplificación abusiva. Esta necesidad práctica es lo que ha llevado a una definición limitativa y peyorativa del “trabajo ideológico”. Ahora bien, aunque es indispensable traducir la elaboración ideológica en propaganda política (consignas, *slogans*, polémicas), también es indispensable no confundirlas. La propaganda ideológica, al fin de cuentas, sólo tendrá eficacia si populariza una elaboración ideológica basada en la investigación y el análisis riguroso; perderá su eficacia si la preocupación por la propaganda política a corto plazo encubre, ahoga, esquematiza y censura el propio trabajo de investigación y de elaboración.

conciencia posible, por el condicionamiento en profundidad que ejercen sobre las conciencias, la ideología y el modo de vida dominantes.

Ésta invoca en su apoyo tanto “valores” como un realismo pesimista, negador de los “valores”, propio de toda ideología conservadora: no es “realista” creer que una economía sana pueda prescindir de la competencia comercial, de la ganancia individual, de la obligación disciplinaria en el trabajo, de la amenaza de la desocupación; la intensificación de la explotación, la mutilación de las facultades humanas, el agotamiento nervioso de los obreros son las consecuencias “inevitables” de la evolución tecnológica; no hay “alternativa global” al capitalismo, el obrero siempre seguirá siendo obrero, es una cuestión técnica; el individuo siempre será “interesado”, sus “instintos” siempre serán antisociales y deberán ser reprimidos, etc.

Destruir este condicionamiento ideológico, arraigado en las relaciones materiales, es una tarea esencial del movimiento revolucionario. Sólo si se puede ilustrar la posibilidad, aún inactual, de liberación parcial o total en el marco de una “alternativa global”, las necesidades reprimidas, la aspiración al cambio y a la liberación podrán dejar de ser un descontento difuso y recriminatorio, convencido de antemano de la vanidad de toda rebelión, para adquirir confianza en su legitimidad, en su realidad. Hasta las consecuencias más inmediatamente insoportables de los nuevos métodos de organización del trabajo, por ejemplo, se aceptarán con una recriminación, después de un primer arranque de ira, si la propaganda patronal ha podido demostrar (como es el caso generalmente) que eran técnicamente indispensables y económicamente ventajosas. Su rechazo instintivo por los trabajadores sólo podrá superar el nivel del arranque de ira impotente, tomar confianza en la legitimidad y en la *realidad* de sus motivos, traducirse en lucha resuelta, si el sindicato está en condiciones de contraponer al modelo patronal un modelo diferente de organización del trabajo, basado en una concepción diferente del trabajo y del trabajador, que integre en la “racionalidad” del trabajo el equilibrio fisiológico y nervioso del individuo, su relación con las herramientas y con los otros individuos, etc.

El mismo tipo de planteamiento, que demuestre la necesidad del cambio a través de su posibilidad, que revele y despierte con ello las necesidades reprimidas y censuradas por la sociedad, es válido para todos los aspectos de la relación del individuo con el trabajo como oficio y como producción social; con la sociedad como ambiente inmediato, medio natural, cultural y tejidos de relaciones humanas; con los otros, incluidos la familia y el otro sexo. El trabajo de investigación y de elaboración ideológica, entonces, más allá de su sentido político es un trabajo *cultural* que tiende a transformar las normas y los esquemas de la conciencia social, a revelar, a través de las posibilidades que la sociedad rechaza, las alienaciones cuya conciencia ella reprime.

La capacidad de hegemonía y de acción del movimiento revolucionario se enri-

quece y se afirma mediante su capacidad para inspirar investigaciones autónomas en terrenos como el urbanismo, la arquitectura, la medicina del trabajo, la organización del trabajo, la pedagogía, la psicología, la educación sexual, etc. En todos estos campos se revela la contradicción entre las posibilidades de liberación y de expansión que encierran las fuerzas productivas y culturales de que dispone la sociedad, y su incapacidad para aprovecharlas y para desarrollarlas en un sentido liberador. En todos estos terrenos, igualmente, se revela la contradicción entre las exigencias de desarrollo social, cultural y económico que encierra la actividad autónoma de los urbanistas, arquitectos, médicos, pedagogos, psicólogos, etc., de vanguardia, y las exigencias a que los sujeta la sociedad capitalista.

Le capacidad de hegemonía del partido revolucionario, entonces, está directamente unida a su grado de implantación en las profesiones y los medios intelectuales. Es capaz de contrarrestar la ideología burguesa en la medida en que inspira las investigaciones de aquéllos, en que asocia su vanguardia a la reflexión sobre un “modelo alternativo”, respetando al mismo tiempo la autonomía de esas investigaciones. Le es indispensable la mediación de las vanguardias intelectuales para combatir y destruir la dominación de la ideología dominante. Incluso es necesaria para proveer a las clases dominadas con un lenguaje y con medios de expresión que les den conciencia de la realidad de su subordinación y de su explotación. En efecto, sin posibilidad de expresarse, es decir de objetivarse y de reflexionarse, una exigencia es incapaz de conocerse en su realidad: cuando todos aquellos que —a través de los medios de comunicación de masas— son la “conciencia pública” no les reflexionan a los trabajadores la experiencia que ellos tienen de la condición obrera, sino que al contrario se la niegan o se la silencian, esa conciencia se convierte en objeto de duda para los propios trabajadores.¹³⁸ El carácter represivo (en el sentido psicológico) y de clase de la cultura no obedece solamente, y ni siquiera principalmente, a la composición social de los alumnos de las preparatorias y universidades. Obedece ya, y mucho más fundamentalmente, a la inexistencia o a la extrema pobreza de la “cultura del trabajo”, de la cultura obrera específica, del *lenguaje* —que supone una literatura, un teatro, un cine— que permiten comunicar la experiencia que tienen los propios trabajadores de la condición obrera.

Luchar contra el carácter de clase de la cultura, abolir el privilegio cultural de la

¹³⁸ A menos que puedan comunicarse libremente entre sí. Pero la comunicación directa, la autoexpresión y la toma de conciencia que ella provoca, no sólo la impiden el sistema represivo de la fábrica y una política de la vivienda que dispersa a los obreros después de su jornada de trabajo. La impiden también el condicionamiento del pensamiento, del lenguaje, del comportamiento cuyos vehículos son la formación escolar y los medios de comunicación de masas. Éstos terminan por constituirse en una pantalla entre la experiencia y la conciencia de esta experiencia. El retroceso de la cultura y de los focos de cultura proletarios se debe en grandísima proporción a la disminución de las posibilidades de comunicación directa y a la extensión de la cultura de masas (habría que decir: de la desculturación) difundida por los *mass media*.

burguesía, no significa entonces llevar a las masas trabajadoras la cultura burguesa popularizada. Todo lo contrario: no es a la clase obrera a quien se debe impregnar de cultura burguesa; es a la cultura a la que hay que impregnar de la experiencia, de los valores, de las tareas y de los problemas que la clase obrera vive cotidianamente en su trabajo, en su vida fuera del trabajo, en sus luchas. El carácter de clase de la cultura está señalado por el hecho de que la clase obrera está ausente de ella como sujeto, como percepción de la sociedad tal como ella es en verdad desde el punto de vista de los trabajadores. Poseemos una abundante producción cultural *sobre* los trabajadores tal como ellos aparecen a los ojos de la sociedad capitalista —literatura técnica, sociológica, moral, política, etc.— pero muy pocas cosas sobre la sociedad, en sus distintos niveles, tal como ella aparece a los ojos de *los trabajadores*. Lo que sabemos de la realidad del trabajo industrial y de la *cultura profesional* que implican aun las tareas poco calificadas, lo tenemos principalmente a través de algunas novelas soviéticas y de raras y áridas investigaciones sociológicas destinadas al público no obrero. Sobre la realidad obrera ha caído un espantoso silencio; este silencio es lo que permite las afirmaciones cotidianas acerca de que la condición obrera se ha vuelto aceptable, y hasta cómoda, y que las diferencias de clase se han suavizado.

No se puede romper este silencio sin la mediación de intelectuales. Las tentativas hechas (especialmente en la República Democrática Alemana) para crear una cultura obrera promoviendo obreros y artistas de fábrica han terminado en fracasos. Es que la creación cultural es un *oficio* que supone el aprendizaje, el perfeccionamiento y el dominio de técnicas específicas. Sobre todo de un lenguaje y de formas de expresión capaces de transmitir la experiencia obrera en toda la riqueza de sus determinaciones individuales y colectivas, actuales e históricas. Estas formas de expresión sólo serán utilizables por todos como “bien común” una vez que hayan sido elaboradas por algunos. En gran medida, este trabajo de elaboración aún está por hacerse. Necesariamente es un trabajo colectivo, pero no puede ser inmediatamente colectivo. Pues aunque se trata, sí, de revelar la existencia de una cultura obrera —que en realidad es una serie de subculturas locales, profesionales, orales—, se trata al mismo tiempo de brindarle los medios de los cuales no dispone de entrada, para conocerse y afirmarse como cultura. En este nivel es donde se hace necesaria la mediación de intelectuales. No sólo el tipo de mediación que son, por ejemplo, el teatro de Brecht, la novela o el reportaje “en profundidad”, sino también, y sobre todo, el que consiste en dar a la clase obrera una voz que ella reconozca como la suya propia, posteriormente, porque dice lo que los trabajadores viven generalmente en el silencio y la soledad.

En algunos países, con la colaboración de estudiantes o de universitarios, se han experimentado comienzos de realizaciones en este sentido.¹³⁹ entrevistas con trabaja-

¹³⁹ En Italia, en Noruega y en Alemania Federal, estas tentativas aisladas de “encuestas obreras” tuvieron cierta publicidad debido a las huelgas o a la viva agitación que provocaron, aunque al comienzo no era

dores registradas en magnetófono, en los talleres o a la salida de las fábricas; cuestionarios cuyas respuestas, además de los informes tácticos, exigen apreciaciones individuales; películas filmadas en vivo; biografías de obreros y de militantes, que muestran cómo una vida está condicionada por la historia de la empresa, de la dinastía patronal, de la economía, de la ciencia, de la técnica y del movimiento obrero internacional. Luego presentación de una selección y de un montaje sintético de los cuestionarios, de las entrevistas, de las películas, etc., al colectivo obrero que ha colaborado en ellas, para que esas obras colectivas se discutan colectivamente y los trabajadores se reconozcan como sujeto colectivo de la obra cultural, de los valores, de las exigencias y del lenguaje que ella les remite, y por la mediación de esta obra se aprehendan como creadores virtuales de una cultura posible y no como consumidores subprivilegiados de una cultura extraña.

La destrucción del monopolio cultural de la burguesía no se producirá entonces mediante la difusión de masas de la producción cultural anterior. La difusión de masas de “cultura” es solamente la difusión de bienes de consumo entre otros. Sus diversas formas —televisión, cine, libros de bolsillo, prensa— se basan en la *centralización* de la comunicación inherente a los 771055 *media*. Dicho en otros términos, los “medios de comunicación de masas” no permiten a la masa de individuos comunicarse *unos con otros*; permiten, al contrario, comunicar centralmente información y productos culturales *a una masa* de individuos a la cual se mantiene en estado de masa silenciosa, atomizada, destinada al consumo pasivo, debido al carácter unilateral mismo de esta forma de “comunicación”.

Lo que quebrará el monopolio cultural burgués no es el consumo cultural de masas, sino solamente la creación cultural propia de las clases dominadas.¹⁴⁰ Animar, inspirar, guiar esta creación cultural, estimular permanentemente la libre expresión, la discusión colectiva, los intercambios de experiencias y de ideas en la base, es una tarea esencial del partido revolucionario. Éste sólo puede realizarla con éxito si dispone de una amplia base de masas, particularmente en los centros de producción y de formación; si busca el mayor desarrollo de la democracia y de la iniciativa en la base, allí donde los individuos trabajan y viven colectivamente; si estimula permanentemente el debate libre en todos los niveles, para que puedan expresarse y adquirir conciencia de sí mismos, en su diversidad y en su profundidad, las exigencias que la sociedad reprime; si atrae fuerzas intelectuales que den a la clase obrera su voz y su

ése su fin.

¹⁴⁰ De la misma manera, no es la generalización del tipo de formación impartido en las escuelas preparatorias y las universidades lo que “demócrata-ara” la enseñanza, sino una reforma radical y general de los métodos y del contenido de la enseñanza, que tienda a destruir las barreras —por lo demás perfectamente arbitrarias desde el punto de vista de la adquisición y del progreso del conocimiento— entre trabajo intelectual y manual, teórico y práctico, individual y colectivo.

lenguaje, detecten, revelen y formulen sus aspiraciones profundas, las unifiquen al nivel superior de una perspectiva y de una “alternativa” anticapitalistas.

En las sociedades capitalistas adelantadas, por casi todos estos aspectos, la tarea del partido revolucionario y la estructura que le exige se distinguen sensiblemente de la tarea y de la estructura del partido bolchevique. Sin que la revolución en occidente pueda especular únicamente sobre “vías pacíficas” para triunfar y para mantenerse. Nada menos seguro. La destrucción del aparato de represión de la burguesía es una de las tareas a la que debe enfrentarse un partido revolucionario. Pero no es la tarea prioritaria como hace cincuenta años y, que podría volverse actual, no basta para legitimar la transposición del partido leninista (o de la vanguardia armada de tipo guevarista) en las condiciones actuales de Europa occidental.

En efecto, a diferencia de la autocracia zarista (o de las dictaduras militares latinoamericanas), el Estado capitalista moderno no se agota en su función represiva. Su poder no descansa primeramente en la policía y el ejército sino en su capacidad político-ideológica para servir de mediador *legítimo* entre las clases antagonistas. Es en el terreno político-ideológico donde su legitimidad y su capacidad de mediación deben primeramente destruirse —e incluso, esto es evidente, por medio de acciones directas que revelan su poder como violencia legalizada— si la neutralización de su aparato represivo debe llegar a ser posible.

Pero hay más. La concepción bolchevique del partido como vanguardia organizada, *separada de las masas*, contenía en germen —cualesquiera que fuesen las intenciones de los dirigentes —la mayoría de las degeneraciones ulteriores del poder “soviético”. La concepción de la vanguardia organizada como élite no era requerida por la esencia de la lucha y del partido revolucionarios: fueron las condiciones históricas de la lucha revolucionaria clandestina en Rusia, analfabeta y campesina en su gran mayoría, las que obligaron a la separación de la vanguardia de la masa, la centralización de la decisión y elaboración políticas, la concentración de todo el poder de dirección en manos de un puñado de revolucionarios profesionales, depositarios de una verdad que se debía “llevar a las masas”.

Bajo este aspecto, las condiciones de la lucha revolucionaria en la Europa occidental de hoy son fundamentalmente diferentes. Aquí la tarea fundamental del partido revolucionario no es la de mandar y controlar desde arriba, sino la de estimular y *dar a luz* la capacidad de iniciación, inventiva y de auto-organización de las masas mismas. La tarea del partido no es la de ofrecer *sus* perspectivas preestablecidas a ciertas acciones de lucha, ni la de trasplantar a movimientos de lucha, inevitablemente reputados “primitivos”, objetivos político-estratégicos que tan sólo una dirección separada de la masa podría concebir. El partido no debe ser una vanguardia separada de las masas ni una organización separada de la acción, sino el órgano de animación y de agitación que, actuando como un fermento, estimula la acción en todas partes donde

es posible, ayuda a las masas a darse sus propios órganos de lucha y de soberanía colectiva y a formular la perspectiva política que implica ir hasta el fin de su propia experiencia.

El partido, como organización central, debe entonces ser entendido como un mal necesario. Necesario porque hay que tener un centro en donde las experiencias se confronten, se coordinen, adquieran una perspectiva sintética, una traducción política y una estrategia frente al Estado burgués. Pero es un mal porque, frente a un poder estatal centralizado, refleja la necesidad de centralizar una empresa revolucionaria que tiene como fin último la obligación de liquidar *todo* Estado centralizado. El partido, como organización central, debe entenderse como la estructura transitoria que asegurará la liquidación del Estado burgués *para finalmente liquidarse a sí misma*.

En efecto, lo propio de todo movimiento revolucionario verdadero, es que la organización que aparece durante y al fin de la lucha ya no es la misma del principio. Lo propio de un movimiento de carácter revolucionario es que, después de haberse apoyado en las organizaciones preexistentes, destruya estas estructuras durante la marcha y las sustituya por los órganos de autogobierno y autocontrol que la base soberana produce para perpetuar su soberanía. Un verdadero partido revolucionario se distinguirá por el hecho de que, después de haber desencadenado o estimulado el movimiento de masas, esté dispuesto a fundirse en él, favorecer el nacimiento de asambleas soberanas y aceptar la liquidación de toda estructura jerárquica, de toda separación entre dirigentes y dirigidos. La consigna de la revolución no es “todo el poder al partido” sino “todo el poder a los soviets”, es decir, a las asambleas soberanas.

El hecho de que el partido sea una estructura transitoria, constantemente llamada por la misma revolución a renovarse y a pasar por el crisol, este hecho debe sobresalir claramente del funcionamiento interno del partido y de su estilo de dirección. La destrucción del Estado burgués por la victoria política del partido no es la culminación de la revolución: *o bien* puede ser su entierro, cuando todo el poder está concentrado en el aparato del partido; *o bien* el principio de una revolución ininterrumpida, es decir, de una empresa histórica de liquidación permanente de las estructuras jerárquicas y de la rigidez burocrática que tiende siempre a renacer.